CÓMO LOS AUTÓCRATAS ESTÁN REINVENTANDO LA POLÍTICA EN EL SIGLO XXI

LA REVANCHA DE LOS PODEROSOS

MOISÉS NAÍM

DEBATE

La revancha de los poderosos

MOISÉS NAÍM

Traducción de
María Luisa Rodríguez Tapia

DEBATE

A Nusia Feldman

Sabemos que nadie se adueña nunca del poder con la intención de cederlo.

GEORGE ORWELL , *1984* [1]

No sabemos lo que nos pasa, y esto es precisamente lo que nos pasa.

JOSÉ ORTEGA Y GASSET ,
En torno a Galileo (1933) [2]

Introducción

El peligro

En todo el mundo las sociedades libres se enfrentan a un enemigo nuevo e implacable. Este no tiene ejército ni armada; no procede de ningún país que podamos señalar en un mapa; está en todas partes y en ninguna, porque no está *ahí fuera* , sino *aquí dentro* . En lugar de amenazar a las sociedades libres con la destrucción desde el exterior, como hicieron los nazis y los soviéticos, las amenazan con corroerlas desde el interior.

Un peligro que está en todas partes y en ninguna es esquivo, es difícil de identificar, de distinguir, de *describir* . Todos lo notamos, pero nos cuesta darle nombre. Se derraman ríos de tinta para describir sus elementos y sus características, pero se nos sigue escapando.

Nuestro primer deber, por tanto, es nombrarlo. Solo así podremos comprenderlo, combatirlo y derrotarlo.

¿Qué es este nuevo enemigo que amenaza nuestra libertad, nuestra prosperidad y hasta nuestra supervivencia como sociedades democráticas?

La respuesta es *el poder, en una forma nueva y maligna* .

En todas las épocas ha habido una o más formas de maldad política. Lo que estamos viendo hoy es una variante revanchista que imita la democracia al mismo tiempo que la socava y desprecia cualquier límite. Parece como si el poder

político hubiera estudiado todos los métodos concebidos por las sociedades libres durante siglos para dominarlos y, después, contraatacar.

Por eso hablo de la *revancha* de los poderosos.

En este libro examino el ascenso de esta nueva forma maligna de poder político e indico cómo se ha desarrollado en todo el mundo. Dejo constancia de cómo está carcomiendo con sigilo los fundamentos de la sociedad libre. Explico que ha surgido de las cenizas de una forma de poder más antigua, devastada por las fuerzas que actuaron en su contra. Y sostengo que sea donde fuere, en Bolivia o en Carolina del Norte, en Reino Unido o en Filipinas, se desarrolla a partir de unas sólidas estrategias esenciales para debilitar las bases de la democracia y afianzar su perverso dominio. También esbozo formas de contraatacar, de proteger la democracia y, en muchos casos, de salvarla.

El choque entre los que tienen el poder y los que no, por supuesto, ha formado siempre parte de la experiencia humana. Durante la mayor parte de la historia de la humanidad, quienes tenían el poder lo acaparaban en su propio beneficio y lo transmitían a sus hijos para fundar dinastías basadas en la sangre y en el privilegio, con escasa consideración hacia los que carecían de él. Los instrumentos del poder —violencia, dinero, tecnología, ideología, persuasión moral, espionaje y propaganda, entre otros— estaban en manos de las castas hereditarias y totalmente fuera del alcance de la mayoría de la gente. Sin embargo, a partir de las revoluciones estadounidense y francesa de finales del siglo XVIII , las relaciones de poder sufrieron una transformación sísmica que

puso este último en tela de juicio y creó límites nuevos para quienes lo ejercían. Esa forma de poder, de alcance limitado, obligado a rendir cuentas al pueblo y basado en un espíritu competitivo dentro de la legalidad, fue el motor de la gran expansión de la prosperidad y de la seguridad en el mundo tras el final de la Segunda Guerra Mundial.

Sin embargo, a comienzos del siglo XXI , unas inquietantes transformaciones hicieron que empezara a tambalearse la estructura de la posguerra. En un libro anterior, *El fin del poder* , examiné el declive que estaba experimentando el poder en una gran variedad de instituciones humanas. La tecnología, la demografía, la urbanización, la información, los cambios económicos y políticos, la globalización y los cambios de mentalidad se unieron para dividir y diluir el poder y hacer que este resultara más fácil de obtener, pero más difícil de ejercer y más fácil de perder.

Era inevitable una reacción. Quienes estaban decididos a obtener y ejercer un poder ilimitado desplegaron viejas y nuevas tácticas para protegerlo de las fuerzas que lo debilitaban y lo limitaban. El propósito de estas nuevas formas de conducta es detener el declive del poder y permitir reconstituirlo, concentrarlo y volver a ejercerlo sin restricciones; pero, esta vez, con tecnologías, tácticas, organizaciones y mentalidades del siglo XXI .

En otras palabras, las fuerzas centrífugas que debilitan el poder han despertado unas nuevas fuerzas *centrípetas* que tienden a concentrarlo. El choque entre estos dos tipos de fuerzas es una de las características fundamentales de nuestra época. Y el resultado de ese choque no está nada claro.

Lo que está en juego no puede ser más importante; y no existen garantías . No solo está en juego la posibilidad de que la democracia prospere en el siglo XXI , sino incluso su propia supervivencia como sistema de gobierno predominante, como configuración predeterminada de la aldea global. La supervivencia de la libertad no está garantizada.

¿Pueden sobrevivir las democracias a los ataques de unos aspirantes a autócratas empeñados en destruir los pesos y contrapesos que limitan su poder? ¿Cómo? ¿Por qué en algunos sitios el poder está concentrado mientras que, en otros, está dividiéndose y degradándose? Y la pregunta más importante: ¿qué futuro tiene la libertad?

El poder no suele cederse de forma voluntaria. Como es natural, quienes lo poseen tratan de contener y de rechazar los intentos de sus rivales por debilitarlos y sustituirlos. Los recién llegados que atacan a los que ocupan el poder suelen ser unos innovadores que no se limitan a cambiar de instrumentos, sino que se rigen por unas reglas de juego totalmente diferentes. Sus innovaciones políticas han transformado en profundidad la forma de conquistar y de conservar el poder en el siglo XXI .

Este libro identifica y examina esas innovaciones, muestra sus posibilidades, su lógica interna y sus contradicciones y señala las batallas cruciales que van a tener que ganar los demócratas para evitar que destruyan la libertad.

Una forma de poder dependiente y limitada no basta para satisfacer a quienes aspiran a convertirse en autócratas, que han aprendido a utilizar tendencias como las migraciones, la inseguridad económica de la clase media, la política identitaria, los miedos que suscita la globalización, la pujanza

de las redes sociales y la llegada de la inteligencia artificial. En todo tipo de lugares y en todo tipo de circunstancias, han demostrado que quieren un poder sin condiciones y para siempre.

Estos aspirantes a autócratas tienen opciones nuevas y herramientas distintas que pueden utilizar para reclamar un poder ilimitado. Muchas son herramientas que no existían hace tan solo unos años. Otras son muy antiguas, pero ahora se combinan con las nuevas tecnologías y con las tendencias sociales, y acaban siendo mucho más poderosas que nunca.

Esa es la razón de que durante los últimos años haya triunfado una nueva casta de políticos ávidos de poder: líderes nada convencionales que vieron el declive del poder tradicional y comprendieron que una estrategia radicalmente nueva podía ofrecer oportunidades hasta ahora inexploradas. Surgen en todo el mundo, tanto en los países más ricos como en los más pobres, en los que poseen instituciones más complejas y en los más atrasados. Viene a la mente Donald Trump, por supuesto, pero también Hugo Chávez en Venezuela, Viktor Orbán en Hungría, Rodrigo Duterte en Filipinas, Narendra Modi en India, Jair Bolsonaro en Brasil, Tayyip Erdoğan en Turquía, Nayib Bukele en El Salvador y muchos otros. Este libro examina su estrategia porque, para derrotar algo, antes hay que entenderlo.

Los nuevos autócratas han sido los primeros en utilizar técnicas innovadoras para hacerse con un poder ilimitado y conservarlo el mayor tiempo posible. Su principal objetivo, no siempre alcanzable, pero por el que siempre luchan con ahínco, es el poder para toda la vida. Sus triunfos, además, provocan que otros se atrevan a intentar emularlos en todo el

mundo. Han tenido muchos éxitos, pero también algunos fracasos notables. Y da la impresión de que aparece uno nuevo cada quince días. Estos líderes —y este *estilo* de gobernar— forman la vanguardia de *la revancha de los poderosos* .

Estos dirigentes están adaptándose al nuevo paisaje, improvisando nuevas tácticas y rediseñando las viejas para atesorar más capacidad de imponer su voluntad sobre los demás. A pesar de las enormes diferencias nacionales, culturales, institucionales e ideológicas entre los países en los que estos líderes se han hecho con el poder, sus estrategias son increíblemente similares. Por ejemplo, Jair Bolsonaro, presidente de Brasil, y Andrés Manuel López Obrador, presidente de México, no pueden ser más distintos desde el punto de vista ideológico, ni más parecidos en su forma de gobernar. El diminuto, empobrecido y atrasado El Salvador, en Centroamérica, y la enorme y avanzada superpotencia que es Estados Unidos son países diferentes en todo y, sin embargo, Nayib Bukele y Donald Trump se guiaban por unas reglas inquietantemente iguales a la hora de gobernar.

¿Cuál es su fórmula? ¿Cuáles son sus componentes? ¿Y cómo se aplica en el mundo real? Estas son las preguntas fundamentales que se hace este libro. En mi opinión, la fórmula puede resumirse en tres palabras: «populismo», «polarización» y «posverdad».

Las llamamos las «tres pes». Y quienes utilizan estas herramientas son los «autócratas 3P».

¿Qué es un autócrata 3P?

Los autócratas 3P son dirigentes políticos que llegan al poder mediante unas elecciones razonablemente democráticas y

luego se proponen desmantelar los contrapesos a su poder ejecutivo mediante el populismo, la polarización y la posverdad. Al mismo tiempo que consolidan su poder, ocultan su plan autocrático detrás de un muro de secretismo, confusión burocrática, subterfugios seudolegales, manipulación de la opinión pública y represión de los críticos y adversarios. Cuando la máscara cae, ya es demasiado tarde.

El autoritarismo es una línea continua. Un extremo se encuentra en regímenes totalitarios, como el de Corea del Norte, donde el poder está totalmente concentrado en manos de un dictador dinástico que lo ejerce de forma descarada y brutal; y el otro en los líderes elegidos de forma democrática, pero propensos al autoritarismo. Los autócratas del siglo XXI empiezan de esta forma más suave y se esfuerzan en mantener las apariencias, mientras socavan la democracia a escondidas.

¿Cómo lo hacen? Recurriendo al populismo, a la polarización y a la posverdad.

Se ha escrito mucho sobre cada una de estas tres pes. Aquí vamos a integrarlas, a introducirlas en un marco que constituye la esencia de cómo los autócratas del siglo XXI obtienen, ejercen y conservan el poder.

Los detalles varían según los países y los líderes —el poder siempre está en un contexto determinado—, pero la estrategia tiene unos principios básicos reconocibles en todos los sitios en los que se lleva a cabo. Su utilización en distintos ámbitos geográficos y en diferentes circunstancias contribuye a desestabilizar las viejas instituciones y a dar oportunidades a los nuevos aspirantes. Cada una de las tres pes, por sí sola, no basta para explicar las transformaciones que hoy está

experimentando el poder. Sin embargo, las tres juntas pueden contrarrestar las fuerzas que tienden a dividirlo y diluirlo.

De los tres elementos, el populismo es quizá sobre el que más se habla y el que más se malinterpreta. La terminación en «-ismo» hace que muchas veces se confunda con una ideología, con un equivalente al socialismo y al liberalismo en la competencia por proponer una filosofía de gobierno coherente. No lo es en absoluto. El populismo hay que entenderlo sobre todo como *una estrategia para obtener y ejercer el poder* . Su atractivo es la versatilidad: el populismo como estrategia puede ser útil en una gran variedad de contextos y ser compatible con casi cualquier ideología de gobierno o con ninguna.

Como han demostrado Cas Mudde y Cristóbal Rovira Kaltwasser, los populistas pintan la imagen de un terreno político claramente dividido en dos bandos: la élite corrupta y codiciosa y el *Volk* : el pueblo puro pero traicionado y agraviado. Todos los problemas del pueblo se deben a las decisiones —a menudo conspiratorias y siempre corruptas— de una clase dirigente mercenaria. Los líderes populistas aseguran que encarnan la voluntad popular y defienden su causa contra la élite corrupta. Este es un marco de probada eficacia que puede adaptarse a casi todo, puesto que, en última instancia, es posible decir de *cualquier* posición que defiende al pueblo en su pureza, y de las voces críticas que solo pretenden defender los intereses de una élite corrupta. [3]

En años recientes ha habido una explosión de estudios sobre el retroceso de la democracia. Especialistas como Timothy Snyder, [4] Yascha Mounk, [5] Daron Acemoğlu, [6] Anne

Applebaum, 7 Enrique Krauze [8] y Larry Diamond [9] han destacado una serie de herramientas similares en las campañas de los populistas para obtener el poder. Entre ellas:

- El catastrofismo: los populistas son destacados pesimistas sobre la situación en la que se encuentran. El mundo que los rodea es corrupto, caótico y fallido. Hay que limpiar los establos de Augías para poder empezar de cero. En un pasado dominado por la élite antipopular no hay nada redimible.
- La criminalización de los rivales políticos: los adversarios políticos no son conciudadanos con distintas opiniones, sino delincuentes que deben ir a prisión. Los populistas son propensos a trasladar el enfrentamiento con sus rivales políticos del terreno electoral a los tribunales, donde suelen tener jueces amigos y dispuestos a encerrar a miembros de la oposición irritantes o demasiado populares. «A la cárcel» es su grito de guerra. Entre las excusas frecuentes para encarcelar a los opositores están la corrupción, la sedición, la traición, el terrorismo, los abusos sexuales o las conspiraciones para derrocar al Gobierno.
- La utilización de las amenazas externas: además de la amenaza interna, está la externa. Es una práctica muy antigua; el líder populista afirma que la nación está amenazada por un enemigo exterior. Se trata de una emergencia nacional que exige unidad y el apoyo incondicional de la población al Gobierno. En esas circunstancias, oponerse a los gobiernos equivale a una traición. Los enemigos extranjeros pueden ser naciones,

inmigrantes que roban puestos de trabajo o empresas extranjeras abusivas que están explotando la patria.

- La militarización y paramilitarización: los populistas tienen un largo historial de glorificación de la imaginería militar y de utilizar a las fuerzas armadas y a los grupos paramilitares para intimidar a los disidentes.
- El argumento del desmoronamiento de las fronteras nacionales: dicen que las fronteras son «demasiado abiertas» y «porosas» y, por tanto, es urgente reforzarlas para detener la invasión de «los inmigrantes que nos roban el trabajo».
- El desprecio a los expertos: los expertos y los científicos, por definición, pertenecen a la élite intelectual y, por tanto, son cómplices de las humillaciones que sufre el noble pueblo al que representa el líder populista. Además, los expertos recogen datos y pruebas que demuestran realidades nada convenientes para el gobernante populista. El populismo vive en un mundo de fe e instinto, no de datos y ciencia.
- Los ataques a los medios de comunicación: los medios (hostiles) son unos enemigos tan encarnizados como los expertos. También ellos disponen de datos y muchas veces sacan a la luz la corrupción y la incompetencia de los gobiernos. Y son aficionados a denunciar actuaciones que el Gobierno preferiría mantener en secreto.
- La erosión del sistema de pesos y contrapesos: todas las instituciones capaces de contener y controlar la voluntad desenfrenada del populista son objeto de desconfianza y,

a veces, de ataques descarados y de intentos de desautorizarlas.

- El mesianismo: la respuesta a todos estos enemigos comunes está en la fuerte personalidad de quien dirige la causa populista. La encarnación del populismo suele ser un líder carismático que encabeza la lucha contra las élites que oprimen al pueblo.

Una vez establecido el marco populista, ya está listo el terreno para desplegar la segunda estrategia en el intento de obtener y conservar el poder: la polarización. Demonizar sin descanso a los adversarios y resaltar los asuntos, tanto viejos como nuevos, que dividen a la nación es una estrategia polarizadora que, por desgracia, suele dar muy buenos resultados. Es el método de lo que los marxistas llamaban «agudizar las contradicciones», que tiene una eficacia fuera de toda duda.

Las diferencias que no solo enfrentan entre sí a los adversarios políticos, sino a familiares, amigos, colegas y vecinos pueden basarse en cosas muy distintas: ideología, raza, religión, rivalidades territoriales, agravios históricos, desigualdades económicas, injusticias sociales, diferencias lingüísticas y muchas otras.

La polarización elimina la posibilidad de las soluciones intermedias y obliga a todo el mundo y a todas las organizaciones a tomar partido. En nuestros días actúa siguiendo la dinámica del *fandom* , la masa de fans, el modelo de la cultura popular, en la música y el deporte, en el que los seguidores de una estrella se identifican intensamente con ella y sienten una aversión visceral hacia las estrellas rivales.

Otra importante fuente de polarización es la identidad. Como definió acertadamente Francis Fukuyama, «[la identidad] centra la necesidad natural de la gente de que se reconozca su dignidad y proporciona el lenguaje para expresar los sentimientos de agravio cuando no se les proporciona ese reconocimiento». [10] También en este caso los políticos han utilizado siempre la identidad como una forma de sembrar la discordia, de enfervorizar y de movilizar a la gente para reclutar seguidores. En los últimos años ha habido una explosión de la polarización política que ha facilitado y amplificado ese reclutamiento.

En un entorno político polarizado, el fanatismo y la identidad no dejan margen para un apoyo matizado, para tender puentes entre partidos, para firmar treguas temporales entre distintos bandos. A medida que se agrava la polarización, se empieza a tratar a los rivales políticos como enemigos. Las partes enfrentadas dejan de hacer cualquier concesión para tratar de llegar a acuerdos de gobierno mínimamente viables. Por el contrario, niegan incluso que la otra parte tenga legítimo derecho a aspirar al poder y hacen caso omiso de la regla democrática habitual según la cual la alternancia en el poder es un pilar normal, natural y saludable de la coexistencia democrática.

El populismo y la polarización son viejos instintos en el ámbito político: se pueden mencionar ejemplos que se remontan a la Antigüedad. Lo que resulta más peculiar de esta variedad contemporánea de la revancha del poder es el último componente: la posverdad. Aquí nos encontramos con un fenómeno muy nuevo, no porque los políticos no mintieran antes —pues, por supuesto, lo hacían—, sino porque la

posverdad va mucho más allá de la simple mentira. Con su utilización actual de la posverdad, los líderes no se limitan a contar mentiras, sino que niegan de partida la existencia de una realidad independiente susceptible de verificarse. El principal objetivo de la posverdad no es que se acepten las mentiras como verdades, sino enturbiar las aguas hasta hacer que sea difícil distinguir la diferencia entre la verdad y la falsedad.

El primero en utilizar el concepto de «posverdad», en un artículo de 1992, fue el guionista y novelista Steve Tesich. [11] En 2016, el *Oxford Dictionary* la designó «palabra del año» [12] y explicó que se había advertido un uso mucho mayor «en el contexto del referéndum sobre la Unión Europea en Reino Unido y las elecciones presidenciales de Estados Unidos. Se utiliza asociada a un sustantivo concreto, en la expresión "la política de la posverdad"». Este concepto trata de reflejar lo que, según Sean Illing, es «la desaparición de unos criterios objetivos comunes sobre qué es verdad» [13] y lo que Barbara A. Biesecker define como «el enrevesado ir y venir entre los hechos y los hechos alternativos, el conocimiento, la opinión, las creencias y la verdad». [14]

El populismo, la polarización y la posverdad son mecanismos complejos: abstracciones que hay que bajar de sus alturas majestuosas para convertirlas en métodos prácticos de búsqueda y mantenimiento del poder. Cuando los utiliza alguien ávido de este, pueden derribar las defensas construidas por las sociedades para proteger a la democracia de la invasión de un poder que no rinde cuentas.

Los tres mecanismos juntos tienen la capacidad de frenar la tendencia del poder a debilitarse, pero con un costo terrible. Porque las tres pes constituyen una receta para perseguir y mantener el poder que es básicamente antidemocrática y no está sujeta a los principios constitucionales ni al control de las instituciones.

La reinvención de la autocracia

¿Cómo hemos llegado a esto? Para comprender las causas de que el periodo actual sea así debemos remontarnos al inmediatamente anterior. Al acabar la Guerra Fría se consolidó un nuevo consenso sobre la naturaleza de la legitimidad política. De acuerdo con esta nueva teoría, el poder de un gobernante es legítimo si esa persona cumple los requisitos de un Gobierno democrático. Eso significa, ante todo, haber sido elegido en unas elecciones libres y limpias, pero también respetar el Estado de derecho y los derechos de las minorías, someterse a los controles institucionales apropiados por parte de unos tribunales y parlamentos que no estén indebidamente controlados por el ejecutivo, tolerar unos medios de comunicación libres e independientes y respetar el derecho de los votantes a cambiar el Gobierno mediante elecciones periódicas. Significa acatar los límites legales de mandatos en los países que los tienen y, en los que no, resistir a la tentación de intentar conservar el poder de forma permanente. Esta declaración de principios es la que suele denominarse «el consenso liberal», una expresión en la que la palabra «liberal» no tiene el sentido que se le da hoy en Estados Unidos de «centroizquierda», sino en su significado histórico de «con la libertad como prioridad».

Es importante entender que este consenso no es natural en absoluto. Es más, como principio que da legitimidad al poder, es relativamente nuevo. Durante la mayor parte de los diez mil años transcurridos desde el primer Gobierno estable, en la antigua Mesopotamia, el poderoso justificaba su derecho a gobernar en su vínculo con alguna deidad. Hace alrededor de mil años, como ha demostrado el profesor David Stasavage, algunos reyes europeos empezaron a aceptar cierto control de su poder y a gobernar en cooperación con consejos o asambleas de los nobles más importantes de sus reinos. [15] En épocas más recientes, se propusieron otros fundamentos de legitimidad para gobernar, entre ellos las aspiraciones revolucionarias de la clase obrera, las prerrogativas hereditarias de los monarcas y los vínculos ancestrales de los pueblos nativos con sus tierras.

Todo eso ha quedado atrás. Desde la caída de la Unión Soviética, solo se ha tenido en cuenta la legitimidad democrática. Ese fue el cambio fundamental que Francis Fukuyama teorizó con el famoso nombre del «fin de la historia», [16] no porque la historia se hubiera acabado realmente, claro, sino porque lo que sí había terminado era la rivalidad entre diferentes sistemas para establecer la legitimidad de un Gobierno. Tras la Guerra Fría, seguro que la gente seguiría tratando de alcanzar el poder utilizando la religión, la herencia, la clase o la etnia, pero los principales miembros de la comunidad internacional ya no considerarían esos intentos plenamente legítimos ni aceptables.

Ahora bien, si ya no es posible atacar abiertamente a las democracias liberales —con sus molestas restricciones al poder ejecutivo— desde fuera, ¿cómo pueden establecer su

poder quienes aspiran a convertirse en autócratas? Su solución fue socavar las democracias a escondidas, desde el interior.

El marco de las tres pes es un sistema para obtener, ejercer y conservar un poder ilimitado en un mundo que no considera que ese tipo de poder sea legítimo. La solución es fingir lealtad al consenso liberal y, al mismo tiempo, corroerlo poco a poco por dentro.

La nueva tecnología para los aspirantes a autócratas se ha desarrollado en el siglo XXI porque antes no había sido necesaria. En el siglo XX , los dictadores no tenían por qué ocultar su dominio del ámbito político: si acumulaban un gran poder, lo ejercían sin reparos, por la fuerza de las armas o jurando lealtad a una de las superpotencias que, a cambio, protegían a su aliado de los enemigos externos. Muchas veces se recurría a una propaganda desmesurada para consolidar el poder del dictador, pero el propósito no solía ser ocultar su autoridad. Todo lo contrario. En general, no era muy necesario disfrazarse de país democrático o de gobernante liberal. En aquellos años, aparte de la aprobación de los gobernados, los autócratas tenían más opciones para proclamar su legitimidad. Los de derechas podían apelar al «orden y progreso» y los de izquierdas se acogían al manto de la dictadura del proletariado. Sea cual fuere su justificación, había pocos incentivos para fingir que se trataba de democracias liberales, por más que algunos países, como Alemania del Este y Corea del Norte, decidieran apropiarse de la palabra «democracia» y utilizarla con fines marxistas.

Todavía quedan algunas dictaduras de la vieja escuela que se hicieron con el poder antes del «fin de la historia». Y no son

pocas. Siguen controlando países como China, Siria, Bielorrusia y Cuba, ejemplos que confirman que todavía puede haber regímenes de ese tipo en todo el mundo. Sin embargo, para los nuevos aspirantes que aparecieron en el escenario mundial tras el final de la Guerra Fría, los viejos métodos no eran viables. Necesitaban una nueva solución.

En un mundo en el que las personas, los productos y las ideas están cambiando constantemente y el viejo instinto de ceder ante los poderosos o ante la tradición está desapareciendo, tratar de poseer una autoridad absoluta es nadar contra la corriente histórica. En un siglo XXI caracterizado por la explosión de la libertad personal, la movilidad y el acceso a la información, los llamamientos directos a la fuerza se toleran menos que en el pasado. De ahí que los actuales autócratas 3P, cuando empiezan a establecer su poder, intenten pasar por algo que no son: demócratas de tipo occidental.

Ese es el círculo cuya cuadratura solo pueden conseguir el populismo, la polarización y la posverdad. El marco de las tres pes permite que los nuevos autócratas puedan fingir que encarnan la verdadera voluntad del pueblo, reprimida por las élites corruptas y escondida por unos medios también corruptos. Les permite afirmar que representan la voz del pueblo mientras desmantelan las instituciones que sí sirven para transmitir las verdaderas voces de la gente.

Así, los autócratas 3P establecen su legitimidad en un entorno en el que el poder inexpugnable sigue siendo tabú. El marco de las tres pes les permite imitar hipócritamente las formas del consenso liberal y fingir que están apuntalando su

legitimidad, cuando, en realidad, socavan con sigilo el viejo orden. En este libro vamos a examinar los mecanismos que hacen esto posible. De momento, la forma más sencilla de empezar a desbrozar el terreno es comprender que, en su ansia de poder absoluto, los actuales aspirantes a autócrata utilizan el engaño de una manera que sus predecesores del siglo XX no necesitaban.

En efecto, el engaño es el elemento fundamental de la vía de las pes hacia el poder. Y si la hipocresía es —como dijo el memorialista francés La Rochefocauld— un homenaje que el vicio rinde a la virtud, el poder de las tres pes rinde alegremente ese homenaje a las democracias que corroe. [17]

En el siglo XXI , los nuevos regímenes autocráticos no suelen instaurarse después de derrocar un régimen democrático por la fuerza, sino fingiendo ser democracias. Como dice Erica Frantz, de la Universidad del Estado de Míchigan, en su libro de 2018 *Authoritarianism. What Everyone Needs to Know* , las autocracias, hoy, suelen surgir después de corroer la democracia por dentro, igual que las larvas de algunas avispas devoran a las arañas que las alojan en su interior. [18]

Esta tendencia está presente en todos los continentes, desde países tan pobres como Bolivia hasta otros tan ricos como Estados Unidos. Hasta la más mínima imitación de democracia puede ser crucial para que el poder mantenido por las estrategias de las tres pes sea viable. Como dice Larry Diamond, de la Universidad de Stanford, «el principio democrático tiene todavía hoy la suficiente resonancia como para que dirigentes como [el dictador egipcio Abdelfatah] El

Sisi y [el ruso Vladímir] Putin sientan la necesidad de demostrar que han obtenido el poder en unas elecciones contra unos supuestos rivales, que han sido elegidos por el pueblo». [19] Están atrapados en la fraseología del consenso liberal, y por eso recurren al subterfugio y socavan a escondidas los sistemas que les permitieron llegar al poder.

Hace ya dos décadas que los profesionales de las tres pes practican esta nueva variedad de autoritarismo. Su estrategia demuestra el reconocimiento de que es indefendible. A falta de otra explicación que pueda servir para reforzar su legitimidad, hacen enormes esfuerzos para disimular e intentar mostrarse como parangones de un sistema que están decididos a desmantelar.

El *sigilo* , por tanto, es una de las principales tácticas que los autócratas utilizan para concentrar el poder en un entorno en el que este muestra una tendencia natural a dispersarse. El sigilo se convierte en un complemento indispensable del marco de las tres pes, una necesidad táctica para poder alcanzar unos objetivos que son demasiado escandalosos para confesarlos. Hasta tal punto que, en muchos casos, ocultar la verdadera forma de ejercer el poder se convierte en la estrategia fundamental para acumularlo y conservarlo. Se puede decir que estos casos son «sigilocracias».

Por supuesto, no todos los políticos que han utilizado las estrategias de las tres pes son sigilócratas ni han maniobrado a escondidas. Algunos, como Rodrigo Duterte en Filipinas y Viktor Orbán en Hungría, fueron explícitos desde el principio y transparentes en su inclinación a ejercer un poder autoritario. Sin embargo, la mayoría de los que intentan sustituir

democracias establecidas por regímenes autoritarios encuentran en las tres pes una solución ingeniosa al problema de imponer la autocracia a una población acostumbrada a la democracia y pese a las exigencias de la comunidad internacional. Es más, de vez en cuando, hasta los dictadores que menos disimulan se ven obligados a presentar como mínimo una tímida fachada de legitimidad democrática: las «elecciones» que Putin se siente obligado a convocar cada pocos años para mantenerse en el poder son un ejemplo.

La mayor parte de este libro está dedicada al «cómo» del poder de las tres pes: *cómo* surge, *cómo* actúa, *cómo* corrompe las instituciones oficiales y las normas informales, y *cómo* degenera hasta convertirse en antipolítica en unos casos y en estados mafiosos en otros.

Pero no sirve de nada analizar a fondo el «cómo» sin entender bien el «porqué». El poder de las tres pes es una reacción a la fragmentación y a la degradación de las formas tradicionales de poder. Es una forma que tienen los que están decididos a ejercer un poder sin restricciones de *adaptarse* a un mundo en el que el poder de los gobernantes está siempre en cuestión y en donde escasean los mandatos prolongados.

Esta adaptación no es un aspecto técnico ni un cambio evolutivo moralmente neutral. El poder de las tres pes es un poder perverso, incompatible con los valores democráticos que constituyen la base de cualquier sociedad libre. Se esconde hasta que deja de necesitarlo. Entonces ataca. Y, cuando se quita el manto del sigilo, a menudo es demasiado tarde.

En las páginas que siguen vamos a examinar cada una de estas tácticas con detalle, a introducirnos en ellas para

descifrar cómo actúan y cómo se las puede combatir. Porque el reto que plantea la autocracia 3P a las sociedades libres y democráticas es existencial. Y por eso no hay margen para la autocomplacencia.

PRIMERA PARTE

La era del populismo, la polarización y la posverdad

1

El ataque mundial contra los pesos y contrapesos que definen la democracia

Varsovia, Polonia, diciembre de 2019: Tras una sucesión de humillantes derrotas del Gobierno en los tribunales ordinarios, una nueva ley autoriza al Tribunal Supremo del país, en el que predominan los magistrados nombrados por el partido en el poder, a apartar a los jueces de dichos tribunales que hayan «participado en actividades políticas». Entre esas actividades se incluye poner en duda la independencia política del órgano encargado de administrar las penas. [1]

Nueva Delhi, India, junio de 2017: La Brigada de Investigación Criminal de India, alegando una acusación de fraude, registra la casa del fundador del canal de noticias NDTV, conocido por sus duras críticas contra el Gobierno, mientras la cadena denuncia «un acoso coordinado contra NDTV y sus promotores» con la intención de silenciarlos. [2]

La Paz, Bolivia, noviembre de 2017: El Tribunal Supremo del país dictamina que el derecho a presentarse a unas elecciones es un derecho humano universal que afecta a todos los ciudadanos. Es un derecho tan universal que afecta incluso al presidente en activo, que está a punto de cumplir el límite máximo legal de dos mandatos y que es quien ha designado a los miembros del tribunal. [3]

Washington, D. C., abril de 2019: La Casa Blanca anuncia que va a recurrir todas las citaciones para comparecer en el Congreso y el presidente Trump ordena a todos los funcionarios del brazo ejecutivo que se nieguen a cooperar cuando las cámaras les exijan dar informaciones o testificar. [4]

Tomados de uno en uno, estos ejemplos parecen tener relativamente poca importancia. Al verlos en un titular de periódico se puede albergar la tentación de no leer la noticia. Ninguna de ellas, por sí sola, parece motivo de alarma. Ni tampoco está claro, a primera vista, lo que tienen en común.

No parece que nada vincule a los conservadores del *America First* en Washington con los nacionalistas hindúes de Nueva Delhi, los paleonacionalistas de Varsovia y los socialistas indigenistas de La Paz.

Pero sí hay un hilo silencioso que los une. Todos y cada uno cuentan con un líder que se dedica a socavar a escondidas las salvaguardias estratégicas que protegen la democracia, limitan el margen de maniobra de los dirigentes y garantizan una disputa limpia por el poder. Son la revancha del poder en acción.

Polonia, India, Bolivia, Estados Unidos, países grandes y pequeños, ricos y pobres, en Oriente y Occidente. Es difícil imaginar lugares y dirigentes más distintos. Sin embargo, todos estos líderes han utilizado unas estrategias similares para reforzar su poder sin llamar demasiado la atención. Sus medidas están envueltas en jerga legal, pero todas tienen una intención política muy fácil de apreciar. Unas veces asaltan la capacidad de supervisión del poder legislativo y otras, la función vigilante de la prensa, o la independencia de los tribunales, o los mecanismos básicos de control que impiden un poder ejecutivo ilimitado.

No siempre lo consiguen: en Estados Unidos apartaron de la presidencia al aspirante a autócrata, y en Bolivia también. Pero los socialistas bolivianos se las arreglaron para regresar al Gobierno y el principal populista nacionalista estadounidense está tramando su regreso. Lo que todos tienen en común es que saben que, para afianzarse en el poder, deben desmantelar los controles que se lo impiden, ya sea la limitación de mandatos, la independencia de la fiscalía, la prensa libre y crítica o la independencia de los tribunales. ¿Su objetivo?

Destruir cualquier mecanismo que constituya un impedimento para gobernar sin restricciones.

Durante mucho tiempo, los habitantes de las democracias ricas y desarrolladas se acostumbraron a la cómoda sensación, no exenta de soberbia, de que los vaivenes políticos de los países más pobres no tenían nada que ver con ellos. Trump y el Brexit hicieron añicos esa seguridad. Resulta que las tácticas que funcionan allí también *pueden* funcionar aquí.

Este capítulo muestra que, en todo el mundo, los políticos que se guían por las tres pes han adoptado una serie de métodos y estrategias comunes y comparten lo aprendido sobre cómo reconstituir el poder absoluto en una época en que este se ve con hostilidad. Aunque muchos de los que lo ejercen proclaman estar en contra de la globalización, la revancha del poder es un asunto completamente globalizado.

En este capítulo vamos a examinar varias de las características que comparten los autócratas 3P en territorios muy distintos. Veremos que se emplean los mismos tipos de estrategias una y otra vez en lugares y culturas tan dispares como Italia y Bolivia, India y Hungría, las Great Smoky Mountains de Carolina del Norte y las sofocantes junglas de Mindanao, en Filipinas. Si se ahonda un poco, y a pesar de la diversidad de objetivos, se aprecian temas e hilos políticos comunes, y siempre con el mismo fin: engañar a un mundo que es hostil al poder absoluto para que este haga sitio a la autocracia.

La primera obligación de los líderes que aspiran a ejercer un poder político ilimitado es someter las instituciones del Estado a su voluntad. No es una tarea sencilla: en las democracias

actuales, las instituciones están concebidas precisamente para que no sea fácil doblegarlas a los deseos de un individuo. Para superar esa resistencia sin recurrir a tomar el poder a la antigua, con tanques en las calles, hacen falta cierta habilidad y el dominio de unas técnicas comunes de las tres pes. Este capítulo examina esas técnicas y sigue la pista de su propagación por el mundo.

¿QUIÉN VIGILA A LOS VIGILANTES?

El problema fundamental al crear un Gobierno que verdaderamente rinda cuentas al pueblo es tan antiguo que su formulación más conocida viene del latín: *quis custodiet ipsos custodes?* ¿Quién vigila a los vigilantes? Un Gobierno necesita tener el poder para hacer cosas, pero ese poder debe limitarse de alguna forma para que no se descontrole y domine a toda la sociedad. Alguien tiene que vigilar a los vigilantes, observar con ojo atento aquellos en cuyas manos se deposita la autoridad para que no abusen ni puedan abusar jamás de ella.

Para ello, las sociedades modernas recurren a un inteligente diseño institucional integrado en el consenso liberal: un sistema interconectado de órganos de Gobierno que se vigilan entre sí para garantizar que ninguno pueda amasar todo el poder y lo utilice para sus propios fines en vez de para el bien público.

En la tradición estadounidense, ese sistema suele denominarse de «pesos, contrapesos y controles». Es una idea antigua pero acertada. En realidad, es seguramente de lo mejor que Estados Unidos ha exportado al resto del mundo.

Como es sabido, después de haber sufrido un aumento incontrolable del poder por parte del monarca británico, los

fundadores de Estados Unidos se obsesionaron con el deseo de garantizar que el brazo ejecutivo del nuevo país no pudiera caer preso de la misma inclinación. El sistema de pesos y contrapesos que consagraron en la Constitución —escrita durante cuatro meses en 1787— sirvió de modelo a los que redactaron constituciones en todo el mundo. La influencia de los fundadores de Estados Unidos llega hoy muy lejos de sus fronteras. En todo el mundo, salvaguardias como la limitación de mandatos, la supervisión del Congreso, la revisión judicial, la libertad de prensa, la aplicación apolítica de la ley, la independencia judicial y parlamentaria, las elecciones periódicas y un ejército supeditado al poder civil están garantizadas por las leyes.

En la actualidad, los autócratas en ciernes que aspiran a hacerse con el poder absoluto necesitan, por encima de todo, un método fiable para sortear esos controles. Y la existencia de controles en todo el mundo hace que el intento de vaciarlos de contenido también sea un fenómeno mundial. En todos los países en los que se instauran límites al poder ejecutivo surgen a continuación métodos furtivos para anularlos.

Los controles fundamentales se aplican mediante el Estado de derecho. De modo que, para ejercer un control autocrático sin restricciones, el primer requisito es encontrar una forma fiable de subvertirlo. No es algo que se pueda hacer a la vista de todos. La primera regla de las tres pes es mantener siempre las formas externas de la legalidad y el orden constitucional. El déspota desvergonzado vestido de uniforme con charreteras que cerraba tribunales y gritaba órdenes a sus subordinados es una reliquia del siglo XX que se desvanece en el espejo retrovisor de la historia. Lo que los autócratas del siglo XX

hacían por la fuerza, sus homólogos del siglo XXI lo hacen mediante el sigilo. Si sus predecesores del siglo XX se proponían destruir el Estado de derecho empleando la fuerza bruta, los autócratas del siglo XXI lo socavan mediante el poder corrosivo de la falsa imitación.

En ese empeño, mantener una apariencia de legalidad, por mínima que sea, no es una cuestión superficial. A menudo constituye el elemento crucial. Es necesario mantener las apariencias para poder desmantelar el sistema de control que forma la base del consenso democrático liberal. Pero ¿cómo se consigue?

SEUDOLEY: LA CORROSIÓN DEL ESTADO DE DERECHO DESDE DENTRO

Una estrategia fundamental para lograrlo es la seudoley: una imitación corrupta del Estado de derecho que, en realidad, es su enemigo mortal.

La seudoley es a la verdadera ley lo que las seudociencias son a las verdaderas ciencias.

Así como las seudociencias se apropian de las formas externas a las ciencias para pervertirlas, la seudoley toma prestado el aspecto del principio de legalidad para vaciarlo de contenido.

Un ejemplo son los esfuerzos de la industria del petróleo para subvertir la climatología. Durante decenios, las grandes empresas petroleras invirtieron todo el dinero del mundo en encargar «estudios» académicos que invariablemente llegaban a la conclusión de que se exageraba al valorar la amenaza que representaba la contaminación procedente del carbono. Los

artículos de estos investigadores tenían todo el aspecto de auténticos ensayos científicos; imitaban de forma deliberada a la ciencia. Pero, como han demostrado de sobra autores como Steve Coll [5] y David Michaels, [6] esos informes no tenían nada de científicos: eran seudociencia creada para esparcir dudas sobre la realidad. Es una dinámica similar a la que se ha utilizado para promover el tabaco, las bebidas azucaradas e incluso la prescripción pasiva de opiáceos: una y otra vez se utilizan argumentos falsamente científicos, disfrazados de forma que parezcan reales, con el fin de justificar lo injustificable.

Es fácil comprender por qué los grupos de interés más poderosos usan este método. Enfrentarse descaradamente a la ciencia sería inútil, porque todo el mundo reconoce que es la forma de adquirir conocimientos legítimos sobre el mundo natural. Por eso aquellos que quieren sembrar dudas sobre los procedimientos científicos prefieren imitarlos en vez de negarlos. El objetivo fundamental, por supuesto, es evitar, retrasar o suavizar cualquier regulación oficial que pueda reducir sus beneficios.

Los grupos de presión, en lugar de organizar un ataque frontal contra la ciencia, dedican años y años e invierten grandes cantidades de dinero para socavarla, subvencionan a expertos para que redacten informes científicos en apariencia, pero no en la realidad, para dar la impresión de que existe una polémica entre estudiosos cuando, en realidad, no la hay. La táctica es siempre la misma: apropiarse de las formas externas de la ciencia para ocultar las conclusiones de los verdaderos científicos.

Pues bien, la seudoley sigue ese mismo modelo. Adopta los aspectos formales de la ley para debilitar su contenido esencial.

¿Cómo se plasma la seudoley en la práctica? Por ejemplo, Donald Trump, en 2017, publicó un decreto ley elaborado a toda prisa para prohibir la llegada de viajeros desde varios países de mayoría musulmana y afirmó que era una medida necesaria por motivos de seguridad nacional. Por ejemplo, la entonces presidenta argentina, Cristina Fernández de Kirchner, prohibió en 2009 la exportación de carne de vacuno por motivos de «seguridad alimentaria», pese a que todo el mundo sabía que era un intento muy poco disimulado de castigar a sus detractores en el sector. Por ejemplo, la Sala Disciplinaria del Tribunal Constitucional de Polonia sancionó a los jueces que habían fallado en contra de los intereses del Gobierno tras una vista rápida conducida por magistrados dóciles que guardaron las formas habituales de los trámites judiciales.

Es una estrategia similar a la que el profesor Javier Corrales, del Amherst College, llama «legalismo autocrático». Corrales subraya que este método se ha utilizado de forma sorprendentemente parecida en países tan distintos como Estados Unidos y Venezuela, y señala:

> En todo el mundo hay presidentes que emplean distintas tácticas para poder gobernar sin restricciones, pero utilizan una estrategia común que consiste en erosionar la imparcialidad de la ley. El objetivo siempre es utilizar y manipular las leyes para protegerse a sí mismos y a sus aliados. Ese es el legalismo autocrático. [7]

La parte retorcida es que, cuando los autócratas 3P empiezan a utilizar las seudoleyes para afianzarse en el poder, es frecuente que a sus adversarios les cueste resistirse a utilizar sus propias medidas seudolegales para revocar esas

seudoleyes, si es que alguna vez llegan al poder. Otro ejemplo de seudoley es la decisión del Tribunal Constitucional de Tailandia en mayo de 2013 que ordenó a la popular pero autocrática primera ministra y a todo su Gobierno a dimitir y ceder el poder a una junta militar. Seudoley es también el Congreso de Brasil, en el que tres de cada cuatro diputados estaban siendo investigados por corrupción en 2016 y, aun así, consiguió destituir a la presidenta Dilma Roussef. Seudoley fue la orden de Donald Trump en 2018 al director general de Correos de Estados Unidos de que subiera el precio de los envíos de los paquetes porque así podía disminuir los beneficios de Amazon, una empresa a cuyo propietario, Jeff Bezos (también dueño de *The Washington Post*), Trump consideraba un adversario político.

La seudolegalidad ha ayudado mucho a quienes aspiran a convertirse en autócratas en todo el mundo. El Gobierno de India, del partido nacionalista hindú Bharatiya Janata Party (BJP) y encabezado por el primer ministro Narendra Modi, consolidó sus credenciales 3P al aprobar una nueva e incendiaria «ley de ciudadanía» que impedía a millones de musulmanes que habían migrado desde países cercanos varias décadas antes (los odiados «ellos» del relato sectario de «nosotros contra ellos» del BJP) conservar la nacionalidad india. Fue una medida típica de la seudoley: utilizar un instrumento legal con el objetivo específico de dividir al país de la forma que conviene al autócrata para polarizarlo. Sobre la misma época, el israelí Benjamin Netanyahu también se acreditaba como autócrata 3P con una controversia artificial y extraordinariamente parecida: una nueva «ley de la nación Estado» que rechazaba el compromiso de Israel con la

igualdad jurídica entre sus ciudadanos e incluso con la democracia, al establecer una refundación del Estado que impedía la plena participación de su minoría árabe. Una vez más, la ley sirve de apéndice de una estrategia de las tres pes: un factor de división política en forma de norma legal.

A veces, las contorsiones seudolegales son de tal dimensión que resultan casi cómicas. En 2017, Hungría aprobó una nueva ley que afectaba a los campus nacionales de universidades extranjeras, redactada de tal forma que solo podía afectar a la Universidad Centroeuropea (Central European University, CEU), en teoría una universidad constituida en Estados Unidos cuyo campus principal estaba en Hungría. ¿Por qué se tomó esa medida? Porque el inversionista y filántropo George Soros, estadounidense de origen húngaro, había donado el dinero para crear la universidad, que llevaba mucho tiempo acogiendo y dando trabajo a profesores independientes, muchos de los cuales discrepaban del incipiente régimen 3P de Viktor Orbán. La ley tenía una redacción tan extraordinariamente estricta que, además de afectar solo a la Universidad Centroeuropea, hacía del todo imposible que la universidad pudiera acatarla. Después de una larga disputa, el campus tuvo que desplazarse a Viena, a más de trescientos kilómetros al oeste. Vista desde fuera, la obsesión de los autócratas 3P con la seudolegalidad puede ser difícil de entender. Podría parecer que a Orbán le habría costado mucho menos enviar a unos cuantos policías a que cerraran la universidad sin todo el lío, que supuso la aprobación de nuevas seudoleyes absurdas. Como ocurre muchas veces, la cobertura legal con la que se intentó ocultar la decisión era ridículamente endeble.

Este es un *modus operandi* habitual entre los autócratas 3P. Construyen una falsa legalidad a partir de un sinsentido tan obvio que nadie sensato se tomaría en serio. En algunos casos, esas artimañas para concentrar el poder se llevan a cabo en las profundidades de la administración y son tan subrepticias que, en la práctica, resultan invisibles para la población.

¿Por qué hacen eso? ¿Para qué se toman tantas molestias? ¿A quién están engañando exactamente?

No son estas las preguntas que hay que hacerse. El propósito de la seudoley, en realidad, no es engañar a nadie. Al menos, no en el sentido de que se crea que una mentira es verdad. Debemos pensar que la seudoley es un instrumento de la posverdad. Su objetivo es enturbiar las aguas, crear la confusión suficiente en torno a la legitimidad de una serie de medidas como para poder seguir adelante con ellas, arrastrar a los adversarios a debates legales imposibles, solo accesibles para una élite, dejar suficiente margen de duda para que las imposiciones se puedan llevar a la práctica y desarmar el propio sistema legal, corromperlo y vaciarlo de cualquier contenido como control del brazo ejecutivo.

Para comprender de verdad el poder de las tres pes hay que aprender a descubrir las seudoleyes y reconocer el nihilismo que le sirve de base. Esta tarea puede ser difícil. Así como los argumentos seudocientíficos son a menudo descaradas patrañas para las personas con formación científica, pero resultan superficialmente convincentes para los profanos, la seudoley se aprovecha de la escasa comprensión de los principios constitucionales por parte de la gente normal. Los exasperados intentos de las élites para refutar esos argumentos no son ningún inconveniente, sino todo lo contrario. Cuando la

seudoley consigue irritar a la «élite corrupta», contribuye a vincular la posverdad con el populismo y con la polarización.

Los argumentos seudocientíficos no están concebidos para ganar un debate intelectual, sino más bien para que ese debate se quede estancado: se trata de crear una controversia en la que la gente corriente se sienta incapaz de decidir quién es el ganador. Durante años, la industria del tabaco utilizó la seudociencia para sembrar dudas sobre la relación entre fumar y contraer una afección pulmonar. El propósito no era convencer a nadie de que fumar era una actividad saludable, sino generar confusión y dudas suficientes para enturbiar y frenar los intentos de legislar al respecto. Al fin y al cabo, el verdadero objetivo político de los charlatanes seudocientíficos que querían enseñar el creacionismo en los colegios de Estados Unidos era «introducir la controversia en las aulas». La estrategia de los defensores del «diseño inteligente» era limitarse a decir que tenían una teoría diferente a la de los científicos convencionales y que lo justo era que ambos puntos de vista compartieran el mismo peso en el plan de estudios de ciencias. [8]

Los nuevos aspirantes a autócratas suelen poner la seudoley al servicio de la posverdad. El propósito de todas esas decisiones absurdas e interpretaciones engañosas de la ley es crear confusión y sembrar dudas sobre lo que es legal y lo que no, un debate que los ayuda a que sus planes prosperen. No obstante, los daños colaterales de esos proyectos son considerables. En el último artículo de opinión que escribió antes de fallecer, Paul Volcker, el respetado expresidente de la Reserva Federal estadounidense, calificaba la estrategia de los nuevos autócratas de «fuerza nihilista» que «trata de

desacreditar los pilares de nuestra democracia: el derecho al voto y a unas elecciones justas, el Estado de derecho, la prensa libre, la separación de poderes, la fe en la ciencia y el propio concepto de "verdad"». [9]

Los límites de la limitación de mandatos

A medida que se aproximaba 2008, Vladímir Putin comprendió que tenía un problema. Iba ya camino de consolidar su autoritario control sobre el Estado ruso, pero su segundo mandato había casi terminado y, de acuerdo con la Constitución rusa de 1993, no estaba autorizado a presentar su candidatura por tercera vez. ¿Qué podía hacer?

Las limitaciones de mandato son un problema habitual para los autócratas actuales, tanto para los ya establecidos como para los nuevos. Por lo menos 134 países cuentan con algún tipo de limitación formal de mandatos o, como mínimo, prohíben ejercer mandatos consecutivos, así que es una cuestión con la que seguramente los aspirantes a autócratas tienen que acabar lidiando en algún momento. En todos los casos, su máxima prioridad es conservar el poder ejecutivo. Sin embargo, las formas de hacerlo varían en función de las circunstancias políticas e institucionales de cada país.

La Constitución rusa ofrecía a Putin una posibilidad interesante. En el esquema organizativo del Kremlin, justo por debajo del todopoderoso presidente, se encontraba el cargo de primer ministro, en teoría un cargo claramente inferior, similar al papel del jefe de gabinete de la Casa Blanca en el sistema estadounidense. Aun así, era una oportunidad para Putin: con un personaje lo bastante dócil en la presidencia, el puesto de primer ministro sería un lugar estupendo en el que mantener

un perfil discreto durante un tiempo. Además, la constitución solo limitaba el número de mandatos consecutivos, pero nada impedía que Putin volviera a la presidencia cuatro años después, en 2012.

Y eso fue exactamente lo que hizo. Durante una grandilocuente ceremonia del partido gobernante, Rusia Unida, Putin anunció que iba a intercambiarse el cargo con su fiel primer ministro, Dmitri Medvédev, durante el periodo 2008-2012. Inmediatamente después volverían a intercambiarse, pero no sin antes aprobar una reforma constitucional que prolongaba el mandato presidencial de cuatro años a seis.

El pacto entre Putin y Medvédev fue un caso típico de seudoley: abiertamente forjado para eludir un control constitucional sobre la acumulación de poder, pero sin infringirlo del todo. Las limitaciones de mandato están pensadas para impedir que un gobernante pueda permanecer en el cargo demasiado tiempo y acumule un poder excesivo. El intercambio entre Putin y Medvédev puso en ridículo ese propósito. Pero, como buen instrumento seudolegal, destruyó el espíritu de la ley sin que se pudiera decir que técnicamente la hubiera infringido. Con los años, Putin siguió prolongando su mandato a medida que lo fue necesitando. En marzo de 2020 hizo que la Duma, que es un Parlamento a su servicio, aprobase una ley que le autorizaba a presentarse a otras dos reelecciones más, hasta 2036: treinta y siete años después de su llegada al poder. El resultado de la votación sobre este cambio en el pleno de la Duma fue de trescientos ochenta y tres votos a favor y cero en contra. Entonces se sometió la propuesta a los ciudadanos: con un 65 por ciento de

participación, el 78 por ciento de los rusos aceptó la propuesta. [10]

Las contorsiones institucionales de los autócratas para no perder el poder se han vuelto habituales. Un estudio publicado en 2020 en la *Columbia Law Review* por Mila Versteeg, Tim Horley y Anne Meng llegó a la conclusión de que, desde el año 2000, las maniobras para sortear los límites de los mandatos presidenciales se ha vuelto «extraordinariamente habituales». «Alrededor de un tercio de todos los presidentes que han llegado al final de su mandato ha hecho serios intentos de prolongarlo —concluye el estudio—. Y dos tercios de los que lo han intentado lo han conseguido».

Como escriben Versteeg y sus coautores:

> Introducir enmiendas en la Constitución es el método más común y se utilizó en dos tercios de los intentos de prórroga. Pero a veces también se ha reescrito la Constitución por completo para prolongar los mandatos, una estrategia descubierta en el 8 por ciento de los intentos. En el 15 por ciento de los casos se impugnó la legalidad de la limitación de mandato en los tribunales, con Bolivia como el ejemplo más destacado. Y los demás intentos consistieron en el nombramiento de títeres complacientes al estilo de Medvédev. [11]

La estrategia de la enmienda es especialmente popular en África. Solo desde 2015, los dirigentes de Burundi, Benín, la República Democrática del Congo y Ruanda expresaron sus planes de eliminar o prolongar los límites de sus mandatos. El presidente de Egipto, el exgeneral Abdelfatah el Sisi, eliminó los límites teóricos que existían a principios de 2019. En Uganda, cuando el límite de edad de setenta y cinco años para ser presidente previsto en la Constitución puso en peligro la posibilidad de que Yoweri Musevemi fuera reelegido porque tenía ya setenta y tres, este se las arregló para que el

Parlamento, lleno de partidarios suyos, enmendara esa cláusula.

En Latinoamérica, el presidente boliviano Evo Morales demostró una desvergüenza sin igual cuando intentó esquivar los límites de su mandato. Para empezar, celebró en 2016 un referéndum sobre la Constitución en el que pidió a los votantes que abolieran las limitaciones de mandato. Como el 51,3 por ciento de los bolivianos rechazó su propuesta, Morales recurrió a los tribunales y consiguió que el Tribunal Constitucional, compuesto por magistrados que él había escogido, fallara en noviembre de 2017 que la propia Constitución era anticonstitucional porque los límites que imponía al mandato presidencial violaban su derecho intrínsecamente humano a presentarse a las elecciones. En 2019 pareció que Morales había tentado demasiado a la suerte: su «victoria» electoral en un proceso lleno de irregularidades provocó un golpe militar y Morales tuvo que huir del país. Un año después, el candidato al que él respaldaba ganó las elecciones a la presidencia y Evo Morales regresó triunfalmente a Bolivia.

La jugada de Evo Morales fue un ejemplo especialmente descarado, pero de ninguna manera un caso aislado. En Venezuela, Hugo Chávez prefirió seguir preguntándolo en referéndum todas las veces que hicieran falta hasta que los votantes respondieran como él quería. Después de proponer una amplia reforma constitucional que incluía la eliminación de los límites de mandato y que los votantes rechazaron en 2007, se negó a aceptar la derrota y volvió a proponerla en 2009 (y, en esa ocasión, los votantes le dieron la respuesta deseada). No había ningún impedimento legal para preguntar

una y otra vez lo mismo hasta que los votantes se rindieran; no infringió la ley, pero sí la vació de contenido.

Quizá uno de los casos más evidentes de líder elegido de forma democrática que se propuso eliminar la limitación de mandato justo después de ganar las elecciones es el del presidente de Sri Lanka, Gotabaya Rajapaksa. A mediados de 2020, su partido, el Frente Popular, obtuvo la mayoría parlamentaria, lo que permitió que su hermano Mahinda pudiera continuar siendo primer ministro. Los dos hermanos aprovecharon su mayoría absoluta en el Parlamento para aprobar la vigésima enmienda a la Constitución de Sri Lanka. Así adquirieron la autoridad necesaria para revocar el límite de dos mandatos presidenciales, otorgar al presidente inmunidad total frente a la fiscalía mientras ocupara el cargo y anular la disposición que sometía los nombramientos presidenciales al control del Parlamento.

Las elecciones al revés: cuando los políticos escogen a sus votantes

Cuando leemos noticias sobre estos comportamientos en países pobres y lejanos corremos el riesgo de creernos inmunes, de pensar de forma autocomplaciente que una cosa así no podría pasar nunca en las democracias consolidadas. Pero si la era de Trump ha tenido algo positivo es que ha desinflado la peligrosa burbuja de complacencia de los estadounidenses ante la expansión del populismo.

La sensación de pánico por el daño que han infligido Donald Trump y sus cómplices a la república estadounidense es solo parte de la explicación. En Estados Unidos ha habido

ejemplos muy peligrosos de propensión a la seudolegalidad mucho antes de que él llegara.

Desde luego, la aportación más notable de Estados Unidos al canon de la seudoley es el *gerrymandering* , el arte de trazar los límites de las circunscripciones electorales para conseguir que un partido esté mucho más representado que otro. No es una práctica nueva: su nombre se debe a Elbridge Gerry, uno de los firmantes de la Declaración de Independencia. Durante su mandato como gobernador de Massachusetts, entre 1810 y 1812, elaboró un mapa de las circunscripciones para las elecciones al Senado del Estado que daba una enorme ventaja a los candidatos de su partido. [12] El *gerrymandering* ha llegado hasta nuestros días, y consiste en manipular los límites de un territorio para garantizar la ventaja de un partido concreto.

Esta extraña costumbre permite a los representantes escoger a sus electores, en vez de lo contrario. Es antidemocrática, primitiva y, hasta ahora, intocable. Su sórdida historia se remonta a la fundación de la República, pero en el siglo XXI se ha transformado por completo y se ha radicalizado gracias al desarrollo de sofisticados programas de cartografía. Históricamente, estas manipulaciones eran trabajos artesanales, burdamente orquestadas en habitaciones llenas de humo por los jefes políticos y sus subordinados a base de lápiz y papel. Ahora, los macrodatos y las aplicaciones cartográficas permiten a los políticos un control detalladísimo del perfil demográfico de las circunscripciones a las que quieren representar. El *gerrymandering* como concepto no es nuevo, pero ahora, con la ayuda de la tecnología, es mucho más poderoso que el tradicional, hasta el punto de que se ha

convertido en una de las herramientas más potentes del arsenal de las tres pes.

En un mapa electoral manipulado, el partido que tiene la capacidad de definir los límites de una circunscripción vence en muchas de ellas con un margen de diferencia más o menos holgado y pierde en unos cuantos por una diferencia enorme. Esto se consigue agrupando y dividiendo a los partidarios del partido rival. En primer lugar, el partido que controla la definición de las circunscripciones «agrupa» a todos los partidarios posibles del otro partido (a menudo, votantes pertenecientes a minorías) en un puñado de circunscripciones en las que siempre van a gozar de mayorías abrumadoras. De esa forma se aseguran de que el partido rival «despilfarre» muchos votos en un pequeño número de circunscripciones que están diseñadas para no entrar nunca en disputa.

Después, los manipuladores «dividen» a los demás votantes de la oposición a base de repartirlos entre todas las circunscripciones restantes, en las que no tienen posibilidad real de vencer. De esa forma se crean muchas circunscripciones en las que un partido gana siempre por una diferencia holgada, pero no abrumadora. Si se hace con habilidad, el método de agrupar y dividir votantes puede convertir una minoría de votos en una cómoda mayoría de escaños.

Esta es una de las razones fundamentales por las que Estados Unidos tiene circunscripciones en las que dos tercios de los votantes son negros, como el 2.º distrito electoral de Mississippi, o el 80 por ciento son hispanos, como el 15.º distrito electoral de Texas. Cuando en una circunscripción hay tanta densidad de miembros de minorías, que votan a los

demócratas, en el resto del estado hay muchas más circunscripciones que probablemente votarán a los republicanos. El resultado es una seudoley cubierta de brillantes pinceladas de rojo, blanco y azul.

Por ejemplo, en 2016, gracias a la agresiva aplicación de la nueva tecnología cartográfica, la manipulación partidista de las circunscripciones en Carolina del Norte convirtió el 53 por ciento de votos obtenido por los republicanos en un 77 por ciento de los escaños que correspondían al estado en la Cámara de Representantes y supuso que el partido se quedara con diez de esos trece escaños. Un estado en el que el 22 por ciento de la población es negra acabó con una delegación en el Congreso formada por menos del 8 por ciento de negros. Peor aún, ni una sola de las trece circunscripciones de Carolina del Norte se decidió por menos de doce puntos de diferencia. Cuando el *gerrymandering* es tan brutal, el estado suele llegar al día de las elecciones con unos resultados totalmente previsibles en las elecciones al Congreso.

Y Carolina del Norte no es, en absoluto, el único estado que permite esa manipulación tan sectaria de las circunscripciones. En 2016, Pennsylvania, un estado «morado» en el que republicanos y demócratas están siempre muy igualados, acabó teniendo una delegación en el Congreso con un 72 por ciento de republicanos. En 2018, en Wisconsin, donde los electores dieron el 53 por ciento de sus votos a los candidatos demócratas a la Asamblea estatal, estos acabaron ocupando solo el 36 por ciento de los escaños en dicha cámara. [13]

Estas desviaciones deberían dejar claro que la democracia no está a salvo en ningún sitio, ni siquiera en el país que fue el

primero en implantarla en la era moderna. Cuando se trata de conseguir el verdadero poder, la retórica de los políticos sobre su compromiso con la democracia se convierte en papel mojado.

«Cuando unos partidos muy comprometidos creen firmemente en cosas que no pueden conseguir por métodos democráticos —afirma David Frum—, no renuncian a sus convicciones; renuncian a la democracia». [14] Frum presenta este argumento en *Trumpocracy* , [15] su arremetida escrita en 2018 contra el efecto corruptor del Gobierno de Trump. Sin embargo, ya antes de la elección de Donald Trump la democracia estadounidense mostraba síntomas inquietantes de retroceso. No obstante, este se intensificó durante su presidencia y culminó con la insurrección violenta que, influida por el presidente, irrumpió en el edificio del Congreso el 6 de enero de 2021.

La manipulación de las circunscripciones electorales no es el único tipo de jugarreta 3P que está extendiéndose, tanto en los países ricos como en los pobres. Hay otra artimaña, que consiste en copar el sistema judicial de individuos designados por motivos políticos y de lealtad garantizada.

Cómo reclutar al árbitro: cuando los poderosos escogen a sus jueces

Los casos más llamativos de autocracia 3P son, entre otros, los del centro y el este de Europa, donde una nueva generación de populistas de derechas está triunfando con rapidez gracias a los métodos de las tres pes. Hungría, Polonia, la República Checa y Bulgaria han vivido el ascenso de gobiernos que no cumplen con los criterios europeos, lo que produce frecuentes

enfrentamientos entre dichos gobiernos y las instituciones de la Unión Europea en Bruselas. Hungría y Polonia, en especial, son ejemplos muy claros de cómo se asientan las autocracias 3P, con unos dirigentes que han actuado con decisión para consolidar su poder y protegerlo ante cualquier ataque. Para ello resulta fundamental controlar a los jueces.

En Polonia, por ejemplo, el Partido Ley y Justicia (PiS), de extrema derecha, llegó al poder en 2015 y se apresuró a asegurarse de que ningún juez entrometido pudiera arruinar su programa de Gobierno. La seudoley exige que una toma del poder así se justifique como una defensa de la democracia, y el PiS se ciñó al guion.

Durante la década de 2010, los líderes del PiS se dedicaron a alegar que, tras la caída del Muro de Berlín, en la generación anterior, Polonia había emprendido una «transición incompleta a la democracia» y contaba con partidarios secretos del viejo régimen comunista que fingían ser liberales en puestos estratégicos del aparato judicial. La lógica en la que se basaba esa justificación ya tendría que haber sido una señal de alarma para quienes conocen el marco de las tres pes: una acusación general y no demostrada sirve de base para un programa de reformas políticas que, por «coincidencia», solo puede llevarse a cabo si se dan nuevos poderes sustanciales al Gobierno. Y ese era el plan del PiS para los tribunales polacos: emprendió una campaña agresiva para apartar a los jueces que estaban en activo en ese momento y sustituirlos por compinches fieles al partido, y la presentó como una medida para apuntalar el Estado de derecho.

Los vecinos europeos de Polonia no estaban dispuestos a aceptar esta maniobra, y pronto comenzó una larga y

complicada batalla entre la Comisión Europea y Varsovia por su respeto al Estado de derecho. Sin embargo, las críticas a Europa formaban parte del plan del PiS desde el principio: presentarse como defensores de la soberanía de Polonia frente a la intromisión de los intelectuales de izquierdas del resto de Europa era una parte fundamental de la estrategia populista y de polarización del PiS. Así que los alaridos de indignación de Bruselas, París y Berlín no estropeaban su plan, sino que formaban parte de él.

La pertenencia a la Unión Europea no ha sido un obstáculo eficaz para la propagación de estas técnicas. En 2017, el Tribunal Supremo de Polonia, controlado por el partido en el Gobierno, creó una Sala Disciplinaria que de inmediato empezó a acosar y a amenazar a los jueces por variadas y supuestas fechorías. Desde 2016, un mínimo de sesenta jueces han tenido que comparecer ante la sala, algunos con la amenaza de sufrir condenas de hasta tres años de cárcel por dictar fallos que no eran del agrado del Gobierno. En algunos casos se ha castigado a los jueces por el mero hecho de solicitar un dictamen del Tribunal Europeo de Justicia, lo que ahora es un «delito» que puede suponer una reducción de hasta el 40 por ciento del salario.

Este tipo de asalto al sistema judicial es otro elemento habitual en todos los intentos de afianzar una sigilocracia. Los tribunales pueden ser un obstáculo para todas las demás partes del programa autoritario, por lo que asegurarse de que son leales al autócrata es una de las máximas prioridades, solo por detrás de controlar el poder ejecutivo. De ahí que el hecho de que un político tome enérgicas medidas para inclinar los

tribunales a su favor sea uno de los síntomas más inequívocos de que la sigilocracia está al acecho.

En Estados Unidos, la decisión del Senado, de mayoría republicana, de mantener vacante un puesto en el Tribunal Supremo durante todo 2016, el último año del mandato de Obama, es un célebre ejemplo de «canario en la mina» , de alerta de peligro para la independencia judicial; la primera señal de que el orden democrático liberal iba a sufrir pronto unas presiones sin precedentes. La excusa de «dar a los votantes la oportunidad de decidir quién nombraría al nuevo magistrado» fue un ejemplo clásico de seudoley: abiertamente nociva para el Estado de derecho en su conjunto, pero sin infringir ninguna ley en concreto.

La designación en 2017 de un firme conservador, Neil Gorsuch, fue preocupante, pero tal vez no lo más inquietante de la estrategia del nuevo Gobierno de Trump respecto a la justicia. Los nombramientos de magistrados para el Tribunal Supremo son asuntos de gran relevancia que atraen una enorme atención pública, pero a menudo otros nombramientos menos visibles, en tribunales inferiores, tienen tanta influencia o más en la configuración de la estructura legal.

Y en este aspecto las cosas fueron a peor. Poco después de asumir el poder en 2017, el presidente Trump designó la cifra récord de doce jueces para los tribunales de apelación y consiguió que el Congreso los confirmara. En los tribunales inferiores también actuó con decisión y nombró a un número sin precedentes de jueces que claramente no estaban cualificados para ocupar sus cargos. Varios eran poco más que políticos republicanos con toga. Uno de ellos, Matthew Petersen, ocupó los titulares de prensa cuando salió a la luz

pública un vídeo de él durante una sesión con congresistas en el que se le veía incapaz de responder a preguntas básicas sobre procedimientos legales que cualquier alumno de primer curso de derecho debería saber. Era candidato al Tribunal del Distrito Federal de Washington, D. C.

La despreocupación y el desprecio por las reglas tradicionales de comportamiento en la presidencia también influyeron en la actitud de Trump hacia los tribunales. Desde hacía decenios, los jueces federales se nombraban con arreglo a un proceso establecido y dirigido por los senadores del estado en el que el juez designado fuera a desempeñar su cargo. Las tradiciones variaban entre unos estados y otros, pero, en muchos casos, estaba previsto que los senadores permitieran que el colegio de abogados del estado u otras instituciones locales tuvieran un papel oficial en el proceso de decisión. El Gobierno de Trump hizo caso omiso de esas reglas y tradiciones —que hacían más difícil el nombramiento arbitrario de compinches políticos— sin pensárselo dos veces.

Si llevamos esta estrategia hasta sus últimas consecuencias acabamos en Turquía, bajo el mando de otro de los dirigentes 3P más despiadados y eficientes del mundo: Recep Tayyip Erdoğan. Cuando asumió el puesto de primer ministro, en 2003, se vio inmerso en una situación nada frecuente: había hecho campaña con la promesa de apartar drásticamente al Estado turco de su tradición laica y llevarlo hacia un nacionalismo y un conservadurismo más influidos por el islam, pero se encontró con unas fuerzas armadas y un sistema legal creados en los años veinte del siglo pasado por Kemal Ataturk, el fundador de la Turquía moderna, precisamente para impedir el abandono de esa tradición laica. Ambas

instituciones habían fomentado el ascenso de un aparato dirigente rotundamente laicista y comúnmente denominado «kemalismo». El kemalismo, obsesionado por que hubiera una estricta separación entre religión y Estado, tomó medidas muy extremas, que en Occidente serían polémicas, como prohibir la presencia de mujeres con pañuelo en las universidades públicas. Para acabar con ese *statu quo* existente desde hacía decenios era necesario actuar con una determinación extraordinaria, pero Erdoğan lo consiguió mediante una larga guerra de desgaste seguida de una campaña final de una sorprendente agresividad.

En 2010, el partido de Erdoğan, AKP, convocó un referéndum para que los turcos votaran, entre otras cosas, la posibilidad de reforzar su control del aparato judicial. La propuesta arrebataba a los magistrados de mayor rango su tradicional potestad de aprobar o no los nombramientos de los nuevos jueces y ponía en manos del AKP, con mayoría parlamentaria, la decisión final, por encima de la junta encargada de los nombramientos judiciales. Una junta que también estaba —cómo no— sesgada, con nuevos puestos creados específicamente para miembros leales del AKP. Se prometió que las reformas terminarían poco a poco con el control de los kemalistas sobre el sistema judicial. Sin embargo, los acontecimientos acabaron pronto con la paciencia de Erdoğan y con las medidas graduales.

En julio de 2016, varios jefes militares, alarmados por la posición islamista y autoritaria que parecía imponer Erdoğan, intentaron derrocar su Gobierno por la fuerza. El golpe fracasó, y Erdoğan aprovechó la oportunidad para llevar a cabo una amplia purga en las fuerzas armadas y en el aparato

judicial. A finales de 2016, la Asociación de Colegios de Abogados de Estados Unidos advirtió de que en Turquía había más de cuatro mil jueces, fiscales y otros profesionales de la ley que no solo habían sido despedidos, sino que también habían sido encarcelados. Estaban encerrados en sucios y abarrotados centros de detención como parte de una gran purga llevada a cabo por el Gobierno, que, en sus peores momentos, llegó a la detención de casi doscientos mil sospechosos. Turquía no contaba con suficientes celdas para encerrar a todos aquellos por los que Erdoğan se sentía amenazado, y el estado de emergencia declarado con la excusa del intento de golpe le había permitido arrestarlos a todos de una vez, sin posibilidad de recurso judicial. Al fin y al cabo, la mayoría de los jueces que en condiciones normales habrían visto el recurso también estaban en la cárcel.

Cuando los autócratas 3P quieren consolidar su poder, nunca tarda en llegar una teoría general y sospechosa de la conspiración, basada en pruebas más bien escasas. Tras lograr someter al kemalismo, Erdoğan decidió atacar a un enemigo cuyas raíces se hundían en su propio bando, el islamista. En este caso, la figura crucial fue Fetullah Gülen, un teólogo exiliado que vivía en Estados Unidos y que, según Erdoğan, dirigía una vasta red secreta de conspiradores en su contra. [16] Como de costumbre, la falta de pruebas reales de dicha conspiración, paradójicamente, reforzó la teoría de Erdoğan: el hecho de que no se pudiera localizar a los conspiradores confirmaba lo hábiles que eran.

La campaña de Erdoğan contra los gülenistas presuntamente escondidos en todos los rincones de Turquía siguió al pie de la letra la Constitución laica del país al tiempo que la vaciaba de

contenido real. Al utilizar los poderes otorgados por el estado de emergencia para justificar la detención arbitraria de cientos de miles de personas sin esperanza de poder comparecer ante un juez, Erdoğan abolió en la práctica, aunque no en la teoría, la cláusula del *habeas corpus* . Pocas veces ha erosionado la seudoley los derechos humanos tanto como en las purgas turcas contra los gülenistas. Una de las consecuencias fue un sistema judicial del todo desprovisto de jueces con la suficiente independencia para controlar el poder de Erdoğan.

Las medidas para dominar los tribunales no siempre son tan desmesuradas como las de Turquía. Un mecanismo muy antiguo y venerado es llenar los tribunales: ampliar el número de jueces que componen un tribunal para que la mayoría de ellos sean amigos del Gobierno. Este método, que ya intentó —en vano— Franklin D. Roosevelt en 1937, lo han llevado después a la práctica otros dirigentes con una menor credibilidad democrática.

En 2004, Hugo Chávez creó doce nuevos puestos en el Tribunal Supremo de Venezuela, además de los veinte que ya existían. La Constitución no lo prohibía, pero el resultado fue de esperar: un tribunal que hasta entonces había estado muy repartido quedó en manos de una mayoría progubernamental permanente. La medida acabó de una vez por todas con la capacidad del brazo judicial para servir de contrapeso al Gobierno. En 2014, un equipo de expertos legales venezolanos revisó 45.474 fallos del Tribunal Supremo entre 2004 y 2013 y solo encontró un puñado contrarios al Gobierno.

La degradación del Tribunal Supremo de Venezuela siguió en los años posteriores. En 2017 se designó a un jurista llamado Maikel Moreno presidente de ese organismo, a pesar

de tener unos antecedentes penales que, según los rumores, incluían una acusación de asesinato. Reuters comenzó a investigar la acusación, [17] pero se encontró con que todos los documentos relacionados con el caso habían desaparecido por casualidad. A principios de 2020, el Ministerio de Justicia de Estados Unidos imputó a Moreno una serie de cargos de corrupción por los sobornos que había recibido de personas comparecientes ante el tribunal. Según el escrito de acusación, en los últimos años Moreno había gastado nada menos que un millón de dólares en vuelos privados y mucho más en propiedades inmobiliarias de lujo en el sur de Florida.

En determinadas circunstancias, vaciar los tribunales puede surtir el mismo efecto que llenarlos. En 2016, en Carolina del Norte, cuando los diputados republicanos, que dominaban la asamblea del estado, se dieron cuenta de que varios jueces del tribunal de apelaciones nombrados por su partido estaban aproximándose a la edad de jubilación y de que quien iba a poder designar a los sustitutos sería el nuevo gobernador demócrata, aprobaron una ley para disminuir el número de magistrados de quince a doce, una decisión que en cualquier caso protegería la mayoría republicana. Tampoco aquí había nada en la Constitución de Carolina del Norte que prohibiera la medida, pero nadie tuvo dudas sobre cuáles iban a ser sus consecuencias políticas. Se hicieron retorcidas interpretaciones seudolegales al servicio del poder y se conservó una pátina de legalidad demasiado fina para ser creíble, pero lo bastante gruesa para envolver la controversia en una espesa niebla de sectarismo. En este caso, la seudoley, el sigilo y la posverdad actuaron de forma coordinada a unas pocas horas de la capital de la democracia más antigua del mundo.

La decisión de reducir el Tribunal de Apelaciones de Carolina del Norte se tomó cuando los republicanos que controlaban la cámara del estado vieron que a su gobernador iba a sustituirlo un demócrata. Y por eso constituye un tipo especial de artimaña que ilustra los peligros del periodo en el que un político va a abandonar su cargo.

OTROS TRUCOS Y TRAMPAS

En general, los autócratas preferirían no tener que convocar elecciones, y es lo que hacen en cuanto esto resulta políticamente factible. Dado que los electorados son imprevisibles, no siempre es posible impedir una derrota. No obstante, en la mayoría de lugares, el poder no cambia de manos el instante después de las elecciones, sino que tarda semanas o meses. En ese periodo denominado «del pato cojo» [*lame-duck*], los legisladores siguen legislando y los ejecutivos continúan tomando decisiones, aunque ya hayan perdido en las urnas.

Las derrotas electorales de los aspirantes a autócratas situados ya en el poder suelen desencadenar audaces asaltos a la historia y a las normas democráticas. El temerario intento de Donald Trump de anular su derrota electoral a finales de 2020 y principios de 2021 es el caso reciente más conocido, pero no único, ni mucho menos. Pensemos en Venezuela. Como hemos visto, Hugo Chávez ya había llenado los puestos del Tribunal Supremo en 2005. Pues bien, diez años más tarde, el régimen decidió repetirlo.

En las elecciones parlamentarias de 2015, el partido político de Nicolás Maduro se llevó la sorpresa de perder dos tercios de los escaños en la única cámara de la Asamblea Nacional.

La asamblea saliente, dominada por partidarios de Maduro, se apresuró a situar a su gente en el Tribunal Supremo. Mientras que los jueces designados en 2004 eran, en su mayoría, expertos legales más o menos creíbles que simpatizaban ideológicamente con el Gobierno, los nombramientos de 2015 casi ni eran abogados. Se trataba de un auténtico quién es quién de los más acérrimos seguidores de Maduro, entre ellos un parlamentario del partido gobernante que había perdido la reelección y, durante el periodo de transición, se votó a sí mismo para ocupar un asiento en el tribunal. Dos años después, la misma gente eligió como presidente del tribunal a un compañero de colegio de la primera dama.

Parece que Maduro calculó que este Tribunal Supremo, que él controlaba mucho más, estaría dispuesto a tomar decisiones que el tribunal anterior no habría tolerado. El control de los magistrados permitió al Gobierno neutralizar por completo la nueva Asamblea Nacional, en la que la mayoría pertenecía a la oposición. En un momento dado, en 2017, con la excusa de unas supuestas irregularidades en las elecciones legislativas, el nuevo tribunal decidió asumir todos los poderes que la Constitución atribuía a la Asamblea Nacional. Es decir, el Tribunal Supremo que Maduro se había apresurado a llenar de fieles se proclamó como el Parlamento venezolano. Por lo visto, si el Gobierno controla un tribunal con el descaro necesario, ganar elecciones se convierte en una simple opción.

Cuando estas artimañas se han enquistado en la cultura política de un país, es tremendamente difícil eliminarlas. A veces, los que se oponen a los nuevos poderes cometen el error de dejarse tentar por la posibilidad de adoptar a su vez comportamientos sigilocráticos, en un desesperado intento de

frenar el avance de la autocracia que se les viene encima. Ante la pérdida de poder, se instala la lógica de la acción preventiva; y los amenazados por el ascenso de una autocracia 3P, a veces, acaban por adoptar las técnicas de los autócratas.

Si la seudoley resulta tan peligrosa es porque se trata de una enfermedad muy fácil de contagiar. Volvamos a Polonia. Cuando el Partido Ley y Justicia (PiS) venció en las elecciones parlamentarias de 2015, los liberales, que habían estado gobernando, entraron en pánico. Preocupados, con razón, por la perspectiva de los nombramientos judiciales que iba a hacer el PiS, decidieron emplear sus últimas semanas, el periodo entre las elecciones y la toma de posesión del nuevo Gobierno, para adelantarse. Con el fin de impedir que el PiS llenara el Tribunal Constitucional con sus partidarios, el Gobierno liberal saliente se apresuró a designar al máximo número posible de jueces liberales. Todos los trámites se hicieron conforme a la ley, pero fue una maniobra calculada para arrinconar al Gobierno entrante del PiS e impedir que llevara a cabo las reformas que había prometido durante la campaña.

Como es natural, esta medida preventiva no hizo más que reforzar la sensación de la nueva mayoría del PiS de que se había visto agraviada. Y era verdad: el PiS tomó posesión con una queja legítima sobre la composición del Tribunal Constitucional y con muchos argumentos para asegurar que eran sus adversarios los que estaban socavando las normas democráticas.

Cuando un Gobierno que acaba de perder las elecciones toma una decisión política importante y difícil de revertir durante el periodo de transición, pocas dudas caben de que las normas democráticas corren un grave peligro. En Polonia se

tomaron unas decisiones que eran legales justo antes de que llegara al poder un autócrata 3P.

Sin embargo, no hace falta que los abusos cometidos cuando la mayoría de Gobierno está ya con un pie fuera sean tan radicales para reconocer un preocupante giro autoritario. En algunos casos, los políticos no revelan su grado de autoritarismo hasta después de perder las elecciones.

Como ya hemos señalado, el periodo de transición de 2016 en Carolina del Norte elevó al máximo el listón de la sigilocracia en Estados Unidos. Según algunos testigos, Pat McCrory, el gobernador republicano, se quedó hundido tras perder por un estrecho margen ante Ray Cooper, el contrincante demócrata. Aunque al principio se negó a reconocer la derrota, al final McCrory comprendió que debía aceptarla. Entonces se propuso trabajar en colaboración con la mayoría republicana en la asamblea del estado durante el periodo de transición para impulsar una serie de leyes que restaran poderes al gobernador entrante.

Las nuevas leyes obligaron a Cooper a someter sus nombramientos para el gabinete a la aprobación de la cámara, dominada por los republicanos. La asamblea también arrebató al nuevo gobernador la potestad de designar a nuevos miembros para la junta directiva de la Universidad de Carolina del Norte y la facultad de supervisar las elecciones, y redujo en dos terceras partes el número de nombramientos que podía realizar para cubrir puestos en la administración estatal. Entonces comenzó una larga batalla legal que Cooper, el gobernador entrante, perdió en 2018 ante el Tribunal Supremo del estado, de mayoría republicana. [18] Cooper tomó posesión

como gobernador, pero ocupó un puesto con muchos menos poderes de los que había tenido su predecesor. No fue una violación de las leyes del mismo nivel de Venezuela, pero el instinto de subvertir la democracia atando de pies y manos a los dirigentes electos antes de que puedan jurar su cargo es idéntico.

McCrory defendió sus medidas diciendo que quería salvaguardar las elecciones de Carolina del Norte y mejorar la calidad de la educación en el estado. La justificación fue otro típico ejemplo de seudoley: con la apariencia externa de legalidad, pero de una legalidad tan endeble que apenas podía ocultar su intención autoritaria.

LA VACUIDAD DE LA DEMOCRACIA ILIBERAL

A veces, la autocracia 3P se extiende por imitación. El Partido Ley y Justicia de Polonia (PiS) no elaboró su programa de reformas políticas y económicas por casualidad. Jarosław Kaczyński, su carismático líder, nunca ocultó su admiración por Viktor Orbán, el nativista acérrimo elegido primer ministro de la vecina Hungría, sin duda el autócrata 3P que más éxito ha conseguido en la Unión Europea. «Viktor Orbán ha demostrado que las cosas son posibles en Europa —dijo Jarosław Kaczyński en 2016—. Nos has dado ejemplo y estamos aprendiendo de ti». [19]

Desde que llegó al poder en 2010, Fidesz, el partido de Orbán, ha impulsado uno de los programas de autocracia 3P más amplios de los que cabe recordar. Fidesz comenzó su tarea con un enfoque completo de la sigilocracia: llenó los tribunales de fieles, hizo purgas secretas en la administración y puso fin a la independencia de la televisión estatal. Y, sobre

todo, manipuló el sistema electoral de Hungría para garantizar casi del todo una mayoría estable de Fidesz en el Parlamento. Una vez consolidada su autoridad, en 2020 dio el tiro de gracia, al anunciar que, debido a la pandemia de la COVID-19, el Parlamento suspendía sus sesiones y Orbán gobernaría por decreto. No fue el único autócrata 3P que utilizó la lucha contra la pandemia como excusa para acaparar el poder y recortar aún más las libertades civiles. El presidente de Ruanda, Paul Kagame, el de Uganda, Yowen Museveni, y los líderes de Tanzania, India, Turquía, Sudáfrica, Singapur y otros países llevaron a cabo enormes ampliaciones del poder ejecutivo con la excusa de la COVID-19.

Durante una acalorada discusión pública sobre las ventajas y los peligros de suavizar los confinamientos y volver a poner en marcha la economía, el presidente Donald Trump aseguró que tenía un «poder absoluto» para decidir y anular las órdenes de los gobernadores de los estados. Un ejército de expertos legales, comentaristas políticos y parlamentarios se apresuró a desmentirle. En este caso, pudieron más los guardarraíles constitucionales, pero quedó muy a la vista la tentación autoritaria de pasar por encima de ellos. [20]

Este tipo de asalto al poder —el ansia infinita de eliminar trabas al poder ejecutivo y socavar las garantías de los grupos minoritarios— se define en ocasiones como una «democracia iliberal». Por lo menos, así es como lo denomina Viktor Orbán. [21] Pero si examinamos con atención su historial, veremos que este es un término contradictorio. Hungría es la prueba más clara de que, bajo el ataque de unos dirigentes autoritarios, la propia democracia pasa a ser un espejismo.

Orbán se entregó durante años a una campaña de extraordinarias dimensiones para afianzar el control de Fidesz sobre el Estado. Uno de sus aspectos fue la manipulación de las circunscripciones electorales; sin consultar a nadie, el partido redujo a la mitad el número de escaños parlamentarios y redibujó los límites de las circunscripciones con arreglo a los principios ya conocidos de «agrupar y dividir» votantes: Carolina del Norte a orillas del Danubio. Y, además, modificó las normas para facilitar que los electores de etnia húngara que vivían fuera de Hungría —ardientes partidarios de Fidesz— pudieran votar.

Al final, Orbán concibió unos mecanismos para manipular el reparto de votantes que hacían que, en comparación, el *gerrymandering* de Estados Unidos pareciera un juego de niños. En Hungría, las circunscripciones electorales no necesitan tener el mismo número de habitantes. Y Orbán se ha asegurado de que sea así. Hoy hay más circunscripciones urbanas —que suelen votar a la izquierda— con censos de hasta noventa mil votantes, mientras que en las zonas rurales —la base territorial de Orbán— bastan sesenta mil para elegir a un representante en el Parlamento. Es decir, hacen falta más húngaros para elegir a un diputado de la oposición que a uno de Fidesz.

Y el partido no se ha detenido ahí: en un país en el que el centroizquierda lleva mucho tiempo dividido entre varios partidos rivales, Fidesz acabó con la tradición de celebrar una segunda vuelta en las elecciones al Parlamento. De esa forma, puede obtener escaños por los votos divididos en circunscripciones en las que nunca habría logrado la victoria en una segunda vuelta.

Por si los húngaros demócratas tuvieran la tentación de presentar recursos contra los resultados electorales en los tribunales, estos, por supuesto, fueron uno de los primeros objetivos de Fidesz. A estas alturas ya conocemos el proceso: una ley aprobada en 2012 adelantó la edad de jubilación obligatoria de los jueces de los setenta a los sesenta y dos años, lo que sirvió para quitarse de en medio a todos los que no estaban en consonancia con Fidesz.

Y no solo eso. En el sistema húngaro, los jueces veteranos tienen que aprobar el nombramiento de los nuevos. La limpieza de las altas instancias del aparato judicial mediante la rebaja de la edad de jubilación abrió el camino para que pudiera ser elegida una nueva generación de compinches de Fidesz con el fin de que esta pudiera hacerse cargo de los tribunales inferiores, lo que transformó drásticamente el brazo judicial del país. De este modo, los húngaros horrorizados por la injusticia del sistema electoral de Orbán tienen derecho a presentar una querella, pero lo más probable es que el juez que decida sobre ella sea un simpatizante de Fidesz. La seudoley administrada por seudojueces.

Así, esto nos permite entender con más nitidez la vacuidad de la idea de «democracia iliberal»: sin unos controles liberales, no existe ningún mecanismo que pueda garantizar unas elecciones competitivas, libres y justas. Si el partido en el Gobierno manipula las reglas para inclinar la balanza de los votos y no existe ningún recurso institucional contra esa medida, la democracia iliberal es una patraña. Si la competencia está amañada, la democracia está vacía.

Para muchos autócratas 3P actuales, el sigilo no es más que un paso intermedio: una turbia concesión a las normas

democráticas que aborrecen y que piensan eliminar en cuanto no tenga consecuencias negativas para ellos. Viktor Orbán mantuvo una endeble fachada de normalidad democrática hasta que vio que ya no la necesitaba. Lo mismo hicieron Nicolás Maduro en Venezuela y Vladímir Putin en Rusia. Otros casos similares son los de Jair Bolsonaro en Brasil y Rodrigo Duterte en Filipinas.

Respetan las normas democráticas durante un tiempo, a la vez que difunden panfletos contra los males del liberalismo occidental. Da la impresión de que a estos dirigentes les resulta siempre mucho más fácil hablar sobre las cosas a las que se oponen —las entrometidas autoridades de la Unión Europea, los intelectuales de Occidente, las ONG politizadas, el largo brazo de George Soros, las feministas, la comunidad LGTBQ y quienes defienden sus derechos, los progresistas, los laicistas y Davos, la comisión trilateral, los conspiradores sionistas, el Foro de São Paulo y así sucesivamente— que sobre las que proponen.

Cuando Orbán ha intentado presentar argumentos en favor de la «democracia iliberal», se remite a expresiones huecas sobre la competitividad nacional o elogia sin tapujos las dictaduras. Y cuando —pocas veces— intenta esbozar los principios en los que se basa su doctrina, acaba recurriendo al mismo lenguaje sobre la libertad que dice estar combatiendo.

Por ejemplo, el 26 de julio de 2014, Orbán pronunció su famoso discurso sobre la «democracia iliberal» en un campamento de verano para sus seguidores en Băile Tuşnad, Rumanía. En teoría estas palabras —usualmente vagas y a la defensiva— representan la más detallada descripción de su

filosofía de gobierno y de los componentes cruciales de la democracia iliberal:

> Los votantes húngaros esperan de sus líderes que descubran, construyan y desentrañen una nueva forma de organización del Estado que haga que la comunidad de los húngaros vuelva a ser competitiva, después del periodo del Estado liberal y la democracia liberal, y que, por supuesto, respete los valores del cristianismo, la libertad y los derechos humanos.

A su manera, es un discurso extraordinario. Incluso el enemigo más acérrimo del liberalismo en Europa, a la hora de la verdad, acaba proclamando su respeto a los valores liberales fundamentales. Hasta un movimiento tan extremista como Fidesz envuelve su ideología en un batiburrillo retórico que, aunque es incoherente, recurre en gran medida al lenguaje de la democracia liberal convencional. En un discurso anunciado como una crítica a la democracia liberal, Viktor Orbán termina por justificar su guerra contra los pesos y contrapesos del poder con la idea de que es necesario alejarse de la ortodoxia para proteger nada menos que «el cristianismo, la libertad y los derechos humanos».

Esta incongruencia retórica no resulta extraña. Vivir después del fin de la historia es hacerlo en un mundo sin una alternativa coherente a la democracia liberal. Es un mundo en el que hasta los iliberales y antiliberales más comprometidos tienen que defender los valores liberales y justificar su abandono de la ortodoxia liberal como un medio para alcanzar los objetivos iliberales.

La era de la sigilocracia es la de los antiliberales que de forma deliberada hacen que a un observador desprevenido le sea difícil señalar su naturaleza iliberal. Sin ningún otro sistema que les sirva para explicar por qué es legítimo su

poder, los aspirantes a autócratas actuales deben por fuerza esconderse. A la hora de la verdad, no les queda más remedio.

Tácticas tan descaradas como el intento de Evo Morales en Bolivia de hablar de derechos humanos para mantenerse en el poder de forma indefinida no son solo resultado del atraso político de un rincón pobre de Sudamérica. En muchos países ricos y pobres, en democracias recién nacidas y asentadas, reaparecen una y otra vez los mismos métodos para tratar de vaciar de contenido los controles democráticos y reforzar la hegemonía política de los autócratas 3P. Es una tendencia mundial: el poder absoluto sobrevive, con disimulo, mediante la imitación de las instituciones que corrompe. A veces se conforma con quedarse en este espacio intermedio; pero con frecuencia lo considera una etapa más en el camino hasta la total autocracia.

2

La política de los fans

La revancha del poder se sustenta en una paradoja. Por un lado, otorga la máxima importancia al sigilo; los autócratas 3P necesitan ocultar en gran medida sus métodos antidemocráticos y de concentración de poder, sobre todo durante las primeras fases. Eso nos puede llevar a creer que sus dirigentes son personajes huraños, recluidos en palacios remotos, que se conforman con gobernar tras una cortina. Sin embargo, nada más lejos de la realidad.

De hecho, aunque los autócratas 3P sean precavidos a la hora de utilizar la seudoley para disimular las artimañas que emplean como forma de obtener y conservar el poder, eso no quiere decir que se escondan. En absoluto. Para poner en marcha la polarización que constituye el segundo pilar del marco de las tres pes, se vuelven ubicuos, omnipresentes e inevitables. Más que ser *líderes* para sus *seguidores* , se convierten en *estrellas* para sus *fans* , sus *hinchas* . Y basta con preguntar a cualquier aficionado al deporte: ¿qué tiene de divertido apoyar a un equipo si no hay un equipo rival al cual odiar?

Los autócratas 3P ejercen una sorprendente inversión del modelo de autocracia del siglo XX . Ese modelo tradicional, inmortalizado en novelas como *El otoño del patriarca* , [1] de Gabriel García Márquez, y *El Emperador* , [2] de Ryszard

Kapuściński, consistía en un autócrata que se esforzaba en esconderse mientras mostraba sin parar las pruebas de su ilimitado poder.

Fue el modelo elegido por Kim Jong-il, el padre de Kim Jong-un, que sufría una agorafobia extrema y podía pasar años sin aparecer en público, pero que, a su vez, controlaba la vida de los norcoreanos hasta en sus menores detalles. También era el estilo de Hosni Mubarak, que presidió Egipto entre 1981 y 2011, y que solo aparecía en público en ceremonias de Estado oficiales y estrictamente controladas para leer con voz monótona ante las masas unos acartonados discursos mientras dirigía el Estado egipcio con mano de hierro.

La autocracia 3P invierte esa ecuación: hace al autócrata muy visible, ineludible, familiar, y oculta con cuidado los mecanismos que emplea para acaparar y ejercer el poder. Mientras sus agentes envuelven la toma del poder en una niebla de seudoley, el líder está en primera fila y construye un vínculo muy personal con sus seguidores que le protege de los imperativos legales de la rendición de cuentas. El sigilo y el espectáculo, en vez de contradecirse, se unen para ejecutar la revancha del poder.

Sin embargo, la nueva generación de autócratas no es la única que disfruta delante de los focos. Ya desde el mítico Ozymandias de Shelley («¡Contemplad mis obras, poderosos, y desesperad!»), los autócratas siempre han cultivado la admiración y han extremado las diferencias con sus adversarios. [3]

En la actualidad estas diferencias se agudizan en diversas formas, porque la relación de los autócratas 3P con sus

partidarios se ha transformado y, en muchos casos, ha desbordado por completo el ámbito político. Sus seguidores los reverencian como quien adora a una estrella del deporte o de la cultura pop; actúan cada vez menos como partidarios políticos y más como fans. La cultura de los fans se ha desbordado en un terreno político poco preparado para ella.

Esto que estamos describiendo no es más que una nueva encarnación de un fenómeno que siempre ha existido. Ya desde Julio César y Carlomagno, los líderes carismáticos construían su propio culto a la personalidad, al igual que, en tiempos más recientes, lo hicieron populistas como Juan Perón en Argentina, izquierdistas como Fidel Castro y fascistas como Benito Mussolini. Lo que ha cambiado es que el culto político actual sigue muy de cerca el modelo del mundo del espectáculo.

Los fans construyen su identidad personal a partir de una identificación primaria con las estrellas a las que admiran; pero también a partir de la oposición —y el odio— al «otro equipo». En el deporte ese partidismo resulta muy divertido. En política, siembra las peligrosas semillas de la polarización, que es el segundo elemento de nuestro mundo de las tres pes.

La polarización desgarra a las sociedades. Siempre lo ha hecho. En el marco de las tres pes, es todavía más aguda, más global, más digital y está más generalizada. Además, cuenta con el estímulo que le proporcionan los grupos sociales que se sienten excluidos y maltratados por el viejo orden y que aprovechan la oportunidad de luchar contra quienes viven en el extremo opuesto. La polarización consolida el control que el autócrata 3P ejerce sobre sus seguidores. Una comunidad polarizada en la que se da por supuesto que los partidarios van

a decir que sí a todo de forma maquinal permite que el líder ejerza su poder con muchas menos trabas que antes. Y un aspecto crucial es que la polarización se puede agravar de forma unilateral, intensificando la retórica en un bando y confiando en que la reacción por parte del otro cumpla su papel. Por eso la polarización es una fuerza centrípeta tan poderosa y concentra un poder que, sin ella, se dispersaría y se desvanecería.

CINCUENTA DÓLARES POR MENOS DE DOS HORAS DE TRABAJO

La frase que aparecía en Craigslist, una web de anuncios por palabras, no daba muchos detalles. «Cincuenta dólares por menos de dos horas de trabajo», decía. [4] Para muchos actores jóvenes que llegaban con dificultades a fin de mes en Nueva York, esto debió de ser tentador. Pocos podían imaginar que formarían parte de un espectáculo que llegaría a entrar en los libros de historia.

Era la tarde del 16 de junio de 2015. Sus instrucciones eran muy simples: lanzar grandes vítores cuando se indicara que había que aplaudir. Nada más.

Seguramente sintieron una pizca de nerviosismo, pensando que quizá iban a conocer a alguien famoso. La mayoría tal vez imaginó que se trataba de algún truco publicitario: el lanzamiento de un producto o quizá una nueva y astuta campaña de *marketing* .

No andaban muy descaminados. A cada uno le dieron una camiseta. TRUMP. MAKE AMERICA GREAT AGAIN! eran las palabras estampadas en las camisetas que debían ponerse. Cuando Donald Trump hizo su hoy famoso descenso, detrás de Melania, por las escaleras mecánicas hasta el vestíbulo de la

Trump Tower, mientras sonaba por los altavoces la canción de Neil Young «Keep on Rockin' In The Free World», es difícil imaginar que alguno de los extras contratados para dar ambiente pensara de verdad que estaba vitoreando al futuro presidente de Estados Unidos.

Durante los siguientes cuarenta y siete minutos, Donald Trump iba a dejar boquiabierto al mundo con un discurso de inicio de campaña distinto a todos los que el país había escuchado antes.

«¿Cuándo fue la última vez que vieron un Chevrolet en Tokio? ¿Cuándo derrotamos a México en la frontera? Están riéndose de nosotros, de nuestra estupidez, no son nuestros amigos, créanme. Estados Unidos se ha convertido en el vertedero de los problemas de todos los demás». [5] El discurso, que alternó entre los grandes pronunciamientos políticos, las frases de «nosotros contra ellos» en busca de los aplausos y las anécdotas para potenciar el autobombo, introdujo muchos de los asuntos que después conformarían la base de su retórica.

A Trump no parecía importarle nada que los entusiastas aplausos que oía fueran comprados y pagados. Estaba encantado con ellos. Aún no lo sabía, pero el candidato Trump iba a tener que seguir gastando dinero y comprando multitudes durante mucho más tiempo.

Meses después de aquel acto, la Comisión Electoral Federal anunció que, aunque Trump no había revelado que había gastado la suma de doce mil dólares en pagar a unos actores para que lo vitorearan —tal como exigía la ley electoral

federal—, no multaría a su campaña por la infracción, dado que las sumas no eran excesivamente grandes.

Es fácil olvidarse de lo burdo y ridículo que nos pareció. Analistas políticos, destacados periodistas y politólogos coincidieron de forma unánime en considerar la candidatura de Trump como una atracción barata sin ninguna posibilidad de éxito. Dieron por sentado que pronto caería en el olvido.

Por ejemplo, en la revista *Time* , para poner en ridículo su burdo alarde de que tenía un patrimonio de ocho mil millones de dólares, Alex Altman y Charlotte Alter se burlaban de él:

> Hay alrededor de ocho mil millones de razones por las que Trump no será presidente. Hasta hace poco estaba a favor del derecho a decidir. Apoyaba subir los impuestos a los ultrarricos. Ha defendido el endurecimiento de las leyes sobre armas de fuego. Estaba a favor de la sanidad pública universal, una política que los conservadores aborrecen todavía más que el Obamacare. Su índice de aprobación es de treinta y dos puntos negativos dentro de su propio partido, lo que convierte a Trump en el candidato presidencial menos popular desde, por lo menos, 1980. [6]

No es que pensaran que Trump no tenía razón. Era peor. Pensaban que era ridículo.

Y no eran los únicos.

La gente refinada sabía a qué lado de la división entre política y espectáculo pertenecía Donald J. Trump. Habían pasado toda su vida profesional entre personas para las que esa división era sagrada. La separación organizaba su visión de la política y mantenía en pie su mundo. Era un guardarraíl básico: el sentimiento de que la separación entre política y espectáculo, entre poder y entretenimiento, era sólida, fiable y real.

Sin embargo, por más que Donald J. Trump les pareciera ridículo, los expertos no cesaban de hablar de él. Los directores de medios informativos ávidos de clics y los espectadores de un mundo cada vez más competitivo se dieron cuenta enseguida de las ventajas comerciales que tenía estar continuamente emitiendo noticias sobre Trump. Pronto, todo lo que Trump hacía era objeto de un titular, de un artículo provocador o de un tuit desdeñoso. Con sus exabruptos racistas, con sus escandalosos pronunciamientos políticos y con sus extravagantes alardes sobre su inmensa riqueza personal, Trump nunca aburría.

Era ya demasiado tarde cuando los miembros de esa élite empezaron a percatarse de lo que Trump debía de saber desde el principio: que el desdén con el que lo trataban era una de sus mayores bazas electorales; que, para sus seguidores, despreciarle a él era despreciarlos a ellos; que, cuanto más lo atacaba la élite, más fuerza cobraba.

Como explicó Roderick P. Hart en *Trump and Us. What He Says and Why People Listen* , Trump conectó con los sentimientos de la gente en cuatro aspectos muy relevantes. [7] Su personaje estaba en sintonía con los que se sentían ignorados, atrapados, acosados, y también con el hartazgo general de la gente con respecto a la política. Usaba sin parar un lenguaje que destilaba indignación para movilizar a sus bases, con la ventaja añadida de horrorizar a sus adversarios, de sacarlos de quicio y de conseguir que participaran en la estrategia de polarización que tanto necesitaba.

No le hacía falta teorizarlo. Donald Trump entendía el poder del espectáculo. Lo sentía en lo más hondo de su ser. Inmerso

durante cuatro decenios en la cultura de la fama y de la industria del espectáculo, había desarrollado un inimitable sexto sentido sobre lo que había que hacer para llamar la atención, para que se escribiera sobre él, para que se hablara de él, para que se informara sobre él.

En su mundo, imbuido de los valores del espectáculo, las audiencias lo son todo. Años después, en plena pandemia de la COVID-19 , iba a someter esta idea a una prueba de resistencia, al presumir sin reparos sobre los índices de audiencia que tuvieron durante algún tiempo sus ruedas de prensa sobre el coronavirus en abril de 2020. Es la mentalidad del que sabe que lo importante es que hablen de uno, aunque sea mal. Cuando debutó en la política nacional, en 2015, los profesionales miraron con desprecio a aquel advenedizo que se creía capaz de trasladar los métodos del mundo del espectáculo a un ámbito tan distinto.

Se equivocaron. Él tenía razón.

Lo que no comprendimos fue que, a medida que el poder se degradaba en su territorio tradicional, estaba encontrando nuevas maneras de reagruparse en otros sitios y con formas nuevas. Los aspirantes a autócratas estaban reaccionando a un paisaje nuevo con nuevas estrategias.

Durante años, los famosos que querían rentabilizar su fama en política daban por descontado que tendrían que sufrir un largo proceso de reinvención. Su nuevo papel les iba a exigir apartarse del personaje público que habían sido y dominar las reglas del juego de su nuevo oficio. No era imposible, pero sí complicado. En Estados Unidos, personajes como Ronald Reagan y Arnold Schwarzenegger, el humorista Al Franken y

el luchador Jesse Ventura lo consiguieron. Franken, que había sido durante décadas uno de los humoristas estadounidenses que hacían las sátiras políticas más afiladas, se impuso una estricta regla de no hacer chistes en el momento en el que fue elegido senador. Schwarzenegger se sumergió en los más mínimos detalles de las finanzas públicas de California, célebres por ser una pesadilla, en cuanto se convirtió en gobernador. Los dos hicieron un esfuerzo deliberado para abandonar su vieja imagen pública llena de frivolidad para adoptar otra nueva y sobria, la del experto en políticas públicas. Era el precio de cambiar de carrera.

Donald Trump no hizo nada de eso. Su gran intuición fue que podía asumir un papel político sin necesidad de transformarse antes en un político «normal». No solo la aceptación de la fama se había convertido en moneda corriente en el ámbito político, sino que los principios del mundo del espectáculo que encarnaba estaban en proceso de arrollar por completo los valores de la política tradicional.

Los analistas políticos de Estados Unidos no se encontraban preparados de ningún modo para este vuelco. Quizá lo habrían estado mejor si hubieran pasado cierto tiempo en Italia a mediados de la década de 1990.

UNA VUELTA AL PASADO . MILÁN, 26 DE ENERO DE 1994

La puesta en escena era deliberada: una hábil reproducción del despacho de un ministro. Sin embargo, no lo era. Se trataba de un despacho privado en la villa dieciochesca de Silvio Berlusconi a las afueras de Milán. Sentado tras una enorme e imponente mesa, transmitiendo en directo por las tres principales cadenas privadas de televisión de Italia (que

casualmente eran suyas), Silvio Berlusconi miró serio a la cámara y habló. «Italia es el país que amo —recitó—. Aquí tengo mis raíces, mis esperanzas y mis horizontes». [8]

Fue un discurso muy trabajado para declarar su decisión de fundar un partido político y presentarse como candidato a primer ministro. Con una utilización descarada del tradicional amor de los italianos por el fútbol, Berlusconi anunció que estaba listo para su « discesa in campo», para «bajar al campo». [9] El discurso quedó inmortalizado con ese nombre, el discurso de la «discesa in campo» .

Y no era un hombre de negocios cualquiera el que hablaba desde detrás de aquella mesa. En 1994, Silvio Berlusconi había amasado una fortuna sin parangón en la Italia contemporánea.

Berlusconi, que había sido cantante de cruceros y que ganó mucho dinero en la década de 1970 como especulador inmobiliario en Milán, pasó de ser simplemente rico a convertirse en multimillonario cuando creó un auténtico monopolio de cadenas comerciales de televisión en Italia. Después, con tanto dinero para gastar, diversificó sus intereses en todo tipo de sectores: seguros, grandes almacenes, periódicos, servicios financieros, revistas, libros, etcétera. El centro de todo su imperio era Mediaset, su extenso y tremendamente rentable conglomerado de cadenas de televisión.

Mediaset prosperó gracias a un equipo de ventas y marketing legendario. Los vendedores de Berlusconi, repartidos por todo el país, perfeccionaron el arte de vender sus anuncios a empresas de mediano tamaño, aquellas que

siempre se habían considerado demasiado pequeñas para conformar un buen mercado publicitario. Berlusconi encontró la manera de vender espacios publicitarios en sus filiales regionales a empresas que nunca antes habían aparecido en la televisión italiana: pequeños comercios familiares que vendían chucherías a los niños, bolsos de cuero a señoras respetables, aspersores para el césped…

Los anuncios funcionaron. Mediaset proporcionó grandes audiencias a unas empresas que no tenían otra forma de llegar a ellas. ¿Por qué? Porque Berlusconi había sabido descubrir una oportunidad de mercado: la venerable cadena estatal, que vivía de las subvenciones públicas, la RAI, aburría.

Con una larga sucesión de programas cargados de buenas intenciones, pero terriblemente insípidos, ideados en Roma por intelectuales para ilustrar a las masas italianas, no parecía que a los directivos de la RAI les importase mucho que esos programas fueran, en gran parte, pesadísimos. Carecía de toda lógica pensar que los italianos iban a acudir en masa a ver informativos en los que un presentador leía un papel y hablaba de forma monótona, o a líderes sindicalistas debatiendo los pormenores de sus negociaciones sobre el convenio colectivo con la FIAT. De hecho, la RAI hizo todo lo posible para no averiguar si la programación que ofrecían interesaba a alguien: ya entrada la década de 1980, la emisora estatal todavía no contaba con un sistema de seguimiento para conocer sus propios índices de audiencia.

Berlusconi comprendía mucho mejor lo que la Italia corriente quería ver en la pantalla. Dado que la legislación vigente le prohibía crear una cadena de ámbito nacional desde el principio, empezó por comprar pequeñas emisoras

regionales en distintas partes de Italia para agruparlas en lo que, en la práctica, era una cadena. Llenó cada emisora de programas descaradamente populacheros y de masas: series estadounidenses dobladas al italiano seguidas de programas de variedades completamente chabacanos, culebrones sudamericanos y, por supuesto, *Vigilantes de la playa* . Mucho *Vigilantes de la playa* .

Se trataba de programas vulgares pero entretenidos, como los que llevaban emitiéndose durante muchos años en otros países, pero que, en Italia, se convirtieron en una auténtica revolución televisiva. Berlusconi intuyó que ese tipo de material podría proporcionar a los anunciantes unas audiencias masivas que ningún árido documental de la RAI podría alcanzar jamás. La tarea que le quedaba por hacer era construir un equipo de ventas capaz de llegar a las empresas sedientas de consumidores y proporcionárselos.

En aquel tiempo no se vio con claridad, pero la televisión basura de Mediaset estaba envenenando poco a poco la esfera pública italiana. Varios decenios después, los economistas italianos Ruben Durante, Paolo Pinotti y Andrea Tesei examinaron con detalle las diferencias de patrones de voto entre las regiones que habían tenido una emisora de Mediaset desde muy pronto y las que no habían sintonizado con el gigante de Berlusconi hasta más tarde. [10] A partir de una mina de datos muy concretos sobre dónde y cuándo se había producido la expansión de Mediaset, además de pruebas psicométricas detalladas para medir la capacidad cognitiva y las preferencias políticas de los italianos, los investigadores descubrieron que el hecho de haber estado expuestos desde

muy pronto a la televisión basura había sido un factor clave del triunfo electoral de Berlusconi.

Sin embargo, lo más estremecedor era cómo se había llegado a ese resultado. Parecía que ver los programas de Mediaset volvía a los espectadores mucho más simples desde el punto de vista cognitivo, según los parámetros del Programa para la Evaluación Internacional de las Competencias de los Adultos (PIAAC, por sus siglas en inglés), una serie de pruebas homologadas para medir la comprensión lectora y la capacidad de cálculo de los adultos que lleva a cabo la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico. [11] En particular, se comprobó que los espectadores más jóvenes y los más viejos que veían programas de Mediaset desde hacía tiempo tenían mucha menos complejidad cognitiva que los italianos que no habían estado expuestos a la televisión basura hasta más tarde. Los italianos que habían tenido contacto mucho más pronto con ese tipo de programas eran más receptivos a la retórica populista, no solo a la del dueño de Mediaset, sino a la de sus rivales posteriores del Movimiento Cinco Estrellas (sobre el que tendremos muchas más cosas que decir más adelante, en el capítulo 6). «Tomadas en conjunto —escriben Durante y sus colegas—, nuestras conclusiones respaldan la opinión de que la exposición a la televisión espectáculo, sobre todo a una edad muy temprana, puede contribuir a que una persona sea cognitiva y culturalmente más superficial y, en definitiva, más vulnerable a la retórica populista». [12]

Este imperio de la superficialidad era asombrosamente rentable, pero en 1994 se encontraba ya en peligro. Berlusconi, nunca demasiado escrupuloso a la hora de cumplir la ley,

estaba siendo investigado por múltiples cargos de evasión fiscal y acusado de haber intentado sobornar a un juez. En una situación legal arriesgada y acosado por unos agresivos jueces de instrucción en medio de una extensa investigación sobre la corrupción, optó por una estrategia legal nada convencional: para no acabar en la cárcel, iba a convertirse en primer ministro.

El plan de Berlusconi era increíblemente audaz. Casi de la noche a la mañana, transformó su imperio empresarial en un partido político, Forza Italia. Alexander Stille lo explica en *El saqueo de Roma* , su relato sobre aquella época:

> Los ejecutivos publicitarios se pusieron en contacto con las empresas que compraban anuncios en los canales de Berlusconi. Los agentes de bolsa y de seguros que trabajaban en sus servicios financieros se dedicaron a su campaña electoral y se propusieron convertir a los cientos de miles, tal vez millones, de clientes financieros en votantes y seguidores del partido. El departamento de personal de la empresa de publicidad televisiva seleccionó a más de un centenar de los mejores vendedores publicitarios de la compañía para que fueran candidatos en las elecciones legislativas. Los candidatos hicieron pruebas de fotogenia en los estudios de televisión, recibieron lecciones de política y se sometieron a duras entrevistas para ver si serían capaces de resistir bajo el fuego de una campaña electoral. […] Los expertos de la empresa en medios de comunicación, duchos en poner a prueba programas de televisión, organizaron grupos de sondeo para refinar el mensaje de Berlusconi y llegar al público más amplio posible. [13]

A ello contribuyó el hecho de que, a esas alturas, Berlusconi fuera ya una auténtica celebridad por derecho propio. Sus revistas y diarios sensacionalistas llevaban años llenando las primeras planas de escandalosas anécdotas sobre su vida de *playboy* multimillonario. Él gozaba con toda la atención que despertaba y le encantaba añadir cada vez más ostentación y glamour. Era un personaje muy trumpiano, salvo que de una generación anterior. Como cuenta Stille, en el verano de 1993,

cuando estaba valorando la posibilidad de saltar al terreno político, Berlusconi encargó una encuesta que reveló que el 97 por ciento de los italianos conocía su nombre, frente al 51 por ciento que conocía el de Carlo Azeglio Ciampi, el primer ministro de entonces.

Berlusconi se propuso emplear la misma estrategia que utilizaba Mediaset cuando vendía mortadela a las abuelas de Sorrento y pasta a los hinchas de fútbol en Bérgamo para vender sus candidatos parlamentarios a esas mismas personas. Tuvo la ventaja de que no necesitó ni buscarlos ni reclutarlos: ya trabajaban para él. Por ejemplo, el jefe regional de ventas de Mediaset en Toscana se reencarnó de la noche a la mañana en jefe regional de Forza Italia y en cabeza de lista de unos candidatos al Parlamento que, hasta la semana anterior, habían sido sus subordinados directos.

Todo sucedió a una velocidad vertiginosa. Dos meses después de su discurso de «discesa in campo», Silvio Berlusconi era primer ministro de un país del G7, la «prueba de concepto» para la nueva ola de advenedizos tras la Guerra Fría. La estrategia de Forza Italia copiaba con descaro el éxito comercial de Mediaset. Su base era la decisión de mantener las cosas sencillas, concretas y comprensibles. «Recordad —decía Berlusconi a sus jefes de ventas convertidos en políticos— que vuestra tarea es atraer a la gente corriente de Italia, no al más listo de la clase».

El atractivo de los mensajes sencillos resultó abrumador. Mientras sus adversarios de centroizquierda se enredaban en complejas explicaciones sobre detalles inescrutables sobre política fiscal, Berlusconi hablaba de forma comprensible para todos.

En un famoso anuncio de televisión, mientras miraba fijamente a la cámara, prometía defender a «la Italia que trabaja contra la que charla, la Italia que produce contra la que despilfarra, la Italia que ahorra contra la que roba, la Italia de la gente contra la de los viejos partidos, para conseguir un nuevo milagro italiano». [14]

Era visceral, directo, sencillo. En Italia, ningún otro llamamiento político anterior podía ahora compararse con este. Y, con él, Berlusconi —cuya reputación de negocios turbios, faltas éticas y decadencia personal estaba ya muy consolidada— pasó a ser la principal figura política de una de las mayores potencias industriales del mundo durante dos decenios. Al final, sería primer ministro de Italia durante más tiempo que ningún otro dirigente desde la Segunda Guerra Mundial, aunque en tres periodos separados entre 1994 y 2011.

El anuncio triunfó porque, como en el caso de Trump, la vena teatral de Berlusconi era reconocible sin necesidad de que nadie la explicara. Sabía de forma intuitiva que con un simple eslogan en un anuncio podía ganarse a las masas. No necesitaba asesores que lo ayudaran a entender el juego: era el mejor jugador de todos. Había visto cómo las consabidas técnicas de marketing obraban su magia una y otra vez y cómo su saldo bancario crecía en paralelo.

Observar a los políticos tradicionales intentar lidiar con este recién llegado podía resultar deprimente. Educados en las arcanas tradiciones parlamentarias de la Roma republicana, parecía claro que habían perdido el contacto con la gente a la que pretendían gobernar. En los debates, Berlusconi les daba cien vueltas y soltaba frases que habían probado antes con

grupos de sondeo, una detrás de otra y con total aplomo. Nadie estaba a su altura.

En Estados Unidos, los profesionales de las campañas sabían ya desde hacía tiempo que es posible convencer a los electores de que voten a un candidato con las mismas técnicas que se emplean para convencerlos de que compren esta marca de atún en lata y no aquella. Sin embargo, Silvio Berlusconi no se limitó a usar esas técnicas en el contexto de la campaña: construyó todo un nuevo tipo de política a partir de ellas. Después de transformar la televisión italiana y convertirla en un vulgar y comercial generador de beneficios, hizo lo mismo con la política nacional.

Berlusconi no fue un exponente pleno de los líderes 3P del siglo XXI , sino, más bien, una figura de transición; pero desde luego fue un pionero. Se burló sin piedad de los jueces —decía que estaban implicados en una amplia conspiración de izquierdas contra él, un honrado hombre de negocios—, criticó los defectos del país que decía haber heredado de sus predecesores, mediocres y corruptos, manipuló las normas electorales y atiborró las cadenas de televisión y los periódicos de los que era dueño de propaganda que le ensalzaba a él y ridiculizaba a sus rivales.

Se entiende mucho mejor a Berlusconi si se le considera un precursor, lo que demuestra que la barrera que separaba la política del espectáculo podía caer. Berlusconi encarnó una nueva clase de relación entre un líder político y sus partidarios; porque, más que partidarios, lo que tenía era fans.

DEL CARISMA A LOS FANS POLÍTICOS

Por supuesto, Silvio Berlusconi no fue el primer político que construyó con sus seguidores una relación profunda y, en apariencia, personal. Ese tipo de vínculo es tan antiguo como la política. Aristóteles lo describió de forma detallada. A finales del siglo XIX , el celebrado sociólogo alemán Max Weber identificó el carisma como uno de los principales motores de la historia humana. [15] , [16]

Sin embargo, Silvio Berlusconi no es solo un político muy carismático. No, es algo más complejo, y es importante entender en qué se diferencia el atractivo de Trump o de Berlusconi del carisma de Max Weber. Ayuda a identificar cuál es la novedad específica de los que ejercen el poder 3P.

Más que a los líderes carismáticos, Weber quiso describir la reacción de los grupos ante ellos y cómo esta les permite crear una unión política que, sin ese carisma, habría sido imposible. Existe cierto tipo de líderes a los que los grupos asignan muy deprisa unas cualidades casi sobrenaturales. Las masas los consideran magnéticos, mágicos, casi divinos. Están dispuestas a seguirlos en aventuras en las que no seguirían a nadie más. A ese vínculo entre los líderes magnéticos y sus seguidores Weber lo llamó «carisma» y dijo que la autoridad política basada en el carisma era el motor de los cambios históricos más rápidos.

Desde luego, el vínculo que crearon Trump y Berlusconi con sus seguidores tenía ciertos aspectos del carisma del que hablaba Weber. En ambos casos, sus seguidores piensan que son figuras sobrehumanas. Sin embargo, la perspectiva weberiana se queda corta. El carisma, para Weber, nacía de la experiencia directa con una personalidad llena de energía. Pero

estos dos políticos no construyeron sus respectivos mitos directamente ni por la fuerza de su personalidad, sino manejando una enorme y compleja maquinaria de medios de comunicación y de marketing.

El poder de Trump y Berlusconi sobre sus partidarios no se debía a un magnetismo weberiano, sino más bien a una máquina publicitaria cuidadosamente construida, ya fueran el programa *Celebrity Apprentice* y *The New York Post* o la inmensa operación de marketing que servía de base al imperio empresarial del italiano. La cosecha actual de dirigentes populistas se sirve de una cultura de la celebridad que se retroalimenta, puesto que la familiaridad de un nombre y el escándalo que provocan las hazañas de un famoso atraen la curiosidad, la fascinación y, en última instancia, la lealtad política de la gente.

Berlusconi y Trump buscaron fama y notoriedad por razones tanto psicológicas como comerciales y, con el tiempo, para construir una base que sustentara sus ambiciones políticas. Una vez alcanzada la fama, el proceso de hacer que su «marca» personal fuera cada vez más reconocible y familiar para la gente se repitió hasta la saciedad. Sabían que no soportábamos la idea de mirar a otro lado y no soportaban la idea de que pudiéramos querer hacerlo. Cada uno se impuso casi por la fuerza en la conciencia de su país. Como dijo Trump en su famosa frase: «Cuando eres una estrella, te lo permiten». [17]

No cabe duda de que el poder carismático ha transformado muy deprisa las sociedades desde tiempos inmemoriales. Sin embargo, los vínculos carismáticos de Trump y Berlusconi son

artificiales y los vínculos carismáticos tradicionales no lo eran. Inspirado en el mundillo de la fama, el suyo es un carisma degradado y vaciado de un verdadero contenido político. Lo que lo impulsa es la misma sed de espectáculo que satura el resto de nuestra cultura.

Este deseo de política entendido como un espectáculo más tiene unas raíces profundas. La más visible es tecnológica y se denomina «convergencia mediática»: el difuminado de los límites tradicionales entre política y espectáculo, entre lo importante y lo trivial. La convergencia mediática es un producto del exceso de opciones mediáticas.

Las líneas divisorias que eran fáciles de vigilar cuando no había más que dos o tres cadenas de televisión se han quedado obsoletas cuando existen novecientos canales y millones más en plataformas por internet. La saturación de medios y la ubicuidad de posibilidades de espectáculo han disminuido de manera drástica la capacidad de concentración y la tolerancia frente al aburrimiento.

Estos límites desdibujados plantean unas exigencias nuevas del todo para los líderes. Los políticos se disputan la atención de los espectadores con una cantidad ilimitada de distracciones y, si no saben entretenerlos, se quedan enseguida fuera de juego. Los que carecen de atractivo físico (a diferencia de Emmanuel Macron y Justin Trudeau) pueden compensarlo con las herramientas tradicionales del espectáculo: imprevisibilidad, fanfarronadas, chispa, humor o músculo.

En cuanto al público, su reacción ante estos líderes es justo la misma que tiene ante sus estrellas favoritas. Los líderes lo entienden de forma intuitiva: saben que lo que se espera de

ellos es que diviertan e irriten y que demonizar al contrario es la manera más fácil de lograrlo. La política entendida como espectáculo conduce de manera inexorable a la segunda pe de nuestra fórmula: la polarización.

Cuando una nueva técnica deja clara su utilidad, podemos estar seguros de que la copiarán. La política entendida como espectáculo se propaga mediante la emulación. Y, en todo tipo de situaciones, en todas partes, los artistas que se apuntan a esta tendencia obtienen la gran recompensa de tener una carrera meteórica. El éxito invita a la emulación, los recién llegados intentan practicar nuevas variantes y la explosión de los canales de comunicación pone las herramientas de este tipo de ascenso al alcance de los advenedizos de todo el mundo.

Los personajes públicos que fomentan el escándalo están convirtiéndose en algo normal en todas partes. En Brasil, el miembro más votado del Congreso Federal fue Tiririca, un payaso, humorista y monologuista profesional sin ninguna ideología reconocible y que seguramente era analfabeto funcional cuando lo eligieron por primera vez, en 2010. En Guatemala, Jimmy Morales, un vulgar humorista televisivo con un programa lleno de vaguedades obtuvo la presidencia en 2015 con una mayoría abrumadora del 67 por ciento. En Filipinas, un antiguo alcalde, Rodrigo Duterte, incendió la política del país tanto por proferir palabrotas una y otra vez en público como por comprometerse de forma abierta a crear escuadrones de la muerte contra los narcotraficantes. En Rusia, la publicación de un calendario que mostraba al presidente con el torso desnudo mientras pescaba y montaba a caballo en el indómito paisaje siberiano causó furor y puso en marcha una gran expansión de la demanda turística en la

tundra. Y, en Reino Unido, Nigel Farage convirtió la grandilocuencia en una auténtica ideología cuando obligó al país a centrar sus prioridades en asuntos que antes habían sido marginales, como la campaña —durante mucho tiempo considerada quijotesca— para conseguir que Reino Unido abandonara la Unión Europea. El propio primer ministro británico, Boris Johnson, fue en su día presentador de una tertulia satírica en la BBC.

En un mundo en el que los debates políticos adormecen a todo el mundo, la barrera entre ideas políticas y espectáculo se derrumba. A medida que la política se convierte en un mero espectáculo, la gente empieza a relacionarse con sus dirigentes políticos igual que lo hace con sus estrellas favoritas del mundo del espectáculo y el deporte. Los vitorean como fans, en lugar de dialogar con ellos como ciudadanos o incluso como clientes políticos. La pregunta decisiva deja de ser «¿Qué hacen?». Lo importante es «¿Quién gana?».

Cornel Sandvoss, profesor de medios de comunicación y periodismo en la universidad británica de Huddersfield, ha estudiado este aspecto y ha llegado a la conclusión de que «los actuales fans políticos razonan de forma muy parecida a los aficionados al deporte o la música». [18] Igual que una estrella del rock se construye una identidad que sus fans pueden adoptar y utilizar —dice Sandvoss—, el papel del político en la era de los fans es ser un depositario de significado, un vehículo para la identidad de los fans que no tienen del todo claro quiénes son. Igual que los fans de Beyoncé van a sus conciertos, miran a su alrededor y se reconocen en la gente que comparte su pasión por la artista, los fans políticos van a

un mitin para perderse en una muchedumbre en la que se sienten como en casa.

Igual que el equipo de los Dallas Cowboys tiene una ferviente hinchada en la gente que busca grupos de aficionados al fútbol americano con los que identificarse, el liderazgo político consiste, cada vez más, en habilitar un espacio en el que los seguidores de un mismo personaje puedan disfrutar de la compañía de personas a las que consideran su familia.

Nada de esto es del todo nuevo: John F. Kennedy tenía sus fans, igual que Harold Wilson, François Mitterrand, Pierre Trudeau y Margaret Thatcher. Lo que sí es nuevo es hasta qué punto la gente considera que la política ha pasado a ser ante todo un espectáculo, una batalla en la que personajes famosos se enfrentan entre sí en una enconada disputa por ganar. Cuando el límite entre poder y espectáculo desaparece por completo, la libertad no puede resistir mucho tiempo.

Según una información aparecida en 2017 en *The New York Times* , «antes de jurar su cargo, Trump recomendó a sus principales colaboradores que pensaran en cada día de su presidencia como en un episodio de una serie de televisión en el que derrotaba a sus rivales». [19] Donald Trump, el primer dirigente nacional con firmes raíces en la televisión de *reality shows* , sabía mejor que nadie que no hay nada como un arco narrativo de antagonismo a la hora de conseguir crear las condiciones necesarias para sentir una identificación primaria con el líder. Desde luego, él no utilizaría ese lenguaje, pero, como todos los buenos demagogos, tiene un instinto natural para ello. No lo piensa, lo siente.

Trump conectó con una tendencia que ya existía: la de considerar el partido político como el equipo del que uno es partidario. En este sentido, la polarización no se debe a los temas ni a las políticas, sino a una cuestión de simple identidad visceral. En otro tiempo, hace mucho, la gente asociaba esa identidad a su clase social, a su religión, a su comunidad o a su etnia. Hoy, cada vez más, va a las urnas a defenderla. Ya no se vota por unos principios, ni mucho menos por unos intereses. Hoy la gente vota por su identidad.

Cada vez hay más estudios académicos que confirman cómo la polarización política se ha intensificado en Estados Unidos durante los últimos decenios. Como sabe cualquier aficionado al deporte, el placer no solo está en ver ganar a nuestro equipo, sino en ver perder al rival. En los deportes, lo que se juega en esa rivalidad es poco. Sin embargo, cuando la lógica de la hinchada se extiende al ámbito político, lo que está en juego es mucho más. Los partidarios de cada lado odian cada vez más a los del otro. Los fans, en política, equivalen a polarización.

En algunos contextos, la polarización se expresa mediante una forma sectaria de ejercer la militancia. Un estudio llevado a cabo en 2015 por Patrick R. Miller y Pamela Johnston Conover llegó a la conclusión de que, en Estados Unidos, las personas más motivadas a la hora de votar actúan movidas por la identificación con su partido y no por preferencias ideológicas ni opiniones sobre un asunto. La hostilidad hacia el partido rival es una de las mayores razones que animan a la gente a ir a votar. [20]

Otro estudio de 2015, dirigido por Shanto Iyengar y Sean J. Westwood, da a entender que hoy, en Estados Unidos, la

afiliación partidista es un factor de hostilidad más poderoso que la raza. Cuando se pide a unas personas que escojan entre individuos con currículos similares, hay más probabilidades de que seleccionen a alguien de otra raza que a alguien que defienda al partido rival. [21]

Francis Fukuyama está de acuerdo en que «el mal funcionamiento y la decadencia actuales del sistema político estadounidense tienen que ver con una polarización extrema y cada vez mayor, que ha hecho que el ejercicio diario de gobernar resulte verdaderamente arriesgado». [22] Con una cita de las investigaciones de Thomas E. Mann y Norman J. Ornstein, [23] destaca que este proceso no ha sido simétrico, porque la derecha se ha radicalizado mucho más deprisa que la izquierda. [24] No cabe duda de que la elección como presidente de un líder de extrema derecha imbuido de los valores del espectáculo aceleró dicha tendencia.

La siembra de hinchas trumpianos en este suelo bien trillado de sectarismo ha producido una cosecha nueva en Estados Unidos: un tribalismo político de una dimensión a la que el país no está acostumbrado y que algunos creen que no es compatible con su tradición constitucional. Como explica Andrew Sullivan:

> El proyecto de democracia en Estados Unidos —vivir por encima de las identidades tribales, construir una sociedad basada en el individuo, considerarnos ciudadanos de una república del pueblo, dejar la religión al margen y hasta, en años recientes, adoptar una sociedad multirracial y posreligiosa— fue siempre un empeño de lo más precario. Descansó desde el principio en una esperanza propia del siglo XVIII en que es posible salvar las disparidades más arraigadas mediante una cultura de acuerdos y en que la razón puede derrotar al sentimiento. Fracasó una vez, de forma estrepitosa, en la guerra civil más brutal que ha sufrido cualquier democracia occidental en la era moderna. Y aquí estamos, en otra época tribal, con un presidente que

> provoca divisiones y que de repente está trastocando las alianzas políticas en Washington, a punto de averiguar si podemos impedir que la democracia vuelva a ser derrotada. [25]

Una señal de los peligros que crea esta tendencia es que Rusia ya ha empezado a explotarla. Entre la mina de contribuciones malintencionadas plantadas por los troles rusos y las cuentas de desinformación en vísperas de las elecciones de 2016 hubo un chorreo incesante de material falso destinado a los fans: carteles coloreados del «musculoso Bernie» para los «Sanderistas» junto a otros memes más previsibles que idolatraban a Trump. Lo mismo sucedió en la campaña electoral de 2020.

La conclusión es que la explosión de medios y la convergencia entre ellos ha borrado los límites tradicionales entre la política y el espectáculo. Aprovechando la proliferación de opciones en la era del espectáculo —YouTube, parrillas con ochocientos canales, el géiser de promoción que son Twitter y Facebook—, el carisma, en la era de la información, se ha degradado porque ha absorbido los valores del propio espectáculo.

Cuando los valores del espectáculo y la cultura de la fama ocupan el centro de la política de un país, resulta difícil desplazarlos. Si no se contiene pronto, la política entendida como espectáculo se metastatizará y se extenderá a otras partes del cuerpo político que hasta entonces estaban limpias. Para ver cómo funciona este mecanismo, debemos volver a Italia, pero a una generación posterior.

LA NUEVA ESTIRPE DE POPULISTAS ITALIANOS

Si tratáramos de enseñar a Max Weber la extraña transformación que ha sufrido la autoridad carismática en el

siglo XXI , una de las mejores formas sería colocarlo en una máquina del tiempo y depositarlo ciento dieciséis años después en el gran auditorio de Roma en el que el popular humorista y agitador Beppe Grillo presentó su espectáculo en 2007. [26] Allí, Weber habría visto a un hombre grandullón, locuaz, de barba descuidada y con una cabellera gris, que empezó a mezclarse con el público desde que dio comienzo el espectáculo.

Beppe Grillo tiene una presencia frenética sobre el escenario. O, mejor dicho, fuera del escenario, porque no pasa casi nada de tiempo sobre el estrado que han dispuesto para él. Durante dos horas y media se pasea como un poseso por el auditorio entre los espectadores, que están sentados, y dirige un espectáculo que en parte es un programa de humor, en parte es un mitin político y en parte es una asamblea evangélica.

Acosando a sus espectadores con su forma de hablar rápida y enloquecida, Grillo muestra su desprecio hacia la clase política italiana, la manía occidental de consumir en exceso, las estafas a los consumidores, la impotencia de la izquierda y la corrupción de la derecha, sin dejar de despotricar y de desvariar, al tiempo que agarra a espectadores al azar por las solapas —a veces lo hace de verdad—, como si quisiera sacudir físicamente a Italia para despertarla de su letargo.

Beppe Grillo iba para contable, pero no terminó sus estudios y encontró su vocación en este tipo de sátira humorística y salvaje de la política: un grito primitivo contra una clase política que él sentía que todos los italianos desdeñaban, unido a una repugnancia visceral hacia el cisma político habitual entre la izquierda y la derecha. Cuando se le desafió para que

«diera un paso al frente o se callara», Grillo decidió dar el paso: en concreto, creó un partido político, el Movimiento Cinco Estrellas —conocido como el M5S o Cinque Stelle en Italia— y empezó a presentarse a las elecciones.

En su primer intento, en 2013, el movimiento obtuvo más votos que ningún otro partido, el 25,6 por ciento, en un campo muy dividido. Sin embargo, los recién llegados no consiguieron más que ciento nueve de los seiscientos treinta escaños de la Cámara Baja italiana, porque no quisieron formar coalición con ninguno de los despreciados partidos tradicionales.

Los comentaristas se mofaron de Cinco Estrellas, porque, decían, lo único que tenía era la figura de Grillo, que nunca podría convertirlo en un auténtico partido. Para demostrar que no tenían razón, él presionó para que se incluyera en el M5S la prohibición de presentar a cualquiera que tuviera antecedentes penales. Sin embargo, la norma acabó excluyéndole a él, que había sido condenado por homicidio involuntario en la década de 1980, después de provocar un accidente de tráfico que costó la vida a dos de sus pasajeros. Era como si Grillo estuviera decidido a demostrar que Cinco Estrellas podía sobrevivir sin él como cabeza visible. En efecto, su movimiento dejó confundidos a los escépticos.

En 2016, Cinco Estrellas obtuvo la mayoría en el ayuntamiento y la alcaldía de Roma al resultar elegida Virginia Raggi, la primera mujer alcaldesa de la Ciudad Eterna. Poco después estuvo a punto de hacerse con el control de Sicilia. Aun así, algunos comentaristas italianos siguieron despreciando el movimiento: los numeritos de Grillo eran

ridículos, un mero divertimento. Era evidente para todos, ¿no? ¿No?

Pues resulta que no, no era tan evidente.

Pese a las diferencias entre sus líderes, existen innegables semejanzas entre el ambiente en un mitin de Trump y en uno de Beppe Grillo. La muchedumbre acude por razones parecidas: el rechazo a las élites, por supuesto, pero también algo más: un deseo de teatro, de cosas imprevisibles, de espectáculo.

El movimiento político de Grillo no dejó de crecer. Sus seguidores, los *grillini* («grillitos»), han adoptado una ideología confusa e incongruente: en parte ecologismo radical, en parte nativismo político, en parte heterodoxia económica, en parte histeria antivacunas. El resultado no es coherente, pero a ellos no parece importarles, porque no es coherencia lo que buscan. Lo que buscan son clics.

Como descubrió un estudio muy importante realizado por Buzzfeed News y el diario italiano *La Stampa* , Cinco Estrellas manejaba un enorme imperio en internet, que incluía un gran número de blogs, sitios web y páginas de Facebook con millones de seguidores. [27] Los sitios web, que a menudo recurrían a órganos de propaganda rusa como Sputnik, situaron el movimiento en línea con las posiciones de Moscú y, sobre todo, con las campañas de desinformación según el modelo ruso. Con una oferta de noticias sensacionalistas y titulares escabrosos, los blogs de Cinco Estrellas, como el popular TzeTze, crearon un ecosistema informativo conspiranoico en el que el objetivo de «ellos» —las élites, los peces gordos de Roma, los partidarios de la globalización en

Bruselas— siempre era perjudicar al honrado italiano corriente.

Tuvo una eficacia devastadora. En marzo de 2018, los *grillini* dieron el salto al Gobierno de la nación. Su porcentaje de voto había subido al 33 por ciento y seguía siendo el mayor partido de todos. A esas alturas, los escrúpulos puristas que les impedían formar Gobierno con otras fuerzas se habían suavizado. Después de unas tormentosas negociaciones, el M5S entró en el Gobierno junto a la Liga, otro partido antisistema, aunque de extrema derecha. Juntos, los dos partidos pusieron en marcha uno de los gobiernos de coalición más estrafalarios de la historia reciente: una mezcolanza de ideología de extrema derecha y payasadas radicales de Grillo.

Sin embargo, había un problema. Como Grillo había renunciado a ser candidato, no era él quien dirigía a los *grillini* . En su lugar, el partido escogió a un activista de treinta y dos años. Luigi Di Maio carecía del carisma de Grillo. Y, como vice primer ministro, le costó mucho dejar su impronta personal frente a los astutos dirigentes de la Liga.

Una vez establecida la coalición en el poder, el populismo nativista de esta última formación sobrepasó deprisa las excentricidades iconoclastas de los de Grillo y, además, entró en liza su líder, Matteo Salvini, una auténtica estrella televisiva, que se presentó como un tipo duro y heterodoxo ante una Italia que siempre premia a los tipos duros y heterodoxos.

Nos detendremos mucho más en Salvini en el capítulo 6, donde abordamos el carácter y las consecuencias de la ola de antipolítica que recorrió el mundo. De hecho, parece que esta

sucesión de populistas ha sumido Italia en una espiral insalvable de antipolítica. De momento, bastará con decir que el ascenso de Salvini como una de las principales figuras de la política italiana podría muy bien confirmar la extinción de la política convencional en ese país. Hace una generación, era uno de los escenarios más aburridos y tradicionales del mundo, con insípidos profesionales en la derecha y en la izquierda, en su inmensa mayoría corruptos, disputándose el poder en unas elecciones que a nadie importaban.

Las tendencias que inició Silvio Berlusconi en 1994 transformaron la vida pública italiana para siempre. Después de que los votantes italianos le tomaran el gusto a una política que se parecía tanto al mundo del espectáculo, no hubo ya vuelta atrás. Encarnadas en un payaso confeso como Beppe Grillo o en un tipo duro de cartón piedra como Matteo Salvini, las posiciones extremas y las bufonadas pensadas para la cámara se convirtieron en el recurso habitual de la política, lo que los votantes esperaban.

La tribu que Chávez construyó

Sin embargo, los países desarrollados no son los únicos en los que los valores del espectáculo han colonizado la esfera política. Uno de los que con más éxito puso en práctica la política entendida como espectáculo fue el venezolano Hugo Chávez. Este colocó la política de los fans al servicio de una estrategia plena de las tres pes para hacerse con el poder y conservarlo. Utilizó su fama política para crear un movimiento populista que medró gracias a la polarización y la posverdad.

¿Su objetivo? Mantenerse en el poder de por vida. Y en eso, por lo menos, triunfó. En el sentido más estricto posible.

No es esto lo que se suele decir sobre Chávez. En realidad, hace falta un poco de revisionismo histórico para reconocerle el mérito de haber sido un precursor, no un anacronismo. Durante la mayor parte de su mandato, el mundo vio Venezuela como un vergonzoso retroceso a una época política anterior, porque Chávez fijaba sus raíces ideológicas en la Cuba radical de los años sesenta del siglo XX . Desde luego, a menudo su retórica parecía sacada de un túnel del tiempo político.

Pero, si Chávez tuvo un modelo, este no fue Fidel, sino Silvio Berlusconi. Del magnate y político italiano, Chávez aprendió que la ideología no importa tanto como la fama y que, con la televisión, es posible crear un mundo en el que el estilo equivalga a la esencia.

Hijo de unos maestros de provincias, Hugo Chávez ascendió en el ejército y pronto una célula de militantes de extrema izquierda lo reclutó. Aunque se consideraba un revolucionario, sus biógrafos descubrieron después que la primera vez que empuñó un micrófono sobre un escenario, cuando era un joven soldado, fue para presentar un concurso de belleza organizado por el ejército venezolano. Esto recuerda a Berlusconi cantando en un crucero al principio de su carrera, se tiene la inconfundible sensación de que el personaje que encarnaba siempre era menos importante que la propia necesidad de ser el centro de atención.

Si Milán fue el preludio, Caracas fue el sitio en el que de verdad se llevó a cabo el experimento de fusionar el carisma de un dirigente, las extravagancias de un famoso y la ambición de un autócrata. Se trató de un experimento mucho más

peligroso: mientras que Berlusconi parecía conformarse con ensanchar la cartera y librarse de la cárcel, Hugo Chávez aspiraba a gobernar Venezuela eternamente. Y pensaba hacerlo con su legendario don para mostrar una melodramática empatía con el sufrimiento de los venezolanos. Las repercusiones de esa estrategia de la que él fue pionero están empezando a sentirse ahora en todo el mundo desarrollado.

Buena muestra de ello es el programa de televisión de Chávez, *Aló, Presidente* , famoso por sus interminables charlas. En él, el presidente hacía un poco de todo: contaba historias, soltaba diatribas políticas, cantaba y explotaba contra sus enemigos, reales e imaginarios. Pero, en el fondo, el asunto era siempre el mismo: la empatía. En cada programa conversaba personalmente con unos cuantos seguidores, a los que preguntaba sobre su vida, sobre sus ambiciones y sobre sus problemas, y siempre, siempre, se compenetraba con su dolor. Si a Trump le gustaba interpretar en televisión a un magnate y a Berlusconi ser un conquistador, a Chávez le encantaba hacer de Oprah.

Su actuación podía resultar fascinante. Despotricaba contra la subida del precio del pollo y luego abrazaba a una señora que lloraba por sus dificultades a la hora de encontrar dinero con el que pagar el material escolar de sus hijos. Se sentaba a escuchar con atención a los asistentes, mientras estos le contaban sus problemas, les preguntaba el nombre y les pedía que le describieran con detalle su situación.

Esos momentos propios de Oprah en los que establecía un vínculo personal con sus partidarios fueron los que permitieron, más que las peroratas ideológicas, que la lealtad a Chávez se desplazara del terreno político al de una

identificación primaria. Fueron instantes así los que convirtieron a sus seguidores en fans, unos fans que, con el tiempo, se agruparían en una tribu política: un pueblo que construyó su identidad a partir de su común devoción por el líder.

La adulación que dedicaban los espectadores a su estrella era la materia prima que Chávez transformó en poder, y él utilizó este último para eliminar el sistema de pesos y contrapesos presente en la Constitución venezolana.

Yo crecí en Venezuela y la experiencia de ver a Chávez transformando su fama en poder y este en celebridad dejó en mí una gran impronta. Por eso me desconcertó el ascenso de Trump. Contemplé el circo que devoró la política estadounidense en 2016 con el horror que me daba la sensación de *déjà vu* . El histrionismo, las respuestas fáciles, las críticas furiosas a una élite desdibujada que se dio cuenta del peligro demasiado tarde… Ya había visto esa película, pero nunca en inglés.

En 1998 había presenciado el ascenso de nuestro propio paracaidista con su lanzallamas. Había oído los discursos electrizantes. Lo había visto anunciar una campaña presidencial que muchos despreciaron por considerarla casi una broma: un medio improbable para un político imposible.

Y luego lo había visto subir sin parar en las encuestas. Lo había visto sobrevivir a controversias que deberían haber acabado con él, que deberían haber acabado con cualquiera. Sin embargo, con él no lo consiguieron.

Por eso, cuando Donald Trump presumió en la campaña de 2016 del tamaño de sus «manos», [28] me acordé enseguida de

aquella ocasión en la que Chávez, en la televisión nacional y con todos los canales obligados a emitir su programa, cambió de pronto de tema y empezó a hablar con su mujer, que, no le cabía duda, estaba siguiéndolo desde casa. Era el día de San Valentín y el presidente le prometió que, en cuanto llegara a casa esa noche, la trataría «como se merecía». [29] Cuando Donald Trump prometió construir un muro imposible de tres mil kilómetros en la frontera con México, me acordé de inmediato de cuando Chávez prometió construir un gaseoducto a través los Andes hasta Buenos Aires, a cinco mil kilómetros al sur (no lo construyó). [30]

A veces, mi memoria mezcla las anécdotas y me cuesta recordar quién dijo qué. ¿Fue Trump o Chávez quien dijo que los medios de comunicación y las grandes cadenas de televisión eran «los cuatro jinetes del Apocalipsis»? (Fue Chávez). [31] ¿Quién fue el que en una ocasión deleitó a su audiencia con un impagable relato de cómo conseguía llevarse a las esposas de sus amigos a la cama? (Trump). [32] ¿Y la historia de cuando tuvo diarrea mientras intervenía en directo ante las cámaras de televisión? (Chávez). [33] ¿Fue Chávez o Trump el que acusó a los periodistas de mentir de forma deliberada, de ser «enemigos del pueblo»? (Pregunta trampa: lo hicieron los dos). [34] Con todo lo diferentes que eran en muchos aspectos muy obvios, los venezolanos atentos no podían pasar por alto las coincidencias.

En los meses posteriores al anuncio de la Trump Tower, a medida que el monstruo cobraba fuerza, vi a la clase dirigente de las dos costas pasar de la irritación y los ojos en blanco a la confusión, de ahí a la alarma, de ahí al pánico…, un estado

que nunca ha abandonado del todo. Tenía la sensación de estar viendo un reflejo de la Venezuela de dieciocho años antes. Esa evolución no solo me resultaba familiar; había sido la mía.

Yo también había creído que Chávez no era más que otro demagogo populista, un payaso demasiado inútil para hacer verdadero daño. También en Venezuela las élites habían creído que podrían incorporar, atrapar y controlar a Chávez, como siempre habían hecho con otros presidentes. No supe entender la auténtica naturaleza del viaje que estaba emprendiendo, que Chávez, el artista, iba a acumular una legión de fans; no de seguidores en el sentido político tradicional de la palabra, sino de fans, de hinchas que buscaban en él, primero, cómo construir su propia identidad y, solo después, al líder político. Esa adulación, basada en el carisma, preparó el terreno para la lógica del tribalismo que impulsa la polarización. En retrospectiva todo aparece con una gran claridad.

Todo comenzó con el ascenso de un líder carismático, pero quedarse ahí no haría justicia a lo que vino después. He visto cómo evoluciona este proceso. Sé cómo empieza y, para mi disgusto, sé cómo terminó en Venezuela. Una de las democracias más antiguas de América se convirtió en una dictadura brutal y uno de los países más ricos del mundo pasó a ser uno de los más pobres.

Chávez revolucionó lo que significaba el poder para un público desconectado de unos dirigentes estirados y distantes con los que de ningún modo podría identificarse. Su legendario don de gentes afianzó la devoción casi religiosa de millones de venezolanos que tenían la sensación, en su fuero interno, de que lo conocían.

Los alardes televisados de cómo intimaba con cada uno de sus seguidores eran el pilar de su estrategia audiovisual. Pero a su vez significaban algo, porque, en los inacabables discursos que retransmitían en directo por obligación todas las emisoras de radio y televisión, Chávez entretejía todos esos casos para conformar un relato coherente. En algo que en parte era asamblea evangélica, en parte lección de historia y en parte arenga revolucionaria, Chávez elaboraba un amplio relato que explicaba la vida del país a sus oyentes y, además, daba sentido al lugar que ocupaban en ella.

El ascenso de Chávez borró del mapa a una velocidad de vértigo los viejos sistemas identitarios. Con el paso del partido político a la persona, la base de la identificación política de los venezolanos se convirtió en una pregunta con solo dos respuestas: «¿Estás con Chávez o contra Chávez?». Mientras sus seguidores añadían un halo cada vez más religioso a su admiración, sus detractores empezaron a considerar que el movimiento chavista hacía peligrar la propia existencia del país.

El resultado fue una polarización extrema de la política venezolana. Con una aterradora rapidez, los partidarios y los opositores olvidaron cualquier idea de pertenencia a un mismo país y empezaron a tratarse como enemigos. Para los chavistas, el hecho de que el presidente defendiera una postura bastaba, sin más, para que pensaran que era la verdad; para los antichavistas, sucedía todo lo contrario. La polarización y el tribalismo son diferentes aspectos de un mismo fenómeno.

El liderazgo carismático contiene en sí las semillas de la reacción en su contra: a quienes no están dispuestos a aceptar que un líder es sobrehumano o casi divino les alarma, como es

natural, que otros sí lo estén. Cuando esta dinámica se consolida, no queda ya ningún margen en el centro: las fuerzas de la polarización nos obligan a escoger a uno de los bandos.

Decir que los partidarios de Chávez lo sacralizaban puede parecer hiperbólico, pero es justo lo que pasó. Inmediatamente después de morir debido a un cáncer en 2013, su figura se empezó a incorporar al panteón de la santería, el sincretismo afrocaribeño del que son adeptos en secreto millones de venezolanos, aunque, de puertas afuera, declaren ser católicos. Comenzaron a aparecer estatuillas de Chávez en los ritos de los santeros, junto a deidades nativas ancestrales, como María Lionza, y personajes históricos convertidos en semidioses, como el Negro Primero, el lancero nacido como esclavo que, gracias a su valentía y a su audacia legendarias, ascendió hasta convertirse en el único oficial negro en el ejército republicano de Simón Bolívar. Chávez, como ellos, estaba destinado a ocupar un espacio entre lo común y lo divino, a ser una figura de auténtica devoción religiosa.

Estas historias resultan todavía más significativas cuando las examinamos desde la perspectiva sociológica de Max Weber. Este sabía que la palabra «carisma» deriva de la palabra griega χάρισμα, que significa «don divino», un talento otorgado por los dioses. [35] En su vaga posición por encima de los seres humanos corrientes, los líderes carismáticos interfieren en las reglas normales de la política. Es imposible razonar con sus seguidores, con sus fans. Sus detractores no pueden ponerse de acuerdo con ellos. Impulsados por la moderna tecnología de las comunicaciones, estos líderes derriban el muro que separa la política del espectáculo.

La política de los fans y la desaparición del límite entre la política y el espectáculo tienen enormes repercusiones en la forma en que los políticos se disputan el poder, ahora y en el futuro. La rivalidad política ha sufrido un descalabro. Las viejas virtudes políticas han quedado obsoletas y las capacidades que ocupen su lugar determinarán qué tipo de dirigente va a ser el más habitual.

La nueva era devalúa el dominio de los pormenores políticos, la experiencia, la capacidad de llegar a acuerdos y de hacer concesiones delicadas y prácticas. Estas son las aptitudes necesarias para gobernar dentro de los límites de una república constitucional. Sin embargo, esas aptitudes tienen un escaso peso ante las prioridades actuales: en un sistema político en el que las tres pes (populismo, polarización y posverdad) están extendiéndose cada vez más, lo que cuenta es ser capaces de construir y de sostener una base de seguidores lo bastante entregados para apoyar al líder pase lo que pase. La fidelidad es lo único que cuenta.

Lo que los venezolanos y los italianos aprendieron hace veinte años y los estadounidenses han empezado a descubrir en épocas más recientes es que las aptitudes, las prácticas y los reflejos institucionales necesarios para sostener una democracia son sorprendentemente frágiles ante las amenazas del populismo, la polarización y la posverdad. El debate, la paciencia, las concesiones, la tolerancia y la voluntad de aceptar que es legítimo que un adversario quiera obtener el poder son el tipo de instintos que necesitan estar muy extendidos en una cultura política para que sobreviva la

democracia. Sin embargo, en la época de la política entendida como espectáculo, estos valores ceden cada vez más espacio a los valores opuestos: los insultos, la demonización de los rivales, el maximalismo y la intolerancia.

En esta ecuación se prescinde enseguida de los partidos políticos. A pesar de que son cruciales para la democracia, empiezan a resultar molestos cuando las lealtades se personalizan y se centran en un solo líder. Las funciones esenciales de los partidos, como la capacidad de articular los distintos intereses y de reunir a diversos grupos en torno a un mismo programa empiezan a parecer anticuadas en un mundo en el que lo que mueve a los seguidores es la identificación fundamental con el líder. Puede que los partidos sobrevivan de una u otra forma, igual que las aves que no vuelan mantienen sus alas como órgano vestigial. Sin embargo, cada vez más, sirven de simples asistentes del líder, y les es difícil recuperar su importancia a la hora de gobernar. No son necesarios ni para alcanzar ni para retener el poder, así que se convierten en algo secundario. Otras instituciones de intermediación —las organizaciones no gubernamentales, los grupos profesionales, los sindicatos, las asociaciones de voluntarios— también tendrán que emprender complejos retorcimientos institucionales para conservar su relevancia política.

Al fin y al cabo, los cantantes famosos no necesitan ninguna de esas instituciones para llenar sus conciertos, ¿no?

Los estragos que está causando la convergencia de medios en la política democrática no son más que la última alteración tecnológica de la era de la información: otro ámbito más en el que los cambios tecnológicos han trastocado un sistema heredado antes de que comprendiéramos del todo cuáles eran

sus consecuencias. Si, como dice la famosa frase de Marshall McLuhan, el medio es el mensaje, es lógico que el paso de los sistemas mediáticos heredados a la explosión comunicativa de la era de la información haya llegado acompañado de un nuevo modelo en política. [36] Por decirlo en la horrible jerga del sector, la tecnología está «desintermediando» el sistema político.

¿Para qué es necesario un responsable político local, o un congresista en la cámara del estado, o un comité ejecutivo nacional, que nos conecten con el líder, cuando podemos enviarle un mensaje a través de Twitter? En la era de internet, esas instituciones se han vuelto tan penosamente inútiles como atesorar un walkman ahora que nuestros móviles tienen de todo.

Y esta tendencia no ha hecho más que empezar. El atractivo físico y la fotogenia han sido activos políticos importantes desde que comenzó la televisión, pero eran unos valiosos complementos de las credenciales tradicionales que la gente pedía a sus líderes. ¿Y si ahora estamos empezando una nueva época en la que ya no son añadidos útiles, sino lo único que importa?

Todavía no hemos llegado a eso. Sin embargo, está afianzándose una nueva dinámica competitiva que resta valor a las credenciales tradicionales para dárselo a la fama mediática. No hay ninguna garantía de que los líderes carismáticos del futuro vayan a encontrar el equilibrio entre la capacidad de atraer directamente a sus fans y las aptitudes políticas tradicionales. ¿Y si no lo encuentran?

LAS TRES PES BAJO EL FOCO

Volvamos a nuestra paradoja del principio: las formas de poder político que están resurgiendo se apoyan en el sigilo, en ocultar los manejos del poder tras una niebla de pretextos seudolegales y de disimulo. Sin embargo, los dirigentes que se benefician de esas estrategias no son invisibles. Son muy conscientes de su propia imagen, trabajan sin parar para proyectarse en la conciencia de sus seguidores y el personaje que construyen se convierte en un elemento esencial de la identidad de sus partidarios.

Las dos cosas, a primera vista, parecen contradictorias, pero la verdad es que están muy entrelazadas en el funcionamiento del marco de las tres pes. Vaciar las viejas instituciones —legales, mediáticas y sociales— que antes hacían de intermediarias entre los ciudadanos y los gobernantes permite esta nueva estrategia, porque elimina las barreras entre el líder y los instrumentos del poder, y entre el líder y sus seguidores. Sin la «desintermediación» de la esfera política, las tres pes no serían tan eficaces.

La antigua separación entre la política y el espectáculo imponía sus propios muros de contención: las instituciones formales (las leyes, las cámaras legislativas, los tribunales) y las normas informales (el decoro, la «dignidad del cargo», etcétera) eran métodos muy eficaces de contener el poder. Cuando los políticos no son más que servidores públicos, al sistema político le es mucho más fácil imponer restricciones a su conducta. El hecho de que los autócratas 3P sean celebridades debilita esas restricciones. Los fans tienen tan vinculada su propia identidad con los líderes que no pueden permitirse que estos fracasen.

Cuando los políticos tradicionales infringen una norma importante, sus seguidores les dan la espalda y su prestigio político se resiente. Sin embargo, cuando los líderes nacidos de la fama infringen esa misma norma, sus fans no se vuelven en su contra, sino en contra de la norma. Es más, los arropan hasta tal punto que su prestigio, muchas veces, aumenta, al menos desde el punto de vista de los fans.

La razón es que los partidarios políticos de antaño se diferencian de los fans políticos de hoy en varios aspectos cruciales. Los fans políticos, como los de los equipos deportivos o los de un músico, construyen su identidad en gran parte mediante su compenetración con los famosos que más quieren. Para ellos, los ataques dirigidos contra los famosos que les proporcionan su identidad son, sobre todo, ataques dirigidos contra ellos. Defienden a los famosos para defenderse.

Los términos con los que se designan a sí mismos nos dan pistas claras sobre esta dinámica. Los seguidores de Beppe Grillo son *grillini* , los de Chávez, *chavistas* . Los seguidores de Trump no adoptan su nombre tal cual, pero sí se identifican por completo con su eslogan, hasta el punto de que MAGA [Make America Great Again] ha dejado de ser un acrónimo para convertirse en un nombre colectivo. Los fans de Salvini le otorgan una especie de título honorífico, Il Capitano, los de Berlusconi le apodan Il Cavaliere y los de Chávez le llamaban El Comandante.

El uso de este tipo de títulos vuelve a indicar la sacralización del poder en torno al aspirante a autócrata. En ciertos casos, como el de Chávez, esa sacralización es literal: desde su muerte, sus partidarios lo veneran como a un

semidiós. Pero, hasta cuando no llega a ese punto, está claro que el tipo de autoridad que ejercen los políticos famosos es muy personal. La prueba es lo difícil que resulta transferirla. En dos de los casos que hemos visto en este capítulo, el famoso que ocupa el centro de un movimiento populista ha tenido que retirarse: Hugo Chávez, cuando falleció en 2013, y Beppe Grillo, porque prefirió dejar de participar de manera activa en política para tratar de despersonalizar su movimiento. En ninguno de los dos casos el sucesor ha tenido una fácil relación con las cámaras, como sí ocurría con el fundador, y el resultado ha sido un desastre para sus movimientos. El sucesor de Chávez, Nicolás Maduro, se convirtió en uno de los dirigentes más detestados del mundo, después de que su desafortunado liderazgo precipitase la caída de Venezuela en el desastroso torbellino económico incubado por Hugo Chávez. Y el sucesor de Grillo al frente de Cinco Estrellas, Luigi Di Maio, se encontró enseguida envuelto en una serie de errores que hicieron que su movimiento perdiera apoyos en favor de sus socios de coalición de la extrema derecha, la Liga. Casualmente, esta estaba encabezada por un líder heterodoxo y carismático que inspiraba una intensa pasión entre sus seguidores: Matteo Salvini.

Este último había comprendido lo que Di Maio nunca había logrado entender: mientras que los seguidores políticos plantean exigencias a sus líderes, los fans políticos les ofrecen un incondicional apoyo que les da libertad para perseguir el poder con fines propios. Desdibujar los límites entre la política y el espectáculo no es algo que estos líderes hagan por mero capricho. Lo hacen porque esto les permite salir impunes de comportamientos que sus rivales más tradicionales no podrían

ni haber soñado en el viejo mundo en el que lo político y el espectáculo estaban claramente diferenciados.

La celebridad y el sigilo son el yin y el yang de los autócratas 3P. A medida que se difumina la vieja distinción entre la política y el espectáculo, los líderes descubren que la fama les permite buscar el poder con maniobras que en otro caso no se tolerarían. La fama desarma el funcionamiento habitual de los mecanismos de rendición de cuentas. Frustra las expectativas sobre la forma apropiada de comportarse en el poder y multiplica la fuerza de la seudoley.

O, para ser más breves, el poder se venga abrazando el espectáculo al mismo tiempo que se hace clandestino.

3

Las herramientas del poder

El populismo, la polarización y la posverdad son estrategias. Sin embargo, hace falta algo más concreto que unos principios organizativos y unas grandes estrategias para alcanzar el poder. Los autócratas actuales necesitan también herramientas, técnicas psicológicas, comunicativas, tecnológicas, legales, electorales, financieras y organizativas para reafirmar su poder y protegerse de las fuerzas que los limitan.

Son lo que llamamos las «herramientas del poder» . Los medios con los que los autócratas 3P adquieren, ejercen y retienen el poder. Aquí vamos a ir a lo esencial del modo de reaccionar que ha tenido el poder ante las fuerzas centrífugas que empezaban a dispersarlo y a debilitarlo. Algunas de estas herramientas son nuevas, mientras que otras son versiones actualizadas de las armas que siempre han estado presentes en el arsenal de todos los demagogos; todas ellas han duplicado su eficacia gracias a la división de nuestros debates políticos y a la tóxica expansión mundial de la desconfianza en las instituciones públicas y de las nuevas tecnologías digitales, que multiplican la potencia de esas herramientas.

El poder del dinero

El dinero es poder y el poder es dinero. Esta máxima tiene hoy más validez que nunca. Los gobernantes de la vieja escuela saquean las arcas de su país sin que se lo impidan leyes e

instituciones. Mediante regalos, estipendios, subsidios y un acceso preferente a acuerdos comerciales, o sencillamente mediante chanchullos, ellos, así como sus familiares y amigos, consiguen amasar unas fortunas incalculables. Todos hemos visto las fotos de sus palacios, de sus aviones, de sus yates y de sus automóviles. Y también hemos visto cómo utilizan el dinero como herramienta para afianzar su poder: para mantener al ejército contento y leal, para comprar el apoyo de los jefes de zona, para financiar un inmenso aparato policial y de seguridad que reprima a la oposición y para garantizar que los periodistas sean dóciles y los magnates estén satisfechos. Los dictadores también emplean su fortuna para proyectar su poder más allá de sus fronteras. Subvencionan a sus aliados, incorporan a políticos y a personajes influyentes extranjeros y compran empresas foráneas de medios de comunicación y clubes deportivos mientras construyen redes financieras internacionales que los ayudan a promover los intereses de la familia gobernante y el país que controla.

Los autócratas 3P también necesitan dinero para enriquecerse, tanto ellos como sus amigos. Como los dictadores tradicionales, necesitan los medios económicos para retener, consolidar y extender su poder. Sin embargo, a diferencia de los dictadores, que no tienen que rendir cuentas ante nadie, los autócratas 3P deben tener más cuidado sobre las formas de enriquecerse, enriquecer a otros y usar el dinero para afianzar su régimen. Siguen haciendo todas esas cosas, pero de manera más disimulada y siendo más conscientes de que necesitan presentarse como demócratas, como honrados funcionarios y como luchadores contra la corrupción.

La Rusia de Vladímir Putin ofrece un ejemplo representativo del uso del dinero como herramienta del poder. Cuando Putin se convirtió en presidente, en 1999, Rusia estaba en manos de una constelación de oligarcas salvajes y gansteriles que se habían apoderado de la mayor parte del patrimonio industrial, mineral y energético de la Unión Soviética. El Moscú de la década de 1990 estaba imbuido de una espantosa anarquía, en la que los magnates de los negocios actuaban como si ellos mismos fueran la ley y los asesinatos de rivales a plena luz del día se sucedían. El caos de los años de Yeltsin no tenía ninguna utilidad estratégica para el Kremlin y Putin no tardó en darse cuenta de que el primer paso para establecer el control duradero del Estado tenía que consistir en meter en cintura a los oligarcas.

En su libro *Russia's Crony Capitalism. The Path from Market Economy to Kleptocracy* , Anders Aslund explica cómo Putin, exagente del KGB, recurrió a su red de espías y agentes del servicio secreto para ello. [1] Entre los años 2000 y 2003, Putin se esforzó en dejar clara la nueva jerarquía: los ricos podían seguir siendo ricos, podían enriquecerse todavía más, pero solo si se enteraban bien de sus nuevas prioridades políticas. El mensaje se transmitió sin ninguna sutileza: a los pocos meses de tomar posesión, Putin emprendió un ataque frontal contra Vladímir Gusinski, cuya cadena de televisión, NTV, no solo había cometido el pecado mortal de criticar al presidente, sino el de burlarse de él. A esa defenestración siguieron otras. Quienes desafiaban el nuevo orden tenían una alarmante tendencia a aparecer muertos en extrañas circunstancias. Los demás se dieron pronto por enterados.

Putin cambió el salvaje Oeste de la época de Yeltsin por una autocracia fuerte, jerárquica y de apariencia democrática, y de esa forma se aseguró de que los oligarcas rusos estuvieran siempre a su servicio. El trato era fácil de comprender: quien avivara el descontento del Kremlin no solo podría ver desaparecer su riqueza a una velocidad aterradora, sino que corría el peligro de acabar «cancelado», pero no en el sentido «cultural» tan habitual hoy, sino de manera brutal y, a menudo, definitiva. A partir de ese momento, la riqueza de los oligarcas solo era suya de forma provisional, siempre y cuando favoreciera los intereses del presidente. Los medios de comunicación podían ser extraordinariamente rentables, pero solo si apoyaban las posiciones del Kremlin en todos los asuntos. Debían contar con la posibilidad de tener que ceder sus imperios empresariales al Estado en cualquier momento; el hecho de que fueran de propiedad privada solo servía para mantener la coartada de que no sabían nada.

El caso más claro fue quizá el de Yevgeny Prigozhin, «el chef de Putin», el restaurador y empresario de catering de Moscú cuyo negocio creció gracias a su estrecha relación con Putin. Prigozhin es conocido, sobre todo, por ser el supuesto dueño de la infame Agencia de Investigación sobre Internet, una empresa con sede en San Petersburgo que, en realidad, es un instrumento del Kremlin para desestabilizar la política mundial y favorecer los intereses geopolíticos del presidente ruso. El caso de Prigozhin es el más visible, pero no es en absoluto el único. Personajes como él, a caballo entre la economía legal y el crimen organizado, parecen florecer siempre que una autocracia 3P está asentando su poder.

En Venezuela, el equivalente fue el magnate colombiano del transporte Alex Saab, que convirtió sus contratos con el régimen de Caracas en una inmensa fortuna personal a base de estafar al Estado venezolano miles de millones mediante cobros abusivos por la importación de alimentos y que después empleó su dinero para respaldar el régimen de Maduro. En Filipinas fue Dennis Uy, un filipino de origen chino, hijo de unos comerciantes de pueblo, cuya fortuna creció a velocidad de vértigo hasta incluir casinos, concesionarios de Ferrari y compañías de suministro de agua. Curiosamente, Uy es íntimo amigo de Rodrigo Duterte desde hace veinte años. En Hungría fue Lőrinc Mészéros, amigo de Viktor Orbán desde hace también veinte años, de su mismo pueblo, que pasó de ser un obrero de la construcción a convertirse en magnate multimillonario en solo cinco años y que obtuvo contratos del Gobierno enormemente lucrativos. Y, en Angola, el poder del dinero permaneció en la familia cuando Isabel dos Santos, hija del veterano autócrata José Eduardo dos Santos, se convirtió en multimillonaria y en la mujer más rica de África gracias a «las relaciones familiares, empresas fantasmas e informaciones privilegiadas». [2]

En Brasil, bajo el Gobierno del Partido de los Trabajadores, la principal empresa de ingeniería del país, Odebrecht, fue el conducto por el que se canalizaban los sobornos a políticos dentro y fuera del país; la cleptocracia pasó a ser un instrumento de la política exterior brasileña.

En cada uno de estos casos, los autócratas se propusieron dar más poder y, al mismo tiempo, controlar a los principales dueños de la riqueza en sus respectivos países, y no tuvieron reparos en usar esa riqueza para impulsar y sostener su propio

poder. Con la misma lógica, estos regímenes se apresuraron a castigar a los empresarios que no querían postrarse ante la voluntad del líder.

Quizá parezca que esta preocupación afecta sobre todo a los países débiles o con una corrupción endémica, pero las grandes democracias occidentales no son inmunes, ni mucho menos. En Italia, Silvio Berlusconi aprovechó sin tapujos su riqueza personal para reforzar su poder político durante décadas. En Estados Unidos, el Tribunal Supremo instituyó un sistema extraordinario de sobornos legalizados a políticos con su muy sonada sentencia de 2010 sobre Citizens United. El fallo dio pie a los nefastos Comités de Acción Política (PAC, por sus siglas en inglés) y provocó una avalancha de fondos privados no regulados para campañas políticas personales. Además, «arregló» el problema de la corrupción mediante la legalización de una serie de acuerdos que, en la mayoría de los países, son delitos. Una de las consecuencias fue que el costo normal de una campaña presidencial en Estados Unidos pronto sobrepasó el nivel de los mil millones de dólares.

En el mundo actual, el dinero sigue siendo lo que nunca ha dejado de ser: el mejor camino para tener influencia, ahora dedicada al servicio del populismo, la polarización y la posverdad.

EL PODER DE ROMPER CON LAS NORMAS

Las élites distantes y desfasadas alimentan el populismo. Los grupos dirigentes desconectados de la gente y con un apoyo popular cada vez menor crean las oportunidades que los populistas aprovechan. Estos se dedican a polarizar la política todo lo que pueden, con todas las verdades o con todas las

mentiras que hagan falta para dinamizar, organizar y movilizar a sus partidarios. Por suerte para ellos, caracterizar a una élite como distante y desconectada es lo más sencillo del mundo. Se trata de un ingrediente básico: este hace que una élite lo sea. Por consiguiente, la nueva estirpe de populistas puede encontrar materia prima para trabajar en casi cualquier parte.

Las democracias liberales se apoyan en leyes e instituciones permanentes, como los parlamentos y los tribunales. Y también en algo menos visible, pero igual de importante, las normas: los límites no escritos, pero aceptados por todos, que definen la forma apropiada de actuar. Las normas, resultado de procesos históricos lentos y sutiles, calan poco a poco en el ADN de las instituciones. Una norma es ese tipo de regla de la que todo el mundo es consciente sin necesidad de que nadie la señale de forma explícita.

Como explican E. J. Dionne Jr., Norm Ornstein y Thomas E. Mann: [3]

> Las normas políticas se definen como «un criterio o modelo, en particular de comportamiento social, que es típico o esperable de un grupo». Indican cómo se supone que debe comportarse una persona en unas circunstancias sociales determinadas. No valoramos del todo el poder de las normas hasta que se infringen de forma reiterada. Y la infracción de las normas suele tener un efecto en cascada: cuando una persona rompe con la tradición y las expectativas, un comportamiento que antes se consideraba inapropiado se normaliza y otros lo adoptan.

Con el tiempo, las redes de normas se entretejen para establecer una idea tácita, pero sólida, de lo que es apropiado y de lo que no lo es en política. Juntas, conforman lo que los politólogos Steven Levitsky y Daniel Ziblatt llamaron «los guardarraíles de la democracia»: el sentimiento tácito y común

de «cómo deben hacerse las cosas» que mantiene unida una cultura política democrática. [4]

Para la nueva generación de populistas, las normas democráticas son blancos muy tentadores. Justo porque no están escritas, parecen invitar a que se las cuestione. ¿Cómo se pide que rinda cuentas a alguien por violar una regla que nunca ha sido explícita? El mero proceso de señalar que se está infringiendo una norma ya la debilita, porque pone de manifiesto algo que hasta entonces era implícito a la luz del día, donde se puede debatir y atacar.

Esta es la paradoja de las normas. Las reglas tácitas son fundamentales para la salud de la democracia. Pero, al serlo, están mal definidas, lo que hace que sea fácil dejar de cumplirlas. Las normas son cruciales pero débiles, y los autócratas 3P saben muy bien abalanzarse sobre las frágiles restricciones a su poder. Es más, el hecho de saltarse las reglas los presenta como un tipo de líder diferente y socava los límites que restringen el poder (todo al mismo tiempo).

Donald Trump dejó claro que era un maestro instintivo de este estilo desde el primer momento, quizá porque en verdad no comprendió nunca las reglas no escritas hasta el punto de saber que las infringía. Las transgresiones de Trump, su voluntad de «llegar hasta allí», de hacer cosas que no se deben hacer, fueron la base de su estrategia para alcanzar el poder. La presidencia de Trump fue un matadero institucional de las vacas sagradas de Washington. Disfrutaba una y otra vez haciendo cosas que todo el mundo sabe que no deben hacerse. Ya fuera nombrar sin más a amigos empresarios para que regularan los sectores a los que antes representaban (el caso

más extremo fue la designación de un lobista del sector del carbón para dirigir la Agencia de Protección Medioambiental), situarse de forma abierta del lado de dictadores hostiles a Estados Unidos y en contra de sus propios servicios de inteligencia, defender a los neonazis que en 2017 se manifestaron con antorchas en la concentración por la «Unión de la Derecha» en Charlottesville, negarse a obedecer las citaciones del Congreso o a aceptar el resultado de las elecciones de 2020 a la presidencia. Ninguna regla parecía estar a salvo de las infracciones del presidente. Al observar este desfile de atropellos, la cháchara de la clase política de Washington se apagó de una forma que George Packer captó con gran fuerza: [5]

> Los adultos eran demasiado sofisticados para comprender las peculiares dotes políticas de Trump: su instinto para descubrir el punto débil de todos sus adversarios, su fanática devoción hacia sí mismo, su talento para imponer su voluntad y su capacidad de aguante. Tampoco supieron ver la avanzada descomposición del Partido Republicano, que en 2016 estaba ya perdido en una búsqueda nihilista del poder a toda costa. No comprendieron que muchos estadounidenses se hallaban dispuestos a aceptar (y hasta disfrutar) el desprecio de Trump por las normas democráticas y un mínimo decoro. Hizo falta que llegara un líder como él para revelar cuántas cosas que siempre habían parecido grabadas en piedra dependían en realidad de unas frágiles normas y cuánto dependían estas a su vez de la opinión pública. Su desaparición puso de relieve el auténtico poder de la presidencia. Los precedentes legales podían borrarse pulsando una tecla; la independencia de las fuerzas del orden con respecto a la Casa Blanca no era obligada; la separación de poderes no era más que un acuerdo entre caballeros; las mentiras obvias tenían más fuerza que los datos verificables. La clase política no se dio cuenta de nada hasta que Trump se convirtió en presidente.

Para Timothy Snyder, cuyo libro *Sobre la tiranía* es la interpretación más destacada de este asunto en los últimos tiempos, este ataque en serie contra los guardarraíles de la democracia es en lo que más se notó la dañina influencia de

Rusia en Estados Unidos durante el mandato de Trump. [6] «Mucho de lo que se está echando a perder en nuestra democracia ya pasó en Rusia —dijo Snyder a un entrevistador en 2019—. No solo es que Rusia contribuyera a la elección de Trump, es que se ha propagado de forma increíble cierta manera rusa de ejercer la política». [7]

Otros autócratas 3P han preferido una estrategia más gradual, que, para difuminar el escándalo inicial que provoca la infracción de las normas, lo extiende en el tiempo. Es lo que podríamos llamar «la estrategia de la rana hervida», de acuerdo con la antigua idea, zoológicamente poco creíble, de que, si se arroja una rana en agua hirviendo, esta saldrá al momento de un salto, pero, si se la introduce en un recipiente con agua templada que va calentándose poco a poco hasta el hervor, no se dará cuenta de lo que ocurre hasta que ya sea demasiado tarde. Pues bien, cada vez hay más pruebas empíricas de que el viejo dicho sobre la rana hervida tiene una base psicológica real. Como destaca Anne Applebaum, en un estudio de 2009 en *Journal of Experimental Psychology* , cuando un comportamiento contrario a las normas se introduce poco a poco, hay más probabilidades de que la gente lo acepte: «El motivo, en parte, es que la mayoría de las personas se consideran a sí mismas rectas y honradas, y esa imagen es resistente al cambio. Cuando determinados comportamientos se convierten en "normales", la gente deja de pensar que están mal». [8] , [9]

Hervir la rana es, de por sí, una forma de sigilo: un avance gradual desgasta a los adversarios, los gritos de estos contra los abusos se vuelven continuos y, por tanto, es fácil desentenderse de ellos. Bolivia y Hungría serían dos ejemplos.

Evo Morales y Viktor Orbán construyeron gran parte de su atractivo inicial saltándose unas reglas del decoro político que la clase dirigente consideraba sacrosantas, pero que habían dejado de tener sentido para la gente ajena a ella. En Venezuela, Hugo Chávez intuyó que infringir esa clase de reglas para iniciados no podía sino beneficiarle. No se trataba solo de que los autócratas, al hacer caso omiso de las normas que los frenaban, reforzaran su poder —eso es una obviedad —, sino que pudieron usar la reacción de las élites contra su desprecio a las normas para consolidar su credibilidad como personas ajenas a todo esto. Como ya hemos visto, eso es justo lo que hizo Silvio Berlusconi en la década de 1990 y Donald Trump a principios de este siglo.

Sin embargo, no todas las violaciones de normas son como en el caso de la rana hervida a fuego lento. Algunos autócratas 3P parecen inclinarse por una vía distinta: podríamos denominarla «la estrategia de la conmoción y el espanto». Quizá el extremo más radical sea el de Filipinas.

Manila, la calurosa y extensa capital de Filipinas, no es acaso el tipo de ciudad en el que pensamos cuando oímos la palabra «élite», pero, para los filipinos, en un país en el que unas cuantas familias adineradas de la capital han mandado siempre, Manila ocupa en el imaginario político el mismo lugar que Bruselas en Reino Unido o Washington en Estados Unidos. Y no hay ningún sitio en el que se odie más a las élites de Manila que en la isla pobre y meridional de Mindanao. Además de albergar once de las veinte provincias más pobres del país, presenta tantas diferencias religiosas y culturales con Manila que el poder de la clase dirigente les parece casi el de una potencia extranjera. Mindanao era el semillero ideal para

que surgiera un desconocido carismático capaz de unir a la gente en contra de los dirigentes corruptos. Y eso es lo que sucedió, en la figura de quien había sido alcalde de Davao City durante siete mandatos: Rodrigo Duterte.

La pretensión de Duterte de no tener nada que ver con la clase dirigente fue una ficción elaborada con esmero. Hijo de un gobernador de provincias, Duterte se crio en medio del poder. Fue elegido vicealcalde de Davao en la década de 1980, cuando Mindanao recibía el apodo de «la pequeña Nicaragua» por la violenta insurgencia de izquierdas que campaba en la isla. Junto con los marxistas, había una asombrosa proliferación de bandas criminales, escuadrones de secuestradores y delincuentes de poca monta que tenían a los habitantes de Davao en un estado de miedo de baja intensidad, pero permanente.

Una cualidad esencial de cualquier populista, viejo o nuevo, es el don para identificar ámbitos en los que la lógica popular y la de la clase dirigente están enfrentadas de manera irremediable. Duterte sabía que a la élite occidentalizada de Manila, imbuida de la cultura de los derechos humanos, le horrorizaba la idea de las ejecuciones extrajudiciales. Sin embargo, en Davao City, sus votantes sufrían el ataque de una ola creciente de violencia y crimen impulsada por el tráfico de drogas a pequeña escala; de hecho, clamaban para que se tomaran esas medidas. Y, para él, los gritos de indignación que esa decisión provocaría entre la élite de Manila no eran algo que hubiera que evitar, sino un incentivo más.

El alcalde comprendió que impulsar los escuadrones de la muerte podía ayudarlo a forjarse un perfil político; eran una solución radical y sencilla para el problema de la criminalidad,

que tenía la ventaja añadida de que le distinguirían de forma clara de la odiada clase dirigente. La violación de las normas se convierte en un instrumento de polarización, la segunda gran estrategia de la receta de las tres pes. Duterte no poseía una cadena de televisión, como Silvio Berlusconi, ni un imperio inmobiliario, como Donald Trump, pero vio que el camino para lograr notoriedad consistía en situarse como un tipo dispuesto a proponer soluciones que otros políticos no querían.

Duterte labró su reputación como alcalde de Davao City con su patrocinio mal disimulado de los Escuadrones de la Muerte de Davao (conocidos como los DDS por sus siglas en inglés). Los DDS, una confederación informal de escuadrones encabezada por antiguos soldados y policías, tenían carta blanca para eliminar a los indeseables de la sociedad: chicos de la calle, transportadores de drogas, cualquiera que, según el alcalde, supusiera una amenaza para el orden público. Las estimaciones más conservadoras indican que entre 1998 y 2014 los DDS se cobraron un mínimo de mil cuatrocientas veinticuatro vidas. [10] Con su brutalidad sin tapujos, los DDS encarnaban un agresivo rechazo hacia la devoción de la élite occidentalizada por el juicio justo. Para un político que quisiera controlar el terreno que le interesaba a Duterte, no cabía la menor duda.

Sin ninguna lógica, Duterte mantuvo siempre que no tenía ninguna relación directa con los Escuadrones de la Muerte de Davao. [11] Aunque ensalzaba la violencia a los cuatro vientos (prometió que los peces de la bahía de Manila iban a engordar de la cantidad de cadáveres que acabarían flotando en ella), siempre tenía cuidado de que no se le oyera dar ninguna orden

específica que pudiera relacionarse con un asesinato. Fue un caso típico de doble lenguaje populista y polarizador: Duterte prometía la violencia al mismo tiempo que se distanciaba de cualquier asesinato. Una auténtica insolencia. Y eficaz.

En 2016, Duterte se presentó como candidato con la promesa clara de llevar las brutales prácticas que defendía en Davao a todas las islas Filipinas. Elogió la ley marcial y prometió instaurarla en caso necesario, y así se aseguró de que nadie pudiera presumir de ser más duro que él en la lucha contra el crimen. Desde su elección como presidente en 2016, Filipinas se ha convertido, desde el punto de vista de los derechos humanos, en una hecatombe, y Duterte en un héroe popular. Aprovechando sus altos índices de aprobación, mientras la cifra de muertos seguía aumentando, no tardó en criticar a las élites ajenas a la realidad que se habían opuesto a su política de mano dura en la guerra contra las drogas.

Así, infringir las normas también puede estar al servicio del populismo. Rodrigo Duterte obtuvo el apoyo a sus tácticas brutales gracias a sus continuas proclamas de que la preocupación por los derechos humanos era un artificio de una élite corrupta. La lógica de los filipinos normales y corrientes es sencilla: si las drogas son un problema, matar a todos los traficantes y drogadictos constituye una solución que salta a la vista. Cuando la clase dirigente dice «No, no, es una cuestión más complicada», cae en la trampa populista, que la acusa de dedicarse en exclusiva a abstracciones cosmopolitas y no a los intereses claros y sencillos de la gente normal.

Por consiguiente, la violación de la norma contra las ejecuciones extrajudiciales en Filipinas se convirtió en un instrumento al servicio de la polarización y el populismo.

Duterte provocó a las viejas élites para que estas defendieran los derechos de los odiados narcotraficantes y así las condujo a una trampa que le permitió retratarlos como enemigos del pueblo virtuoso. Se trata de una estrategia de probada eficacia que, año tras año, sigue produciendo dividendos.

No cabe duda de que Filipinas es un ejemplo extremo. Sin embargo, los Escuadrones de la Muerte de Davao muestran otra forma de cómo la democracia puede ser víctima de la autocracia 3P. La gracia está en que cualquier consenso elitista puede calificarse de «corrupto». Para los populistas y sus seguidores, cualquier creencia, norma o costumbre de la élite es sospechosa por definición y, por tanto, un objetivo clave.

El poder de la revancha

Los populistas siempre han sabido explotar el desprecio de la gente corriente por los dirigentes y su resentimiento por los abusos sufridos, reales o imaginarios. Su gran poder se basa en un sexto sentido para alimentar ese desprecio y agitar el resentimiento. El truco consiste en percibir antes que nadie qué causa de resentimiento es la que está madura para aprovecharla. El resentimiento contra los privilegios de la élite es el requisito previo que los populistas están destinados a aprovechar; lo importante es saber cuándo y cómo.

Sin embargo, el resentimiento no es más que un deseo reprimido de algo más difícil de confesar: el ansia de revancha. Los populistas que siembran las semillas del resentimiento deben estar dispuestos a facilitar la revancha para saciar el apetito de sus seguidores.

Esta realidad, en general, es demasiado brutal para afrontarla directamente y se suele evitar en las discusiones

políticas. Estamos más cómodos con los eufemismos: preferimos hablar de la política reaccionaria, o de la política del victimismo, o de la política de la inquietud económica. Por debajo de todo ello hay algo más turbio y visceral, demasiado visceral para estar a gusto, pero demasiado humano para ignorarlo.

«Resentimiento» es uno de esos eufemismos: una palabra correcta para designar el afán de hacer daño a quienes creemos que nos lo han hecho a nosotros. La política del resentimiento es la de la revancha.

La revancha puede ser física, pero no tiene que serlo por fuerza. Encerrar a nuestros enemigos en la cárcel y confiscar sus bienes puede ser una forma de revancha, pero también lo son medidas simbólicas, mucho más sutiles, que desde fuera pueden parecer tibias, pero que tienen tremendo eco en determinado contexto.

Hay muchos tipos de revancha. Para el turco Recep Tayyip Erdoğan —y, más importante, para sus legiones de seguidores —, dejar que las mujeres llevaran pañuelo en las universidades públicas del país fue un acto de revancha. Fue un rechazo cargado de simbolismo a los decenios de estricto laicismo promovido por Kemal Ataturk, el fundador de la Turquía moderna. La parte laica de la sociedad cultivada por Ataturk vivió la decisión de Erdoğan como una agresión directa, incluso personal. Para Evo Morales, cambiar el nombre oficial de Bolivia a Estado plurinacional de Bolivia fue un acto de revancha simbólica por cientos de años de dominación blanca de la población indígena.

Los populistas saben que satisfacer la sed de revancha simbólica de sus seguidores produce jugosos beneficios políticos. Esto no es ninguna novedad; los demagogos saben desde tiempos inmemoriales que siempre hay gente ávida de hacer sufrir a sus enemigos. Desde luego, el general romano que ordenó arrasar Cartago y echar sal sobre las ruinas no lo hizo por motivos estratégicos, sino para satisfacer la sed de revancha de sus soldados.

Sin embargo, los autócratas del siglo XXI comparten el instinto de saber que esa sed de revancha de la gente puede convertirse en un arma contra las restricciones a su poder. Así se explican algunas cosas que, si no, carecerían de sentido, como decisiones que solo parecen tener como objetivo hacer daño a quienes consideran la élite. Aunque esas decisiones no beneficien en nada a los seguidores de los autócratas; aunque esas decisiones, de hecho, perjudiquen a sus seguidores.

Hace mucho tiempo que la izquierda latinoamericana se mueve impulsada por un relato épico de opresión de muchos siglos que ha avivado la sed de revancha. Libros como *Las venas abiertas de América Latina* , de Eduardo Galeano (del que Hugo Chávez regaló una vez un ejemplar a Barack Obama, durante un encuentro fortuito en un pasillo durante una cumbre presidencial), popularizaron un relato simple en exceso de la conquista imperial y el expolio cometido por Europa que exigía la redención mediante la revancha. [12] Pese a que, décadas después de su publicación, el propio Galeano condenó el punto de vista de su gran éxito de juventud, el daño ya estaba hecho. Los autócratas 3P como Evo Morales y Hugo Chávez encontraron un público dispuesto a aceptar una posición política que trataba toda la historia de Latinoamérica

como la historia de la brutal victimización de la gente corriente a manos de una élite blanca codiciosa; y entonces se presentaron como los medios para vengar esa victimización.

En 2010, durante un paseo en una bonita tarde caraqueña, Hugo Chávez emprendió su intento más ambicioso de llevar a cabo esa revancha. Mientras caminaba por la plaza mayor de Caracas, de la época colonial, con las cámaras detrás, Chávez preguntó en tono melodramático a sus ayudantes qué uso se le daba a un edificio situado enfrente del Parlamento.

—Ese edificio ahora es de propiedad privada, mi comandante —dijo uno de sus ayudantes en tono respetuoso, y añadió—: Ahora hay allí varios negocios de joyería.

—¡Exprópiese! —bramó Chávez.

Al acabar su breve paseo, Chávez había gritado entre aspavientos la misma orden —«¡Exprópiese!»— varias veces, ante cada edificio privado visible desde la plaza, y así fijó el rumbo para transformar de manera radical el sistema de propiedad en Venezuela. Durante los meses siguientes, el Estado se apropiaría de empresas grandes, medianas y pequeñas, desde complejos conglomerados de energía y telecomunicaciones con decenas de miles de empleados hasta plantas relativamente pequeñas de procesado de alimentos, con unas docenas de trabajadores, así como explotaciones agrarias de todos los tamaños y en toda Venezuela. Chávez no perdió la ocasión de asegurar que las expropiaciones eran la forma de desquitarse de una vieja oligarquía atrincherada que siempre había explotado a los ciudadanos corrientes. Era la política de la venganza como base de todo un programa de Gobierno concebido para transformar la sociedad con un

espíritu revanchista. Resultaba emocionante. Y también era una política demencial y terrible que destruyó la democracia y la economía de Venezuela y, en el plazo de una generación, iba a sumir a los extasiados fans de Chávez en una de las peores catástrofes humanitarias que ha vivido Latinoamérica.

Para Chávez, la repercusión concreta de una política era menos importante que sus efectos simbólicos. Su objetivo era incluirse en un relato histórico como heroico defensor de los oprimidos. Para él, el arquetipo del paladín sería siempre Simón Bolívar, el legendario héroe de la guerra de la Independencia que expulsó a los españoles de seis países latinoamericanos y —según su versión— encabezó una revolución del pueblo contra la clase dirigente. A Chávez le encantaba hacer suyo un verso del Premio Nobel de Literatura chileno Pablo Neruda según el cual Bolívar despierta «cada cien años cuando despierta el pueblo». [13]

La declaración, nunca expresada del todo, pero tampoco oculta, estaba clara: Chávez no era un líder político normal. Era una figura histórica desbordante, un cruzado enviado para vengarse de cientos de años de agravios acumulados.

El poder de la identidad

Los agravios que interesan a los autócratas 3P son de carácter particular. No son las injusticias generales de una clase oprimida, tal como los concebía la vieja política de izquierdas, ni tampoco las quejas contra un Estado desmesurado y arrogante que proclamaba la derecha desde hacía tanto tiempo. Esas viejas reclamaciones tenían la ambición de unir grandes sectores de la sociedad en una causa común: conseguir la mejora económica de los trabajadores asalariados o más

libertad para todos los ciudadanos. Despertaban identidades que aspiraban a ser universales, aunque, por supuesto, esas aspiraciones nunca se hacían realidad.

Los agravios que explotan los autócratas 3P son diferentes. En vez de ser la base para formar unas identidades amplias e integradoras, configuran tribus, grupos de seguidores tremendamente leales que se reúnen siguiendo la lógica de la política de los fans. En vez de crear distinciones amplias e incluyentes, las quejas configuran unas identidades estrechas que refuerzan la lógica de la polarización. Al fin y al cabo, esta siempre consiste en un «nosotros contra ellos» y trazar unos límites claros entre «nosotros» y «ellos» es el paso fundamental en cualquier estrategia polarizadora.

El comienzo de esta clase de estrategia de crear una identidad polarizadora se observa ya en el discurso de «discesa in campo» de Berlusconi, en el que trazaba una nítida separación entre las dos Italias: «La Italia que trabaja contra la Italia que charla, la Italia que produce contra la Italia que despilfarra, la Italia que ahorra contra la que roba», y así sucesivamente. [14] Desde el principio, el precursor del marco de las tres pes comprendió que dividir a su país por la mitad, de acuerdo con unas categorías muy emocionales y polarizadoras, podía propulsarlo hacia el poder.

A medida que se han desarrollado más las estrategias de las tres pes, el poder de la identidad para influir en las batallas políticas y para definir los límites de lo aceptable se ha multiplicado. Desde Vladímir Putin colocando a la Iglesia ortodoxa rusa en el centro de su imagen de una «rusianidad» virtuosa hasta Hugo Chávez creando una identidad

«bolivariana» beligerante, los autócratas 3P saben que la clave para polarizar con intensidad la política es hacer que sus partidarios encuentren la base de su identidad en el apoyo que les dan a ellos.

Cuando las diferencias políticas tienen su base en la identidad, el debate político pasa de ser una discusión sobre ideas a convertirse en un conflicto entre visiones incompatibles de lo que es vivir bien. Si mi grupo encarna todo lo justo, noble y bueno, y el tuyo representa todo lo equivocado, vulgar y malo, es difícil que podamos mantener una discusión como personas civilizadas. No necesito seguir aprendiendo a vivir en paz junto a ti, a pesar de nuestras diferencias; mi objetivo es derrotarte y echarte del escenario político para siempre.

La identidad es una fuerza peculiar en el arsenal del autócrata 3P, porque es un arma de doble filo. No solo redefine la propia comprensión de los seguidores del autócrata, sino también la de sus adversarios. En Venezuela, ser antichavista se convirtió en un pilar de la identidad de los opositores al régimen en la misma medida en que ser chavista lo fue para los del otro bando. En Turquía, el simple hecho de saber qué opinaba una persona sobre Erdoğan empezó a bastar para deducir todo tipo de cosas sobre ella. En Estados Unidos, tanto entre los trumpistas como entre los antitrumpistas, identificarse acabó ensombreciendo todas las demás consideraciones políticas. Para mucha gente, no llevar mascarilla durante la pandemia se convirtió en una forma de mostrar a los demás su identidad política.

Pero no debemos equivocarnos: la importancia de las opiniones políticas en la identidad de la gente estaba

aumentando en Estados Unidos desde muchas décadas antes de que Donald J. Trump saltara a la palestra. En 1960, solo el 5 por ciento de los votantes decía que se disgustarían si sus hijos se casaban con alguien del otro partido; en 2010, alrededor del 50 por ciento de los republicanos y el 30 por ciento de los demócratas decían que les molestaría. [15] En 2017, el 70 por ciento de los demócratas aseguraba a los encuestadores que nunca podrían salir con alguien partidario de Trump. [16] En 2020, el 83 por ciento de los que tenían una opinión muy desfavorable de Trump se negaría a salir con uno de sus seguidores. [17]

Curiosamente, en Estados Unidos, estas opiniones han sustituido a las viejas líneas divisorias que antes se consideraban fundamentales. En 1958 solo el 4 por ciento de los estadounidenses aprobaba los matrimonios interraciales. En 2020, el 86 por ciento. [18] Esto hace pensar en una interpretación de la «política identitaria» muy diferente de la que suele difundirse. En lugar de discrepar por aspectos de la identidad tan clásicos como la raza, los estadounidenses se dividen, cada vez más, en función de las actitudes políticas respecto a la raza: los que se identifican con las opiniones de Donald Trump al respecto forman un equipo y los que las rechazan constituyen el otro. La intensa hostilidad entre los dos anuncia una era de continua inestabilidad política en Estados Unidos.

Los autócratas 3P transforman la identidad en poder a base de encarnar las fantasías de sus seguidores. El deber de Trump es encarnar el trumpismo, vivir el sueño de riqueza y poder ilimitados que ansían sus seguidores. Como ha explicado Francis Fukuyama, los líderes construyen una identidad que

refuerza la dignidad herida de sus seguidores viviendo como les gustaría vivir a estos. Esa identificación es siempre, al mismo tiempo, positiva (con el líder) y negativa (contra aquellos a los que el líder define como sus enemigos). Por eso la política identitaria siempre es un instrumento de polarización. [19] Demasiadas veces, los aspirantes a autócratas con un talento especial para utilizar de esa forma la identidad consiguen desmantelar las democracias.

El poder del escepticismo

Las herramientas que utilizan los autócratas son muy adaptables. Pueden utilizarse para promover intereses tan radicales como los de una revolución socialista o métodos tan extremos como los escuadrones de la muerte de Filipinas. Sin embargo, la verdadera señal de su versatilidad es que no necesitan vincularse con ninguna posición ideológica.

Esa es la lección de los dos casos más visibles de las tres pes en los últimos años: el Brexit, en Reino Unido, y la elección de Donald Trump, en Estados Unidos. Son dos ejemplos de la nueva estrategia llevada hasta el límite, puesta en marcha contra dos de las democracias más antiguas y maduras de la tierra. Y, sobre todo, demuestran su eficacia, más que al servicio de un programa, en contra de cualquier programa.

A la hora de la verdad, las herramientas de las tres pes pueden estar al servicio de la política del nihilismo. En manos de ciertos populistas, pueden utilizarse para rechazar cualquier programa, en vez de para impulsarlo.

Pensemos en la traumática experiencia de Reino Unido con el Brexit. Se trata de un caso peculiar, porque las herramientas

escogidas del menú del populismo (la polarización y la posverdad) se aplicaron, por decirlo así, colectivamente, sin ningún líder reconocible a la cabeza de la embestida. Se trataba de un poder nuevo, difuso, sin jefes, que vio cómo la población de un país del G7 se alzaba para rechazar el principio organizativo de toda su élite justo porque era el preferido de esta.

El instante crucial en el referéndum del Brexit se produjo cuando uno de los principales ministros del gabinete, Michael Gove, ante una larga lista de prestigiosas organizaciones que habían rechazado el Brexit, dejó atónito a un entrevistador de Sky TV con esta respuesta tan simple: «El pueblo de este país —dijo Gove— está harto de expertos». [20]

El título oficial de Gove era nada menos que Lord Canciller Supremo de Reino Unido, una extraña denominación para un supuesto enemigo de la élite cultivada. Ahí estaba un hombre, que en otro tiempo había presidido el club de debate de la Universidad de Oxford, denunciando el elitismo y desdeñando el conocimiento. Sin embargo, aunque la élite lanzara gritos de desprecio, Gove estaba plasmando a la perfección el ánimo profundamente nihilista que se había apoderado del electorado británico.

Después del referéndum de 2016, en el que el 52 por ciento de los británicos votó a favor de abandonar la Unión Europea, las encuestas descubrieron que la actitud sobre los expertos había sido uno de los mejores indicadores de qué iba a votar cada uno en la consulta. [21] Los que estaban de acuerdo en que «es un error depender demasiado de los llamados "expertos" y es mejor fiarse de la gente corriente» eran tres

veces más propensos a votar a favor del Brexit que los que no estaban de acuerdo. Y quienes estaban de acuerdo en que «las opiniones de profesionales con conocimientos son más fiables que las de la gente corriente» eran cinco veces más propensos a votar por la permanencia en la Unión Europea que quienes no estaban de acuerdo. [22]

Gove se había aferrado a una idea importante, que en otra ocasión he denominado «la paradoja de la confianza». Hoy, la gente está cada vez menos dispuesta a confiar en las conclusiones de los expertos que han dedicado su vida a estudiar con detalle un determinado tema. Sin embargo, ese escepticismo que Gove estaba aprovechando va acompañado de una nueva predisposición a confiar en charlatanes que ofrecen respuestas fáciles a preguntas complejas. Al tiempo que las palabras de los auténticos expertos pierden peso en la opinión pública, las de los charlatanes y los embaucadores se difunden a más velocidad que nunca en las redes sociales. ¿Por qué? Porque sentimos una irresistible atracción hacia los mensajes que confirman nuestros sesgos y dan coba a nuestros prejuicios. En manos de unos populistas completamente indiferentes a la verdad y satisfechos de explotar la paradoja de la confianza para agudizar la polarización, el escepticismo se convierte en una herramienta de una abrumadora eficacia.

La profunda desconfianza hacia las instituciones, opiniones y costumbres de la élite a la que se aferraron los británicos partidarios del Brexit también tiene muchos ejemplos al otro lado del Atlántico. En su libro *The Ideas Industry* , Daniel W. Drezner demuestra que, desde hace más de una generación, la disposición de la gente a fiarse de las opiniones de los expertos ha ido disminuyendo en todo Occidente. [23] En Estados

Unidos hizo falta que apareciera un político audaz para captar del todo las posibilidades de este momento. Cuando un número suficiente de votantes se siente distanciado de la élite, el antiintelectualismo puede convertirse en una demoledora herramienta ideológica.

En este sentido, los defectos de Donald J. Trump se convirtieron en su mejor activo. No hay más que pensar en lo que sucede con la climatología. Hay muchos políticos republicanos muy preparados que están dispuestos, con todo el cinismo, a fingir que no entienden el cambio climático. Por ejemplo, Fred Upton, representante por Míchigan, que en 2009 secundó una ley sobre energías verdes, [24] pero que, en 2011, para tratar de frenar a un candidato de la derecha que se enfrentaba a él en las primarias, se negó a reconocer que el cambio climático tiene un origen humano. [25] O Newt Gingrich, que hace diez años aparecía en anuncios televisivos de treinta segundos para hablar de la necesidad de una estrategia conjunta de los dos partidos ante el cambio climático [26] y ahora niega por completo que dicho fenómeno esté produciéndose. [27]

Sin embargo, la ignorancia fingida de Upton y Gingrich no resulta del todo creíble, porque su falsedad es demasiado manifiesta. Para ganar la confianza de los votantes de esa cuerda hace falta un político que sea «realmente incapaz» de comprender el cambio climático. Un auténtico ignorante puede conseguir cosas en política que uno que finge serlo no puede.

El rechazo que Donald Trump mostraba hacia el conocimiento de los expertos parecía verdadero, muy arraigado en la infinita amplitud de su ignorancia. Constituye

una herramienta de poder porque, desde la perspectiva del populista, hay un tufo sospechoso que se desprende de la abstracción, de la teorización y, en general, de cierta complejidad que nada tiene que ver con el pueblo puro cuyos intereses dice representar.

La desconfianza que suscitan las élites alcanza a las herramientas que utilizan para conservar el poder. Enseguida, esa hostilidad se extiende a cualquier tipo de esfuerzo intelectual y a las instituciones que respaldan dicho esfuerzo: universidades, publicaciones selectas, institutos de investigación, laboratorios de ideas, todo el sistema de acreditación académica que certifica el conocimiento. «Que arda todo —dice el autócrata 3P—. Es una trampa dirigida contra ti y tu familia».

Ya en 1958 Michael Young previó estas tendencias en una profética sátira sociológica: *The Rise of Meritocracy* . [28] Young imaginó una distopía en la que el lugar de una persona en la sociedad se decidía solo en función de sus méritos, por lo que la élite cognitiva ocupaba la cúspide de un sistema social cuidadosamente estratificado que, para los que tenían menos méritos, resultaba del todo opresivo. En el libro, la tóxica atmósfera de desconfianza entre los meritócratas y las masas a las que desdeñan se enturbia cada vez más hasta llegar a una revuelta general que derroca el sistema. El libro fechaba esa revuelta en 2033.

Ahora bien, fuera del ámbito de las ficciones distópicas, ¿qué pasa en verdad cuando una nación se opone con firmeza al mérito como principio organizativo de la sociedad? ¿Qué consecuencias tiene la reorganización de las sociedades

postindustriales de hoy, tan complejas, a base de desprenderse de manera sistemática de la fe en el conocimiento? ¿Ha intentado alguien llevar a la práctica algo así? ¿Qué sucede?

En este aspecto, una vez más, Hugo Chávez muestra el camino. Chávez reforzó sus credenciales populistas con una muestra de desprecio por los supuestos conocimientos de los tecnócratas. En su opinión, el uso de la jerga técnica y la forma fría y analítica que tenían de comunicarse eran pruebas de que todo aquello no era más que un fraude. Vean este fragmento de diciembre de 2002, sacado de uno de sus famosos programas dominicales en televisión:

> Directivas, reuniones, revisiones, porque además hay una capacidad muy grande allí para marearlo a uno, no. Sí, yo una vez convoqué una directiva que tuvo PDVSA un día y yo salí mareado, dije: «Me voy a dormir —dije—, me voy a dormir porque me dieron tal»; o sea láminas, proyecciones, chas, chas, chas, y uno termina mareado. Me fui a dormir pues, dormí como doce horas seguidas, totalmente mareado. Dije: «No, yo no me calo más esta; ahora me mandan un informe, yo primero me leo mis cosas y los llamo aparte para que me expliquen que si el gerente de finanzas, el otro y el otro», pero igual, igual, uno daba instrucciones que nunca se cumplieron, órdenes que nunca se cumplieron […] Venezuela ha tenido un Estado dentro del Estado […] era una caja negra, la estamos abriendo y están saliendo las víboras. [29]

Desmontar el control de los tecnócratas sobre PDVSA [Petróleos de Venezuela] se convirtió en una obsesión para Chávez, un proyecto que estaba empeñado en materializar a toda costa. PDVSA, decidió el presidente, ya había tenido bastantes expertos. Tras dos décadas con este modo de gobernar, en 2020, la producción de crudo de PDVSA había caído el 90 por ciento y en todo el país se formaban grandes colas en las gasolineras, un hecho inimaginable en uno de los mayores y más antiguos productores de petróleo del mundo.

Los autócratas 3P creen que catástrofes así merecen la pena si les permiten consolidar sus credenciales populistas. Por eso siempre les resulta difícil resistirse a insultar a la élite tecnócrata. Por ejemplo, cuesta creer que no había una intención clara de insultar cuando Donald Trump nombró al exgobernador de Texas Rick Perry para dirigir el Ministerio de Energía. Era el mismo cuyo nombre Perry había sido incapaz de recordar en un debate cuatro años antes, cuando le preguntaron qué ministerios se proponía eliminar. La metedura de pata había supuesto el fin de sus aspiraciones presidenciales…, y ahora el presidente le estaba pidiendo que dirigiera un ministerio que desdeñaba hasta tal punto que no podía ni acordarse de que quería eliminarlo.

Sin embargo, pocas veces ha sido tan obvio el escepticismo en forma de menosprecio que durante el breve mandato de Rex Tillerson como secretario de Estado estadounidense en 2017 y 2018. Tillerson, antiguo director ejecutivo del gigante petrolero Exxon-Mobil, no tenía ninguna experiencia de Gobierno y desdeñaba de manera abierta la experiencia de los profesionales del servicio diplomático, a los que, en teoría, dirigía. En cuanto tomó posesión procedió a ejecutar una forma de vandalismo institucional que tardará años e incluso decenios en solventarse. Se saltó la tradición de que los ministros luchen para proteger el presupuesto de su ministerio y emprendió alegremente una campaña de recortes que utilizó de excusa para hacer una purga en el servicio diplomático y deshacerse de una valiosísima experiencia acumulada durante décadas en uno de los sectores más prestigiosos de la administración de Estados Unidos. Con la contratación suspendida, con docenas de puestos diplomáticos importantes

sin cubrir y con un ministerio sometido a draconianos recortes presupuestarios, la relación de Estados Unidos con el mundo se vio perjudicada por una ola de desinversión en capital humano. Si a eso se une la decisión —tomada en el periodo de salida del Gobierno— de debilitar las salvaguardas de la administración que protegían a los responsables de los organismos federales de cualquier represalia política, resulta evidente que el Gobierno parecía decidido a apartar a los expertos más veteranos de su estructura.

«Estados Unidos está harto de los expertos» parecía ser el lema preferido del Gobierno de Trump. Como la lealtad política al presidente ensombrecía todas las demás consideraciones, la campaña no solo debilitó e incapacitó a la secretaría de Estado, sino al propio Estado. El presidente dejó a Washington boquiabierto cuando mostró su desprecio incluso por los servicios de inteligencia y llegó a comparar, en un momento dado, las filtraciones de inteligencia con las prácticas de la Alemania nazi. Es importante comprender lo que era este plan: una advertencia precoz e inconfundible de que se estaba construyendo una autocracia 3P, con aterradores ecos de malas formas de gobernar aún más antiguas. Fue Hannah Arendt la primera en hacer notar, en 1951, que «el totalitarismo en el poder sustituye invariablemente a todos los talentos de primera fila, sean cuales fueren sus simpatías, por aquellos fanáticos y chiflados cuya falta de inteligencia y de creatividad sigue siendo la mejor garantía de su lealtad». [30]

No se equivocaba. Tenía razón en más aspectos de los que pensaba.

El poder del control de los medios

Los medios de comunicación constituyen uno de los mayores controles sobre las pretensiones de los que aspiran a convertirse en autócratas, por lo que domeñar a la prensa pasa a ser una prioridad fundamental. Unos medios libres no solo molestan enormemente a los dirigentes que se apoyan en el populismo, la polarización y la posverdad para gobernar, sino que son un auténtico peligro para su poder. Los medios libres anulan su capacidad de elaborar su relato como verdad. Por eso, una relación quisquillosa y conflictiva que se vuelve hostil de manera abierta con los medios es una de las señales más claras de que un país avanza hacia la autocracia.

Los autócratas, desde luego, siempre han tratado de acallar a quienes los critican. Hace una o dos generaciones, el control de la información se traducía en censura: unos funcionarios del régimen con un bolígrafo rojo en una redacción y una policía política dispuesta a encarcelar a los editores, los directores y los periodistas que se enfrentaran al régimen. Esos antiguos mecanismos de control del siglo XX no han desaparecido del todo. En 2019, el editor de *The New York Times* , A. G. Sulzberger, advirtió de que su periódico estaba constatando un alarmante aumento del número de periodistas censurados, reprimidos y encarcelados en todo el mundo. «Para impedir que los periodistas pongan al descubierto verdades incómodas y pidan cuentas a los poderosos —escribió—, cada vez más gobiernos se manifiestan de forma clara, y a veces violenta, para desacreditar su trabajo con el fin de intimidarlos para que cierren la boca». [31] Sin embargo, los antiguos mecanismos de control no bastan para controlar la amenaza de la libertad de prensa en la era de la información.

La antigua censura se sigue ejerciendo en las dictaduras tradicionales —el ejemplo más destacado es China—, pero también en países como Cuba, Rusia, Etiopía, Ruanda, Bielorrusia, Irán, Venezuela y muchos otros regímenes opresores. Por ejemplo, la Turquía de Erdoğan es el país con más periodistas encarcelados de todo el mundo. En otros regímenes menos autocráticos, internet ha restado cada vez más eficacia a la censura y la represión de los medios. Existen demasiadas formas nuevas de sortear los intentos de censura del Estado. En el siglo XXI , los nuevos métodos son más sutiles y difíciles de detectar. Se basan más en la presión, la persuasión y la cooperación que en la fuerza bruta. Hoy, la censura actúa mediante subterfugios; es sigilosa, indirecta o ambas cosas. [32] Los gobiernos sobornan a los periodistas, a los directores o a los propietarios de medios, bloquean o filtran los resultados de búsquedas en la red, mantienen una estrecha vigilancia electrónica de los periodistas y sus fuentes, y presionan a escondidas a los directores para que despidan a los reporteros más problemáticos. Controlan el acceso a las importaciones, ya sea de papel de periódico o de maquinaria y piezas de recambio (por ejemplo, para cámaras de vídeo) y excluyen a los medios disidentes de las subvenciones oficiales, que sí reciben sus competidores que están a favor del Gobierno. Hay continuas visitas de los inspectores de Hacienda para llevar a cabo auditorías de las empresas de medios poco sumisos, se restringen o prohíben las actividades de medios extranjeros y a los directores y periodistas se les sugiere qué noticias es mejor que no publiquen. Los servicios de seguridad se inmiscuyen en los medios digitales para trastocarlos o cerrarlos, compran empresas que no siguen la

línea del Gobierno, crean fuentes informativas ocultas o falsas y ponen en marcha páginas clonadas para desacreditar a los medios incómodos.

Las herramientas de que disponen son numerosísimas, sutiles, difíciles de descubrir y de una tremenda eficacia. Alimentan una atmósfera de autocensura que, a su vez, genera una zona intermedia entre la libertad y la coacción sin tapujos.

¿Cómo se traduce esto en la práctica? Polonia es un buen ejemplo. En 2020, Jarosław Kaczyński, el líder de la formación Ley y Justicia, anunció que su partido, que había ganado las elecciones por un margen muy estrecho, quería «repolonizar» y «desconcentrar» todos los medios de propiedad privada. Poco después, varias autoridades polacas confirmaron que una compañía petrolera propiedad del Estado —sí, una compañía petrolera— estaba negociando la compra de veinte de los veinticuatro periódicos regionales del país. Para aquellos que no quisieran vender, Kaczyński —al que *The Washington Post* definía como «un populista nacionalista que ha emprendido una cruzada contra los derechos de los inmigrantes y los gais»— anunció una serie de leyes sancionadoras. [33]

Existen muchos otros ejemplos, pero hay dos casos de cadenas de televisión —la venezolana RCTV en 2007 y la filipina ABS-CBN en 2020— que son representativos y llamativos. Ambas cadenas eran veteranas: RCTV era la cadena comercial más antigua de Venezuela y ABS-CBN la más longeva de todo el Sudeste Asiático. Ambas eran generalistas, dedicadas a programas de entretenimiento destinados a un público de masas. Ambas tenían unos

servicios informativos y editoriales pequeños pero peleones, que pedían responsabilidades al Gobierno y que a menudo le espetaban fuertes críticas. Incluso tenían en común el sitio en el dial y el nombre por el que se las conocía: en Venezuela, todos llamaban a RCTV «el Canal 2» y en Filipinas ABS-CBN era para todo el mundo «channel 2».

Las dos se vieron obligadas a cerrar porque los reguladores de sus respectivos gobiernos se negaron a renovarles las licencias de emisión. Su atractivo para las masas fue justo lo que incomodaba en gran medida a los autócratas 3P de Caracas y Manila. Una cosa es que una cadena de noticias por cable, con una audiencia más o menos limitada de profesionales de clase media obsesionados con la información, critique al Gobierno (una cadena como Ekho Moskvy en Rusia, dedicada a la información de calidad y que tiene su nicho en una audiencia intelectual y muy cultivada, sufre el acoso y la persecución continuos, pero no la cierran). Y otra cosa es una cadena generalista que emite contenidos críticos dirigidos al gran público y que llega a todas las ciudades y pueblos del país. Sin embargo, los gobiernos no usaron carros de combate ni soldados, sino que cerraron las emisoras por medio de abogados y de menudencias administrativas. De hecho, los gobiernos implicados se negaron de manera rotunda a reconocer que las hubieran cerrado. Simplemente se les había negado la renovación de la licencia, una diferencia seudolegal que, en realidad, no lo era. Ambas cadenas continuaron emitiendo con dificultades por satélite e internet, pero ya no llegaban más que a una mínima parte de la enorme audiencia que habían tenido. Las dos quedaron desarmadas e

incapaces de ser un contrapeso eficaz al autócrata 3P en el poder.

Veamos otro ejemplo en la Hungría de Viktor Orbán. La mañana del 8 de octubre de 2016, el equipo de *Népszabadság* , el principal periódico con contenidos de calidad del país, iba a recibir una sorpresa. Las tarjetas electrónicas que permitían el acceso al edificio y la redacción se habían estropeado de forma repentina. Los móviles y los correos electrónicos de trabajo, también. El periódico, comprendieron de inmediato, estaba cerrado. *Népszabadság* se había convertido en la víctima más destacada de la campaña del primer ministro Viktor Orbán contra los medios de comunicación independientes. Como cualquier buen sigilócrata, Orbán se había asegurado una coartada para poder alegar que desconocía el asunto. De manera oficial, el periódico lo habían cerrado sus propietarios austriacos por razones económicas. Era una mera coincidencia, se explicó a los húngaros, que la decisión llegara días después de que *Népszabadság* hubiera publicado una serie de duros reportajes de denuncia sobre la corrupción que señalaban directamente a miembros del círculo más estrecho de Orbán.

Al atacar una cabecera de prestigio que era su oponente más visible, Orbán se extralimitó y abrió un caso capaz de suscitar reacciones en el extranjero. Enseguida, varias organizaciones internacionales publicaron llamamientos para actuar en los que advertían sobre el tremendo revés sufrido por la libertad de expresión en un país miembro de la Unión Europea.

La indignación internacional por el cierre de *Népszabadság* ocultó en cierto modo un intento mucho más amplio y sistemático de colocar todos los medios húngaros bajo el control del autócrata 3P. Justo después de su elección en 2010,

Orbán adoptó medidas enérgicas para transformar la cadena estatal de Hungría en un órgano de propaganda de Fidesz, el partido del Gobierno. A partir de ese momento, emprendió una agresiva campaña para neutralizar los periódicos, las emisoras de radio y las cadenas de televisión que le criticaban en todo el país. [34] Primero Orbán fue por sus negocios, afectándolos y deteriorándolos al retirar la publicidad oficial de los medios críticos con él y utilizar el Consejo de Medios —el regulador húngaro— para imponer fuertes multas a los medios disidentes. Pronto empezó a deshacerse sin más de los profesionales que lo criticaban, en general pidiendo a empresarios simpatizantes que compraran los periódicos que más se entrometían.

En agosto de 2017, los aliados de Orbán compraron los pocos periódicos regionales independientes que quedaban en el país y colocaron a tres empresarios vinculados con el régimen al frente de toda la prensa regional de Hungría. En años anteriores, los empresarios amigos de Orbán habían comprado las emisoras de radio y televisión independientes y los portales de noticias más populares. Siete años después de llegar al poder, Orbán había culminado la supresión de los medios independientes en Hungría. [35]

Lo que más llama la atención es cómo populistas que se encuentran en extremos ideológicos aparentemente opuestos coinciden en los mecanismos que emplean para controlar los medios. Hubo un tiempo en el que la mejor forma de censura consistía en que la policía secreta llamara a la puerta en plena noche. Ese era el modelo del siglo XX . En el siglo XXI , se ha sustituido por auditorías fiscales, multas por infringir unas regulaciones abstrusas, la retirada de la publicidad estatal y

peticiones de misteriosos «inversores privados» que quieren acceder a parte de la propiedad de los medios.

Y esta sería la historia de las herramientas del poder que utilizan los autócratas 3P a grandes rasgos. Ávidos de tener un control sin restricciones, pero con la necesidad de mantener un mínimo de credibilidad democrática, dirigentes situados en contextos muy alejados, incluso de ideologías opuestas por completo, coinciden en emplear prácticas similares para reafirmar su posición frente a unas instituciones creadas para limitar la concentración de poder. Pueden no tener nada en común desde el punto de vista ideológico, pero todos intuyen que, en realidad, la ideología, en la actualidad, tiene muy poco que ver con las exigencias del poder. Por eso convergen una y otra vez en el mismo puñado de herramientas del poder.

El poder de las situaciones de excepción

Otra herramienta del poder que utilizan los líderes 3P se basa en el viejo argumento de que, ante una catástrofe nacional, resulta necesario entregar más poderes a un Gobierno de emergencia. En muchas partes del mundo, las leyes nacionales incluyen disposiciones extraordinarias para permitir que el ejecutivo actúe con decisión en situaciones en las que los habituales procesos legislativos resultan demasiado lentos y engorrosos; entre las razones señaladas en tiempos recientes para justificar un Gobierno de emergencia están los disturbios sociales, una invasión extranjera, una crisis económica, las protestas generalizadas, los intentos de golpe de Estado y, por supuesto, una pandemia.

Como hemos visto, la nueva generación de autócratas está buscando siempre formas de eludir los pesos y contrapesos

institucionales. Por eso no parece extraño que todos ellos, sean del color que fueren, sientan una irresistible atracción hacia las medidas de excepción. Estas son seudoleyes que ya existen, idóneas para que se pueda hacer un mal uso de ellas hasta que, sin infringir (técnicamente) ninguna ley, apenas puedan reconocerse.

Esta técnica no es muy nueva. El mal uso de las leyes de excepción para dar carta blanca al ejecutivo es un pilar de los regímenes autocráticos desde hace mucho tiempo. El experto legal fascista Carl Schmitt advirtió en los años treinta del siglo pasado que, en cualquier sistema legal, el poder supremo sería siempre el de proclamar el estado de excepción. Todo sistema legal, razonaba, debe dejar un margen para actuar en situaciones de emergencia. Como es imposible que un legislador pueda prever todas las posibilidades, todos los sistemas legales dejan cierto margen a la ambigüedad: situaciones que no entran del todo en las previsiones del legislador, pero en las que hay que tomar decisiones. Es necesario dar —de grado o por fuerza— a algunos miembros del sistema la potestad de tomar esas decisiones y de proclamar esas excepciones. Para Schmitt, esa es la máxima fuente de poder, el resquicio por el que resulta posible legalizar cualquier decisión. [36]

En manos de un defensor del nazismo como Schmitt, esta doctrina de la excepción se convirtió en la justificación jurídica de la *Ermachtigungsgesetz* de 1933, la ley habilitante que otorgó a Adolf Hitler el poder para legislar sin necesidad de que el Reichstag, el Parlamento alemán, lo aprobara. Con la ley habilitante, la excepción pasó a ser la norma. La emergencia se hizo permanente y acabó convirtiéndose en el

Führerprinzip, la doctrina oficial de que las palabras pronunciadas por el Führer tenían más valor jurídico que las políticas, las normas y las prácticas del Gobierno (e incluso más que la propia ley escrita). [37]

Gobernar mediante el estado de excepción también fue un pilar de los gobiernos autoritarios después de la guerra; el ejemplo más destacado es el de Egipto, que estuvo sometido a una «legislación de excepción» que dejaba en suspenso las libertades civiles básicas (sin olvidar la libertad de expresión y el *habeas corpus*) de forma más o menos continuada entre 1967 y 2011. Sin embargo, países tan distintos como Argentina, Grecia, India, Pakistán, Sierra Leona, España y Tailandia vivieron periodos muy prolongados con leyes de excepción durante la época de la Guerra Fría.

En 2008, Silvio Berlusconi fue el primero que utilizó los poderes extraordinarios para iniciar una serie de medidas represivas contra la inmigración, con la aprobación de un decreto draconiano que autorizaba al Gobierno a poder tomar las huellas dactilares a todas las personas de etnia romaní de Italia. La medida recibió numerosas críticas por ser, qué duda cabe, un ataque racista contra una comunidad marginada. Había una larga tradición de culpar a los romaníes —también denominados «gitanos»— de los delitos cometidos en el país, y la medida de excepción de Berlusconi eludía las garantías establecidas para evitar un posible sesgo racista y permitía que aquellos pudieran ser localizados con el fin de poder vigilarlos más de cerca.

Y, si las falsas emergencias son una irresistible tentación para los autócratas, es evidente que una emergencia real tiene

mucha más fuerza. En 2020, el mundo hizo un curso intensivo de utilización autocrática de una emergencia cuando se produjo una muy real que saltó al centro de la palestra mundial. La pandemia de la COVID-19 proporcionó una gran justificación para aumentar el poder del Estado y hasta las democracias más consolidadas recortaron de forma severa las libertades de siempre para frenar la propagación del virus. En Rusia, esta fue una oportunidad de oro para desplegar la videovigilancia de masas a una escala nunca vista, con un programa de reconocimiento facial conectado a las cámaras de seguridad de todo el país con el pretexto de poder rastrear a los contactos de los enfermos. En Israel, la pandemia fue la excusa perfecta para dejar que el Estado utilizara gigabytes y gigabytes de datos de geolocalización de los móviles que indicaban la situación de los israelíes y los palestinos con una aterradora precisión.

Otros países fueron más allá en su intento de aprovechar la emergencia del coronavirus con fines autoritarios. En Hungría, Viktor Orbán suspendió las elecciones parlamentarias y anunció su plan de gobernar mediante decretos, con vagas e inviables promesas de anular las medidas cuando la pandemia pasara. Y China, donde se originó el virus, puso fin de forma unilateral al estatus especial que tenía Hong Kong con arreglo a la cláusula de «un país, dos sistemas», y así hizo posible que las leyes de seguridad de Pekín se aplicaran también al antiguo territorio británico en unos momentos en los que la comunidad internacional estaba demasiado distraída por la crisis sanitaria mundial para hacer nada en contra.

En el capítulo 10 describiremos con más detalle la repercusión que la pandemia del nuevo coronavirus ha tenido

en el uso y el abuso del poder y veremos que, al mismo tiempo, el virus también debilitó la fuerza de distintos gobiernos y líderes de todo el mundo.

La caja de herramientas del autócrata 3P

Lo que da al marco de las tres pes su fuerza no es ninguna herramienta determinada, sino el uso conjunto de todas. Unidas, estas herramientas del poder encierran un depósito de información sobre la naturaleza del populismo, la polarización y la posverdad. Los autócratas que las manejan saben que las masas agraviadas propulsan al poder a quienes, además de reparación, ofrecen venganza. Han comprendido que los más deseosos de verlos al mando son los más perjudicados, aquellos cuya identidad se basa en sentirse víctimas dentro de su propia sociedad. Quienes aspiran a convertirse en autócratas han recuperado el antiguo análisis de que no existe nada que cree un vínculo más fuerte con sus seguidores que apelar directamente a su creencia de haber sido perjudicados. Y lo han hecho utilizando las herramientas de comunicación del siglo XXI , de las que sus predecesores no disponían.

Quienes aspiran a convertirse en autócratas han convertido el poder del escepticismo en un motor clave de su proyecto político y han explotado una veta profunda de odio a la élite de expertos para protegerse ante cualquier examen, con lo que han convertido el conocimiento casi en una medalla de la que avergonzarse.

Han utilizado el control mediático para marginar a los grandes medios tradicionales y dirigirse al pueblo sin intermediarios, primero en mítines y luego en televisión y por internet, con devastadoras consecuencias. Una vez que están

en el poder, por supuesto, es frecuente que los autócratas 3P vayan más allá y empleen métodos cada vez más sofisticados para controlar la información que está al alcance de la gente.

Recurren a estas herramientas porque saben que los pesos y contrapesos más eficaces a la hora de limitar su margen de maniobra no es solo el que están consagrado en las leyes. Hay otros inscritos en algo más vago, más evanescente y más generalizado: la sensación de lo que es normal. Estos «guardarraíles de la democracia» no pueden codificarse, pero quienes aspiran a convertirse en autócratas deben derribarlos para lograr sus objetivos. Los autócratas 3P saben que, para ganar, deben redefinir qué es normal en una democracia, tocarlo, agitarlo y cuestionarlo cada día hasta que se derrumbe. Saben que, hasta que eso ocurra, nunca harán suyo del todo el poder. El camino hacia la autocracia exige librar una guerra contra esa sensación de lo que es normal. Sí, una guerra.

Tanto si abren nuevos caminos como si reinventan otros ya más que trillados, la nueva generación de autócratas ha desarrollado una serie especial de técnicas y herramientas para eludir los pesos y contrapesos en su afán por obtener el poder y mantenerse en él. Ya sea infringiendo las normas para presentarse como heterodoxos o saciando la sed de venganza de sus seguidores, han aprendido a incitar la rabia de la gente contra las élites para utilizarla como un instrumento de su poder. Eso significa explotar el escepticismo de la gente hacia los expertos al tiempo que le impiden el acceso a las informaciones que los critican. Y, cuando falla todo lo demás, desempolvar los poderes extraordinarios para eludir los controles formales sobre sus poderes.

Cada una de estas técnicas, por sí sola, sería un peligro para la salud de una democracia libre. Desplegadas a la vez, crean grandes oportunidades para sustituir una democracia real por otra falsa, con todos los adornos de la vieja democracia, pero sin su eficacia para limitar el poder del principal ejecutivo del país.

4

La búsqueda de culpables

No parece que escaseen los creyentes fervorosos en las promesas de los populistas. En cierto modo, la pregunta que habría que hacerse no es por qué estos se comportan como lo hacen, sino por qué sus seguidores están siempre tan dispuestos a creer en ellos.

A primera vista, la respuesta parece clara: porque los populistas dicen lo que sus seguidores quieren oír. Incluidas las felices promesas que pronto caerán en el olvido o, si se cumplen, serán efímeras o no darán todos los frutos esperados (en realidad, prometidos). Sin embargo, desde otra perspectiva más profunda y preocupante, la pregunta es por qué esos seguidores continúan apoyando a los populistas incluso cuando existen pruebas innegables de que sus promesas son huecas, sus políticas constituyen un fracaso y sus ideas perjudican a la democracia. ¿Por qué apoyan a unos políticos cuyo propósito es permanecer en el poder todo lo que puedan, a toda costa, y que están decididos a concentrar este a expensas del bienestar de sus partidarios?

Ese es el verdadero misterio: más que por qué los autócratas están dispuestos a hacer lo que sea para obtener y conservar el poder, habría que plantearse por qué les es tan fácil a los demagogos y charlatanes reunir seguidores. Y la pregunta da

paso a una aciaga sospecha: ¿es posible que los autócratas 3P sean populares por su propio autoritarismo y no a pesar de él?

La sensación de que el deseo de tener dirigentes autocráticos va en aumento no es solo una percepción. La proporción de personas a las que les gustaría tener «un líder fuerte que no tenga que perder el tiempo con parlamentos y elecciones» se ha incrementado desde finales de la década de 1990 diez puntos porcentuales en Estados Unidos, casi veinte puntos en España y Corea del Sur, y veinticinco puntos en Rusia y Sudáfrica, según una investigación llevada a cabo en 2016 por Roberto Stefan Foa y Yascha Mounk. [1] Peor aún, esa tendencia se debe en su mayor parte al cambio de actitud de la gente joven.

¿Qué ha abierto ese apetito mundial por un tipo de gobernanza y políticas 3P que han acabado haciendo daño a los que apoyan a los populistas? ¿Cuál es el motivo de esa propensión solapada hacia el autoritarismo?

¿Acaso hubo una serie de experiencias comunes en países tan distintos como Brasil, Bolivia, India, Israel, Italia, Hungría, Polonia, Filipinas, Rusia, Turquía, Estados Unidos y Venezuela que preparó a sus ciudadanos para aceptar a un líder 3P? ¿Qué tipo de experiencias son? ¿Económicas? ¿Sociológicas? ¿Psicológicas? ¿Tecnológicas? ¿Las cuatro, en cierto modo? ¿O tal vez esta nueva forma de autocracia sigilosa se contagió a medida que los efectos visibles traspasaban las fronteras geográficas y quienes aspiraban a convertirse en autócratas aprendían de los éxitos de los demás?

Como vamos a ver, los politólogos, sociólogos y psicólogos sociales han empezado a ponerse de acuerdo en una serie de

factores que explican por qué se está aumentando la tolerancia de la gente hacia unos gobiernos más autoritarios. Desde este punto de vista, las experiencias comunes de desestructuración económica se han acumulado hasta conformar la percepción de que la sociedad está cambiando demasiado deprisa y de maneras que a la gente le resultan amenazantes. Esa percepción de amenaza activa una predisposición muy extendida —pero en general durmiente— hacia el autoritarismo y una preferencia por los dirigentes autoritarios.

En la actualidad, dicha predisposición está activándose con más frecuencia gracias a la repercusión de la hiperconectividad tecnológica. Y esta hace que la amenaza que se percibe en los cambios sociales rápidos y a gran escala sea mucho más poderosa. Le otorga profundidad política y estimula una amplia agresividad contra los fundamentos de las sociedades liberales: la libertad y los pesos y contrapesos democráticos.

La división y la degradación del poder del Estado nación es una de las principales razones por las que a la gente le resulta tan amenazante su entorno social. ¿Por qué? Porque los centros de poder tradicionales tienen cada vez más limitaciones. En particular, las naciones Estado —las entidades que han sido las piezas fundamentales del orden internacional durante dos siglos— están perdiendo la capacidad de impulsar la riqueza económica de la sociedad y crean en sus ciudadanos el deseo de soluciones cada vez más radicales para los problemas tradicionales que los políticos no quieren abordar o no pueden resolver. Y ese es un motivo de queja contenido que quienes aspiran a convertirse en autócratas saben alimentar y explotar.

La reacción contra la ineficacia creciente del Estado nación a la hora de proteger a sus ciudadanos de las amenazas imparables de un mundo lleno de incertidumbres es un factor importante que contribuye a la demanda de gobiernos autocráticos en el siglo XXI .

LAS DESIGUALDADES Y EL PODER CORROSIVO DE LAS ESPERANZAS FRUSTRADAS

Las sociedades no abandonan los principios democráticos por capricho. Lo hacen después de largos periodos de desestructuración, de decepciones y de deterioro de las condiciones de vida. Lo hacen cuando una masa crítica de ciudadanos llega a la conclusión de que el progreso individual es un sueño irrealizable. En esa situación, resulta muy natural que la sociedad parezca algo extraño, injusto, sin rumbo moral y peligroso.

De ahí que el coto de caza ideal para los aspirantes a autócratas 3P no sean los pobres, sino los desencantados, esto es, personas que contaban con disfrutar de un grado de bienestar material y de unos servicios públicos que, de repente, quedan fuera de su alcance.

No hace falta ser pobre para sentirse desilusionado por la vida. Ni siquiera es cuestión de desigualdad económica, aunque esta alimenta los sentimientos de injusticia que indignan a la gente. El principal problema de quienes tienen cubiertas sus necesidades (comida, un techo bajo el que dormir, unos ingresos regulares, sanidad y seguridad) es la disonancia cognitiva de estatus: la frustración que se acumula cuando una persona piensa que algo le impide progresar social y económicamente y se ve en un escalón más bajo del que

esperaba ocupar en la sociedad. La disonancia cognitiva de estatus se agrava por la sensación de que no solo no está cada vez más cerca del lugar que le corresponde, sino que cada vez está alejándose del lugar que le correspondería.

Esta experiencia de la disonancia cognitiva de estatus incluye las perspectivas de personas muy diferentes que han apoyado a aspirantes a autócratas en contextos muy distintos. La profesora cuya situación ha empeorado en Filipinas, el trabajador del sector automovilístico de Míchigan desplazado, el joven graduado universitario de Moscú en paro y el albañil que pasa dificultades en Hungría quizá no han vivido las mismas experiencias, pero todos sienten el aguijón de la decepción ante una vida que no responde a las expectativas que se habían creado, el futuro que habían previsto para ellos y sus familias. La historia del siglo XXI , hasta el momento, es la de los decepcionados que pasan al ataque político y crean una serie de crisis frente a las que los sistemas políticos liberales están mal equipados para procesarlas de forma serena y para reaccionar de manera oportuna y eficaz.

Se puede decir que es el modelo de inestabilidad política «de las esperanzas frustradas». Existe desde hace al menos un par de siglos. Su padre espiritual fue Alexis de Tocqueville, el cronista francés de la vida en Estados Unidos que ya a principios del siglo XIX señaló el potencial revolucionario de las esperanzas frustradas y la disonancia cognitiva de estatus que generaban. [2]

Esta idea de las esperanzas frustradas como importante motor de la historia humana la desarrolló con gran detalle el difunto catedrático de Harvard Samuel P. Huntington en su

clásico de 1968: *Political Order in Changing Societies* . [3] Totalmente en contra del consenso de la época, que sostenía que resultaba inevitable que los países se volvieran más estables y democráticos a medida que se modernizaban y eran más prósperos, Huntington alegaba, con argumentos convincentes, que, en vez de solucionarla, la propia modernización estimula muchas veces la inestabilidad política.

A mediados del siglo XX —afirmaba Huntington—, la modernización proporcionó a la gente una poderosa voz política mucho antes de que las economías de los países en desarrollo pudieran ofrecer una ventaja material para proteger la estabilidad. Huntington, que había reunido datos de todo el mundo, demostró que tanto las sociedades agrarias tradicionales como las economías capitalistas avanzadas solían ser estables, mientras que los países «en proceso de modernización» (es decir, en plena transformación de lo primero a lo segundo) eran víctimas de golpes de Estado, insurrecciones, revueltas y guerras civiles puntual y regularmente.

En opinión de Huntington, el problema era que las nuevas tecnologías ligadas a la modernización (es decir, instituciones como los sindicatos, los periódicos y los partidos políticos) daban a la gente la capacidad de plantear exigencias políticas que los sistemas políticos tradicionales eran incapaces de satisfacer. A su juicio, la modernización tenía una eficacia increíble a la hora de generar una disonancia cognitiva de estatus de dimensiones descomunales y por eso provocaba un caos político desestabilizador.

Ahora viajemos a cinco decenios más tarde. Las nuevas tecnologías de la información que permiten hoy que los grupos se organicen políticamente —el programa de radio, los viajes asequibles, el teléfono móvil, Twitter, el grupo de WhatsApp — parecen muy distintas de aquellas a las que Huntington se refería. Él nunca creyó que su modelo pudiera explicar la descomposición de los sistemas políticos de las economías industriales avanzadas; escribía sobre Bangladesh e Indonesia, no sobre Italia, Reino Unido o Estados Unidos. Sin embargo, los mecanismos que identificó se parecen en gran medida a las experiencias de los países avanzados en el siglo XXI .

Hoy se forman nuevos grupos identitarios en torno a un imperioso sentimiento de agravio. Los une la experiencia tangible de haberse quedado abandonados desde el punto de vista económico, de sentirse injuriados desde el punto de vista cultural y de estar inmersos en una sociedad que les parece cada vez más extraña y amenazante. Esos grupos, impulsados por la disonancia cognitiva de estatus, son los que están creando una inestabilidad política de dimensiones sin precedentes en los sistemas políticos de todo el mundo.

Existen grandes diferencias con respecto a la realidad de mediados del siglo XX que Samuel P. Huntington examinó. En su época, el mundo estaba experimentando una rápida descolonización y la Unión Soviética se disputaba con Estados Unidos la hegemonía mundial. El tono de la inestabilidad política tendía a ser revolucionario: por primera vez, grupos que habían estado marginados durante mucho tiempo tenían voz y exigían su parte de una prosperidad que desconocían. Hoy, en los países con rentas altas, el tono suele ser defensivo: grupos que han tenido que luchar por una mínima seguridad

económica ven ahora amenazada o desgastada su posición y exigen protección. Su objetivo es rechazar una marea de cambios desconocidos, no preparar el terreno para una utopía terrenal.

A pesar de estas diferencias, la conclusión esencial es la misma: cuando una masa crítica de miembros de una sociedad ve frustradas las expectativas sobre su vida, pronto se crean las condiciones necesarias para que una crisis estalle. Y, en el mundo actual, los que ven frustradas sus esperanzas pueden entrar en contacto entre sí y construir un sentido de comunidad como nunca había sido tecnológicamente posible.

DESEMPODERAMIENTO ECONÓMICO EN LA ERA DEL EMPODERAMIENTO TECNOLÓGICO

El 23 de abril de 2018, un joven llamado Alek Minassian se subió a una furgoneta Chevrolet Express de alquiler, condujo hasta el centro de Toronto y se estrelló contra una multitud de peatones, de los que nueve fallecieron. En el interrogatorio posterior de la policía, Minassian se identificó como miembro de la comunidad virtual de *incels* (la abreviatura en inglés de «célibes involuntarios») y dijo que su atentado era un acto de venganza contra las mujeres que, desde hacía años, habían rechazado sus propuestas románticas. No era el primer atentado mortal cometido por los *incel* : en 2014, el joven Elliot Rodger disparó a seis mujeres en Isla Vista, California, y luego se suicidó.

El 15 de marzo de 2019, Brenton Tarrant cargó en su coche varias armas de fuego y explosivos y atentó contra la pequeña mezquita de Al Noor en Christchurch, Nueva Zelanda; murieron cincuenta personas. Tarrant retransmitió en directo el

asalto con una cámara colocada en el casco y dejó un extenso y farragoso manifiesto de extrema derecha, dirigido en particular a los miembros de su comunidad virtual de nacionalistas blancos violentamente islamófobos.

Es importante comprender con exactitud qué novedad presentaban estos atentados. Desde luego, no era la frustración sexual de unos jóvenes; ni la hostilidad hacia unas comunidades de inmigrantes que practicaban una religión desconocida. Esas son cosas muy antiguas.

La novedad es que las recientes tecnologías permiten a personas como Minassian, Rogers y Tarrant crear identidades nuevas en las comunidades virtuales que dan validez a sus experiencias y muestran a sus miembros más fanáticos el camino hacia la radicalización. Si solo hubieran tenido acceso a la tecnología del siglo XX , Alek Minassian y Elliot Rodger seguramente habrían acabado desesperados por no tener éxito con las mujeres y a Brenton Tarrant quizá le habría consumido el odio a los musulmanes, pero no se habrían reconocido entre sí como integrantes de un mismo grupo, de una comunidad con intereses y resentimientos comunes, capaz de alimentar las fantasías de venganza de sus miembros más jóvenes y volátiles.

Este choque entre los odios privados y las comunidades de odio en internet resulta letal. En Toronto, Isla Vista y Christchurch, el precio que se cobró fue mucho peor: la muerte de personas inocentes. Y no hay duda de que habrá muchas más.

Comunidades marginales como los *incel* y los supremacistas blancos están experimentando el profundo desempoderamiento

de las esperanzas frustradas justo cuando han aparecido nuevas tecnologías radicales que empoderan: internet, por supuesto, pero también el desarrollo general de una sociedad de la información, el espectacular aumento del comercio internacional, que lleva millones de productos nuevos a todos los mercados y la disponibilidad de viajes aéreos mucho más baratos que permiten una mayor movilidad humana (por lo menos hasta que se desata una pandemia). Vivimos en una época de abundancia, en la que hay más de todo: más gente, más ciudades, más naciones, más ideas, más productos, más ordenadores, más empresas, más medicamentos, más ONG, más religiones, más grupos terroristas, más cárteles criminales; y también más comunidades virtuales en las que es posible reafirmar las experiencias y unirse de formas que no eran posibles hace solo un par de decenios.

Los revolucionarios cambios en la economía, en la tecnología y en las mentalidades facilitan la creación de comunidades virtuales formadas por personas que hace una generación quizá nunca habrían pensado que sus experiencias las convirtieran en miembros de nada. Cuando Huntington escribió su libro sobre el orden político y la discrepancia de las expectativas, la frustración sexual de un joven de Canadá o la animadversión hacia los musulmanes de otro en Nueva Zelanda no tenían una especial relevancia política, porque esos jóvenes creaban una identidad colectiva en función de sus propias experiencias u opiniones.

La «revolución del más», al reducir en gran medida los costos de relacionarse con otros que tienen ideas radicales, refuerza esas opiniones y atrapa a sus defensores en unas comunidades que rechazan la sumisión maquinal a la

autoridad. Esas tendencias, unidas a una movilidad geográfica mucho mayor, han contribuido a la transformación que provocó que el poder entrara en declive.

Los solitarios de antes están convirtiéndose en miembros de colectivos que pueden ser agresivos, perjudiciales e incluso peligrosos. Las nuevas tecnologías han permitido que, por primera vez, las ideas extremistas se encuentren al alcance de millones de personas, al tiempo que han derribado las barreras que impedían que quienes defendían esas ideas se coordinaran entre sí. Se trata de una combinación explosiva.

El consenso de posguerra se construyó a partir de una serie de acuerdos tácitos sobre los límites del discurso político que podía aceptarse. Las opiniones abiertamente racistas o autoritarias se silenciaban, pero no mediante la censura del Estado, sino por medio de una opinión general difundida entre los responsables editoriales de que no eran respetables. Para vigilar esos límites solo se necesitaba tener una serie de responsables educados en instituciones muy similares, con los mismos valores y concepciones del mundo, para dirigir un puñado de medios con criterios editoriales bastante parecidos.

El sistema dejaba un considerable margen para sondear ideas nuevas y controvertidas, pero dentro de dichos límites. En la segunda mitad del siglo XX , los neonazis, los eugenesistas y los etnonacionalistas, en general, no disponían de una plataforma en el informativo de la noche, ni en las páginas de opinión de periódicos de prestigio. El hecho de que quizá a millones de personas les habría gustado leer lo que opinaban influía muy poco en la toma de decisiones.

La infraestructura de comunicaciones del siglo XXI funciona de manera totalmente opuesta. Se ha desarrollado sobre la base de unos potentes algoritmos diseñados para identificar y cultivar puntos de vista populares pero desatendidos. Los algoritmos recompensan con creces a los que son capaces de elaborar esos contenidos y canalizan chorros de ingresos publicitarios en su dirección. La infraestructura de comunicaciones del siglo XXI amplía de forma sistemática la variedad de opiniones, en vez de restringirla.

En Estados Unidos se creó una cinta transportadora para sacar las ideas extremistas de las comunidades virtuales y acercarlas a públicos cada vez más amplios. Algunas opiniones extremistas que nacieron en las ciénagas de internet (tablones de mensajes sin moderar como 4chan y 8chan o foros poco regulados como Reddit y YouTube) se blanqueaban para ponerlas a disposición de las masas en medios como Fox News y One America News Network. Entonces, los medios tradicionales recogían el testigo y normalizaban la conversación sobre unas ideas que antes se habían considerado demasiado extremistas para divulgarlas a gran escala.

En muchos otros lugares hubo procesos parecidos. En Israel, la emisora de extrema derecha Channel 20 dedica un tiempo considerable a poner en antena opiniones religiosas y nacionalistas extremas que con frecuencia discuten la posibilidad de la eliminación como solución para el problema de Palestina. Channel 20 rastrea habitualmente el ecosistema de los medios digitales de la extrema derecha, como la web de extrema derecha y defensora de los colonos News 0404, en busca de nuevos colaboradores, y blanquea sus puntos de vista para adaptarlos a un público más amplio.

Este modelo ha demostrado que tiene un atractivo multicultural. En India, el Gobierno nacionalista hindú del presidente Narendra Modi y su partido, BJP, han forjado una estrecha alianza con Republic TV, un canal de noticias presentado por Arnab Goswami, una de las personalidades televisivas más reconocibles del país. Creado en 2017, Republic TV sigue muy de cerca el modelo de Fox News y Channel 20: ruidoso, atrevido y abiertamente sectario, recorre las extensas redes sociales indias en busca de noticias sobre atrocidades musulmanas. Con su continuado cultivo de un grosero nacionalismo hindú, ha adquirido una audiencia de masas y sus agitadores intimidan sin cesar a los que se oponen al régimen, a los que de forma sistemática califica de «antinacionales». En Republic TV, «nacional» equivale a «hindú», e «hindú» equivale a las políticas de Modi. Por tanto, criticar cualquier aspecto de la política del Gobierno convierte a quien lo hace en «antinacional».

Como consecuencia, a quienes aspiran a convertirse en autócratas les es mucho más fácil contactar con personas cuyas ideas, en otro tiempo, habrían sido completamente inaceptables. Una vez que los llamamientos racistas y xenófobos están en circulación y distintas comunidades, cada vez más amplias, empiezan a simpatizar con ellos, a quienes aspiran a convertirse en autócratas les es mucho más fácil apropiarse de una causa y luchar por ella.

Sin embargo, este nuevo ecosistema mediático a veces puede dar pie a movimientos de masas sin necesidad de que un órgano de prensa establecido amplifique sus proclamas. Por ejemplo, el movimiento de protesta de los *gilets jaunes* (o chalecos amarillos) que comenzó en Francia a finales de 2018

pareció surgir ya formado a partir de una única carta difundida en la red por un automovilista indignado por la subida de los impuestos sobre el combustible. Desde entonces, semana tras semana, y durante meses, los chalecos amarillos se organizaron mediante grupos de Facebook para acudir en masa a las protestas, con la enorme visibilidad que les daban sus chalecos y los enfrentamientos con las fuerzas de seguridad, mientras planteaban demandas que no habían podido contar con ningún defensor dentro de la política tradicional. El Estado francés y su sociedad se han visto sacudidos en sus cimientos por un mensaje que, en una época tecnológica anterior, quizá no habría salido nunca del montón de cartas no solicitadas al director.

Los chalecos amarillos constituyen una de las demostraciones más espectaculares de que la nueva autocracia tiene demanda, pero están en total sintonía con una larga historia de manifestaciones de descontento que no encabeza nadie. Esta tendencia recorre el mundo: desde el movimiento de los indignados en España y Occupy Wall Street (el movimiento Occupy en general) hasta el movimiento de masas descentralizado en pro de la democracia de Hong Kong, las protestas sin líderes que sacudieron Chile, Ecuador y muchos otros países latinoamericanos a finales de 2019 y el extraordinario estallido de ira contra la brutalidad policial tras el asesinato de George Floyd en Mineápolis en mayo de 2020. Cada una de estas movilizaciones fue el resultado de un proceso de organización espontáneo facilitado por internet que elude las instituciones tradicionales de participación política, y todas han desconcertado y han amenazado a la clase dirigente.

Algunos grupos que defendían opiniones antes inconfesables se han convertido en importantes actores políticos en toda Europa: el Movimiento Cinco Estrellas en Italia, los partidarios del Brexit en Reino Unido, la extrema izquierda representada por Podemos y la extrema derecha de Vox en España, la Alternative für Deutschland en Alemania. Una y otra vez, personas que abominan de la opinión de las élites se han unido para crear unos movimientos tan poderosos que al sistema no le queda más remedio que prestarles atención.

Aun así, siguen surgiendo preguntas. ¿Por qué, entre la infinidad de puntos de vista de este nuevo mundo con acceso ilimitado a todo tipo de opiniones, las ideas autoritarias eran las que parecían ganar con más frecuencia? ¿Por qué no el trascendentalismo, por ejemplo, o el vegetarianismo radical? ¿Por qué el nuevo ecosistema mediático escogía como vencedores los mensajes de los autócratas 3P? ¿Qué hacía que su oferta fuera tan demoledoramente eficaz en la era de la información? En otras palabras, ¿por qué había tanta gente dispuesta a pasar por alto las claras señales de autoritarismo de esos aspirantes a líder?

Esta pregunta está mal planteada. Los autócratas 3P no se hicieron populares a pesar de su autoritarismo, sino precisamente por él.

DENTRO DE LA MENTE AUTORITARIA

Para dar respuesta a estas preguntas necesitamos investigar. Por fortuna, en las principales universidades el autoritarismo se ha convertido en un tema de actualidad. El estudio académico del este, que durante mucho tiempo fue un

soñoliento remanso, se encuentra en pleno auge. Las razones no son, sin embargo, un misterio: las tendencias que documenta este libro —y, en particular, la elección del presidente estadounidense más abiertamente autoritario en varias generaciones— han provocado una avalancha de estudios, tesis doctorales, experimentos, sondeos y ensayos.

Los psicólogos, los sociólogos y los politólogos han estructurado su investigación desde el principio con unas cuantas conclusiones. La primera es que hay mucha gente que recibe de buen grado los mensajes autoritarios. Un hilo conductor cada vez más establecido de investigaciones científicas indica que existe un gran número de personas predispuestas a aceptar una política autoritaria. Esto no es, en absoluto, lo mismo que decir que una persona nace autoritaria. Una predisposición puede muy bien permanecer latente hasta que se encuentra con un entorno capaz de activarla. Es muy posible que una gran cantidad de los antiguos cazadores-recolectores tuvieran una predisposición a la obesidad, pero, sin un fácil acceso a los alimentos ricos en grasas y azúcares, debía de haber pocos que fueran obesos. Igualmente, las personas predispuestas a apoyar a los autócratas no lo hacen, salvo si su entorno las empuja en esa dirección.

Y ¿qué es lo que las empuja?

Los investigadores se han puesto de acuerdo en una respuesta: el detonante fundamental para activar la predisposición autoritaria es la percepción de una «amenaza» .

«Amenaza», en este contexto, no solo debe interpretarse como algo físico, aunque desde luego lo es en parte. Los

sociólogos suelen entender el concepto en un sentido más amplio, para abarcar las amenazas al orden moral.

Ya en 1997, un estudio experimental de Stanley Feldman, de la Universidad de Stony Brook, llegó a la conclusión de que «las personas que valoran la conformidad social tienen una predisposición a ser intolerantes, pero pueden no ser intolerantes sin necesidad de sufrir una amenaza, sea esta de un grupo concreto o debido a la percepción de que está en peligro el orden social en general». [4]

La idea de que el mundo está cambiando a nuestro alrededor en direcciones que es imposible predecir o controlar resulta tremendamente amenazadora para un subconjunto considerable de cualquier población. Como descubrieron el investigador de la Universidad de Duke Christopher Johnston y su equipo, los cambios étnicos polarizan así a la gente, de manera que los que están predispuestos a rechazar la incertidumbre adoptan unas posiciones cada vez más estridentes contra los llegados de fuera. [5] Si a eso se une una situación económica precaria o cada vez peor, dicha predisposición a equiparar cambio y amenaza redobla su fuerza.

En los resultados de las investigaciones, como es habitual, hay de todo; pero un estudio llevado a cabo antes de las elecciones de 2020 en Estados Unidos por un equipo encabezado por Michele Gelfand, de la National Science Foundation, establece un vínculo aún más inequívoco entre la percepción de amenaza y los patrones autoritarios de voto. [6] El estudio descubrió que, cuanto más preocupados estaban los votantes por las amenazas externas, más intolerantes eran

respecto al otro y más apoyaban la candidatura de Trump. La preocupación de los votantes estadounidenses por las amenazas encajaba a la perfección con el apoyo a más vigilancia y control del Estado sobre las minorías estigmatizadas: vigilancia de las mezquitas, creación de un registro de estadounidenses musulmanes y deportación de los inmigrantes ilegales.

Este no es, ni mucho menos, un fenómeno exclusivo de Estados Unidos. Las investigaciones de un equipo dirigido por Diana Rieger, de la Universidad Ludwig-Maximilians de Múnich, demuestran que los estudiantes alemanes incluidos en un experimento eran mucho más propensos a dejarse influir por la propaganda de extrema derecha, si antes los habían predispuesto para que se obsesionaran con las amenazas. [7] Esa predisposición a sentirse amenazados también reforzaba su identificación con la nacionalidad alemana. Eso no quiere decir, desde luego, que los extranjeros sean una amenaza «real» ; solo que, cuando se los percibe como tal, dicha percepción acarrea consecuencias políticas. Ya sea en Alemania, en Estados Unidos o en cualquier otro país, la manipulación de la gente para que perciba una amenaza desencadena su predisposición autoritaria de forma preocupantemente sistemática.

Como afirman Marc Hetherington y Jonathan Weiler en su libro *Authoritarianism and Polarization in American Politics* , los políticos profesionales y la clase política que opina sobre ellos están polarizados desde hace tiempo. [8] Durante muchas décadas, los votantes estadounidenses fueron más o menos indiferentes a la polarización de las élites. Como estableció Philip Converse, de la Universidad de Míchigan, en su

fundamental estudio de 1964 sobre la naturaleza de los sistemas de creencias en las masas de población, a principios de la década de 1960, la mayoría de los estadounidenses tenían una idea muy vaga de lo que eran el «conservadurismo» y el «progresismo» y estaban poco interesados en las ideologías por las que la clase política se movía. [9] Ese dato se repitió muchas veces durante los años siguientes. Ha sido en los últimos decenios cuando muchos estadounidenses han empezado a identificarse de lleno con una postura ideológica. El cambio se palpa en el repentino aumento del número de personas que, en una encuesta, afirman que no les gustaría que su hijo o su hija se casara con alguien que vota al otro partido.

Algunos investigadores han llegado a la conclusión de que el estancamiento económico hace que cada vez más ciudadanos piensen que su entorno se ha convertido en una amenaza. Según esta opinión, la congelación de los salarios de la clase media, el aumento de las desigualdades y de las llamadas «muertes por desesperación» (debidas a sobredosis de drogas y suicidios, entre otras causas) están empujando a masas de gente a expresar su predisposición autoritaria y a apoyar gobiernos autoritarios.

En el largo medio siglo posterior a la Segunda Guerra Mundial, cuando las rentas de la mayoría de los estadounidenses crecían sin parar y la clase media tenía asegurado el sustento, la predisposición autoritaria permaneció inactiva y hubo escasa demanda para la oferta de los autoritarios. Sin embargo, cuando esas predisposiciones inactivas se activaron, la gente empezó a buscar culpables a su alrededor, a alguien a quien responsabilizar de sus problemas.

Y empezaron a votar a líderes que escogieran a los mismos culpables que ellos.

En su libro *The People vs. Democracy* , Yascha Mounk señala con acierto que las élites suelen ser un culpable idóneo, igual que, en muchos casos, los inmigrantes y los grupos étnicos minoritarios. [10] De hecho, todos los grupos marginales de cualquier tipo llegan a percibirse como culpables: en Turquía son los kurdos; en Hungría, los refugiados sirios; en la Alemania de la década de 1930, eran los judíos; en Estados Unidos, hoy, son los mexicanos y los musulmanes.

Nuestro punto de partida —pero, conviene repetirlo, no nuestro objetivo— es examinar fríamente y con todo lujo de detalles las condiciones materiales de quienes sienten ese anhelo de autocracia. La disonancia cognitiva de estatus suele estar firmemente arraigada en unos cambios económicos reales. En gran parte del mundo desarrollado, las clases se han ido distanciando: los ricos están mejor, los muy ricos están mucho mucho mejor, y todos los demás se encuentran estancados o se han quedado atrás. En los países en desarrollo que caen en las garras de la autocracia 3P suele haber menos datos disponibles, pero se percibe una dinámica muy parecida.

Los criterios para medir las dificultades crónicas no están homologados, y cada organización o investigador emplea diferentes definiciones. Una de ellas es la de United Way, una organización benéfica estadounidense que se dedica a ayudar a las familias denominadas ALICE (acrónimo en inglés de «con empleo, pero con bienes limitados e ingresos restringidos»). No son los más pobres de la sociedad; los hogares ALICE, por

definición, incluyen a personas que tienen trabajo. Los hogares ALICE abarcan una amplia proporción de las clases trabajadora y media baja: cuidadores de niños, empleados del sector servicios, operadores de servicios telefónicos de atención al cliente y millones de personas más con trabajos comunes y corrientes. [11]

United Way define los hogares ALICE como aquellos que no pueden pagar los bienes esenciales (vivienda, cuidado de los hijos, alimentos, transporte y sanidad, más impuestos) con los salarios que cobran. Destacan mucho las cifras de los hogares estadounidenses que en 2017 estaban por debajo de ese umbral: el 38 por ciento de los hogares en Connecticut, el 41 por ciento en Ohio, el 44 por ciento en Nueva York. En conjunto, en los quince estados en los que se estudió esta cuestión, el 41 por ciento de los hogares trabajadores tenía que escatimar en las necesidades básicas. Otras investigaciones hechas en 2016 indican que, en todo el país, viven en esas circunstancias 34,7 millones de hogares, el doble de la tasa oficial de pobreza en Estados Unidos. [12]

Otro motivo claro de preocupación es el enorme número de estadounidenses que dicen que dicen no tener ahorros para afrontar un gasto inesperado de cuatrocientos dólares. El estudio sobre la economía y la toma de decisiones de los hogares llevado a cabo en 2016 por la Reserva Federal reveló que dos de cada cinco adultos tendrían que pedir prestado o vender algún objeto de valor para hacer frente a un gasto de ese tipo. [13] En 2018 otra investigación complementaria confirmó esta conclusión. Tres de cada cinco adultos en edad laboral dicen que no pueden ahorrar suficiente dinero para la jubilación. La cuarta parte dice que carece de cualquier tipo de

ahorros. Y estas cifras se recogieron antes de que comenzara la catastrófica recesión de 2020 debida al coronavirus, que en gran medida las agravó.

El estancamiento de los ingresos de esos hogares repercute en la vida de la gente de forma radical, trascendental y, cada vez con más frecuencia, letal. En Estados Unidos, la manifestación más terrible es el rápido aumento de las «muertes por desesperación» en todo el país. Las «muertes por desesperación», que la gente a veces equipara con las muertes por sobredosis de opiáceos, en realidad incluyen muchas más causas: el alcoholismo, la adicción a otras drogas y el suicidio. Como han demostrado Anne Case y Angus Deaton, de la Universidad de Princeton, los índices de mortalidad por dichas causas se multiplicaron entre 1998 y 2015, un aumento que se produjo en su totalidad entre los grupos con menor nivel educativo, en particular blancos. En este grupo, durante esos diecisiete años, las «muertes por desesperación» se multiplicaron por más de dos entre los hombres y casi por cinco entre las mujeres. «En definitiva, creemos que lo que hemos descrito es la historia del desplome de la clase trabajadora blanca con estudios secundarios después de su apogeo a principios de la década de 1970, así como las patologías que van de la mano de ese declive», concluían Case y Deaton. [14]

En ese aumento de la mortalidad quizá no se tiene bastante en cuenta el papel del suicidio, que en Estados Unidos aumentó en un tercio entre 1999 y 2017, hasta alcanzar la cifra de cuarenta y siete mil muertes anuales. Las muertes por sobredosis también se incrementaron de forma gradual hasta 2015, cuando aumentaron de golpe nada menos que el 16 por

ciento en un solo año. Sin embargo, lo que más contribuye al pico de las «muertes por desesperación» es el alcohol. Las muertes relacionadas con la bebida crecieron, aproximadamente, un tercio entre 1999 y 2014. En total, en 2017, unos ochenta y ocho mil estadounidenses fallecieron por causas relacionadas con el alcohol, más incluso que los setenta mil que murieron por sobredosis de opiáceos.

Se han realizado investigaciones muy similares en Reino Unido, Australia y Canadá. No son imaginaciones. Las dificultades económicas constituyen una realidad para amplias franjas de la clase media baja en todo el mundo desarrollado. Los ingresos de la clase media se han estancado al mismo tiempo que aumenta la productividad y, aunque las políticas fiscales y las transferencias de rentas han amortiguado el golpe, no bastan para contrarrestarlo. Las personas de clase trabajadora y de clase media baja del mundo desarrollado han perdido confianza en su capacidad para lograr la vida de la que sus padres disfrutaron durante el apogeo de la expansión de posguerra. Tienen la sensación de que su lugar en el orden moral está en peligro porque su lugar en el orden económico también lo está.

Y este no es solo un fenómeno del Occidente acomodado. En todos los lugares en los que el poder 3P se ha afianzado, el trastorno económico y social que lo precede es similar. En Rusia, Vladímir Putin adquirió protagonismo tras la convulsión social provocada por la desaparición de la Unión Soviética, cuando los precios se dispararon, el nivel de vida se precipitó en caída libre y se extendió la sensación de que la «economía moral» de la comunidad sufría un asalto. En Hungría, Polonia y la República Checa, el nivel de vida no

bajó, pero la alarma creada por la llegada de extranjeros poco habituales se unió a la profunda nostalgia de la edad desaparecida del «socialismo de las salchichas» (qué importa que no seamos libres, siempre habrá salchichas para cenar) hasta generar una fuerte sensación de que no era posible seguir aferrándose a la seguridad de antaño.

En Venezuela, cinco decenios de crecimiento económico sin precedentes y en particular de la clase media, entre las décadas de 1940 y 1970, dieron paso a veinte años de estancamiento en las de 1980 y 1990 que frenaron la movilidad social y crearon la sensación general de que se había roto el contrato social entre los gobernantes y los gobernados. En Filipinas y Brasil, la ralentización del aumento de las rentas, unida a la percepción de una ola de delincuencia descontrolada, creó un intenso deseo de previsibilidad que se manifestó en la elección de algunos de los dirigentes más abiertamente autoritarios del mundo actual.

Sin embargo, el ascenso de la política autoritaria y los movimientos alternativos que se afianzan a través de internet no son solo una mera consecuencia de la angustia económica. El factor mediador es el temor de que el orden moral de la sociedad está amenazado. Como las personas relativamente abiertas a nuevas experiencias se han agrupado en las coaliciones de centroizquierda, mientras que aquellos a los que no les gusta sentirse amenazados se identifican en gran parte con la derecha, este aumento de la inseguridad económica se traduce en que el apoyo al autoritarismo se produzca mucho más en la derecha que en el centroizquierda.

En este contexto, el escepticismo sobre la capacidad del estado de bienestar para amortiguar los golpes de la

transformación económica acaba transformándose en una especie de nihilismo político: «Si el Estado no me ayuda —parecen sentir muchos—, que no ayude a nadie».

EL PASEO TRIUNFAL DE SAMUEL P. HUNTINGTON

Para la legión de admiradores de Samuel P. Huntington, todo esto tiene un inconfundible halo de *déjà vu.* La tesis sobre el potencial revolucionario de las esperanzas frustradas que rescató de Tocqueville sigue siendo hoy tan relevante como hace una generación. El anhelo de autocracia se alimenta de un sentimiento de vulnerabilidad y peligro en un Occidente en plena y veloz desindustrialización y de la frustración del sur del planeta por la lentitud de las mejoras del nivel de vida (que, en algunos casos, incluso está empeorando). Los dos fenómenos se reducen al mismo problema: la disonancia cognitiva de estatus como fenómeno global.

Mientras tanto, las nuevas tecnologías y los nuevos paisajes mediáticos crean oportunidades para que las personas que se sienten amenazadas formen comunidades en torno a unas ideas que no hace tanto tiempo ni se habrían pronunciado en público. A medida que se multiplican las vías de comunicación, se extiende el periodismo ciudadano y las opiniones se pueden compartir con millones de personas, los antiguos guardianes de la opinión comedida pierden su capacidad para mantener las ideas autoritarias fuera de la circulación. En este «mundo feliz», a los mensajes autoritarios no les es difícil abrirse camino hasta los oídos preparados para escucharlos. Los líderes dispuestos a indicar que son diferentes y matar las vacas sagradas ideológicas del pasado reciben su recompensa electoral. El círculo se cierra cuando la continua

oferta de líderes autocráticos conecta con una demanda en aumento.

Para los líderes 3P, esa mezcla de desestructuración económica y empoderamiento tecnológico, con el trasfondo de la sensación general de peligro, constituye un coto de caza idóneo. Tiene todos los ingredientes del caldo de cultivo de Huntington, aunque en una encarnación contemporánea que él no podía imaginar en los años sesenta del sigo pasado.

A la hora de la verdad, el orden político es verdadera y endiabladamente difícil de mantener en unas sociedades cambiantes. Eso es tan cierto hoy como hace cincuenta años. La diferencia es que la velocidad de los cambios, en la actualidad, es mucho mayor.

SEGUNDA PARTE

Un mundo seguro para la autocracia

5

El poder empresarial: ¿permanente o efímero?

En pocos ámbitos de la vida resulta tan reconocible el tira y afloja entre las fuerzas que dispersan el poder y las que lo concentran como en el mundo empresarial. Hay presiones nuevas e inmensas para competir junto con una rápida concentración de poder. ¿Cómo pueden coexistir ambas?

Como ha documentado el economista francés Thomas Philippon, el hecho de que unas cuantas empresas dominen cada vez más el mercado se da en una gran variedad de sectores: la industria, los servicios y hasta la agricultura. [1] La concentración empresarial se ha visto acompañada de una creciente concentración de la riqueza en la franja superior de la distribución de recursos. La pandemia de la COVID-19 agravó estas tendencias. Según Bloomberg Economics, durante 2020 las cincuenta mayores empresas del mundo sumaron nada menos que 4,5 billones de dólares a su capitalización bursátil, lo que elevó su valor combinado a, aproximadamente, el 28 por ciento del producto interior bruto (PIB) mundial. Hace treinta años, la cifra equivalente era menos del 5 por ciento. [2]

Sin embargo, la paradoja es que esta tendencia hacia la concentración coexiste con una competitividad mucho más elevada en numerosos mercados. En numerosos sectores

industriales, incluso en los que presentan una mayor concentración, la revolución de las tecnologías de la información parece haber reducido en gran medida las trabas comerciales para integrarse en ellas. Al fin y al cabo, ¿no se suponía que internet iba a ser la solución contra la concentración de poder empresarial y político? ¿No era ese el sueño en la década de 1990 e incluso todavía en la Primavera Árabe? ¿Cómo ha acabado esta temible fuerza centrífuga derrotada por otras fuerzas centrípetas menos visibles? Y ¿cómo encaja el aumento de la concentración de los mercados con la tendencia que está acelerando la autocracia 3P en el terreno político?

JACKSON HOLE CONTRA LOS GIGANTES TECNOLÓGICOS

En las dos primeras décadas del siglo XXI , los principales gigantes tecnológicos —Facebook, Apple, Amazon, Microsoft y Google— crecieron sin cesar e incrementaron su poder en los mercados que dominaban. Durante varios decenios, las continuas adquisiciones les permitieron controlar *start-ups* recién nacidas, y no tan recién nacidas, y así acceder con rapidez a nuevos segmentos o eliminar a posibles competidores antes de que estos pudieran convertirse en una seria amenaza. Estas empresas generan grandes ingresos y unos beneficios que han permitido que sus fundadores y sus altos directivos entraran a formar parte de las personas más ricas del mundo.

El tamaño de las grandes empresas tecnológicas, sus enormes reservas de capital, el atractivo de sus marcas, las tecnologías exclusivas y los codiciados productos y servicios que ofrecen constituyen una barrera comercial infranqueable

para quienes aspiran a competir con ellas. El poder que ejercen estas cinco empresas en las distintas actividades a las que se dedican, su tendencia a la innovación y la influencia política que compra su dinero invitan a pensar que su dominio se mantendrá. Sería un error defender esa opinión, que contradice las enseñanzas de la historia, la dinámica de la competencia y los cambios de poder que hemos observado en los tres últimos decenios.

La realidad resulta más compleja. Es cierto que los gigantes tecnológicos actuales han adquirido una dimensión abrumadora y una nueva forma de poder empresarial. Pero también lo es que dicho poder tan desmesurado tiene pocas esperanzas de perdurar ahora que los gobiernos empiezan a tratar de contener a las grandes empresas del sector. En este capítulo analizaremos las dos realidades: estudiaremos la dimensión y el poder inmensos de los gigantes tecnológicos y luego explicaremos por qué todo ese poder va a ser difícil de conservar.

Una de las tercas ironías de nuestra época es que los teóricos de la conspiración, cuando buscan siniestras confabulaciones en las que se decide el futuro de nuestro mundo, nunca tengan en cuenta el Simposio Económico de Jackson Hole. Quizá los paranoicos dejan pasar esta reunión porque no es nada secreta (al contrario, todo queda registrado). Aunque seguramente es porque el tema que se debate en Jackson Hole, a primera vista, parece tan inescrutable y especializado que los conspiranoicos habituales no son capaces de descifrarlo. Sin embargo, no nos confundamos: si queremos encontrar un sitio en el que un sector escogido de la élite mundial se reúne cada año para ayudar a configurar en el

futuro de la humanidad, pocos lugares hay mejores que Jackson Hole. Allí, en Wyoming, a la sombra de los majestuosos Grand Tetons, los banqueros más poderosos y relevantes, y los principales economistas del mundo debaten ideas y propuestas que afectan a la vida de miles de millones de personas.

Organizada por el Banco de la Reserva Federal de Estados Unidos en Kansas City, el encuentro de Jackson Hole permite que una pequeña élite de estudiosos de la macroeconomía y ministros de Economía o Hacienda se codeen con los guardianes de las principales divisas del mundo para reflexionar sobre las políticas que influyen en los costos del endeudamiento, los tipos de cambio entre divisas, los mercados de valores y bonos, y otros precios e instituciones cruciales. La mayoría de la gente quizá no haya oído nunca los nombres de ninguna de las personas que se reúnen allí. Sin embargo, caben pocas dudas de que las discusiones que se desarrollan en Jackson Hole han acabado en decisiones que han afectado a nuestras rentas, a los plazos de la hipoteca y a los pagos de nuestra tarjeta de crédito, al costo de unas vacaciones en el extranjero, al plan de jubilación, a la cesta de la compra y a muchas más cosas.

En Jackson Hole, el tema es siempre el mismo: no solo la economía, sino, para ser exactos, la macroeconomía. Es el mundo de las fuerzas económicas a gran escala: tasas de crecimiento, inflación, desempleo, déficits presupuestarios, reservas de dinero, comercio internacional y flujos de capital, y otras variables económicas importantes que preocupan a los principales banqueros. Tradicionalmente, se estudiaba de

forma separada de la microeconomía, que examina cómo las empresas y las personas toman decisiones.

Desde 1936, cuando John Maynard Keynes publicó su fundamental *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero* , estas dos partes de la actividad profesional económica han estado separadas por una especie de barrera intelectual invisible. [3] Los banqueros centrales y los ministros de Economía o Hacienda, en general, han pensado que las preocupaciones de la microeconomía estaban por debajo de ellos. Lo que hace tal o cual compañía puede interesar o preocupar a la propia empresa, por supuesto, pero no va a afectar a la economía en su conjunto. ¿O sí?

En 2018, un discreto terremoto tecnocrático sacudió el exclusivo mundo del Simposio de Jackson Hole: la barrera entre lo micro y lo macro no se franqueó una vez, sino dos. El primer asalto fue una ponencia presentada en la conferencia que afirmaba que compañías como Amazon habían crecido tanto y tenían tanto poder que sus decisiones acababan por tener considerables consecuencias macroeconómicas. Normalmente, semejante herejía haría que un estudiante de primero de Económicas suspendiera el examen: todo el mundo sabe que las compañías, como entidades individuales, no pintan nada en los debates macroeconómicos. Sin embargo, esa herejía se iba a discutir en Jackson Hole.

El argumento concreto de la ponencia era, como suele ocurrir en entornos tan enormemente especializados, técnico y en apariencia abstruso. Redactada por Alberto Cavallo, de la Escuela de Negocios de Harvard, la ponencia comenzaba con la afirmación, cada vez más extendida, de que los precios en

las economías avanzadas están subiendo a menor velocidad de la que los modelos macroeconómicos convencionales predecían. Después de señalar que la escasez de datos hacía que fuera difícil demostrarlo, Cavallo señalaba que sí podía demostrar otra manifestación de lo que llamaba el «efecto Amazon». [4] Su documento presentaba unas investigaciones que probaban que las decisiones de las empresas sobre los precios estaban cambiando debido al comercio electrónico que Amazon dominaba. Por ejemplo, la tecnología de Amazon le permitía ajustar los precios de millones de productos a lo largo de un día en función de fuerzas que no controlaba: las alteraciones de la oferta y la demanda, de los precios de las divisas, etcétera. Y el poder de Amazon se extendía de tal manera que los competidores ya no podían permitirse el lujo de retrasar sus propias decisiones sobre precios para adaptarlas a las del gigante tecnológico. Los datos de Cavallo indicaban que los precios, tanto en el mundo virtual como en el real, habían empezado a fluctuar más con arreglo a este tipo de cambios. También aseguraba que, en el mundo real, los precios mostraban una tendencia cada vez mayor a converger entre unos sitios y otros, es decir, solían ser bastante similares con independencia de dónde se llevara a cabo la transacción. Estos son los cambios que pueden esperarse si los competidores se ven obligados a seguir cada vez más el ejemplo de Amazon en las decisiones sobre los precios.

La idea de que los precios pudieran ser tan sensibles a cualquier cambio económico repentino —por ejemplo, el hecho de que las fluctuaciones diarias de los tipos de cambio repercutieran de inmediato en los precios como nunca había sucedido antes— constituía toda una novedad. Pero, como

demostró Cavallo, no se trataba de una simple teoría ni de una mera posibilidad: se había convertido en una realidad que se podía cuantificar. Las estrategias de precios y el poder de mercado de Amazon estaban intensificando la volatilidad de los precios.

En definitiva, no solo se había franqueado la sacrosanta barrera entre la macroeconomía y la microeconomía, sino que, algo aún más importante, se decía que las acciones de una sola empresa, Amazon, daban cuenta y razón de unas consecuencias que se hacían sentir en el conjunto de la economía. Nada menos que en el Simposio Económico de Jackson Hole, a los responsables de las políticas económicas más poderosos del mundo se les presentaron pruebas de que las prácticas empresariales de Amazon tenían consecuencias macroeconómicas.

La ponencia de Cavallo en 2018 era la arremetida más reciente en un acalorado debate entre los expertos sobre las consecuencias políticas del desmesurado poder de los gigantes tecnológicos. Otros investigadores estaban ya trabajando para documentar cómo las acciones de Amazon pueden estar acabando con los márgenes de otros vendedores, hundiendo los salarios en el sector de la producción y en el logístico, y frenando la competencia en varios mercados.

Entonces, en la sesión del 24 de agosto de 2018, celebrada en el maravilloso Jackson Lake Lodge, volvió a derribarse la barrera entre macro y micro. En esa ocasión fue Alan B. Krueger, de la Universidad de Princeton, un profesional veterano y respetado, que, como presidente del Consejo de Asesores Económicos de la Casa Blanca entre 2011 y 2013, había sido el principal economista del ejecutivo. Durante la

comida, Krueger demostró que, en Estados Unidos, los salarios habían aumentado un 1 o 1,5 por ciento anual menos de lo que preveían los modelos normales de los economistas. La razón, señaló, era que los mercados laborales habían perdido competitividad porque las grandes empresas dominantes controlaban cada vez más las condiciones de contratación en todos ellos. [5]

La acusación no se limitaba, en absoluto, a los gigantes tecnológicos: como veremos, existen pruebas indudables de que la concentración está aumentando en numerosos sectores, en particular en Estados Unidos. Krueger afirmó que la connivencia entre un número cada vez menor de empresas dominantes en un mercado podría explicar por qué los salarios se incrementan más despacio de lo que deberían. Señaló que las prácticas de empleo anticompetencia se habían vuelto habituales en las grandes empresas. Por ejemplo, las cláusulas de no competencia han pasado de ser muy infrecuentes a convertirse en lo más habitual en gran parte de los contratos laborales, hasta el punto de que incluso los que cobran un salario mínimo por preparar bocadillos en la cadena Jimmy John's tienen que firmar que renuncian a trabajar para un competidor durante los dos años posteriores a dejar la empresa.

Ese año, los titulares sobre Jackson Hole consistieron sobre todo en la rompedora idea de que el comportamiento de una empresa pudiera tener consecuencias macroeconómicas, además de repercutir en la competencia, en los salarios y en las condiciones laborales. Los teóricos de la economía iban a tener que adaptar sus teorías tradicionales al hecho de que unas cuantas empresas hubieran crecido tanto que podían

sacudir un mercado solo con anunciar su intención de entrar en él. Por ejemplo, en el día de 2017 en que Amazon anunció su deseo de entrar en el sector de la distribución alimentaria con la compra, por 13.700 millones de dólares, de los supermercados especializados Whole Foods, la capitalización de todo el resto del sector en Estados Unidos perdió 32.000 millones de dólares. [6] El temor que provoca la hegemonía de Amazon es enorme, no solo entre sus rivales reales y posibles, sino también entre los responsables políticos, entre los trabajadores y entre los analistas de todas las tendencias.

Sin embargo, hay un pecado empresarial que no se le puede atribuir a Amazon: los precios inflados. A pesar de su dimensión y de su poder, resulta difícil acusar seriamente a la empresa de cobrar en exceso a los consumidores. Sucede más bien al contrario. Durante gran parte de su historia, Amazon ha llevado a cabo una campaña muy agresiva de bajada de precios para sus clientes. De hecho, como hemos visto, algunos economistas creen que sus estrategias sobre los precios contribuyen a contener la inflación. Al ser capaz de negociar duramente con los proveedores y comerciantes, Amazon no parece tener problemas para cobrar márgenes escasos o nulos en muchas de sus ventas al por menor. Los beneficios que obtiene se reinvierten en gran medida en la propia empresa para desarrollar líneas de negocio existentes, comprar otras empresas y llevar a cabo ambiciosos programas de investigación y desarrollo en campos como la robótica y la inteligencia artificial (IA). Amazon puede tener la culpa de muchos males, pero los precios abusivos no son uno de ellos.

Y esta actitud tiene consecuencias legales de cierto calado. Para toda una generación de teóricos jurídicos centrados en

cómo contener el comportamiento anticompetitivo de las empresas, los precios constituían la variable crucial para juzgar si las compañías que debían competir estaban comportándose como cárteles o si estaban imponiendo trabas comerciales que entorpecían la incorporación de nuevos competidores. Por eso, tras la publicación de la influyente obra de Robert H. Bork *The Antitrust Paradox* en 1979, la aplicación de la normativa antimonopolio en Estados Unidos —y, por consiguiente, en gran parte del mundo— se había visto cada vez más dominada por cuestiones relacionadas con los precios. [7]

Bork, en consonancia con la escuela económica libertaria de Chicago, decía que la única forma de que el monopolio pudiera dañar a la sociedad era permitir que el monopolista inflara los precios por encima de lo que era razonable. En una situación normal, aseguraba, resultaba imposible que esto sucediera, porque de inmediato habría un rival dispuesto a competir en los precios. Por tanto, las leyes antimonopolio, en general, eran innecesarias. El Gobierno federal solo debería intervenir cuando (algo poco frecuente) ningún competidor pudiera o quisiera enfrentarse a las empresas dominantes de un mercado determinado. Si los abogados del Gobierno pudieran demostrar con todo rigor que un monopolio está aprovechando su poder en el mercado para defraudar a sus consumidores, entonces —y solo entonces— los tribunales tendrían motivos para intervenir y tomar medidas correctivas.

La interpretación de Bork fue la doctrina antimonopolio que predominó durante la era de Thatcher y Reagan, y la de las reformas del libre mercado en los años ochenta y noventa del siglo pasado. Curiosamente, tenía razón en su previsión de que

el criterio que estaba fijando sería una tarea difícil de cumplir para los reguladores. A medida que los casos de lucha contra los monopolios se centraron cada vez más en antiguos modelos económicos para tratar de averiguar los efectos de una empresa en los precios imperantes en un mercado en concreto, los abogados del Estado rara vez pudieron superar el listón establecido por la doctrina de Bork. Se impidieron menos fusiones, las multas y sanciones ordenadas por los tribunales contra los monopolios resultaron ser mucho menos frecuentes, las empresas de Estados Unidos se consolidaron y concentraron, y la ruptura dictada por los tribunales quedó confinada en los libros de historia. Al mismo tiempo se produjo un gran traspaso de poder, de los consumidores, de los trabajadores y de los sindicatos a las empresas.

Por supuesto, a muchas empresas les pareció bien la interpretación que hizo Bork en 1979 de la doctrina antimonopolio. Si el problema del poder de los monopolios se reducía al alza de precios, las empresas digitales, famosas por su agresiva política de rebaja de precios, nunca tendrían la culpa de nada. Por mucho que su dominio, cada vez mayor, de los antiguos y nuevos mercados en los que actuaban pudiera molestar a los detractores por razones estéticas o culturales, los gigantes, desde el punto de vista legal, estarían a salvo. De hecho, una voz crítica llegó a plantear la hipótesis de que «para trazar el desarrollo de la empresa, [el fundador de Amazon] Jeff Bezos empezó por hacer un mapa de las leyes antimonopolio y luego diseñó rutas para sortearlas sin problemas». [8] Asegurarse de que una empresa nunca pusiera a sus servicios unos precios que hubieran podido molestar a Bork era un requisito estratégico fácil de seguir para las

empresas digitales, que manejaban esos precios de manera muy diferente a los monopolistas de antaño.

Además, los gigantes tecnológicos se sentían tan cómodos con sus prácticas competitivas que, al principio, no pareció que les preocupara demasiado el hecho de que la opinión de la gente sobre su comportamiento y sobre su modelo de negocio estuviera cambiando. Parecía que no se estaban enterando de que las actitudes sobre su forma de tratar la privacidad de los usuarios, por ejemplo, eran otras, ni de que resultaba inevitable que esa transformación del estado de ánimo general planteara exigencias políticas sobre la regulación y los controles gubernamentales. Pronto iban a descubrir que de nada sirve seguir las leyes al pie de la letra, si las prácticas empresariales son tan escandalosas que la sociedad ya no puede tolerarlas.

«Facebook es demasiado grande para la democracia», decía un subtítulo de *The New York Times* pocos meses antes de las elecciones de 2020 en Estados Unidos. [9] En un momento dado, si las prácticas de los gigantes tecnológicos se consideran ya demasiado abusivas, la sociedad toma medidas para contenerlos. La necesidad de un mínimo de legitimidad social es una de las fuerzas centrífugas más poderosas del mundo económico.

El dato más revelador sobre el enorme poder de mercado que acumulan las empresas tecnológicas es tal vez que, en muchos casos, *prescindieron del precio como factor determinante en una transacción comercial* . Facebook, Google, Twitter, Instagram y otras empresas ofrecían a los clientes un trueque digital en el que el precio de la transacción

desaparecía. «Cuéntame cosas de ti y te dejaré usar gratis mis servicios», indicaba el argumento tácito de las empresas que intercambiaban sus bienes y servicios por los datos personales de los clientes. Otro aforismo que se utiliza con frecuencia para describir ese nuevo tipo de relación entre el vendedor y el comprador es el que dice: «Si no tienes que pagar por el producto, tú eres el producto».

El precio, en efecto, no desapareció, ni la transacción es gratis. Lo que ocurre es que el precio ha dejado de expresarse en una cantidad dada de unidades de una moneda reconocible y visible. Ahora se expresa como una cantidad opaca, a menudo invisible, y hasta imposible de saber, de información sobre las características y el comportamiento del cliente, que incluye datos sobre otras personas que forman parte de su mundo: familiares, amigos, amigos de amigos, colegas, miembros de su comunidad y todos aquellos con los que se relaciona. Las empresas que recopilan esos datos los tratan, los refinan y los venden a los anunciantes. Este intercambio digital es profundamente asimétrico: vendedores como Facebook, Instagram y otros conocen el valor de vender (por ejemplo, a los anunciantes) los datos personales que recogen de sus clientes, mientras que estos no tienen ni la menor idea del valor de la transacción. Una transacción desigual que ha creado algunas de las empresas más grandes y rentables de la historia.

En otras palabras, el origen del poder de los gigantes tecnológicos sigue siendo opaco, está escondido en la enrevesada redacción de un documento sobre las condiciones de uso que no lee nadie, pero que a los empresarios les permite reunir unas informaciones sumamente detalladas sobre las

actividades en la red de millones de clientes. Nos encontramos ante una forma de sigilo que no deja de ser real, aunque no sea política.

Sin embargo, aunque las fuerzas que concentran el poder empresarial están activas, también lo están las que lo dispersan. Como ya hemos visto, el modelo de negocio basado en este trueque digital está cada vez más en tela de juicio. Podemos suponer, sin temor a equivocarnos, que a los métodos anárquicos, descontrolados, opacos y, en ciertos casos, abusivos y anticompetitivos de los primeros tiempos del comercio en internet no les queda mucho.

Ya hemos dicho que la dañina influencia de la inteligencia artificial, de las redes sociales y de otras tecnologías de la información está distorsionando el proceso político de países en los que aún está viva la democracia. Sin embargo, también está creando una conciencia general del problema y suscitando la necesidad de exigir que se limiten los ya más que habituales excesos. Y se ha puesto en marcha, aunque aún sea incipiente, una campaña para que haya normas nuevas y más estrictas. En 2020, la Unión Europea estudió la posibilidad de establecer unas reglas que le permitan excluir por completo a las grandes empresas tecnológicas del mercado único europeo. [10] Asimismo, Bruselas estaba evaluando un sistema de calificación que haga posible una valoración pública del comportamiento de las empresas en materia de impuestos o de la velocidad a la que retiran los contenidos ilegales. Las autoridades europeas estaban estudiando incluso la posibilidad de aprobar leyes que obliguen a las grandes tecnológicas que quieran seguir trabajando en Europa a deshacerse de varias ramas de su negocio. En Estados Unidos, el Departamento de

Justicia se querelló contra Google por lo que calificó como el poder de mercado de la empresa en las búsquedas de internet, que, en verdad, como sabemos, no les salen gratis a los usuarios.

Lo que más ha diluido el poder de los gigantes tecnológicos hasta ahora ha sido tal vez el informe publicado por el comité antimonopolio de la Cámara de Representantes de Estados Unidos en octubre de 2020. [11] El documento, de 449 páginas, fue el resultado de dieciséis meses de investigación sobre las prácticas de las grandes empresas tecnológicas y no se anduvo con rodeos a la hora de describir lo que había descubierto:

> Dicho llanamente: unas empresas que eran nuevas y pequeñas y que, con todo en su contra, se enfrentaron al *statu quo* se han convertido en monopolios como no se veían desde la época de los barones del petróleo y los magnates del ferrocarril. Aunque estas empresas han tenido indudables beneficios para la sociedad, el dominio de Amazon, Apple, Facebook y Google se ha cobrado su precio. Controlan el mercado al tiempo que compiten en él, una situación que les permite dictar unas normas para los demás, mientras ellas se rigen por otras o escriben una especie de normas privadas que, salvo a ellas mismas, no les exigen responsabilidades a nadie.

El comité hizo tres recomendaciones. La primera: dar más poder y más recursos a los encargados de hacer respetar las normas antimonopolio actuales; la segunda: reformar las leyes actuales con el fin de proporcionar al Gobierno federal más herramientas para identificar y combatir las prácticas anticompetitivas; la tercera: transformar todo el marco legal antimonopolio para actualizarlo con arreglo a las nuevas realidades de la era digital.

Google, Amazon, Apple, Facebook y Microsoft mostraron su total desacuerdo y dedicaron considerables recursos a impedir las iniciativas para recortar su poder. Este enfrentamiento entre las tendencias que facilitan la dispersión

del poder empresarial y las que impulsan su concentración nos van a acompañar durante decenios. No está claro cuál será el resultado final, pero se puede aventurar que en el futuro el poder descontrolado que han tenido las grandes tecnológicas desde su nacimiento se verá más limitado.

En las informaciones de prensa, como es natural, el mérito del informe del comité se atribuyó a los políticos que se responsabilizaron oficialmente de su publicación. Sin embargo, en el mundillo de la lucha contra los monopolios tecnológicos, el nombre al que más se asoció el informe no fue el de algún político determinado, sino el de una joven y desconocida abogada que había colaborado con el comité. No era la primera vez que había sacudido el mundo de los monopolios tecnológicos; se trataba de la segunda.

LES PRESENTO A LINA KHAN, LA INVEROSÍMIL DESTRUCTORA DE MONOPOLIOS

Para quienes la conocen, Lina Khan no parece ninguna revolucionaria. Esta menuda, discreta y estudiosa abogada nació en Londres de padres paquistaníes y emigró con su familia a Estados Unidos a los once años. Desde el principio dio muestras de tener unas grandes aptitudes y, en 2017, cuando era una estudiante de Derecho de veintisiete años, causó cierta conmoción en los círculos académicos tras publicar un rompedor artículo en la *Yale Law Review* en el que ponía en tela de juicio la utilidad de la doctrina antimonopolio de Bork. Lo tituló «Amazon’s Antitrust Paradox», con un astuto guiño al libro de 1979 de Bork. [12]

Khan dice que siempre se ha sentido fascinada por la forma en que las grandes empresas ejercen el poder en la sociedad

estadounidense. Su interés por este asunto aumentó durante la crisis financiera de 2008. Los rescates billonarios de los bancos junto con el desahucio masivo de familias de rentas bajas cuyo escaso patrimonio había quedado destruido por la crisis agudizó su interés e hizo más apremiantes las cuestiones que estaba investigando. Sin embargo, la mayor parte de la potencia de fuego analítico no la dirigió contra los banqueros, sino contra la empresa que, en su opinión, se había esforzado más que ninguna otra en acumular poder: Amazon.

«Amazon's Antitrust Paradox» era una crítica lúcida y bien argumentada de los pilares de la ley antimonopolio que hizo que el sector despertara de décadas de sopor borkiano —facilitado por los políticos— y se convirtiera en uno de los terrenos más dinámicos de la legislación estadounidense. En su artículo, Khan presentaba nuevas razones para hacer respetar las leyes antimonopolio, con la intención de adaptar esa vieja doctrina a la era de internet. Afirmaba que la maquinaria intelectual de la doctrina antimonopolio de Bork no consigue plasmar cómo se ejerce el poder de mercado en la era digital. En el viejo marco legal, los abogados del Estado empezaban definiendo los límites de un solo mercado y luego empleaban complejas técnicas para cuantificar la repercusión del actor dominante en los precios de ese mercado. Pero Amazon no trabaja en un solo mercado, sino que se ha extendido hasta abarcar una enorme variedad de productos y servicios. Y sus bajos precios, muchas veces, reflejan otras ventajas ocultas que la empresa obtiene de los valiosos y comercializables datos que recopila de sus clientes. En el comercio electrónico, el «precio» es un concepto mucho más difícil de identificar que en los mercados físicos.

Khan defendía que las formas radicalmente distintas de actuar de Amazon no dejan el marco de Bork como algo equivocado, sino como prescindible:

> Además de tienda, [Amazon] es una plataforma comercial, una red de distribución y logística, un servicio de pago, una agencia de crédito, una casa de subastas, una destacada editorial, una productora de cine y televisión, una casa de diseño de modas, un fabricante de aparatos y una importante proveedora de espacio en la nube [y de capacidad de procesamiento]. […] En la mayoría de los casos, Amazon se ha extendido a estas áreas mediante la compra de empresas que ya existían. La participación en numerosas líneas de negocio relacionadas entre sí hace que, en numerosas ocasiones, los rivales de Amazon sean a su vez sus clientes. Por ejemplo, las tiendas que compiten en la venta de productos quizá usan sus servicios de distribución, y las empresas audiovisuales que compiten en la producción o comercialización de contenidos tal vez utilizan su plataforma o su nube. Esta situación genera conflictos de interés básicos, puesto que Amazon está en una posición en la que puede favorecer sus propios productos por encima de los de sus rivales.

Según Khan, la ubicuidad de Amazon le permite ejercer su poder sin imponer un alza de precios. Lo que hace es aprovechar todas sus ventajas para canalizar a los clientes hacia las ofertas que le convienen de forma no tan clara, pero igual de segura. En otras palabras, Amazon es tan poderosa que puede perjudicar los intereses de los clientes (en materia de innovación, por ejemplo, y en un mercado justo o su privacidad) sin necesidad de robarles.

La clave para comprender este sistema, escribió Khan, es saber que Amazon difumina la distinción, antes nítida, entre el proveedor de bienes o servicios, y la infraestructura que facilita dicha provisión.

En el mundo real, la diferencia está clara: por ejemplo, una empresa de camiones proporciona servicios de transporte para los que utiliza carreteras y otras infraestructuras públicas. Esas infraestructuras son «neutrales» frente a las distintas empresas

de camiones, que las emplean en igualdad de condiciones. Esta condición no está tan clara en internet, donde muchas de las infraestructuras comerciales son de propiedad privada. A juicio de Khan, la posición de Amazon equivale a lo que sucedería si una sola empresa de camiones comprara el sistema de autopistas interestatales y así pudiera reservar determinados carriles para sus propios vehículos. Entonces no le haría falta cobrar un precio excesivo a los consumidores para aprovechar de forma injusta su posición predominante: podría ofrecer precios de transporte más baratos y un servicio más rápido solo con su doble función de proveedor de servicios y dueño de las infraestructuras, con tremendas consecuencias que irían en contra de la competitividad. Los conglomerados diversificados y las empresas con integración vertical siempre han representado un problema para los abogados antimonopolio, porque sus actividades en distintos mercados pueden dar pie a unas prácticas que ahoguen la competencia. Y resulta innegable que la consolidación y la diversificación del gigante tecnológico plantean muchas más dificultades a las autoridades antimonopolio.

Resulta crucial señalar, escribía Khan, que Amazon no erigió su infraestructura legal y empresarial por casualidad. El hecho de ser un factor fundamental de la infraestructura del comercio electrónico era parte de su visión empresarial desde el primer momento. Así lo explicaba ella:

> Amazon no solo ha incorporado líneas de negocio escogidas, sino que se ha convertido en una infraestructura esencial para la economía digital. Algunas informaciones indican que ese objetivo formó parte de la visión de Bezos desde el principio. Según empleados de Amazon de su primera época, cuando Bezos fundó la empresa, «su verdadero objetivo no era crear una librería o una tienda por internet, sino un "servicio" que acabara siendo esencial para el

comercio». Es decir, los clientes en los que Bezos se había fijado no eran solo los consumidores, sino también otras empresas.

Khan aportaba numerosos ejemplos de cómo Amazon utilizaba su propia infraestructura para consolidar su hegemonía y cómo luego usaba esta para colocarse en una posición ventajosa en distintas líneas de negocio, frecuentemente con perjuicio para la competición. Por ejemplo, demostró que Amazon empleaba una política de precios depredadora, por debajo del costo, para controlar el mercado del libro electrónico y después aprovechaba esa posición para obtener de las editoriales tradicionales unas tarifas extraordinarias que les arrebataban el margen de beneficio y reducían su capacidad para probar suerte con contratos de publicación más arriesgados.

A esta perversa dinámica había que añadir el hecho de que Amazon también es importante como editorial, lo que significa que, cuando creaba normas nuevas para las editoriales que quisieran vender libros en su plataforma, en la práctica estaba dictando unas reglas que sus competidores tenían que acatar, pero Amazon no. Sería como si la empresa de camiones propietaria de la autopista interestatal estableciera un límite de velocidad de 65 kilómetros por hora para los camiones de la competencia y permitiera que los suyos circularan a 120.

El incisivo análisis de Khan la convirtió en una abogada superestrella incluso antes de que hubiera aprobado el examen de acceso a la abogacía. De pronto se encontró muy solicitada en todo el mundo, asesorando a gobiernos extranjeros y a destacados políticos estadounidenses en el proceso de elaborar la nueva doctrina antimonopolio que ella estaba ayudando a crear. Al cabo de unos años, se hallaba redactando informes

sobre legislación para la mayoría demócrata en la Cámara de Representantes. Durante sus cien primeros días en el cargo, el presidente Biden la escogió para dirigir la poderosa Federal Trade Commission, a la provecta edad de treinta y un años. Facebook y Amazon no estaban nada contentas. Ambas empresas presentaron mociones para pedir a Khan que se recusara de los casos relacionados con ellas.

El trabajo de Khan contribuyó a elaborar una nueva terminología con la que poder describir y analizar un reciente estado de cosas que la gente ya había detectado, sin poder definir. Al explicar de forma clara y convincente cómo una empresa puede perjudicar a la competencia sin cobrar precios abusivos a los clientes, Khan —junto con algún otro funcionario y profesor de la misma opinión— ayudó a confeccionar una terminología para la política antimonopolio en el siglo XXI . «Integración de líneas de negocio», «provisión de infraestructuras digitales con efecto de red», «neutralidad de red»: había que acuñar una avalancha de nuevos términos y conceptos antes de poder establecer el nuevo paradigma antimonopolio.

Esto se debe, en parte, a que empresas como Amazon han trastocado las prácticas anticompetitivas tradicionales. A principios del siglo XX , las concentraciones alarmaban a la población porque estaban convirtiéndose en monopolios: se enriquecían a base de emplear su poder de mercado contra los consumidores en los sectores en los que eran los únicos vendedores. Sin embargo, Amazon no ha creado un monopolio, sino un monopsonio: se enriquece empleando su poder contra los proveedores en los mercados en los que es el

único comprador. Y ha adquirido esta condición porque posee las infraestructuras de logística y distribución.

Amazon es mucho más que una tienda, desde luego. Es también —y sobre todo— un proveedor de servicios informáticos a la carta a través de su cacareada división de Amazon Web Services (AWS). Este mercado, que representa la mayor parte de sus beneficios, es en el que innegablemente tiene una dura competencia, en especial de Microsoft, cuyo servicio Azure posee una dimensión y una rentabilidad equiparables a las de AWS, y de Oracle, una empresa tecnológica de segundo orden (pero asimismo gigantesca). Aun así, también en este campo Amazon logra cruzar unas líneas de negocio en apariencia dispares: utiliza la información que obtiene de analizar su enorme volumen de datos de tráfico en internet para mejorar la posición de sus negocios (minorista, editorial y de entretenimiento), y viceversa.

La doctrina antimonopolio tradicional, como comprendió Khan, no está en situación de reflejar estos ciclos de retroalimentación entre unos mercados y otros. Los efectos de Amazon en la competencia derivan de su capacidad de encauzar la atención de los usuarios hacia los lugares en los que le puede sacar rendimiento económico. Todos los elementos dispares de su estrategia convergen en esta alquimia: en convertir en dinero lo que sus ordenadores saben sobre nuestras preferencias. Porque, aparte de todo lo que pueda ser, Amazon, en la práctica, es una gigantesca empresa publicitaria, con unos algoritmos que trabajan sin descanso para transformar los datos que revelamos, queriendo o sin querer, en recomendaciones seleccionadas específicamente para nuestro consumo.

Se ha dicho que este tácito *quid pro quo* , el intercambio no del todo consciente de datos personales por unos atractivos servicios, es el pecado original del comercio por internet. La legitimidad de la transacción se pone cada vez más en duda, porque sus condiciones son opacas por su propia naturaleza y la capacidad de acumular que proporciona a una de las partes parece sencillamente excesiva. Por tanto, a lo que van a tener que enfrentarse los gigantes tecnológicos dentro de muy poco es a una crisis de legitimidad que no parece que estén en condiciones de superar.

Khan no lo habría dicho así, pero lo que sí ha establecido es que el carácter del poder empresarial se ha transformado. Tras una época en la que el exceso de competencia y la disrupción tecnológica generalizada parecían haberlo dispersado, ahora está volviendo a concentrarse, esta vez de maneras nuevas, sigilosas y difíciles de detectar. Si el antiguo poder monopolístico se manifestaba sin tapujos, subía los precios por los servicios que necesitábamos y se quedaba con los beneficios sobrantes, los nuevos gigantes empresariales ejercen su poder de monopsonio de forma invisible, en la trastienda de líneas de negocios cruzadas que hacen que sus malas prácticas resulten difíciles de identificar, pero imposibles de ignorar.

PODER ECONÓMICO Y CONCENTRACIÓN FUERA DE LAS TECNOLÓGICAS

El ascenso de los gigantes tecnológicos ocupa un lugar muy importante en los debates sobre la concentración empresarial, y con razón. Como demostró el informe de la Cámara de Representantes, Amazon, Google, Facebook, Apple y otras

empresas han conseguido introducirse en todos los aspectos de nuestra vida económica e incluso en nuestra privacidad. [13] La fascinación que provocan resulta comprensible y merecida.

Sin embargo, existe el peligro de carecer de amplitud de miras. El aumento de casos de concentración empresarial no se limita solo al sector tecnológico, sino que es un fenómeno que se encuentra cada vez más en todo tipo de sectores: un puñado de empresas dominantes se quedan con más cuota de mercado, en particular en Estados Unidos.

Thomas Philippon, de la Escuela de Negocios Stern de la Universidad de Nueva York, ha hecho una detallada descripción de estas tendencias. Los datos y las cifras que revela hablan por sí mismos. «Desde finales de la década de 1990 —escribía—, los sectores industriales de Estados Unidos están cada vez más concentrados y los márgenes de beneficio de las empresas se han incrementado. Al mismo tiempo, la productividad ha tenido un escaso aumento». [14]

A medida que las empresas tienen mayores beneficios, invierten menos dinero del que ganan en el negocio. «La ratio de beneficios empresariales después de impuestos respecto al valor añadido ha subido de un promedio del 7 por ciento entre 1970 y 2002 a un promedio del 10 por ciento desde ese año». Dicho llanamente, eso quiere decir que la parte de los ingresos que se convierte en beneficios para los accionistas ha aumentado nada menos que el 43 por ciento en ese periodo. Y hay más: «Antes, las empresas reinvertían, aproximadamente, 30 céntimos de cada dólar de beneficios [en el negocio] —escribía Philippon—. Ahora no reinvierten más que 20 céntimos de cada dólar».

Philippon afirmaba que este problema se daba sobre todo en Estados Unidos, porque una aplicación más estricta de las leyes antimonopolio en la Unión Europea ha frenado dicha tendencia a la concentración. Él lo denominó «el gran cambio»: su conclusión era que, en contra de la opinión tradicional, la Unión Europea se ha convertido en una jurisdicción que favorece más la competencia, y menos los monopolios, que Estados Unidos.

Philippon encabeza un grupo de economistas cada vez más influyentes que señalan que la pérdida de competitividad y el aumento del poder de mercado son la prueba de que está pasando algo terrible, en particular en Estados Unidos. Ufuk Akcigit, de la Universidad de Chicago, cree que la disminución de las presiones para competir está paralizando la economía estadounidense. En una ponencia que presentó en la reunión de 2020 de la Reserva Federal en Jackson Hole, Akcigit y su colega Sina T. Ates escribían:

> El dinamismo empresarial —el proceso perpetuo de formación, crecimiento, contracción y muerte de empresas nuevas— y la reasignación correspondiente de factores hacia unidades más productivas es una fuente esencial de aumento de la productividad total en una economía que goza de buena salud. Diversas regularidades empíricas indican que el dinamismo empresarial de Estados Unidos está disminuyendo desde la década de 1980 y, todavía más llamativo, desde los primeros años de este siglo XXI . [15]

Un estudio llevado a cabo en 2019 por el Open Markets Institute demuestra que, en Estados Unidos, la cuota de mercado total de las dos mayores empresas de un sector ha crecido de manera sustancial en todo tipo de sectores: reforma de viviendas, construcción naval, cárceles privadas, tabaco, farmacias, fabricación de colchones, tiendas de manualidades, líneas aéreas, alquiler de coches, lavanderías industriales,

procesado de carne, agencias calificadoras de crédito, fabricación de camiones y autobuses, parques de atracciones y tarjetas de crédito. [16] Estos son solo algunos de los mercados en los que las dos principales empresas han aumentado su presencia desde principios de siglo XXI .

En numerosas ocasiones, esa concentración se debe a las fusiones, pero también a una aplicación cada vez más laxa de las leyes antimonopolio por parte de la Comisión Federal de Comercio. Los sectores relacionados con la salud son especialmente propensos a esas nuevas formas de poder de mercado, con gran cantidad de servicios muy especializados (por ejemplo, audífonos, medidores de glucosa en sangre, gafas graduadas, terapias dentales y prótesis para articulaciones, entre otros), en los que domina un número muy reducido de empresas que aprovechan las trabas regulatorias para impedir que se incorporen nuevas firmas y, como consecuencia, acumulan unos beneficios desmesurados.

¿Es este el futuro que nos espera? No necesariamente. Es más, si nos guiamos por la experiencia, el éxito de los ganadores será su perdición. La hegemonía empresarial es efímera. En 1990, las diez mayores empresas de Estados Unidos por capitalización de mercado eran IBM, Exxon, General Electric, AT&T, Philip Morris, General Motors, Merck, Bristol Myers Squibb, Amoco y Dupont. [17] Ninguna de ellas sigue estando entre las diez primeras. La lista de las mayores empresas de Estados Unidos en 2020 estaba formada por Apple, Microsoft, Amazon, Alphabet, Facebook, Berkshire Hathaway, Visa, Tesla, Johnson & Johnson y Walmart. [18]

Los libros de historia de la economía están llenos de los cadáveres de los gigantes empresariales de antaño. En el apogeo de su desarrollo en el siglo pasado, la compañía de petróleos Standard Oil parecía tan sólida e indiscutible como parece hoy Amazon. Su fundador, John D. Rockefeller, era tan inmensamente rico como lo es hoy Jeff Bezos. Sin embargo, todo cambia. En 2020, ExxonMobil, la mayor de las empresas sucesoras de Standard Oil, se quedó fuera del índice Dow Jones y su valor de mercado cayó por debajo del de Netflix, la empresa de contenidos audiovisuales por internet. ExxonMobil no fue la única que se vio rebasada por los gigantes tecnológicos. Ese mismo año, cada una de las cinco mayores empresas tecnológicas tenía un valor superior al conjunto de las setenta y seis mayores empresas energéticas. [19]

Abundan los ejemplos que indican los posibles vuelcos y traspasos de poder que se producen en el mundo empresarial. Amazon tiene ante sí la amenaza de Walmart, la mayor empresa del mundo en ingresos. Los gigantes chinos como Alibaba no solo monopolizan su mercado interior, sino que están ampliándolo en el resto de Asia y en otros continentes. Las firmas de tecnología financiera, que utilizan las nuevas tecnologías de la información para «desintermediar», automatizar y hacer más eficaces los servicios financieros que proveen, compiten directamente con los grandes bancos tradicionales.

También es frágil y efímero el poder de los directores ejecutivos de las grandes empresas. Según la consultora PwC, «en 2018, el relevo de directores ejecutivos en las dos mil quinientas mayores empresas del mundo se incrementó hasta la cifra sin precedentes del 17,5 por ciento, tres puntos

porcentuales más que el 14,5 por ciento de 2017 y por encima del ritmo de reemplazo normal de la última década. […] En 2018, el relevo de directores ejecutivos creció de forma clara en todas las zonas, comprendido un gran aumento en Europa occidental». [20] Un estudio llevado a cabo en 2018 por Equilar, una empresa que reúne datos relativos a consejos de administración y altos directivos, reveló que «en los últimos cinco años, los cambios de directores ejecutivos se han generalizado más que en los cinco años anteriores. Como consecuencia, su mandato se ha acortado en un año, por término medio, desde 2013». [21]

Las fuerzas centrífugas que dividen y debilitan el poder empresarial constituyen una parte importante de una historia que, sin embargo, subraya el inmenso poder que está concentrado en unos cuantos actores. Las nuevas empresas y las tecnologías punteras, los modelos de negocio, los competidores extranjeros, los cambios en el comportamiento del consumidor, las rivalidades geopolíticas, la política nacional y los acontecimientos mundiales inesperados, como una pandemia o un accidente climático a gran escala, pueden alterar de forma radical la estructura de la industria y desencadenar un cambio de poder que debilite incluso a las empresas más sólidas y arraigadas. La pandemia de la COVID-19 que golpeó el mundo en 2020 puso de rodillas a sectores enteros, con empresas que hasta entonces dominaban sus mercados. Las compañías de cruceros, las líneas aéreas, los hoteles, las tiendas, la maquinaria pesada y los centros comerciales son solo algunos de los sectores que han tenido dificultades para sobrevivir a los efectos de la pandemia y a sus siguientes olas.

Sin embargo, al tiempo que unas empresas gigantescas y emblemáticas se hundían, otras se encontraban en un proceso de plena expansión. La pandemia aumentó la demanda de, entre otras cosas, programas informáticos, transporte y logística, comunicaciones, dispositivos médicos y farmacéuticos, y medios de pago sin contacto. En varios de estos sectores, la competencia era feroz, mientras que las empresas que estaban protegidas por enormes barreras comerciales se hallaban a salvo de los posibles rivales.

No obstante, esta situación no es estable ni permanente. En el mundo actual, el poder empresarial tiene una esperanza de vida corta y cada vez más reducida. La demanda popular de que se ponga freno al poder de las grandes empresas, las consiguientes intervenciones estatales y la competencia continuada acabarán minando la preponderancia de los gigantes tecnológicos. Seguirán existiendo, controlando cuotas de mercado importantes y ejerciendo un enorme poder; pero también estarán sujetos a más restricciones sobre lo que pueden hacer con el poder que consigan conservar. Al igual que Standard Oil y las empresas de la red telefónica Bell tuvieron que disolverse, parece muy probable que las grandes empresas tecnológicas de hoy se vean obligadas a abandonar determinados mercados, a desprenderse de parte de sus filiales y a vender empresas que compraron para reforzar las trabas comerciales y consolidar su hegemonía. Los gigantes tecnológicos seguirán siendo grandes y poderosos, pero menos que en sus primeros decenios de existencia. Otras empresas que aún no han nacido desafiarán a las ya consolidadas y conquistarán una cuota de mercado mayor a costa de las que hoy dominan el terreno. Y nuevas empresas ganadoras en

China, de una escala y una capitalización equiparables a las de sus rivales estadounidenses, pondrán cada vez más en peligro a los gigantes tecnológicos establecidos.

Las empresas nuevas, la competencia extranjera, un mayor activismo contra los monopolios , unas normas más estrictas y una imparable innovación tecnológica son factores que imponen límites a los líderes del mercado desde hace generaciones y resulta razonable pensar que sus efectos centrífugos en la concentración empresarial determinarán el poder de esas grandes compañías.

LAS CONSECUENCIAS POLÍTICAS DE LA CONCENTRACIÓN EMPRESARIAL

Así como los economistas interesados por las tendencias generales que definen el comportamiento y el rendimiento de la economía de un país suponían que ninguna empresa podía influir por sí sola en la macroeconomía, los politólogos preferían centrarse en las fuerzas que configuraban en general el sistema político, en vez de centrarse en la influencia política de una sola empresa.

Facebook y Twitter los obligaron a cambiar de criterio. Ahora sabemos que estas empresas y otras similares (o de su propiedad) pueden influir en cómo se adquiere, utiliza y pierde el poder político. No son las únicas con esa potestad, pero desde luego están entre las mayores y más destacadas. Fox News y Koch Industries no son empresas vinculadas con internet, pero tienen dueños políticamente activos, que promueven sin tapujos programas políticos concretos. Otras, como Facebook, Twitter, Instagram y WhatsApp, proporcionan las plataformas y los canales de distribución

masiva para los contenidos que producen los agentes políticos. En algunos casos, los «agentes políticos» son naciones Estado que lanzan sigilosos ataques contra sus rivales empleando las tecnologías de la información desarrolladas, en principio, por el sector privado de esos mismos rivales.

El ejemplo más conocido de agente político extranjero que utilizó empresas estadounidenses para difundir mensajes que influyeron en las opiniones políticas de Estados Unidos es el Kremlin. Un informe elaborado por los servicios de inteligencia estadounidenses en 2017 concluyó:

> Los intentos rusos de influir en las elecciones presidenciales de 2016 en Estados Unidos constituyen la manifestación más reciente del tradicional deseo de Moscú de debilitar el orden democrático encabezado por Estados Unidos; pero estas últimas actividades fueron mucho más directas, numerosas y amplias que en otras campañas anteriores. Consideramos que el presidente ruso Vladímir Putin ordenó llevar a cabo en 2016 una campaña para influir en las elecciones presidenciales de Estados Unidos. Los objetivos de Rusia eran minar la confianza de la población en el proceso democrático, denigrar a la secretaria de Estado Clinton y perjudicar sus posibilidades de ser elegida y su posible mandato presidencial. Además, creemos que Putin y el Gobierno ruso tenían una clara preferencia por el presidente electo Trump. Estamos muy seguros de estas consideraciones. [22]

Los rusos no son los únicos que utilizan tecnologías de la información compradas (o robadas) a empresas estadounidenses para influir en la política de otros países. China, India, Turquía, Irán y Taiwán son muy activos en este aspecto. Y no resulta sorprendente que Estados Unidos participe también en gran medida en el ciberespacio mundial convertido en arma política.

No cabe duda de que el poder informático de los países implicados en esta guerra mundial sería menor si no lo facilitara la capacidad de innovar de los gigantes tecnológicos.

Además, la repercusión de sus tecnologías es aún mayor por su propia capacidad de eludir los intentos estatales de regular su aportación a la difusión de contenidos políticos.

Aunque el uso de las redes sociales para influir en la política adopta formas muy diferentes en otros países, todas estas intervenciones suelen compartir un mismo objetivo: sembrar informaciones malintencionadas que agraven la polarización y las divisiones de las sociedades. En el capítulo 8 volveremos sobre el tema de la polarización política impulsada por el auge de las «burbujas informativas» derivadas de algoritmos que protegen a la gente de cualquier idea que no comparte. Al amplificar las voces más extremistas e insatisfechas, los gigantes tecnológicos han contribuido a extender un vehemente rechazo general de la política.

Este —la antipolítica— es el fenómeno al que vamos a prestar atención en el capítulo siguiente.

6

Antipolítica, la autopista al populismo

«¡Que se vayan todos!». «Todos» hacía referencia a aquellos que habían estado en el poder o cerca de él.

Este eslogan no surgió en una presentación de PowerPoint de algún genio de la comunicación política en Buenos Aires. En realidad, no está del todo claro de dónde procede. Quizá unos argentinos hartos leyeron esas palabras burdamente pintadas en una pared y empezaron a declamarlas en las concentraciones de protesta. ¿O fue al revés? No hay forma de saberlo. Con solo cuatro palabras, se trata de un lema demasiado breve para identificar una fuente determinada.

«¡Que se vayan todos!» se convirtió en el lema central de las caceroladas que sacudieron Argentina a finales de 2001, mientras las finanzas públicas del país se tambaleaban (una vez más) al borde de la quiebra. En un intento desesperado de frenar la fuga de capitales y de evitar la crisis total del sistema financiero, el Gobierno había impuesto unos límites estrictos a las retiradas de dinero de las cuentas bancarias. La gente no podía acceder a sus ahorros.

Argentina siempre ha fascinado a los historiadores del desarrollo económico por su extraordinaria involución distópica, por pasar de ser un país desarrollado a convertirse en un país menos desarrollado. Después de tener una renta per cápita equiparable a la de Francia a principios del siglo XX ,

Argentina fue empobreciéndose década tras década y, al comenzar el siglo XXI , se encontraba al borde del desastre.

«¡Que se vayan todos!» se convirtió en el grito de guerra de una generación: el grito primario de una población que estaba harta ya de todo un sistema de gobierno que le estaba defraudando desde hacía demasiado tiempo. A primera vista, podía parecer una variante de la vieja exclamación: «¡Expulsemos a los canallas!». Sin embargo, se trata de algo distinto. Un canalla resulta simpático y la antigua frase estadounidense parece dar por descontado que los nuevos gobernantes serán tan malos como los anteriores.

En «¡Que se vayan todos!» resuena otro tipo de sentimiento. Es un grito lleno de desprecio que no solo exige deshacerse de un Gobierno, sino de una «clase» dirigente; no de un partido, sino de todos. En su escueta sencillez, «¡Que se vayan todos!» constituye el manifiesto fundacional de un tipo de política que se opone a toda la política.

El español tiene desde hace mucho una palabra para designarla: la «antipolítica». Y no estaría mal que el inglés la tomara prestada. Porque hace tiempo que desbordó sus límites geográficos y se convirtió en una fuerza de movilización de la vida pública en todo el mundo.

Es importante tener claro qué no es la antipolítica. No es una mera expresión del populismo, porque los populistas, por equivocados que estén, se dedican a proponer soluciones políticas a problemas políticos. Tampoco es una profunda frustración con el Gobierno. Sentirse frustrados ante la situación política es una característica que nunca ha dejado de estar presente en la democracia. Criticar al Gobierno resulta

algo normal y rutinario en todas las democracias y, aunque se haga de forma subrepticia, se da en todos los países, sea cual fuere el régimen político. Sin embargo, la democracia lleva incorporada una respuesta para los frustrados: si no nos gustan los que están en el poder, ¡votemos a otros!

Esa solución fracasa cuando repugnan la clase política en su conjunto y la manera de ejercer la política en la derecha, en la izquierda y en el centro. Ese rechazo a la política tal como la entendemos es a lo que nos referimos cuando hablamos de «antipolítica». Se trata de una poderosa fuerza centrífuga que deshace la capacidad de las viejas élites de gobernar y prepara el terreno para unas fuerzas centrípetas que quienes aspiran a convertirse en autócratas pueden aprovechar para volver a concentrar el poder, esta vez solo en sus manos. Por eso, cuando se desarrolla, coloca a un país en una autopista hacia el populismo. Y también sucede al contrario: el populismo, al hacer hincapié en defender al pueblo de las malvadas élites, alimenta la antipolítica.

Se puede decir que en el origen de casi todas las autocracias 3P actuales hay un momento de antipolítica. En Argentina, por ejemplo, este fue el de «¡Que se vayan todos!», que prácticamente entregó la presidencia a Néstor Kirchner, elegido en 2003, y después a su esposa, Cristina Fernández de Kirchner, que gobernó el país durante dos mandatos, de 2007 a 2015 (Néstor falleció de un ataque al corazón en 2010); en 2019, Cristina regresó al poder como vicepresidenta y así prolongó, al menos en parte, el reinado de una mitad de la primera superpareja 3P.

Sin embargo, el trío de populismo, polarización y posverdad no es el único objetivo posible de la antipolítica. Cuando los

aspirantes a autócratas no consiguen el poder, la antipolítica puede convertirse en una situación casi permanente, la nueva normalidad de un sistema político, a medida que unos votantes, cada vez más desesperados, se inclinen por figuras cada vez más iconoclastas para tratar de liberarse de las miserias que infligen *todos* los que hasta entonces han estado en el poder o cerca de él.

Como es natural, cuando los nuevos personajes ganan unas elecciones, pasan a ser los nuevos *todos* a los que hay que expulsar. Son el nuevo *statu quo* que hay que derrocar. Y los ganadores que llegaron ahí a lomos del caballo salvaje de la antipolítica se encuentran con el desafío de la siguiente oleada de antipolíticos que aspiran a hacerse con el poder que quede. Si seguimos descendiendo por esta espiral, la política y el Gobierno acaban siendo siempre inestables.

Proliferan los ejemplos en todo el mundo. Australia —la próspera y burguesa Australia— ha desarrollado una extraña aversión a sus primeros ministros; se deshizo de cinco en seis años, hasta 2019, cuando se apoderó de sus dos principales partidos un círculo vicioso de luchas internas que derivó en una serie de golpes desde dentro, en medio de un rechazo cada vez mayor a toda la clase política. Sin embargo —quizá porque Australia es tan próspera y burguesa—, los políticos que intervinieron en esas puñaladas por la espalda eran miembros más o menos normales del sistema.

Otros países más pobres, en medio de crisis económicas y diezmados por la pandemia de la COVID-19 y sus devastadoras consecuencias económicas, no suelen tener tanta suerte. Veamos, por ejemplo, el caso de Brasil, la tercera democracia más poblada del mundo. Una cruel crisis

económica que comenzó en 2014 y la ira acumulada contra la corrupción general de la clase política empujaron al país hacia la antipolítica, en un continuo ambiente de agitación social que culminó en 2018 con la elección de un líder que presumía de su extremismo ideológico. Por el camino se quedaron una presidenta (Dilma Roussef) censurada en 2016, dos tercios de los miembros del Congreso investigados por una inmensa red de escándalos de corrupción, un presidente, que había sido enormemente popular (Luiz Inácio [Lula] da Silva), juzgado y encarcelado durante un breve periodo en 2018 y su sucesor (Michel Temer), también juzgado por corrupción, aunque un Tribunal Federal de Brasilia lo declaró inocente en mayo de 2021 por falta de pruebas.

La consecuencia de toda esta tormenta política fue la elección de Jair Bolsonaro después de la campaña antipolítica más antipolítica de todas: una promesa explícita de gobernar con un estilo más dictatorial. En marzo de 2021 se anuló la condena de Lula, que ahora va a volver a presentarse como candidato a la presidencia.

Sin embargo, el país que mejor ejemplifica la gravedad de la amenaza que constituye la antipolítica es Italia, donde tres decenios de su presencia desbocada han culminado en una especie de carrera armamentista en la cual los partidos compiten por ver quién tiene más credenciales de recién llegado. No cabe duda de que, desde 1994, Italia ha sondeado con especial entusiasmo las profundidades del torbellino de la antipolítica. Sin embargo, no es la única. En los Países Bajos, Alemania, Austria, Polonia, Reino Unido y España, la pujanza electoral de los partidos que la utilizan hace que a los grupos políticos de la derecha y de la izquierda les sea cada vez más

difícil formar Gobierno, mientras que en México, Colombia, Perú y Brasil la fuerza de esos mensajes es una continua amenaza contra los avances democráticos que tanto costaron a la generación anterior.

Por último, los casos más peculiares de todos son quizá los de los líderes de larga trayectoria, como el indio Narendra Modi y el israelí Benjamin Netanyahu, que durante mucho tiempo han ganado elecciones presentándose como vehículos del sentimiento antipolítico que bulle en sus respectivos países, una paradoja que muestra la gran variedad de maneras que tiene un populista astuto y político profesional de manipular ese sentimiento y vencer, porque, según él, es el único candidato capaz de expulsar a los políticos de la política. Una buena razón, como dice Javier Corrales, para «desconfiar del candidato poco conocido». [1]

ESCLEROSIS INSTITUCIONAL: UNA ENFERMEDAD DEMOCRÁTICA

La antipolítica es un virus de las democracias. En una dictadura, en la que no se puede elegir el Gobierno, el rechazo al *statu quo* suele engendrar movimientos que exigen una reforma democrática. En algunos casos, estos últimos logran sus objetivos y consiguen instaurar un Gobierno elegido democráticamente. Es necesario que se hayan celebrado elecciones y que todas las opciones parezcan igual de desastrosas para que «¡Que se vayan todos!» se convierta en un grito de guerra de los desafectos.

La democracia liberal, con frecuencia, resulta frustrante. Los inevitables retrasos, concesiones y paños calientes en un sistema democrático siempre han contribuido a que surjan ciudadanos que se muestran descontentos con el Gobierno. La

democracia no está concebida para dar victorias permanentes, sino para todo lo contrario. Los mejores sistemas democráticos se centran en llegar a complicados acuerdos que dejan a todo el mundo algo —pero nunca demasiado— descontento e insatisfecho. La democracia muestra su mejor cara cuando, obligada a hallar respuestas que tengan en cuenta los intereses de grupos muy distintos, consigue forjar soluciones ante las que todos gruñen, pero que no despiertan en nadie el instinto asesino. En su mejor definición es un sistema que exige cierto grado de resignación y hastío, la lúcida conciencia de que los candidatos ideales no existen, las victorias totales nunca están al alcance y el sistema no promete nada, aparte de un mecanismo razonable para administrar las discrepancias de forma continuada. Se trata de un sistema en esencia razonable, que sería otra forma de decir que es, hasta la saciedad, insatisfactorio.

Sin embargo, cada vez resulta más claro que las democracias no están en su mejor momento. En lugar de llegar a complicados acuerdos, pero factibles, se encuentran atrapadas en un bloqueo permanente. Los acuerdos, cuando se consiguen, son a veces tan mínimos que dejan a todas las partes furiosas y asqueadas. Cuando ocurre eso, cuando la capacidad de resolver problemas disminuye por debajo de un umbral crítico, está listo ya el terreno para «¡Que se vayan todos!».

Existen cada vez más pruebas de que la satisfacción con respecto a los sistemas democráticos está disminuyendo, no solo en este o en aquel país, sino en la mayoría de las democracias consolidadas de los países avanzados. El Centro para el Futuro de la Democracia de la Universidad de

Cambridge sigue la pista de las opiniones sobre la democracia desde 1995 y ha descubierto que la proporción de ciudadanos de democracias desarrolladas que están insatisfechos con la democracia subió del 48 al 58 por ciento en 2019, la máxima proporción jamás registrada. [2]

¿Por qué les cuesta tanto a las democracias sacar adelante unos acuerdos de Gobierno que antes resultaban normales? Como hemos visto, un factor importante es el estancamiento y, en algunos países, la caída del nivel de vida de la clase media. Una clase media con más poder, mejor informada, preocupada y relacionada que tiene dificultades para no volver a deslizarse hacia la pobreza es la garantía de que los acuerdos democráticos van a peligrar.

En 1982, el destacado economista político Mancur Olson propuso una polémica teoría que ayuda a explicar por qué a las instituciones democráticas les es cada vez más difícil mantener un crecimiento generalizado. [3] A esta enfermedad política la denominó «esclerosis institucional» . Designa la forma caótica, ineficaz e injusta que tienen las democracias tradicionales de acumular trabas que disminuyen la capacidad del Gobierno de proveer los bienes públicos.

Para Olson, cuanto más tiempo está un sistema político sin sufrir una sacudida importante —una guerra o una revolución, por ejemplo—, más difícil le es generar crecimiento económico. Este último, explicaba, tiene muchas características de un bien público, el tipo de bien que no nos pueden impedir disfrutar, aunque no hayamos hecho ningún esfuerzo personal por obtenerlo. El ejemplo clásico es un aire

más respirable, pero la misma lógica sirve para una gran variedad de bienes públicos.

Olson labró su reputación en los años sesenta del siglo pasado con una explicación nueva de por qué es endemoniadamente difícil reunir apoyos políticos para bienes públicos como el aire limpio, la educación pública o el crecimiento económico. Por definición, los beneficios de los bienes públicos están muy repartidos y los costos de proporcionarlos los asume un grupo más pequeño. Además, las inversiones en bienes públicos ofrecen resultados a largo plazo, mientras que los bienes y servicios privados proporcionan rendimientos más inmediatos.

En el caso del aire limpio, todo el mundo se beneficia, aunque a menudo de manera imperceptible, pero son solo unos pocos (por ejemplo, los dueños de las centrales eléctricas de carbón) los que asumen gran parte del costo. Cuando los posibles beneficios se reparten ampliamente en la sociedad y los costos corren a cargo de un grupo concreto, capaz de organizarse para defender el *statu quo* , se produce la esclerosis institucional. Los beneficios del aire limpio son así un buen ejemplo: las leyes sobre contaminación importan un poco a mucha gente, pero solo son el factor clave para un puñado de votantes. En cambio, las políticas que contaminan el aire —como la relajación de las normas ambientales— pueden llenar de repente los bolsillos de unos cuantos, y a esos beneficiarios les resulta fácil organizarse políticamente para proteger su dinero caído del cielo.

Por eso en Estados Unidos tiene tanta presencia el grupo de presión del carbón, generosamente financiado, bien relacionado y muy eficaz, a pesar de que la industria del

carbón no da empleo directo más que al 0,03 por ciento de la fuerza laboral estadounidense. Las cifras pequeñas, por contradictorio que parezca, constituyen una ventaja en las disputas políticas en las que la intensidad de los sentimientos y la voluntad de dedicar recursos al combate son cruciales para la victoria. Gracias a ese desajuste entre el gran número de beneficiarios y la concentración de los que asumen los costos, explicó Olson, es frecuente que en una democracia el aire esté más contaminado de lo que debería y de lo que a la sociedad le gustaría.

El problema no se ciñe al aire limpio, ni muchísimo menos. El propio crecimiento económico, decía Olson, presenta varias características en común con el aire limpio. Cuando escribió, desde la perspectiva de 1982, tenía argumentos para decir que el crecimiento beneficia un poco a todos, mientras que muchas políticas que frenan el crecimiento económico benefician solo a unos cuantos. A los grupos de interés que reciben los beneficios concentrados de esas políticas les es más fácil organizarse para ejercer presiones políticas que a otros grupos mucho más amplios que se benefician de forma dispersa del crecimiento.

En el tiempo transcurrido desde entonces, hay una premisa de la teoría de Olson que ha quedado desfasada. En las décadas de 1960 y 1970 parecía lógico afirmar que el crecimiento económico ayudaba a todos un poco, pero no mucho a nadie. Este tópico ha ido perdiendo fuerza. A partir de los años ochenta del siglo pasado, la suerte económica de las élites empezó a despegarse cada vez más de la de todos los otros grupos. Primero en Estados Unidos y en Reino Unido, y luego —y más despacio— en el resto de los países

desarrollados, los hogares más ricos comenzaron a beneficiarse más del crecimiento económico, por lo que la parte de la riqueza nacional que representaban aumentó, mientras que las rentas y la riqueza de la mayoría de la gente se estancaban.

La idea básica de Olson sigue teniendo sentido: en las democracias establecidas, las políticas que concentran las ganancias en unos cuantos y reparten las pérdidas entre muchos cuentan con una ventaja intrínseca, con independencia de que el total de las ganancias sea superior al total de las pérdidas. Del mismo modo, las políticas que amenazan con cargar las pérdidas sobre unos pocos y reparten las ganancias por toda la sociedad tienen una desventaja estructural, aunque, desde el punto de vista de la sociedad, sean buenas.

El análisis de la esclerosis institucional que hace Olson aclara varios fenómenos políticos y económicos interesantes: por ejemplo, la «aprehensión regulatoria», la situación en la que las industrias, mediante presiones y contribuciones políticas, consiguen ejercer una enorme influencia sobre los organismos reguladores que deben supervisarlas. A veces se cree que esta es solo una enfermedad estadounidense, pero no es así. En todas las democracias consolidadas, los grupos de interés organizados son cada vez más «dueños» de los procesos de toma de decisiones en las cuestiones que les preocupan. Por ejemplo, a nadie se le esconde que a la Unión Europea le es imposible llevar a cabo cambios importantes en su política agraria sin la aprobación del sector agrario europeo. Los intereses mineros en Australia, las telecomunicaciones en Canadá y las empresas cementeras en Japón han perfeccionado las oscuras artes de la captura del Estado y se han convertido

en las voces hegemónicas de los debates políticos sobre su ámbito. Wall Street, Hollywood y Silicon Valley no son solo lugares geográficos; en ellos están las sedes de algunas de las empresas que más controlan a los reguladores.

En Estados Unidos, durante los tres primeros años de la presidencia de Trump hubo más nombramientos de antiguos lobistas para ocupar cargos en el gabinete que durante los dieciséis años que sumaron en total las presidencias de George W. Bush y Barack Obama. Un análisis de ProPublica y el programa de Periodismo de Investigación de Columbia descubrió que, a medio camino del mandato de Trump, su Gobierno había contratado a un miembro de un grupo de presión por cada catorce nombramientos políticos, lo que supuso la incorporación de 281 lobistas [4] a puestos importantes e influyentes. [5]

La lista de países en los que los grupos de presión privados dictan las políticas públicas puede ampliarse de forma casi infinita. En todos los casos, esos grupos de interés obtienen pingües beneficios por sostener unas políticas que imponen unos costos casi inapreciables a una enorme cantidad de ciudadanos. Un mínimo aumento del precio del azúcar puede pasar inadvertido para la mayoría de los compradores, pero incrementar en cientos de millones de dólares los beneficios de las empresas que dominan el mercado. La incapacidad de contener la aprehensión regulatoria es simple esclerosis institucional.

El argumento de Olson necesita ser actualizado. Hoy, la esclerosis no se hace sentir en forma de escaso crecimiento económico. A medida que la desigualdad de rentas se ahonda,

el propio crecimiento ha pasado a convertirse en una de esas políticas que benefician mucho a unos pocos y casi nada a muchos. Eso no quiere decir que la esclerosis no sea auténtica; al contrario, tiene una presencia más dominante que nunca. Las democracias actuales, acorraladas por más áreas políticas en manos de los intereses de la industria, tienen cada vez más dificultades para dar soluciones adecuadas a las demandas de los votantes. Y esa es una receta para el tipo de resentimiento que crece de forma gradual hasta que, de pronto, se desborda.

La esclerosis institucional se alimenta del secretismo, de la opacidad y de la tapadera que proporcionan los asuntos complejos y oscuros. Los grupos de presión trabajan en silencio, protegidos por el hecho de que su propósito es influir en unas reglas abstrusas que solo interesan a unos cuantos. Los políticos que los apoyan nunca alardean de ello; también estos actúan con sigilo para minar los intereses de la mayoría. Cualquiera de los miles de pequeñas decisiones burocráticas y administrativas de rutina vinculadas puede parecer intrascendente, pero todas juntas son cualquier cosa menos esto. Juntas se combinan para excluir a grandes franjas de la población del lugar que ellas creen que les corresponde en la jerarquía. Esa frustración se expresa a veces apoyando el autoritarismo y otras mediante un rechazo visceral a todo el sistema, la fuerza de «¡Que se vayan todos!» que alimenta la antipolítica en todo el mundo.

Peor aún, al mismo tiempo que la esclerosis corroe el poder del Estado desde abajo, otras corrientes están haciendo lo mismo desde arriba. El caso de la antipolítica en Italia es tan extremo que constituye un ejemplo ideal de esta tendencia en todo el mundo.

La espiral de la muerte de la antipolítica italiana

El desprecio de los italianos por sus gobernantes es tan antiguo y está tan arraigado que ahora casi forma parte de la propia identidad nacional, como la pasta y el fútbol. Algunos quizá piensan que los orígenes de este desprecio se remontan a la Antigüedad; al fin y al cabo, solo veinte de los setenta y dos emperadores de la antigua Roma fallecieron por causas naturales y la mayor parte del resto tuvo una muerte espantosa y violenta.

En la época moderna, Italia se convirtió en objeto de bromas por la brevedad de sus gobiernos (hubo cincuenta y dos entre 1946 y 1993, una media aproximada de uno al año). Sin embargo, la política italiana empezó a rendirse definitivamente a la antipolítica a principios de la década de 1990, cuando una vasta operación policial contra la corrupción conocida como Mani Pulite («manos limpias») barrió la clase política y acabó con la detención de casi todos los que tenían alguna relevancia.

Entre 1992 y 1994, un día tras otro, los italianos presenciaron una sorprendente procesión de acusados haciendo el paseíllo en los telediarios vespertinos: alcaldes, parlamentarios, banqueros, ministros, funcionarios, empresarios y figuras de todo tipo que fueron encausados por una infinita lista de delitos de corrupción. Lo más destacable de Mani Pulite fue que afectó a los dos grandes partidos: al tiempo que una gran línea de investigación revelaba que el histórico líder del Partido Socialista Bettino Craxi dirigía una especie de organización mafiosa desde su decorado despacho de Roma, otro brazo persiguió a tantos personajes de la

Democracia Cristiana que el partido de centroderecha acabó por disolverse. La conclusión sencilla para los italianos fue que la izquierda y la derecha eran iguales: una panda incorregible de delincuentes.

La conmoción causada por Mani Pulite cimentó el ascenso inicial de Silvio Berlusconi, que ya vimos en el capítulo 2. Pero luego sucedió algo peculiar: al cabo de varios años, Berlusconi demostró que no solo era exactamente igual de corrupto que sus predecesores, sino también igual de incompetente. Y nadie abordó los problemas tradicionales de la forma de gobernar Italia durante los dos decenios en los que Berlusconi se turnó en el poder con lo que quedaba de un centroizquierda sin ningún atractivo e incapaz de inspirar, reformar o dirigir. El bloqueo político fue la norma firmemente arraigada que impidió que los dirigentes pudieran tomar alguna decisión de cierto calado.

Durante años, los comentaristas bien educados de Roma y Milán estuvieron convencidos de que Berlusconi no iba a ser más que un problema pasajero. Los fracasos manifiestos, las interminables excentricidades, las condenas por fraude fiscal, los exabruptos racistas y los escándalos sexuales hacían que pareciera una aberración, un extraño pero efímero extravío de la vida política habitual, llena de políticos taciturnos vestidos con traje oscuro. Sin embargo, no fue así. La mediocre actuación de Berlusconi al frente del Gobierno situó el crecimiento económico de Italia a finales de la década de 1990 y principios de la de 2000 por debajo de todos los demás países de Europa occidental. Y hundir el nivel de vida es echar gasolina al fuego de la antipolítica.

Es cierto que los italianos, hartos del circo de Berlusconi, eligieron gobiernos de un blando centroizquierda en dos ocasiones —en 2005 y 2013—, pero estos, en lugar de ser el preludio de la vuelta a la política normal, fueron la viva y palpitante demostración de las ideas de Olson sobre la esclerosis institucional. Un ejemplo fue la cuestión de si los italianos debían poder comprar paracetamol en el supermercado, que fue sorprendentemente polémica y que estuvo a punto de derrocar a los gobiernos de centroizquierda en más de una ocasión. La propuesta formaba parte de un grupo más amplio de reformas para liberalizar los mercados laborales y eliminar los obstáculos a la competencia, que favorecían a unos pocos italianos a expensas de muchos otros. Olson había planteado la hipótesis de que ese era justo el tipo de política que las democracias eran incapaces de llevar a cabo.

El ejemplo del paracetamol puede parecer raro y complejo, pero resulta muy instructivo. Poco después de la Segunda Guerra Mundial, se concedió a los farmacéuticos italianos el monopolio del derecho a vender todo tipo de medicamentos, incluso los más sencillos y cotidianos que, en todo el mundo, la gente compra en la tienda de la esquina. Los turistas extranjeros que sufrían dolor de cabeza después de tanta visita a los museos en Florencia o en Venecia descubrían que solo podía venderles el remedio una farmacia autorizada. Y, si uno comía demasiados *tagliatelle al ragù* y tenía ardor de estómago después de la hora de cierre, mala suerte.

Para los farmacéuticos, ese monopolio tenía un incalculable valor. No solo les permitía vender fármacos como la aspirina y los antiácidos a precios mucho más altos que sus colegas de

otros países europeos, sino que les garantizaba una continua afluencia en sus establecimientos, donde los clientes, además, podían caer en la tentación de comprar otras cosas.

Un poderoso grupo de interés, la Ordine Nazionale dei Farmacisti, luchó de forma enconada para impedir las reformas que permitirían vender todos los medicamentos fuera de la farmacia. Se unió a otros grupos que también se oponían a unas sensatas reformas similares en sus respectivos campos, pensadas para beneficiar a la inmensa mayoría de los italianos y perjudiciales para unos cuantos interesados bien organizados. La reforma del monopolio de los farmacéuticos costó veinte años de agotadora lucha, hasta que el paracetamol hizo su entrada triunfante en los supermercados italianos en 2012. Estos combates acabaron con el capital político que los gobiernos necesitaban para emprender reformas más importantes.

Entre estos grupos de presión tenían un lugar destacado los sindicatos, que en Italia siguen siendo muy poderosos y lo fueron aún más cuando los partidos de izquierda estaban en el poder, debido a la histórica alianza entre unos y otros. Las propuestas para reformar las leyes laborales italianas, famosas por su rigidez, desencadenaron unas huelgas largas y costosas y feroces protestas en las calles que obligaron a los gobiernos de centroizquierda a presentar sin descanso propuestas menos audaces. Italia se convirtió en un caso de esclerosis digno de ser estudiado, con continuas idas y venidas entre un centroderecha populista nada interesado en reformar y un centroizquierda incapaz de hacerlo.

Una de las primeras víctimas fue inevitablemente la credibilidad del Gobierno. Los inversores llegaron a la

conclusión de que, si un Gobierno —el que fuera— era incapaz de llevar el paracetamol a las gasolineras, también sería demasiado débil para transformar las asfixiantes reglas y las desmesuradas cuentas del Estado italiano. La ratio entre deuda y PIB siguió subiendo cada vez más hasta alcanzar, a mediados de la década de 2010, nada menos que el 130 por ciento: es decir, la deuda pública italiana equivalía a todo lo que todos los habitantes del país producían en quince meses y medio. [6]

Sin duda, el hecho de que la élite del país usara —y siga usando— sin medida los paraísos fiscales y que asumiera con entusiasmo la evasión fiscal agravó el asunto. En 2015, un gabinete de estudio vinculado a Cofindustria, la cámara de comercio industrial italiana, calculó que los italianos estaban dejando de pagar a Hacienda la abrumadora cifra de ciento veintidós mil millones de euros. [7] Si se pudiera recaudar ese dinero, Italia podría pagar su gigantesca deuda en menos de ocho años. Pero, si ese no era un objetivo realista antes de que las consecuencias económicas de la COVID-19 hundieran la mayor parte de las economías, pasó a ser completamente imposible con las secuelas de la pandemia.

Este endeudamiento agravado por la evasión fiscal, sumado a la esclerosis política, rompió el pacto histórico entre el Estado italiano y sus ciudadanos. Con tanto dinero destinado en exclusiva a amortizar los bonos de deuda, apenas quedaba para realizar inversiones públicas. La fuga de capitales, la elusión fiscal, la evasión fiscal y el escaso crecimiento económico contribuyeron a que el déficit público no desapareciera. Y, con un sistema político incapaz de transformar una economía plagada de privilegios y modelos

ineficaces como los que beneficiaban a los farmacéuticos, millones de italianos comprobaron que no solo su nivel de vida se había estancado, sino que estaba empeorando de manera manifiesta. Entre 1990 y 2010, los ingresos de los hogares italianos disminuyeron una cuarta parte y pasaron de algo más de cuarenta mil dólares al año a unos treinta mil, según el Pew Research Center. [8] No resulta extraño, pues, que un amargo escepticismo se apoderara de la esfera pública italiana.

En su desesperación por librarse de un mal del que estaban hartos, los italianos fueron presa fácil de la larga lista de charlatanes populistas encantados de echar la culpa de todos los males a alguien que no tuviera nada que ver con ellos. La esfera política se inundó de recriminaciones, lo que agudizó la polarización y difuminó los límites entre el argumento razonado y la arenga descontrolada. La propia intensidad de las luchas provocó el rechazo de la gente corriente y desembocó en ese sentimiento del que desea «una plaga en ambas casas» [*] que ayuda a que la antipolítica prospere.

Todo ello emponzoñó la política. Los votantes italianos, frustrados con la izquierda y asqueados con la derecha, no apoyaron a una figura más tradicional, sino todo lo contrario: habían catado la antipolítica y exigían algo que fuera más fuerte. En 2018, el ambiente político se había agriado tanto que las promesas populistas, los discursos públicos polarizadores y las simples mentiras —las tres pes— alcanzaron niveles nunca vistos antes en el país. El resultado se tradujo en una especie de reducción al absurdo de la antipolítica europea.

En lugar de unirse en torno a un único agitador antisistema, los italianos se dividieron entre una sorprendente proliferación de extremistas. En las elecciones generales de marzo de 2018, más del 4,3 por ciento de los votantes (1,4 millones) votó por los Hermanos de Italia, la nueva versión del Partido Fascista de Benito Mussolini, que, en cierto modo, fue en su día la opción antipolítica original. Otro 14 por ciento (4,6 millones) votó por Silvio Berlusconi, que volvía a ser candidato a los ochenta y un años y, lo más increíble, seguía enviando mensajes antipolíticos tras ocupar el cargo de primer ministro durante más de diez años. [9]

Sin embargo, el mejor resultado de la derecha lo obtuvo la Liga, una extraña bestia populista que hacía poco tiempo había pasado de utilizar el desprecio que los italianos del norte sienten por los del sur a sacar partido al que todos los italianos sienten hacia los extranjeros.

La Liga había nacido como Liga Norte (Lega Nord), un partido regional con base en el norte del país, más rico y desarrollado, que aprovechaba el desdén de tintes racistas que la gente de Milán y Turín sentía por los sicilianos y por los calabreses, a los que consideraban atrasados y parásitos del Estado de bienestar. En su primera década, el partido había oscilado entre el separatismo y la austeridad fiscal.

En un momento dado, la Liga defendió un disparatado plan para crear una nueva república al norte del río Po, que se llamaría «Padania». Cuando la idea perdió fuelle, la Liga asumió propuestas más moderadas, como el aumento del «federalismo fiscal», otra forma de denominar el plan para dejar de gastar el dinero de los impuestos cobrados a los

habitantes del norte en programas que beneficiaran al sur. La Liga Norte se afianzó como movimiento de protesta y en muchas ocasiones obtuvo la tercera parte de los votos en las ciudades y los barrios ricos de Milán, Turín y Venecia, donde no dejaba de bullir un profundo resentimiento ocasionado por las transferencias fiscales al sur del país.

Sin embargo, siempre estuvieron claros los límites de esta estrategia: Padania parecía más un proyecto quijotesco que una propuesta separatista con visos de realizarse y el regionalismo del partido hacía que nunca pudiera aspirar a conformar un Gobierno nacional. Fue necesaria la dirección visionaria de un nuevo líder, Matteo Salvini, para comprender que el desprecio por los sureños era un asunto menor; la gran victoria podía obtenerla si abandonaba su perspectiva regional y abanderaba el nativismo político dentro de un programa nacional, panitaliano.

En 2016, Salvini puso en marcha un audaz movimiento para transformar su partido en una organización de extrema derecha y de ámbito nacional. Quitó la palabra «Norte» del nombre original y lo dejó en «la Liga», y endureció la línea contra un montón de amenazas exteriores. El primer objetivo fueron los inmigrantes, con la postura inflexible de la Liga contra el reasentamiento de refugiados. Sin duda, Donald Trump, cuya candidatura presidencial de 2016 Salvini había apoyado abiertamente, le sirvió de inspiración.

Pero no se quedó ahí. La vieja Liga Norte solía decir que su región era la parte más sofisticada y civilizada de Italia, y que encajaba de forma natural con los valores y las instituciones de la Unión Europea. Sin embargo, Salvini tenía la sensación de que el espíritu de la antipolítica recompensaría una actitud más

dura frente a todo lo que oliera a europeo, incluida la moneda, y decidió que el partido debía impulsar el programa euroescéptico más agresivo de todos los grandes partidos de la eurozona. Salvini despotricaba en un momento dado contra las élites continentales y, sin transición, contra los refugiados, cuya acogida querían imponer a Italia. La estrategia le convirtió de inmediato en el auténtico líder de la extrema derecha italiana.

Aún más desconcertante fue el éxito de la Liga en el sur, la región a cuyos habitantes despreciaba hasta la náusea. Un partido que solo unos años antes se caracterizaba por su cruel, y casi racista, desdén hacia los *terroni* —el insulto preferido para referirse a los sureños— se encontró de pronto con sus candidatos al Parlamento elegidos en todo el sur del país.

En la isla de Lampedusa, la provincia más meridional de Italia, justo frente a las costas del norte de África, a la que llegaban numerosas embarcaciones de refugiados, la Liga obtuvo un increíble 15 por ciento de los votos. En Calabria, la punta de la bota italiana, llegó casi al 10 por ciento, una cifra por lo visto inimaginable para un partido que siempre había mostrado un viperino desprecio por los calabreses. En conjunto, en las elecciones celebradas a principios de 2018, casi un millón de italianos del sur votaron a la Liga.

Gracias a esos votos, Salvini sustituyó a Berlusconi como líder de la coalición de derechas, que pasó a estar completamente controlada por la Liga, superada solo por Cinco Estrellas: dos partidos alimentados por la antipolítica. De los doce millones de italianos que votaron a uno de los cuatro de la coalición de derechas en marzo de 2018, menos de medio millón eligió al último partido «tradicional» de

centroderecha que quedaba: la última encarnación de la moribunda Democracia Cristiana, la formación que había gobernado Italia durante décadas después de la Segunda Guerra Mundial. Para sorpresa de muchos, los democristianos obtuvieron en todo el país menos de la mitad de los votos que recibió la Liga solo en el sur.

Sin embargo, este batiburrillo de berlusconianos, neofascistas y antiguos separatistas septentrionales de extrema derecha no fue el mayor exponente de la antipolítica en las elecciones italianas. Esa distinción le correspondió a Beppe Grillo, a quien ya conocimos en el capítulo 2, y a la incomprensible e incalificable revuelta populista propiciada por él: el Movimiento Cinco Estrellas.

Todos los intentos de etiquetar Cinco Estrellas con arreglo al eje consabido de izquierda y derecha están condenados desde el principio. El partido constituye un choque de opiniones, posturas y sensibilidades que no suele verse bajo el mismo techo en otros lugares. Un ingrediente es el ecologismo radical, como también lo son un exasperado desprecio hacia la corrupta clase política italiana, la admiración por Vladímir Putin, la profunda aversión hacia la Unión Europea y el absolutismo radical en las cuestiones relacionadas con la protección de los consumidores y las leyes antifraude, todo ello sazonado con una pizca de postura antivacunas y una no disimulada simpatía hacia Hugo Chávez.

El programa del partido nació de este extraño revoltijo, no de un proceso interno de deliberación. De hecho, el auge del movimiento se debió, más que a las declaraciones políticas, a la imagen inconformista y de chico malo de Grillo y a su hábil utilización de internet como plataforma organizativa y como

arma ofensiva contra sus detractores. El programa del partido parecía diseñado para no encajar en el eje tradicional izquierda-derecha, lo que refleja el empeño de Grillo en que no lo mezclaran con ninguna de las dos.

También era una nueva versión de la antipolítica: el programa incorporaba el rechazo a las categorías políticas habituales. Y funcionó. En marzo de 2018, la estrategia iconoclasta de Grillo convirtió Cinco Estrellas en el mayor partido de Italia, con más de diez millones de votos y con doscientos veintisiete escaños en el Parlamento. Sin embargo, no consiguió la mayoría absoluta, y la decisión de Grillo de no pactar nunca con ningún otro partido hizo que Italia se convirtiera en un país eminentemente ingobernable, porque ninguna coalición había sido capaz de superar el umbral del 50 por ciento para formar Gobierno.

Siguieron meses de atormentadas negociaciones en los que Cinco Estrellas descubrió hasta dónde llegaba la fuerza de su credo antipactista. La importancia del odio a Berlusconi entre las bases del movimiento descartaba cualquier coalición en la que entrase Forza Italia, el partido del magnate, pero hicieron falta semanas de conversaciones para convencer al resto de la derecha de la posibilidad de coaligarse.

En realidad, Cinco Estrellas estaba atrapado entre varios aspectos del marco de las tres pes que resultan incompatibles en el contexto italiano. El populismo de Grillo impedía los pactos con la élite corrupta, pero el propio sistema electoral italiano hacía que dichos pactos fueran insoslayables para cualquier partido que quisiera acceder al poder.

El resultado fue una coalición, en principio inimaginable, entre la Liga y Cinco Estrellas: un extraño híbrido, mitad extrema derecha, mitad centrista, cuyos componentes ideológicos no tenían nada en común, salvo una vaga ira antipolítica dirigida contra todas las élites: financiera, nacional, europea, médica. A la hora de la verdad, el desdén hacia cualquiera que supiera lo que hacía pasó a ser el único factor que aglutinaba el Gobierno de la octava economía del mundo.

Con la magnitud de la economía italiana y su desmesurada deuda pública, era muy importante que esta se atuviera a las estrictas reglas antidéficit que limitan a los países de la eurozona. A diferencia de Grecia, que es una economía muy pequeña, Italia tenía tal dimensión que, si sus políticos se dedicaban a endeudarse sin medida, podía hundir la moneda única europea. Sin embargo, la Liga y Cinco Estrellas decían que las normas que les impedían endeudarse en exceso eran camisas de fuerza tecnocráticas concebidas por los odiados y alejados eurócratas para impedir que la economía italiana creciera al viejo estilo: gastando mucho más (una prioridad para Cinco Estrellas) y cobrando muchos menos impuestos (una prioridad para la Liga).

Al final, Salvini quiso abarcar demasiado. Con la intención de convocar unas elecciones de las que estaba convencido que la Liga ganaría sin apenas dificultades, negó el apoyo parlamentario a su propio Gobierno y así acabó con él. Cinco Estrellas, ante la perspectiva de un desastre electoral, decidió formar una coalición con un socio con el que probablemente le resultaba todavía más extraño aliarse: el acomodado y convencional Partido Democrático, de centroizquierda. Para

los *grillini* , que habían construido su identidad política a partir del desprecio por la política convencional, compartir Gobierno con el Partido Democrático —el más convencional de todos los partidos italianos— fue una exigencia difícil de digerir. Para los representantes del Partido Democrático, que llevaban años advirtiendo sobre los peligros del populismo ejemplificado por Cinco Estrellas, unirse a aquel desfile de bichos raros en el Consejo de Ministros era asimismo incomprensible, una renuncia a sus valores fundacionales.

Poco a poco, las normas constitucionales italianas obligaron a todos los partidos a ponerse en ridículo, a buscar pactos que siempre habían jurado que nunca acordarían. Estos cambalaches alejaron e indignaron todavía más a los votantes, que siguieron buscando a candidatos cada vez más extravagantes para «enviar un mensaje a Roma». Era la materialización de la espiral antipolítica.

La Italia actual es la señal de alerta más clara para quienes imaginan que la derrota de un populista tiene que significar por fuerza el regreso a la normalidad. En Italia, el populismo, el caos fiscal y la esclerosis institucional se retroalimentaron en un círculo vicioso que separó cada vez más la cultura política convencional de la normalidad. En los últimos años hemos asistido al extraño espectáculo de un humorista y un agitador de extrema derecha intentando negociar los detalles de un pacto de Gobierno. Ambos se traicionaron después y dejaron paso a una coalición aún más antinatural. La normalidad, pues, se ha quedado muy anticuada.

El caso de Italia demuestra que la antipolítica se ha convertido en la autopista hacia el populismo. El hastío frente a la corrupción que quedó al descubierto tras las pesquisas

contra Mani Pulite empujó a los italianos en busca de los verdaderos defensores de la «buena gente», de alguien que estuviera dispuesto a librar la batalla contra la élite corrupta. Sin embargo, esta búsqueda resultó escurridiza e Italia emprendió unos rumbos políticos cada vez más peligrosos. A medida que el conflicto político se agudizaba y la polarización era cada vez más marcada, los votantes italianos se encontraron en una serie de «citas rápidas» con personajes cada vez más estrafalarios, que manipulaban y retorcían la verdad para lograr votos. La era de la antipolítica convirtió el sistema político italiano en el mítico uróboros, la serpiente que devora su propia cola.

La lección de Italia ha quedado muy clara: la normalidad política no tiene nada de «natural». Ningún mecanismo garantiza de forma automática que el fracaso de los partidos populistas preludie una vuelta a la política de toda la vida. Más bien sucede todo lo contrario. Un país puede hundirse sin freno en un ciclo de votos de protesta que lleva a unos personajes cada vez más extraños hasta los pasillos del poder, hasta que la estabilidad y el buen gobierno quedan reducidos a un lejano recuerdo.

Italia demostró dónde podía acabar esta tendencia llevada hasta sus más increíbles extremos. Sin embargo, no es un caso aislado. En toda Europa, países que hasta no hace mucho estaban gobernados por partidos moderados de centroderecha o de centroizquierda se fueron encontrando con una insospechada proliferación de recién llegados en la extrema derecha, en la extrema izquierda y en el centro. La decadencia de los grandes partidos fue un fenómeno decisivo en gran parte del continente europeo después del referéndum del

Brexit. En Austria, el Partido de la Libertad, de extrema derecha, entró en el Gobierno como parte de una coalición y luego provocó su caída cuando se demostró que estaba dispuesto a ofrecer contratos a grupos de interés rusos. En Alemania, Países Bajos y España, la extrema derecha empezó a ocupar espacio en el centro político, lo que hizo cada vez más difícil la formación de las habituales coaliciones necesarias para gobernar. En Francia, algunos partidos de larga trayectoria comenzaron también su declive. En las elecciones europeas de 2019, ni los Republicanos, de centroderecha, ni el Partido Socialista, de centroizquierda, lograron superar el 10 por ciento de los votos, y los dos sumados no alcanzaron el 15 por ciento. En todos estos países, al hundirse el centro, la política empezó a parecer más una batalla sin cuartel entre extremos ideológicos que una negociación cortés entre colegas que pertenecen a un mismo sistema. No es extraño, porque la polarización siempre se ha aprovechado del desplome del centro.

Esas elecciones de 2019 al Parlamento Europeo constituyeron el nadir de los dos grandes partidos de Reino Unido, que, entre los dos, obtuvieron el 22 por ciento. Entre otras cosas, se debió a que el Partido Laborista, bajo la dirección izquierdista de Jeremy Corbyn, sufrió una extraña transformación que hizo que resultara difícil seguir considerándolo un partido tradicional de centro. El caso es que los dos partidos, sumados, quedaron por detrás de una agrupación antipolítica, partidaria del Brexit y dirigida por Nigel Farage, que obtuvo el 30 por ciento de los votos, en gran parte procedente de personas dispuestas a pagar el precio que fuera por sacar a Reino Unido de la Unión Europea; se diría

que incluso a costa de destruir la unión de Inglaterra con Escocia e Irlanda del Norte.

El triunfo de Farage obligó finalmente a los conservadores a postrarse ante lo inevitable y elegir a su propio agitador populista para dirigir el partido, no fuera a ser que lo adelantaran por la derecha. Boris Johnson «salvó» al venerable y antiguo Partido Conservador británico, pero pagando el precio de convertirlo en un vehículo populista.

Este deterioro comienza, en gran parte, en el referéndum de 2016 en el que Reino Unido decidió abandonar la Unión Europea. El Brexit se recordará como el espíritu de la antipolítica destilado en un país occidental avanzado. La tormenta de exageraciones, distorsiones, falsedades y mentiras que formaron la base de la campaña para que se votara a favor de la salida de la Unión Europea dejó una huella imborrable en la política británica, creó un clima emponzoñado de desconfianza entre los partidos y provocó el desafecto de una amplia masa del electorado, sacudido por el «cansancio del Brexit». La crisis política que fue agravándose durante varios años acabó convirtiéndose en una especie de subasta antipolítica, en la que los políticos británicos se peleaban por ser cada uno más radical que el otro y por proponer formas cada vez más temerarias y económicamente aniquiladoras de deshacer los vínculos entre Reino Unido y la Unión Europea.

El proceso del Brexit, nacido de un clima envenenado de suspicacia respecto a la Unión Europea, se volvió contra Reino Unido, con el hundimiento de la confianza en la clase gobernante de Londres. La lógica asfixiante del «¡Que se vayan todos!» se plasmó en purgas paralelas de los moderados: la izquierda de Corbyn purgó el Partido Laborista

de centristas y los partidarios del Brexit duro que rodeaban a Boris Johnson eliminaron a los moderados de las filas conservadoras. El contraste con Francia fue muy significativo: en lugar de dar la espalda a los partidos tradicionales para votar por organizaciones antipolíticas, los británicos convirtieron en vehículos de la antipolítica a los propios partidos tradicionales.

Incluso en los pocos países en los que los partidos tradicionales siguen ganando elecciones, el ascenso repentino de grupos políticos radicales obliga a los que ocupan el poder a hacer concesiones e intentar subirse al tren de la antipolítica. En España, por ejemplo, el PSOE, un partido socialista de centroizquierda, ha seguido ganando varias elecciones, pero ninguna con los votos necesarios para obtener una mayoría de Gobierno. En 2019, el PSOE forjó una alianza con Unidas Podemos, un grupo de extrema izquierda cuyo radicalismo marxista lo sitúa más próximo a las ideas del dictador venezolano Nicolás Maduro que a las de la socialdemocracia escandinava. El pacto alarmó al centroderecha y a la derecha, que vieron cómo sus temores de un deslizamiento hacia la izquierda autocrática se hacían realidad ante sus propios ojos. El tono de la disputa política se intensificó de forma preocupante: la derecha acusó a la izquierda de ser hostil a la propia idea de España y la izquierda expresó su pesimismo sobre las inclinaciones franquistas y criptofascistas de la derecha.

Sin embargo, el centroderecha español no podía organizar una alternativa creíble, porque estaba perdiendo votos por la derecha con las proclamas de nativismo político y contra la inmigración de Vox, un partido nuevo cuyo sorprendente éxito

electoral demostró que, medio siglo después de que acabara la dictadura de Franco, los españoles no tienen, como se suponía, tanta aversión a una política reaccionaria y extremista. Y, al tiempo que las fuerzas centrífugas empujan a los españoles hacia los extremos a escala nacional, una enconada batalla por la independencia de Cataluña enfrenta a Madrid y Barcelona en un combate emocional en el que varios líderes regionales catalanes acabaron encarcelados por sedición. La crisis era un objetivo demasiado tentador para los adversarios extranjeros, que vieron en ella una invitación a entrometerse. Cuando los piratas informáticos rusos empezaron a alimentar las divisiones de la sociedad española, la desinformación estalló en internet y se creó un clima generalizado de posverdad. En España, nadie sabe cuál es la verdad, salvo en un aspecto: los otros son siempre los malos.

Da que pensar el hecho de que, en medio de todo ello, España estuviera en una situación relativamente buena en comparación con el resto de Europa y mucho mejor que la de varios países del hemisferio sur, en los que la antipolítica descontrolada ha llevado a la gente a la desesperación y a elegir varios de los gobernantes más extremistas y problemáticos de los últimos tiempos.

DE LA ANTIPOLÍTICA AL EXTREMISMO TROPICAL

La esclerosis institucional y la pérdida de poder del Gobierno nacional parecen ser una receta infalible para que un país entre en una mortífera espiral de antipolítica, pero los casos más devastadores se producen en países que tienen en común otras tres características: una corrupción descontrolada, una criminalidad muy extendida y una economía en una penosa

situación. En ese caso, la demanda de antipolítica se cruza a veces con la nostalgia de tener un líder autoritario, y el resultado es la elección de algunos de los líderes 3P más preocupantes del siglo XXI .

Ya hemos visto que la frustración por la incapacidad del Gobierno filipino de lidiar con la pequeña delincuencia estimuló que se requiriera la antipolítica radical y sanguinaria de Rodrigo Duterte. Pero hay un caso de fascismo tropical todavía más inquietante: el que surgió en Brasil, donde el caótico fracaso de todo el sistema político generó una oleada de apoyo a un extremista con posturas que llaman la atención incluso en una parte del continente americano tan llena de temeridad política como es Iberoamérica.

La política brasileña se ha caracterizado por ser una peculiar mezcla de corrupción endémica y de instituciones judiciales comparativamente fuertes. Fernando Collor de Melo, el segundo presidente de Brasil elegido de forma democrática tras la caída de la dictadura instaurada en la década de 1960, tuvo que dejar el cargo cuando solo llevaba dos años en él por verse salpicado por un escándalo de corrupción. La presidenta Dilma Rousseff fue destituida tras un proceso de impugnación. En los primeros años de este siglo, el Congreso brasileño acogía a decenas de diputados acusados de corrupción y de otros delitos. (Quiero dejar claro que la cultura de los sobornos seguramente no está más extendida en Brasil que en el resto de Iberoamérica, pero, como sus jueces de instrucción son poderosos e independientes, suele ser más frecuente que los delitos acaben descubriéndose). El resultado es un escenario político continuamente agitado por investigaciones de personajes relevantes. La primera fue la del escándalo del

mensalão (el salario mensual), el caso de los agentes políticos del partido del presidente Lula da Silva que pagaban todos los meses a miembros de la «oposición» en el Congreso para que apoyaran las iniciativas del Gobierno. Sin embargo, aquel escándalo y otros de la misma época palidecieron en comparación con todo lo que vino después: la inmensa y compleja fiesta de la corrupción multinacional que salió a la luz en 2014, cuando los investigadores federales de Brasilia se preguntaron cómo era posible que un lavadero de coches de la capital pudiera tener tanto volumen de negocio como aseguraba. Pronto se descubrió que el túnel de lavado Lava Jato era, en realidad, una tapadera para el blanqueo de dinero de Odebrecht, una enorme empresa brasileña de ingeniería, que lo utilizaba para canalizar pagos de muchos millones de dólares a políticos y ministros de más de una docena de países de Iberoamérica y África: los sobornos para que aprobaran las pujas de Odebrecht en las licitaciones de grandes proyectos de infraestructuras (pantanos, aeropuertos, puentes, líneas ferroviarias y otros).

Los enrevesados detalles del escándalo de Lava Jato recuerdan a las pesquisas de Mani Pulite en Italia a principios de la década de 1990, porque alcanzaron a toda la clase política. Cuando los investigadores empezaron a tirar de ese hilo suelto —un lavadero de coches que se utilizaba para blanquear dinero, como en la trama de *Breaking Bad* —, descubrieron un amasijo de sobornos en el que se hallaba implicada la mayor constructora del país y en el que estaban entrampados numerosos miembros de la élite más poderosa de Brasil, incluidos los seis expresidentes que aún vivían. Y, como había ocurrido en Italia, el escándalo creó las

condiciones ideales para la política del populismo, la polarización y la posverdad.

Sin embargo, a diferencia de Mani Pulite, el escándalo de Lava Jato nació con una dimensión internacional y con políticos de casi dos docenas de países implicados. Fue muy dañino para las democracias de la zona, en parte porque coincidió con una brutal recesión de varios años debida a la caída de los precios de las materias primas en todo el mundo en 2014. Los iberoamericanos leían todos los días en el periódico noticias sobre delitos cometidos en la esfera pública, mientras millones de ellos estaban perdiendo el empleo y veían cómo disminuía la capacidad adquisitiva de los salarios. Veían frustradas sus esperanzas de mejora económica al tiempo que les contaban historias sensacionalistas sobre funcionarios que se enriquecían, y esa era una combinación corrosiva. El espíritu del «¡Que se vayan todos!» no tardaría en hacerse sentir.

El mal comportamiento económico de Brasil desde hace muchos años se debe en gran parte a la grave esclerosis de su sistema político. Un sistema de jubilación concebido para ganarse el favor de los votantes a expensas de lo que recomendaría el sentido común ha permitido que millones de funcionarios públicos se retirasen con la pensión completa cuando todavía tenían cuarenta y tantos o cincuenta y pocos años. Los generosos planes de pensiones, pensados para proteger a las personas viudas de la indigencia al llegar a la vejez, tuvieron lo que los brasileños llaman, no sin cierta ironía, «un efecto Viagra»: jubilados mayores de setenta años que se casan con mujeres mucho más jóvenes, de forma que la mujer adquiere el derecho a seguir cobrando todas las

prestaciones de su marido cuando este fallece. Por si fuera poco, las rígidas leyes laborales desincentivaron las inversiones, la creación de empleo y el crecimiento. Todo ello junto derivó en un déficit crónico y en una deuda pública cada vez mayor, que absorbía el dinero que se debería haber destinado a inversiones públicas. Muchos analistas de izquierdas, de derechas y de centro señalaban los problemas y estaban de acuerdo en los términos generales de la solución. Sin embargo, los políticos, rehenes de los grupos de interés de los que hablaba Mancur Olson, estaban paralizados: una esclerosis de manual mantenía Brasil atado a una serie de políticas que todos sabían que estaban perjudicando el futuro de sus ciudadanos.

Cuando un sistema es tan disfuncional durante tantos años, los votantes, como es lógico, empiezan a pensar en un cambio radical. Así que los brasileños recurrieron a un populista en una posición privilegiada para canalizar la furia y el desprecio que habían acumulado contra sus dirigentes desde hacía una generación: Jair Bolsonaro.

Del autoritarismo de Bolsonaro se pueden decir muchas cosas, pero nunca se podrá calificar de sigiloso. Lo suyo no son las sutilezas, sino proclamar a gritos su añoranza por la dictadura. El presidente, que fue durante mucho tiempo un congresista inoperante después de haber seguido una carrera militar con muy poco que destacar, se había dedicado a lanzar como nadie bombas retóricas, una actividad que, a ojos de la clase política brasileña, le caracterizaba como poco más que un payaso. Mostraba un desprecio cruel hacia cualquier causa progresista, desde los derechos de los homosexuales hasta la preservación del Amazonas, y añoraba sin reparos la vuelta al

régimen opaco y autoritario que había sufrido Brasil durante la dictadura militar de los años sesenta y setenta del siglo pasado.

Resulta comprensible, pues, que muchas veces se plantee establecer un paralelismo con Donald Trump: ambos tienen un instinto infalible para soltar la frase más incendiaria posible en cualquier momento y ambos han presidido unos gobiernos considerados caóticos, con continuos cambios en el equipo y con todo el teatro del mundo en Twitter. Sin embargo, Bolsonaro es un líder distinto a Trump. Es cristiano evangélico y siente un auténtico odio hacia los blancos de sus diatribas, en vez de fingir que los odia para ganar votos, como hacía Trump. Y, en contra de toda lógica, ha conseguido ganar algunas batallas políticas; entre otras, la de la reforma de las pensiones.

Jair Bolsonaro es el mejor ejemplo de la nueva ola de dirigentes iberoamericanos que obtienen el poder y gobiernan aprovechando las oportunidades que ofrecen las tres pes. Impulsado por una fiebre antipolítica descontrolada ante la pérdida de confianza en las instituciones políticas, tiene el mismo instinto polarizador de todos los autócratas que han triunfado en lo que llevamos de siglo. Las corrientes que permitieron su ascenso al poder existían desde mucho antes, por supuesto, pero lo que le garantizó el éxito político fue su don para movilizar a los desencantados. Y, a pesar de un mandato caótico, lleno de conflictos y escaso de resultados, ha consolidado una masa de devotos seguidores entre los más decepcionados con la política tradicional: las bases de la antipolítica brasileña.

¿Es posible salir de la antipolítica?

El grito de «¡Que se vayan todos!» se oye en todo el mundo. Las fuerzas de la antipolítica actúan en todo el planeta. Mientras unos partidos políticos, antes temibles, se hunden e improvisan, ascienden al poder unos radicales sin experiencia y empezamos a darnos cuenta de que todo esto no es una anécdota pasajera, un descanso de la política normal. Como descubrieron los italianos, cuando la gente le toma el gusto a la antipolítica, parece que se queda enganchada y pide unas dosis cada vez más fuertes de ella para volver a sentirse a gusto. La antipolítica es el requisito indispensable para que haya más y más antipolítica.

Algunos países parecen atrapados en ese ciclo. Según el periódico mexicano *El Universal* , de los cuarenta y dos presidentes que gobernaron Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua, Costa Rica y Panamá entre 1990 y 2018, diecinueve pasaron al menos un periodo en prisión después de terminar su mandato. [10] Como escribí en *El País* :

> En Sudamérica, Perú es un caso fascinante. El presidente Pedro Pablo Kuczynski se vio obligado a dimitir en 2018 y, recientemente, un tribunal ordenó su prisión preventiva por tres años. El expresidente Ollanta Humala también estuvo encarcelado, al igual que su esposa Nadine Heredia. Alejandro Toledo pasó años en una prisión federal de Estados Unidos mientras se tramitaba su extradición a Perú. Su esposa, Eliane Karp, tiene orden de arresto y está fuera del país. Keiko Fujimori, la líder de la oposición, ha sido condenada a tres años de prisión preventiva, mientras que su padre, el expresidente Alberto Fujimori, sigue cumpliendo una condena de veinticinco años. La cárcel también hubiese sido el destino de Alan García, dos veces presidente, de no ser porque se suicidó de un disparo cuando la policía se dirigía a su casa para detenerlo. [11]

Cuando los peruanos gritan «¡Que se vayan todos!», no quieren decir solo que los poderosos renuncien a su poder. Quieren perderlos de vista para siempre.

¿Existe alguna forma de escapar de este callejón sin salida? ¿Pueden los sistemas políticos recobrar cierta normalidad después de haberse contagiado del virus de la antipolítica? ¿O están condenados a un futuro en el que la antipolítica vaya a más, en el que cada advenedizo suba el listón del radicalismo y el siguiente tenga que intentar rebasarlo?

Los antecedentes son descorazonadores. Aunque la propagación de la antipolítica se ha frenado y se ha cortado en algunos lugares, en general no se ha podido revertir. Los italianos rechazaron a Silvio Berlusconi en las urnas un par de veces, pero esos episodios no fueron el anuncio de un regreso a la política normal, sino que se recuerdan como interludios en una intensificación de la antipolítica. En Argentina, el país en que nació la frase «¡Que se vayan todos!», Mauricio Macri consiguió una breve interrupción del peronismo entre 2015 y 2019, pero su incapacidad para cortar de raíz el largo declive económico del país hizo que su mandato fuera una mera pausa entre gobiernos peronistas.

El único caso en el que la espiral de la muerte de la antipolítica se detuvo de verdad fue el de Tailandia, después del tumultuoso periodo de Thaksin Shinawatra y su hermana Yingluck, que llegaron al cargo de primer ministro, primero él y luego ella, con programas típicos de la antipolítica. Después de ocho años de conflicto cada vez más violento, de protestas callejeras y de una polarización sin precedentes, un golpe militar puso fin al ciclo. El resultado fue una dictadura militar asentada que se parece mucho más a las viejas autocracias del siglo XX que a las del siglo XXI .

«¡Que se vayan todos!», desde luego; pero, en esta ocasión, sobre todo a la cárcel.

Esta no es una salida de la antipolítica muy recomendable. Sin embargo, últimamente hay muchos países en los que esta parece ser la única opción. Y, aun así, no lo han conseguido del todo. En 2020 Bangkok se vio sacudido por un nuevo estallido de protestas en las que los jóvenes tailandeses pedían la reforma de la monarquía, una apostasía antes impensable en un país en el que el mero hecho de insultar al rey se considera delito. El ascenso al trono de un nuevo monarca excéntrico y, en opinión de muchos, megalómano —el rey Phrabat Somdet Phra Paramendra Ramadhibodi Srisinra Maha Vajiralongkorn Mahisara Bhumibol Rajavarangkura Kitisirisumburna Adulyadej Sayamindradhipeshra Rajavarodom Borommanat Pobitra Phra Vajira Klao Chao Yu Hua, por darle su título oficial, el rey Rama X para los íntimos— ha politizado la institución que para muchos era la única neutral que quedaba en el país. La antipolítica no perdona a nadie.

En realidad, los caminos para alejarse de la antipolítica y regresar a un consenso político democrático normal no están trazados aún. Cuando se ha vaciado el Estado desde abajo (al caer presa de la esclerosis institucional) y desde arriba (con la entrega del poder a los mercados financieros mundiales, las instituciones supranacionales y el capital oculto en los paraísos fiscales), los votantes no tienen muchas razones para volver al redil de la política normal.

Cuando se ha corroído la fe en las instituciones, son necesarias, para reconstruir el consenso político, unas aptitudes que nadie parece haber descubierto todavía. El furioso menosprecio hacia las instituciones y las élites se

metastatiza. Y, por desgracia, cuando esta dinámica arranca, el paso siguiente más probable es caer en la kakistocracia: el Gobierno de los peores elementos de la sociedad.

Esa es la razón de que la antipolítica sea una de las amenazas más peligrosas que se ciernen sobre la democracia actual: es una poderosa fuerza centrífuga, destruye la base de la política democrática y crea espacios de los que se apoderan los aspirantes a autócratas. Por eso sus peligros son sistémicos, porque la antipolítica mina la capacidad de la sociedad de tomar decisiones colectivas, de resolver las diferencias de forma sosegada e institucional y de construir estructuras que nos incluyan a todos. Deja tras de sí una esfera política que solo se puede gobernar por imposición. En este sentido, su capacidad de corroer las instituciones carece casi de parangón.

Las sociedades en las garras de la antipolítica suelen descubrir que ya no pueden ponerse de acuerdo sobre unos hechos objetivos. Esta tendencia se amplía y se intensifica con la intervención de la tercera pe: la posverdad.

7

El poder después de la verdad

Las tres pes en las que centramos nuestro relato no se crearon de la misma forma. Las dos primeras (el populismo y la polarización) tienen una larga historia y están muy documentadas por los estudiosos desde la Antigüedad. La posverdad, sin embargo, es otra cosa: un ataque frontal contra el sentido de la realidad que compartimos, ante el que estamos desprevenidos y, por tanto, nada preparados.

«Captamos» instintivamente el populismo y la polarización; la posverdad, no. ¿Por qué? En primer lugar, porque nos resulta difícil diferenciar la simple mentira de la posverdad, que es un concepto totalmente distinto. Segundo, porque en el mundo occidental hay una larga tradición que relaciona el tipo de nihilismo en torno al que se construye la posverdad con unos regímenes totalitarios que no se avergüenzan de pisotear la libertad de expresión. La posverdad, en el contexto de las democracias, constituye un fenómeno nuevo y aterrador.

Los políticos mienten. Siempre lo han hecho, y desde tiempos inmemoriales. Hasta la vieja anécdota de George Washington y el cerezo [*] —que se cuenta en Estados Unidos como el más valioso elogio a la verdad— fue un invento de Mason Locke Weems, un panfletista itinerante que estaba obsesionado por vender y quería ganar dinero con el nombre del famoso general: las infoguerras del siglo XVIII . [1] Las

manipulaciones y los mensajes, las medias verdades y los engaños forman parte del proceso democrático tanto como la revisión judicial y las elecciones periódicas.

Para empezar, es importante dejar claro a qué nos referimos al hablar de «posverdad» y en qué se diferencia de las simples mentirijillas políticas. Jay Rosen resumió bien ese carácter de novedad cuando tuiteó: «Expresiones como "reescribir la historia" y "enturbiar las aguas" no transmiten lo que está pasando. Son un intento de impedir que los estadounidenses comprendan lo que les ha sucedido mediante el uso estratégico de la confusión». [2] Ese «uso estratégico de la confusión» es lo que hace que la posverdad resulte mucho más siniestra que la vulgar mendacidad de los poderosos. No consiste en propagar esta o aquella mentira, sino en destruir la posibilidad de que se pueda decir la verdad en la vida pública.

La posverdad hace que nuestro sentido de realidad se tambalee y con ello consigue que el populismo y la polarización dejen de ser una molestia política normal y se conviertan en algo distinto y mucho más importante: una amenaza existencial contra la propia continuidad de los gobiernos y las sociedades libres. Como dijo Alan Rusbridger, exdirector del periódico británico *The Guardian* :

> Una sociedad que no puede consensuar una base objetiva para la discusión o la toma de decisiones no puede progresar. No puede haber leyes, ni votos, ni Gobierno, ni ciencia, ni democracia sin una interpretación común de lo que es verdad y lo que no lo es. Por supuesto, esa base objetiva común no es más que el principio. Las sociedades sin voces independientes capaces de cuestionar o examinar tampoco son dignas de envidia. [3]

El *Collins English Dictionary* define «posverdad» como «la desaparición de los criterios objetivos comunes sobre la verdad». [4] Se trata de una situación que surge en la vida

pública cuando la línea divisoria entre los hechos y el conocimiento, por un lado, y las creencias y las opiniones, por otro, se desvanece, o al menos cuando se utilizan de manera indistinta con tanta frecuencia que deja de haber un acuerdo sobre las líneas divisorias. A diferencia de las mentiras, la posverdad no es un fallo moral individual. No es un defecto personal de un personaje público. Es una característica de la infraestructura de comunicaciones que la política y el poder tienen en el mundo actual.

Los filósofos habían considerado durante mucho tiempo que la lenta desintegración de un sentido compartido de la realidad era un problema de las dictaduras inflexibles. Muchas de nuestras reflexiones sobre este problema figuran en libros sobre la Alemania nazi o sobre la Rusia soviética. Es célebre el argumento de la filósofa Hannah Arendt de que «el objeto ideal de la dominación totalitaria no es el nazi convencido o el comunista convencido, sino las personas para quienes ya no existen la distinción entre el hecho y la ficción […] y la distinción entre lo verdadero y lo falso». [5]

Arendt, que de milagro sobrevivió al Holocausto después de huir de París con un falso visado estadounidense, llegó a la conclusión de que esa pesadilla solo podía hacerse realidad bajo la bota implacable de un régimen totalitario. Sin embargo, los autócratas 3P que más han triunfado han comprendido que la explosión total de la información y los medios, en internet y fuera de él, crea unas oportunidades desconocidas para el engaño, la manipulación y el control. Ya no necesitan una censura de viejo cuño, ni el estricto control de los mensajes que llegan a la gente. Al contrario, recurren a todo lo contrario: unas estrategias centradas en agotar a la gente con

un incesante diluvio de información, de tal dimensión que destruye su capacidad crítica. El envío automático de mensajes basados en las creencias, los prejuicios y las preferencias del receptor aumenta la repercusión de esos mensajes de forma totalmente nueva.

Los autócratas 3P han aprendido a librar este tipo de batallas aprovechando las peculiares características de la arquitectura informativa actual: su extrema apertura, el papel tremendamente limitado de los guardianes de la información y una delgada piel cada vez más porosa que separa los medios «de prestigio» del descontrolado páramo en que se ha convertido la esfera pública digital.

El caso más famoso es el de la injerencia rusa en las elecciones de Estados Unidos, pero el fenómeno va mucho más lejos. Para empezar, Rusia se ha entrometido en elecciones y políticas en todas partes, no solo en Estados Unidos. Además, la desinformación deliberada en la red está pasando a ser, de forma vertiginosa, un elemento habitual en el arsenal político que utilizan los políticos en todo el mundo. La posverdad, hoy, se encuentra en todas partes.

La era de las medidas activas: el imperio de la duda de Putin

Para comprender cómo la posverdad pasó a ser una fuerza decisiva para la sociedad contemporánea debemos remontarnos a sus orígenes en la Unión Soviética. En 1923, los soviéticos crearon la Oficina Especial de Desinformación. Se trataba de una iniciativa personal de Iósif Stalin, con la misión de «difundir información falsa y engañosa, con frecuencia difamatoria». [6]

El hecho de que Vladímir Putin, el indiscutible rey de la desinformación en el siglo XXI , fuera antiguo agente del KGB no puede dejar de sorprender a nadie. Mucho antes del auge de internet, los soviéticos ya habían expandido la Oficina Especial de Desinformación y habían perfeccionado el uso de «medidas activas»: una estrategia de la guerra de la información basada en desplegar informaciones falsas para desestabilizar a los adversarios democráticos durante la Guerra Fría.

Los soviéticos dedicaron decenios a desarrollar una compleja variedad de herramientas para sembrar noticias en los medios occidentales con el claro propósito de debilitar la credibilidad de sus instituciones. Resulta fácil ver que esas noticias inventadas por los agentes soviéticos fueron las precursoras de los actuales bulos (las *fake news*). En casi todos los casos, trataban de aprovechar las fallas en las sociedades que atacaban para ahondar las brechas existentes o abrir otras nuevas. Y, aunque muchas fracasaron —por más que lo intentó, el KGB no consiguió que nadie creyera que la CIA era responsable, de una forma u otra, del suicidio en masa de Jonestown en 1979 (el episodio que dejó en herencia al inglés la expresión «beber el Kool-Aid») [*] —, los soviéticos eran conscientes de que se trataba de un cálculo de probabilidades: no todas las teorías iban a materializarse, pero sí lo hicieron, y otras tuvieron un éxito que sus propios creadores se habrían imaginado jamás.

Algunas persisten en la actualidad como teorías de la conspiración siempre desmentidas (y siempre repetidas) e incluso como leyendas urbanas. Pocos saben hoy que, cuando escuchamos a alguien asegurar en tono categórico que la

llegada a la Luna fue un engaño, estamos oyendo el débil eco de una campaña de medidas activas emprendida hace décadas por los soviéticos para lograr ventajas estratégicas en la Guerra Fría. Para Moscú, la humillación que supuso la carrera por llegar antes a la Luna fue un grave retroceso en la búsqueda de prestigio mundial, y los rumores de que los estadounidenses habían simulado el alunizaje fue el intento de la URSS de disminuir la ventaja estratégica que, en cuanto a relaciones públicas, suponía haberse adelantado. Quien haya tenido alguna vez que defenderse de los argumentos de alguien convencido de que la fluoración del agua forma parte de un experimento del Gobierno estadounidense para controlar la mente, o de que el virus de inmunodeficiencia humana (VIH) se creó dentro de un programa estadounidense de armas biológicas, o de que la CIA estuvo implicada en la trama para asesinar a John F. Kennedy, ha experimentado por sí mismo qué significa caer en la red de las medidas activas del KGB.

El principal problema con el que se topaba la desinformación soviética era el de los guardianes. En la década de 1960 o 1970, para difundir una noticia falsa había que engañar a periodistas y directores de periódicos, profesionales de la información que estaban entrenados para distinguir la realidad de la ficción. Para tener alguna posibilidad de éxito, las operaciones de desinformación debían ser misiones bastante costosas, fraudes muy elaborados que exigían una considerable inversión durante mucho tiempo y que, de algún modo, solo una superpotencia mundial podía permitirse. Había que falsificar a mano los documentos para que después los agentes se los enseñasen a unos escépticos directores de periódicos que tenían la potestad de decidir si el

texto era publicable o no. A veces había que inventar unos testigos y prepararlos. Podían salir mal muchas cosas y, aunque la operación se viera coronada por el éxito, no existía ninguna garantía de que la noticia publicada tuviera la repercusión pretendida. Los espías podían trabajar durante meses en una medida activa de la que solo se obtenía una noticia en un periódico, sin que otros la recogieran ni le dieran publicidad. Los costosos fracasos eran habituales; los éxitos, infrecuentes.

Un ejemplo es el de la campaña de medidas activas de los soviéticos contra el senador Henry Scoop Jackson. En 1976, el principal enemigo de los soviéticos en el grupo demócrata del Senado estadounidense anunció su candidatura a la presidencia. Hubo un momento en el que Jackson, veterano senador por el estado de Washington y acérrimo anticomunista, fue el favorito para ser el candidato demócrata y enfrentarse al presidente Gerald Ford. Su candidatura hizo saltar las alarmas en el Kremlin y el KGB recibió el encargo de que se impidiera su victoria.

La campaña de medidas activas concebida por el KGB fue un poco burda. Se enviaron varios documentos que presuntamente procedían del FBI a una serie de medios de comunicación nacionales, a varias publicaciones de la entonces pequeña y muy estigmatizada prensa gay y a las oficinas de los aspirantes demócratas rivales. Los documentos señalaban que Jackson era homosexual en secreto y miembro de un club sexual clandestino para gais. [7] Los reporteros investigaron la calumnia, pero no pudieron corroborarla y la historia quedó descartada rápidamente, tanto por parte de la prensa convencional como por parte de las pequeñas

publicaciones gais que los soviéticos habían esperado que acusaran a Jackson de hipocresía por esconder su supuesta homosexualidad. A pesar de que se trataba de un proyecto prioritario para el Kremlin, que había invertido en él considerables recursos, la campaña de difamación fracasó y no tuvo ninguna repercusión visible en la campaña electoral. Al final, Jackson perdió la nominación, que ganó Jimmy Carter, en aquel entonces el desconocido gobernador del estado de Georgia. Las medidas activas del KGB contra Jackson no fueron más que un factor menor entre las numerosas razones por las que no consiguió la nominación de su partido.

Ahora imaginemos cómo habría podido desarrollarse la historia de Scoop Jackson si en 1976 hubiera habido dos mil quinientos millones de personas en las redes sociales, como ocurre hoy. El simple hecho de plantar la semilla en un periódico digital extremista bastaría para que el bulo echara a rodar. A partir de entonces, las noticias falsas sobre las «perversiones» de Jackson probablemente se habrían vuelto virales en Twitter con un costo mínimo. Los directores de esos mismos periódicos serios que rechazaron el engaño en 1976 se habrían visto obligados al menos a informar de lo que se estuviera diciendo en internet al respecto, si bien no de la propia acusación.

Una vez que la prensa de calidad hubiera recogido la noticia, esto serviría de excusa para que surgiera una segunda oleada de informaciones en la prensa alternativa y en las redes sociales, precisamente sobre el hecho de que la prensa convencional estuviera cubriéndola. En paralelo, se podría movilizar un ejército de *bots* en Twitter dirigido a los activistas LGTBQ para que presionaran más a Jackson. Quizá

se habrían creado grupos de Facebook con este propósito, para unir a la izquierda y a la derecha a partir de la noticia. A la hora de la verdad, quizá se dedicaran cientos de horas a debatir la cuestión en los informativos por cable. Y todo esto se habría conseguido por una parte muy pequeña del costo que tuvo la fallida campaña de 1976.

Más o menos al mismo tiempo que se desplegaban las medidas activas contra Scoop Jackson, un recluta de veinticuatro años estaba recibiendo su formación preparatoria en la 401.ª escuela del KGB en Okhta, en la que entonces se llamaba Leningrado. Vladímir Vladímirovich Putin había soñado con ser agente de los servicios de inteligencia desde que era adolescente, educado con la propaganda soviética y sus historias sobre las heroicas hazañas de los agentes del KGB en defensa de la dictadura del proletariado. Durante los siguientes quince años —cinco de los cuales los pasó en Dresde, en la comunista Alemania del Este—, Putin iba a convertirse en un hombre del KGB en toda regla. Como es natural, no se conoce casi ningún detalle del trabajo que realizó como espía soviético, pero lo que sí sabemos es que el KGB, en aquella época, gastaba inmensas sumas de dinero en las medidas activas. Cuando se retiró, con el rango de teniente coronel, en 1990, Vladímir Vladímirovich había aprendido muy bien la lección.

Existen sólidas pruebas de que el propio ascenso de Putin a la cúspide del Estado ruso, nueve años más tarde, se construyó a partir de una de las medidas activas más audaces, implacables y sanguinarias que se conocen. El 31 de agosto de 1999, Rusia sufrió el primero de una extraña ola de atentados terroristas. Durante un periodo de diecisiete días, estallaron

bombas de gran tamaño en un centro comercial de Moscú y en cuatro torres de apartamentos independientes (la primera en Buinaksk, en Daguestán, luego dos en Moscú, con cuatro días de intervalo, y, por último, un enorme camión bomba delante de un edificio residencial de nueve plantas en la ciudad de Volgodonsk). [8] Las bombas explotaron de noche, lo que multiplicó el número de víctimas civiles. En total murieron alrededor de trescientas personas y más de mil resultaron heridas. Después de una breve investigación, Vladímir Putin, entonces primer ministro, acusó a los separatistas chechenos y utilizó los incidentes como *casus belli* para justificar una guerra brutal con el fin de someter a la agitada república de mayoría musulmana.

Sin embargo, había graves contradicciones en la explicación oficial. La mayor fue que, aunque cuatro atentados tuvieron éxito, los vecinos desbarataron otros tres, en el clima de extrema vigilancia que siguió a las primeras bombas. En uno de los planes frustrados, en la ciudad de Riazán, se detuvo a los autores. Llevaban documentos de identidad emitidos por el FSB, el servicio heredero del KGB.

Las autoridades no reaccionaron de forma coherente ante este dato. Después de que, al principio, el FSB elogiara a los habitantes de Riazán por su estado de alerta, que había permitido detener a los terroristas chechenos, cambió de rumbo cuando se vio que había agentes suyos implicados y dijo que el incidente se había producido durante unas maniobras de seguridad. En años posteriores se impidió de manera sistemática cualquier intento de investigación independiente y se persiguió sin piedad a los rusos que ponían en tela de juicio la versión oficial que culpaba a los chechenos.

Los más famosos y más insistentes, la periodista Anna Politkóvskaya y el exagente Alexandr Litvinenko, murieron asesinados. Las pesquisas independientes sobre sus asesinatos indican la participación del aparato de seguridad ruso.

En la actualidad, el consenso entre los expertos sobre Rusia es que los atentados contra los edificios de apartamentos los organizó el FSB para consolidar el ascenso de Vladímir Putin al poder. Da la impresión de que fueron un híbrido peculiar: una operación «de falsa bandera» , o de distracción, para acusar del atentado a unos inocentes y, al mismo tiempo, una medida activa asesina en la que se jugaba el control del Estado ruso. Lo que resulta indiscutible es que la ola de fervor nacionalista posterior a los atentados y la guerra de Putin contra el separatismo checheno le otorgaron el dominio absoluto del país.

Los atentados de 1999 contra los edificios de apartamentos deberían bastar para dejar claro el carácter de Vladímir Putin. Para alguien dispuesto a tomar medidas activas de semejante dimensión, internet es, ante todo, un inmenso multiplicador de fuerzas. La extrema apertura del nuevo ecosistema de la información resuelve todos los problemas que hicieron que aquellas primeras campañas soviéticas fueran relativamente ineficaces, y con un costo mucho menor. Un viejo agente del KGB en Facebook o en Twitter es como un niño en una tienda de caramelos.

La medida activa más conocida de las tomadas en los últimos años fue el fructífero intento de influir en las elecciones de 2016 en Estados Unidos. Llamó la atención porque combinaba los viejos asuntos de la desinformación soviética con las herramientas de la era de internet. Sin

embargo, su notoriedad ocultó el hecho de que, en realidad, no era sino otra más de una larga retahíla de campañas de medidas activas emprendidas en internet por los rusos.

Michael McFaul, embajador de Estados Unidos en Rusia durante el mandato de Obama, relata lo que sintió cuando lo escogieron personalmente como diana de una de esas campañas de desinformación:

> La noche de las elecciones presidenciales [rusas], el 4 de marzo de 2012, una falsa cuenta de Twitter que tenía un aspecto idéntico al de la mía publicó varios tuits que ponían en tela de juicio los procedimientos electorales antes incluso de que se hubiera acabado la votación. Los medios rusos enloquecieron, igual que varios funcionarios del Gobierno, que me acusaron de abierta injerencia en el proceso electoral. La artimaña estaba tan bien ejecutada que en la embajada nos costó un tiempo darnos cuenta de lo que sucedía. Incluso llegué a pensar, al principio, que alguien de mi equipo se había vuelto loco y estaba tuiteando desde mi propia cuenta. Al final lo averiguamos: la cuenta falsa utilizaba una I mayúscula en vez de una l minúscula en el apodo que utilizo en Twitter, @McFaul (@McFauI tiene un aspecto similar). Entonces pudimos explicar el origen de los tuits espurios, pero después de que hubieran transcurrido ya varias horas llenas de informaciones sacadas de quicio. [9]

Fue una medida activa típica del KGB: utilizada con todo cinismo para destruir cualquier posibilidad de un acercamiento entre Estados Unidos y Rusia. Fue, como valoró posteriormente McFaul, «la calumnia que mató el reinicio» —el intento del Gobierno de Obama de arreglar las relaciones bilaterales con Rusia—, es decir, fue una operación de medidas activas con consecuencias diplomáticas. Para Rusia, inventarse la realidad es un instrumento más del arte de gobernar.

La velocidad y la eficacia de estas medidas en internet animó a los rusos a intentar otras jugadas más audaces. Un ejemplo son las manifestaciones enfrentadas que recorrieron

Travis Street, en el centro de Houston, durante el mediodía del 21 de mayo de 2016. A un lado de la calle, un centenar de manifestantes conservadores pedían «frenar la islamización de Texas». Enfrente, una contramanifestación de los Musulmanes Unidos de América exigía «salvar el saber de la tradición islámica». La escena estaba cargada de tensión y los insultos se disparaban en ambas direcciones. Las dos protestas, según aclararon investigaciones posteriores, fueron el resultado de una campaña rusa de medidas activas.

La operación de Travis Street seguramente se entendió como un fracaso en San Petersburgo, donde la Agencia de Investigación de Internet —el brazo de Putin para las campañas de medidas activas— lo había planeado todo. Lo ideal habría sido que hubiera habido una escalada de violencia entre las dos manifestaciones, algo que habría llamado la atención de los medios tradicionales y que habría alimentado la polarización y la discordia: el objetivo del Kremlin. No fue así, pero la operación no había costado mucho. Al difundir en 2017 los resultados de una investigación sobre el incidente, el presidente del Comité de Inteligencia del Senado estadounidense, el senador Richard Burr (republicano por Carolina del Norte), calculó que organizar las manifestaciones no había supuesto al Kremlin más que el desembolso de unos doscientos dólares en anuncios en Facebook. Con un fracaso tan barato, la Agencia de Investigación de Internet podía permitirse un enfoque probabilístico de las medidas activas. Igual que un buscador de petróleo está encantado de perforar cien pozos, aunque noventa y nueve estén vacíos, los rusos calculaban que podían intentar lo que fuera, fracasar el 99 por ciento de las veces y, aun así, acabar triunfando. [10]

No les faltaba razón.

Lo que los rusos necesitaban para que una medida activa obtuviera éxito era, como en las campañas soviéticas de desinformación durante la Guerra Fría, que los medios de comunicación serios se hicieran eco de ella. Y el dividido ecosistema mediático de la era de internet ha facilitado mucho esta vía. Una noticia podía empezar apareciendo de forma marginal en las redes sociales y, si la compartían un número suficiente de personas, el recientemente avivado mundillo de los medios de extrema derecha la acababa recogiendo, sobre todo Breitbart o cualquier otro gran propagador de desinformación de los que circulan en internet. De ahí, quizá, la reproducía un medio conservador más convencional como Fox News. Muchas veces, los demás medios no tenían otra opción que seguir su ejemplo. El resultado era el continuo difuminado de las diferencias entre distintos tipos de noticias y el hecho de que a los lectores les fuera cada vez más difícil diferenciar entre todo el abanico de posibilidades, desde el periodismo riguroso hasta la más absoluta desinformación. Como veremos, con la llegada de la tecnología de las ultrafalsificaciones (*deep-fakes*), que permite sustituir una foto o un vídeo de alguien con la imagen de otra persona, la versión digital de las medidas activas se ha convertido en una amenaza estratégica nueva y aterradora.

Melissa M. Lee, catedrática de la Universidad de Princeton, ha calificado esta estrategia de «política de Estado subversiva» y dice que la subversión es una alternativa barata al uso de la fuerza militar tradicional. [11] Según esta teoría, las nuevas formas de subversión digital crean un área gris entre una ofensiva militar y la mera propaganda. Se trata de una zona

confusa que los políticos occidentales todavía no saben muy bien cómo sortear.

Un estudio de RAND Corporation define la nueva estrategia como «una manguera de falsedades» por las dos características que la distinguen: «la gran cantidad de canales y mensajes, y la voluntad deliberada de difundir medias verdades o mentiras descaradas». Los autores del estudio señalan que la propaganda rusa actual «es, además, rápida, continuada, repetitiva y, sobre todo […], carece por completo de coherencia». La propaganda rusa se contradice alegremente de un día a otro, porque su propósito no es que la crean, sino que la repitan, para así ofuscar, confundir e interrumpir la difusión de informaciones veraces. [12]

Para aplicar su manguera de falsedades, la Agencia de Investigación de Internet utilizaba continuamente ejércitos de *bots* capaces de amplificar el eco de la desinformación. Un ejército de *bots* es «un grupo de ordenadores infectados con programas malignos a través de internet que pueden manejarse por control remoto para, por ejemplo, organizar ataques de denegación de servicio». [13] Son, no cabe la menor duda, un arma temible de la posverdad. Sin embargo, exagerar la capacidad de influir de estos ejércitos de *bots* puede resultar peligroso.

Los ejércitos de *bots* hacen poco más que facilitar un proceso que muchos usuarios de internet también están encantados de realizar. Sinan Aral, catedrático en la Escuela Sloan de Administración en el MIT, ha llegado a la conclusión de que los usuarios humanos de Twitter tienen, aproximadamente, un 70 por ciento más de propensión a

retuitear noticias falsas que noticias verdaderas. Una noticia veraz tarda, por término medio, alrededor de seis veces más en llegar a mil quinientos usuarios de Twitter que otra falsa. Las falsedades se retuitean más que las verdades en todos los niveles de una cascada de tuits (una cadena continua de tuits). [14] [15]

El estudio propone una alarmante explicación de ese descubrimiento: nos encantan las novedades. Lo que los internautas humanos muestran no es un sesgo en favor de la mentira, sino un sesgo en favor de lo inesperado, de lo escandaloso y nuevo. Por supuesto, los bulos suelen ser mucho más inesperados, escandalosos y sorprendentes que las verdaderas noticias. Sin la aburrida necesidad de comprobar la veracidad, los fantaseadores que ofrecen desinformación tienen libertad para inventarse historias tan llamativas y convincentes que consigue activar todos nuestros estímulos.

En las redacciones corre la vieja broma de que algunas noticias «son demasiado buenas para comprobarlas». Es decir, son tan perfectas tal como están que apena confirmar su veracidad y descubrir —como es de imaginar— que la noticia real no es, ni mucho menos, tan convincente ni atractiva como la información inicial. Para los periodistas profesionales, «demasiado buena para comprobarla» es una broma. En las publicaciones serias, desde luego, se comprueba hasta el último detalle. Tienen que hacerlo. Las noticias que superan el proceso de verificación suelen ser menos emocionantes —y menos atractivas para compartir— que si no se hubieran corroborado.

Por el contrario, para los agentes de la desinformación, «demasiado buena para comprobarla» es una declaración de intenciones, una ventaja clave que les permite inventarse historias que la gente no se resiste a compartir. La apertura extrema de internet y la pérdida de importancia de los guardianes de la información se convierten en factores decisivos que les permiten actuar con una libertad que antes era impensable. Con las tradiciones y las instituciones que protegían a la sociedad frente a la desinformación hechas añicos, los que practican las oscuras artes de la posverdad se ven lanzando penaltis sin ningún portero que pueda impedírselo.

Para enturbiar aún más las cosas, las técnicas de propaganda como las medidas activas se las arreglan para colonizar los espacios informativos convencionales. En Estados Unidos, por ejemplo, siempre se había pensado que los informativos locales de las seis de la tarde en televisión eran un refugio de la información «seria», pero empresas nuevas como Sinclair Media han comprado estratégicamente emisoras locales en todo el país y ahora ofrecen un producto televisivo que parece un informativo normal, pero que, en realidad, ofrece una información tremendamente sectaria. La misión de Sinclair parece ser sobre todo la difusión de los temas de debate del Partido Republicano, un modelo que se reproduce cuando el populismo, la polarización y la posverdad campean a sus anchas.

En Venezuela, unos turbios personajes, sospechosos de estar secretamente vinculados con el partido gobernante, compraron *El Universal* , el periódico más antiguo del país, y Globovisión, la principal cadena de noticias-veinticuatro

horas, y se apresuraron a convertirlos en altavoces del régimen. Tuvieron mucho cuidado en no alterar el aspecto de ninguno de los productos: el tipo de letra y la maquetación de *El Universal* siguieron siendo los mismos, al igual que la música, el logotipo y muchos de los periodistas de Globovisión. Solo un círculo muy reducido de personas sabían lo que pasaba y era fácil no percatarse. Pero los contenidos sí fueron cambiando de forma gradual, hasta que resultó difícil distinguirlos de los demás instrumentos de propaganda del régimen.

Existen casos similares en Egipto, Hungría, India, Indonesia, Montenegro, Nigeria, Pakistán, Polonia, Rusia, Serbia, Tanzania, Túnez, Turquía y Uganda, entre otros países. La transformación subrepticia de las empresas de medios, que pasan de ser independientes a convertirse en portavoces del Gobierno, se ha generalizado en los regímenes que implantan sigilosamente la autocracia. En todos los casos, la propaganda se viste con los ropajes del periodismo tradicional para ofrecer un producto muy estudiado con el fin de confundir y desconcertar al público.

En las elecciones de 2019 al Parlamento Europeo, los gigantes de las redes sociales tuvieron que dedicarse al juego «golpea al topo», a intentar cerrar las páginas de bulos con tanta rapidez como sus autores las abrían. En solo un mes, mayo de ese año, Facebook cerró veintisiete páginas, que tenían dos millones de seguidores polacos entre las dos, por compartir contenidos claramente falsos que eran «antisemitas, antimusulmanes, antiinmigración, anti-LGTB y antifeministas». [16] Una semana antes, en Italia, Facebook había cerrado veintitrés páginas, en su mayoría

progubernamentales y que sumaban un total de casi dos millones y medio de seguidores, por difundir bulos y contenidos en contra de la inmigración. [17] En abril Facebook había cerrado en España diecisiete páginas, con 1,4 millones de seguidores. [18]

Cualquier acontecimiento que polariza y divide a las sociedades democráticas se convierte en una oportunidad para la propaganda, y la pandemia de la COVID-19 no ha sido ninguna excepción. A mediados de 2020, unos investigadores del Instituto de Internet de Oxford descubrieron que varios medios subvencionados por el Estado en China, en Irán, en Rusia y en Turquía se dedicaban a difundir informaciones falsas sobre la crisis entre los usuarios de redes sociales de habla francesa, alemana y española. [19] Los órganos de propaganda de cada país se centraban en un tipo distinto de desinformación: los medios chinos y turcos tenían más interés en destacar el papel de sus respectivos países en la lucha contra el virus, mientras que los rusos e iraníes querían agitar las aguas, sembrar la discordia en los países receptores y propagar teorías de la conspiración sobre la pandemia, en muchos casos dirigidas de forma concreta a los latinoamericanos. Sea cual fuere el objetivo de la desinformación, el contenido de los órganos de propaganda de estos estados siempre conseguía ganar «una atención media por artículo superior a la de las informaciones de medios destacados como *Le Monde* , *Der Spiegel* y *El País* ». [20]

En muchos países, los medios tradicionales intentan competir todavía con estos proveedores de desinformación. Sin embargo, lo hacen con una enorme desventaja. El verdadero periodismo, el que se atiene a los criterios

tradicionales de rigor y verificación, nunca puede ser superior a la desinformación en un aspecto vital: la novedad. Y, como he indicado, nuestro cerebro está preparado para buscar cualquier información nueva.

El resultado es una especie de alteración periodística que hace que la mala información acabe de manera sistemática con la buena. Y, si la situación es mala en la esfera pública, aún lo es peor en el terreno ambiguo y casi privado del tráfico en las redes sociales oscuras.

La oscuridad en el corazón de Whatsapp

Aunque las redes sociales abiertas, como Twitter e Instagram, dominan la conversación en los países desarrollados, existen otro tipo de plataformas que están aumentando su popularidad. En India, Nigeria, México e Indonesia —por mencionar solo algunos países—, la desinformación viaja cada vez más a menudo en forma de contenidos que se pueden compartir, que, en el mejor de los casos, manipulan la verdad y, en general, la falsean sin tapujos en busca del beneficio político, y que se comparten a través de redes de mensajería privada.

La reina de estas redes sociales oscuras, la plataforma de mensajería WhatsApp, propiedad de Facebook, ha adquirido una impresionante popularidad y, en los países en desarrollo, resulta imposible de controlar, debido a su imbatible combinación de cifrado de extremo a extremo (que impide que incluso la propia empresa sepa qué contenido se transmite) y la etiqueta de «gratis».

Para hacernos una idea del daño que pueden ocasionar las mentiras en estas plataformas, fijémonos en India. En 2017, en las cadenas de mensajes de WhatsApp de este país, empezó a

circular una avalancha de rumores sobre una banda que secuestraba niños que desató el pánico y la consiguiente oleada de linchamientos en los pueblos a los sospechosos de haber cometido esos crímenes. Nunca hubo ninguna prueba de que se hubiera raptado a ningún niño, pero los rumores parecían imposibles de contener. Muchos de los aldeanos que los difundían a duras penas sabían leer y escribir, y tenían un escaso acceso a otras fuentes de información que podrían haberlos hecho ver que los rumores eran completamente falsos.

El pánico por los secuestros de menores en India se cobró su precio en el número de muertos. A mediados de 2018 se habían documentado ya más de cincuenta agresiones, con cuarenta y seis personas asesinadas. Los rumores se encendían en un lugar, desencadenaban una oleada de agresiones y luego se apagaban, pero reaparecían días o semanas después y, a veces, a cientos de kilómetros. Parecía claro que las autoridades no sabían cómo reaccionar. [21] En junio de 2018, después de una agresión, el Gobierno del estado indio de Tripura cerró internet para sus 3,7 millones de habitantes durante una semana en un desesperado intento de acabar de una vez por todas con los rumores. [22] Al final, Facebook limitó el número de veces que se podía reenviar un contenido en WhatsApp para intentar frenar la difusión de desinformaciones.

El pánico por el secuestro de niños no tuvo ningún motivo político. Da la impresión de que se extendió de manera natural, cuando unos padres asustados intentaron ayudarse mutuamente para proteger a sus hijos. Sin embargo, fue la «prueba de concepto» del poder que las redes sociales oscuras

podían alcanzar en el contexto indio. Cuando llegó el momento de las mastodónticas elecciones nacionales de 2019, en las que votaron más de seiscientos millones de personas, había ya un terreno fértil para el estallido de los bulos y las noticias falsas. [23]

Una historia difundida en WhatsApp decía que Rahul Gandhi, el líder del Partido del Congreso, iba a pagar grandes sumas de dinero a las familias de unos terroristas suicidas que habían atacado a soldados indios en Cachemira. [24] Otra —desde hace tiempo, uno de los rumores más populares— aseguraba que su madre, Sonia Gandhi, es más rica que la propia reina de Inglaterra. [25] Y, en un país en el que el hinduismo político está muy enraizado y las vacas son verdaderamente sagradas, las acusaciones difundidas en internet de que docenas de políticos comían carne de vacuno desbarataron sus perspectivas electorales. [26] Gran parte de la desinformación —aunque no toda— parecía originarse en una agresiva campaña del BJP, el partido nacionalista hindú que ocupaba el Gobierno, consistente en caracterizar al Partido del Congreso, en la oposición, como promusulmán, propaquistaní y poco hindú, con el fin de movilizar a los votantes en torno a su identidad religiosa. [27] El esfuerzo dio sus frutos, y el primer ministro del BJP se paseó hasta alcanzar una victoria abrumadora, sorprendentemente holgada.

WhatsApp permite identificar a los que reciben los mensajes con sus fotos y facilita el envío de breves mensajes grabados (las «notas de voz»), por lo que elimina la traba del analfabetismo: por eso es la primera red social que ha conseguido un seguimiento masivo entre la gente que carece de algún tipo de formación. Según *The Economist* , una nota

de voz que aseguraba que Atiku Abubakar, uno de los favoritos en las elecciones presidenciales de Nigeria, contaba con el respaldo de la «Asociación de hombres gais de Nigeria» se hizo viral. [28] No existe ninguna asociación semejante en un país que sigue siendo profundamente homófobo, pero las calumnias de este tipo contra los homosexuales están entre los ataques más repetidos y dañinos en la mayor parte del mundo.

El diseño de WhatsApp impide saber con exactitud cuánta gente recibió el mensaje, pero el bulo no desapareció y es posible que contribuyera a la derrota de Abubakar frente a Muhammadu Buhari. Otro rumor falso decía que Buhari, que es musulmán, estaba conspirando para matar a los cristianos del país. ¿Cómo va a distinguir un campesino analfabeto, cuya principal fuente de información es WhatsApp, las mentiras de las verdades?

En México, las fábricas de bulos destinados a las redes sociales tuvieron un papel decisivo en la campaña presidencial de 2018. Un análisis de la ONG mexicana Artículo 12, que defiende la protección de datos, descubrió que alrededor de tres mil sitios web independientes se estaban utilizando para generar y difundir noticias falsas o tendenciosas durante la campaña. [29] Aproximadamente el 55 por ciento de las cuentas de Twitter que apoyaban al candidato del partido gobernante eran *bots* (programas informáticos que simulan ser personas en las redes sociales), dedicados, en muchos casos, a propagar bulos. Algunas campañas bien orquestadas parecía que estaban diseñadas para sembrar la confusión y el caos, y no para que el electorado se inclinara por algún partido político en concreto. Por ejemplo, a principios de 2017, en medio del aumento de las tensiones sociales y de las protestas

en todo el país por el reciente incremento del precio del combustible, un ejército de unos mil quinientos *bots* empezó a colocar una etiqueta alarmante, #SaqueaUnWalmart, que empujó a la gente a refugiarse a toda prisa en su casa para estar a salvo ante los rumores de desórdenes generalizados. [30] En días sucesivos hubo setenta y nueve tiendas saqueadas, ninguna de ellas un Walmart. No está claro aún quien inició la campaña ni cuál era su propósito.

Las elecciones presidenciales de 2019 en Indonesia demostraron lo peligrosa que puede volverse una situación cuando se utilizan las redes sociales oscuras para alimentar las tensiones étnicas en un entorno político volátil. El principal candidato de la oposición, Prabowo Subianto, dedicó gran parte de su campaña a hacer llamamientos a la solidaridad musulmana y a afirmar que el entonces presidente, Joko Widodo, estaba a sueldo de los chinos. [31] Era una diatriba incendiaria, porque las tensiones étnicas entre los indonesios autóctonos y la poderosa minoría de etnia china —con una desproporcionada presencia en la élite comercial del país— son desde hace mucho tiempo un punto de ruptura en esta nación de mayoría musulmana. Varios vídeos que circularon por WhatsApp aseguraban que el presidente Widodo planeaba prohibir a los musulmanes la llamada a la oración y llevar el pañuelo en público. [32] También hubo desinformaciones en la otra dirección, como el vídeo viral que afirmaba que Prabowo tenía pensado legalizar el matrimonio homosexual. [33] Rumores de este tipo se repitieron con insistencia e incluso se volvieron rutinarios. Es imposible vigilar todas las falsas informaciones que se difunden en la red, por supuesto, pero un informe oficial del Ministerio de Comunicaciones e

Información indonesio decía que hubo al menos setecientos bulos relacionados con las elecciones durante la campaña. [34]

La situación se descontroló justo después de las elecciones de abril de 2019. En mayo, las autoridades llegaron a impedir el acceso a Facebook y WhatsApp tras los disturbios que se extendieron por Yakarta poco después de unas elecciones presidenciales muy disputadas. Cuando Widodo resultó elegido, empezaron a difundirse en las redes sociales oscuras de Indonesia teorías de la conspiración sobre soldados chinos que se habían disfrazado de policías o de antidisturbios y que habían disparado contra los manifestantes mientras rezaban en las mezquitas, lo que había desencadenado en los barrios musulmanes pobres unas revueltas que habían dejado al menos ocho muertos y setecientos heridos. Los manifestantes gritaban: «¡Fuera los chinos!» y «¡Cuidado con los extranjeros!», mientras arrasaban Yakarta en lo que solo puede calificarse de un pogromo contra los chinos.

Estos episodios demuestran que al miedo, a la incertidumbre y a la duda —lo que suele denominarse FUD, [*] por sus siglas en inglés— les es muy fácil propagarse por los canales de las redes oscuras. Si, como argumentó Marshall McLuhan hace muchos años, «el medio es el mensaje», el mensaje contenido en el tráfico oscuro está claro: el FUD gana y, cuanto más haya, mejor. [35]

Este nuevo paisaje mediático, en el que está confuso el límite entre los distintos tipos de noticias, resulta ideal para una estrategia muy sencilla: inundar la zona. Generar todo ese volumen de mensajes —muchos falsos y casi todos engañosos — y transmitirlos mediante canales no regulados (e imposibles

de regular) hace que sea casi imposible repeler la desinformación. Incluso a los consumidores de medios más educados y formados les resulta difícil distinguir entre mentira y verdad en este ambiente. ¿Quién no ha dado al botón de reenviar y, minutos después, se ha enterado de que, sin querer, ha ayudado a difundir desinformaciones? Si unos usuarios que dominan los medios no pueden aclararse, ¿qué van a hacer los campesinos del estado de Tripura y los habitantes de las barriadas más pobres de Yakarta?

Y las redes oscuras no son más que una parte de este ecosistema informativo totalmente nuevo, anclado con firmeza en la posverdad —la tercera de las tres pes—, caracterizado por una explosión de canales de comunicación propiciada por internet y otras tecnologías. Todas esas tecnologías dejan de lado a los guardianes tradicionales y difuminan de forma sistemática la diferencia entre distintos tipos de noticias. A medida que baja el costo de llegar cada vez a más gente a través de más canales, las guías que antes ayudaban a la gente a saber en qué noticias se podía confiar y en cuáles no desaparecen. En este nuevo mundo, el simple hecho de generar mensajes basados en el FUD a una escala tan grande que abruma al público se convierte en una estrategia ganadora; en una mucho mejor, desde la perspectiva de los costos y los beneficios, que el monótono trabajo de esforzarse para convencer a unos oyentes con argumentos razonados.

MÁS ALLÁ DEL FUD: EL RIDÍCULO COMO ARMA

Sin embargo, los países en desarrollo no son los únicos propensos a aceptar la peculiar política de la posverdad, y el FUD (miedo, incertidumbre y duda) no es la única manera de

aprovechar unas revolucionarias tecnologías de la comunicación y ponerlas al servicio de la confusión y el conflicto. En algunas de las democracias más consolidadas y longevas del mundo, los líderes 3P han descubierto que la mofa, en internet y en el mundo real, puede tener unas consecuencias devastadoras.

Para ver cómo actúa este mecanismo, debemos remontarnos a mediados de la década de 1990. En aquella época, los mayoristas europeos de frutas y hortalizas tenían un problema. Aunque en 1993 se había proclamado el nacimiento del mercado único europeo, este se había puesto en práctica de forma desigual. Un ejemplo era el humilde banano: cada país tenía normas distintas para calificar y clasificar los bananos al por mayor. La mayoría daba una nota máxima a los bananos que consideraba aptos para la venta y una o dos más bajas a los frutos golpeados o deformados que, aun así, podrían servir para elaborar distintos productos procesados: zumos, puré de banano para bebés, repostería. Sin embargo, el baremo de clasificación en Bélgica no coincidía exactamente con el de Francia, que era distinto del de Italia, que, a su vez, era incompatible con el de Reino Unido. Un mayorista que vendía bananos en África tendría que dividir en cuatro grupos cada cargamento para cumplir con los requisitos de cada país. ¿No era lógico fijar un solo sistema europeo para clasificar los bananos y que los mayoristas y los minoristas con actividades en varios países no tuvieran que estar haciendo malabarismos con las diferentes normas? Al fin y al cabo, la innecesaria proliferación de reglamentos ligeramente contradictorios sobre los bananos era justo el tipo de discordia comercial por despilfarro que el Acta Única Europea pretendía evitar.

Así nació la norma 2257/94 de la Comisión Europea. [36] El 16 de septiembre de 1994, la Comisión Europea estableció un sencillo sistema de tres niveles para los bananos, con el fin de armonizar el batiburrillo anterior de normas nacionales. Según el nuevo reglamento, los bananos destinados a la venta debían estar «libres de curvaturas anómalas» y, para poder venderlos como bananos de primera categoría («extra»), no debían presentar ningún defecto. Por supuesto, los bananos de categoría inferior (y más baratos) se podían vender, aunque no tuvieran una forma perfecta, pero solo si se indicaba ese dato. Se trataba de un ejemplo práctico de armonización, el tipo de labor reguladora detallada que, aplicada de forma metódica en miles de mercados, daba forma a una gran idea: convertir toda Europa en un solo mercado.

Si alguien hubiera entrado el 15 de septiembre de 1994 en los despachos de Bruselas en los que los funcionarios de la Comisión Europea estaban perfilando los términos de la directiva sobre bananos y hubiera tratado de advertirles de que estaban a punto de cometer un error garrafal, habrían pensado que estaba de broma. El documento en el que estaban trabajando no solo era oscuro, sino que era rutinario y en apariencia inofensivo. El reglamento 2257/94 no prohibía a nadie que vendiera lo que fuese; aún más, no establecía ninguna norma nueva. Lo único que hacía era simplificar y ordenar los distintos reglamentos existentes. La idea de que aquel documento árido y técnico pudiera interesar a alguien, aparte de a unos cientos de profesionales del comercio, del transporte y de la venta al por mayor que participaban en el comercio internacional de frutas tropicales, habría parecido una locura.

Sin embargo, el reglamento iba a transformarse en un caso célebre y en uno de los primeros ejemplos de la dinámica de la posverdad. La prensa sensacionalista de Reino Unido estaba ya muy entregada a una campaña que empleaba el término «Bruselas» como sinónimo de una élite de funcionarios entrometidos y alejados del mundo. Con sus montañas de burocracia, su obsesión por codificar, su legalismo continental y su absoluta «francesidad», era como si la Unión Europea hubiera surgido de un laboratorio para crear mediante ingeniería genética la perfecta imagen inversa de lo británico. Fleet Street —la calle que albergaba las sedes de la estridente prensa sensacionalista británica— fue una precursora en la búsqueda de bulos virales, salvo que, en la década de 1990, esta se convirtió en una carrera para aumentar las ventas de periódicos.

El pánico que desataron los tabloides británicos por los «bananos curvos» sería el modelo para un tráfico interminable de artículos que se burlaban de los contables europeos. «Ahora sí que se han vuelto locos», tituló *The Sun* , el diario de circulación masiva propiedad de Rupert Murdoch, el legendario y reconocido euroescéptico. ¿Y el subtítulo? «Los dirigentes europeos prohíben los que sean demasiado curvos». [37] *The Daily Mirror* , *The Daily Express* y *The Daily Mail* se apuntaron a la locura de los bananos. Durante un tiempo pareció que en Reino Unido era imposible vender un periódico sensacionalista si no contenía por lo menos una alarmante noticia sobre el reglamento de los bananos.

Nada era verdad, desde luego. Las autoridades europeas, que contaban con la colaboración de las partes más respetables de la prensa británica («Vamos a aclarar la historia de los

bananos», decía un sobrio titular de *The Independent* el 21 de septiembre de 1994), [38] se volvieron locas intentando repeler el mito del banano curvo. Sin embargo, ya en 1994 un titular viral y al que era imposible resistirse viajaba mucho más deprisa y penetraba en el cerebro de la gente con más firmeza que cualquier noticia comprobada y corroborada. Por algún motivo, la imagen de los serios y graves mandarines europeos con sus trajes caros explicando su posición sobre la curvatura de los bananos les dejó aún más en ridículo.

Con el tiempo, las anécdotas de los «bobos burócratas de Bruselas» pasaron a ser una especie de género periodístico con características propias y la continua producción de directivas y reglamentos de la Unión Europea empezó a suministrar un río infinito de material para que los creativos escritorzuelos británicos intentaran redactar la siguiente noticia viral. Uno de los vendedores de noticias más enérgicos era el joven jefe de la delegación en Bruselas del periódico conservador *The Telegraph* . Se llamaba Boris Johnson.

Después del éxito alcanzado con el mito del banano curvo, la prensa sensacionalista enseguida se puso a buscar otras historias sobre hortalizas curvas. Pronto encontró su siguiente campaña: la supuesta prohibición europea de los pepinos curvos. De nuevo, un reglamento aprobado para satisfacer las necesidades de los transportistas y los mayoristas pasó a ser blanco del furor de la prensa populista. (Los pepinos curvos nunca se prohibieron, pero una directiva europea ordenó que los que tenían una curvatura excesiva se etiquetaran y empaquetaran aparte para su venta al por mayor). [39]

A estas historias siguieron muchas otras sobre «euromitos» similares, cada uno más absurdo que el anterior. Por lo menos quinientos acabaron publicados de una u otra forma en la prensa euroescéptica británica. Conocemos la cifra porque la Comisión Europea, en un intento frustrado de defenderse, acabó por reunir todos en una página web para refutarlos.

Entre los titulares recogidos figuran:

> Las nuevas normas europeas prohíben que los carniceros den huesos a los perros. [40]
>
> Las normas europeas exigen que las piscifactorías orgánicas traten cualquier síntoma de enfermedad con homeopatía. [41]
>
> Las autoridades de la UE quieren controlar tus velas. [42]
>
> [Vuestras] salvas con veintiún cañones son demasiado ruidosas, dice Bruselas a la Royal Artillery. [43]
>
> La C[omisión] E[uropea] prohibirá los *Ploughman Sandwiches* . [*] [44]
>
> Las campanas de las iglesias se mantienen en silencio por miedo a las leyes de la U[nión Europea]. [45]
>
> Se colocarán señales de advertencia en las montañas para advertir a los alpinistas de que están muy arriba. [46]
>
> La CE unificará los tamaños de los ataúdes.
>
> Los locales de comida deberán ofrecer los condimentos en bolsitas, en lugar de en frascos o en tubos exprimibles.
>
> Los equilibristas deben caminar por la cuerda con casco, dice Bruselas.
>
> La UE podría prohibir a las orquestas que utilicen tripas de vaca para las cuerdas.

Es lógico que estas informaciones dieran dinero a los periódicos: eran contenido retuiteable antes de que Twitter existiera. Boris Johnson se especializó en este tipo de crónicas y se dedicó a publicar múltiples historias que fomentaban el euroescepticismo, a pesar de que sus informaciones no tenían ninguna base. La Europa de la imaginación de Johnson quería imponer un tamaño único de condón. Prohibir el reciclado de

las bolsitas de té. Prohibir los aperitivos con sabor a cóctel de gambas. Prohibir que los niños inflaran globos. Ninguna de sus afirmaciones se sostenía. Sin embargo, no importó: las crónicas ya habían situado a Johnson en el camino que, en 2019, iba a desembocar en el 10 de Downing Street, cuando se convirtió en el primer ministro de la posverdad.

La Comisión Europea intentó varias maneras de refutar esas historias tan tremendamente absurdas: algunas respuestas son serias y tecnocráticas, otras son secas, otras casi parecen súplicas, algunas rozan el sarcasmo. Ante semejante locura, la Comisión Europea, a veces, se permitía hacer chistes. Tras una noticia completamente extravagante e inventada sobre una supuesta directiva que obligaba a las vacas a llevar pañal en las laderas de los Alpes, la Comisión Europea dijo que era un «disparate "tetal"». [47]

No obstante, a las autoridades europeas les costó contrarrestar los efectos corrosivos de este tipo de noticias. Cualquiera que haya sido objeto de burlas en un patio de recreo sabe que no resulta sencillo enfrentarse al ridículo. No importa que lo que se diga casi nunca sea verdad y que jamás sea ni remotamente justo. Los artículos en contra de la Unión Europea tuvieron una eficacia devastadora a la hora de describir la sede de la Unión Europea en Bruselas como un sitio en el que una élite ilegítima se aprovechaba de la complejidad para usarla como un arma contra la buena gente británica. Era populismo puro y duro, otro ejemplo más de utilización por sus adeptos para demostrar que el sufrido pueblo necesita la protección de los valientes líderes 3P .

Cuando se leen estos artículos se capta el poder político de la burla como técnica para desmantelar la verdad. Tiene una capacidad de resistencia que supera cualquier desmentido. Todavía en el referéndum de 2016 sobre el Brexit, veinte años largos después de que circulara el bulo y de que se hubiera demostrado que era un completo engaño, Boris Johnson seguía recurriendo al mismo caballo de batalla. «Es una completa locura que la U[nión] E[uropea] nos diga la potencia que deben tener nuestras aspiradoras, la forma que han de tener nuestros bananos y todo eso», declaró a un entrevistador unas semanas antes de la votación. [48]

Algunos confiaban en que la responsabilidad de convertirse en primer ministro de una potencia nuclear calmaría a Johnson y haría que apareciera de nuevo el estudioso intelectual de Oxford que había sido en su juventud. No fue así. En la víspera de su elección como líder del Partido Conservador —y, por consiguiente, primer ministro—, Johnson se presentó con un arenque ahumado en la mano ante una muchedumbre que le vitoreaba y dijo que había hablado con un comerciante de la Isla de Man que se había quejado estruendosamente de que las normas europeas estaban acabando con sus márgenes de beneficio, porque lo obligaban a enviar sus arenques «sobre almohadillas de hielo». «Una inutilidad, una inutilidad, cara y perjudicial para el medio ambiente —vociferó, y después añadió—: Volveremos a traer los arenques. No es ninguna maniobra de distracción». [49] Todo era mentira. Los reglamentos europeos no dicen absolutamente nada sobre almohadillas de hielo, ni sobre arenques ahumados. La Isla de Man no forma parte de la Unión Europea…, ni tampoco de Reino Unido (es una «dependencia de la Corona»). Daba

igual. Soltar embustes sobre las normativas europeas había permitido a Johnson llegar hasta allí y no pensaba detenerse.

Con todo, no fue Boris Johnson quien sacó a Reino Unido de la Unión Europea; lo que creó las condiciones para que Reino Unido se divorciara de Europa fue el sentimiento arraigado de que la élite de Bruselas y los plutócratas de Londres estaban profundamente alejados del sentido común de la buena gente. Ese sentimiento se había construido durante dos decenios de crónicas que se burlaban de las normas de la Unión Europea apoyándose en una desinformación sistemática. Y ni siquiera necesitaron internet para lograrlo.

Ahora bien, aunque estas tácticas de la posverdad eran posibles en la era anterior a internet, necesitaban los periódicos, las revistas, la radio y la televisión para proporcionar una amplia difusión a sus mensajes. Ya no. Internet nos ha convertido a todos los usuarios en propagadores de información. Algunos llegan a unos cuantos amigos y familiares. Otros, a millones. Algunos son personas y otros son *bots* . Los mensajes, en su gran mayoría, son anodinos, pero otros forman parte de una campaña para obtener y retener el poder o para debilitar a un rival.

Se ha escrito mucho sobre la patológica afición de Donald Trump a mentir. Según las pruebas de verificación de datos de *The Washington Post* , al acabar su mandato, el presidente Trump había hecho treinta mil quinientas setenta y tres afirmaciones que eran engañosas o falsas. [50] Como destacó Chris Cillizza, periodista de CNN, eso quiere decir que el presidente de Estados Unidos mintió en público más veces de las que una persona normal suele lavarse las manos. [51] Sin

embargo, para la estrategia de la posverdad de Trump fue igual de importante el uso sistemático de la burla para denigrar y humillar a los adversarios: con apodos como «Jeb, el de bajas energías», «El pequeño Marco», «Hillary la corrupta», Elizabeth «Pocahontas» Warren y Joe Biden «el dormilón», Trump exhibió un gran instinto para la intimidación y el poder político de la humillación. El ridículo es un complemento crucial del miedo, la incertidumbre y la duda.

En cada uno de estos casos, la posverdad consiste en el rechazo de la complejidad, del matiz y de la razón. Consiste en la adopción sin tapujos de la manipulación como técnica para gobernar. Consiste en la explotación sistemática de los prejuicios de la gente: la desconfianza de los cristianos nigerianos hacia los gais, la animadversión de los indios hindúes hacia sus compatriotas musulmanes, la hostilidad de los indonesios hacia los chinos o el rechazo de los ingleses a todo lo que llega del continente. Consiste en aprovechar el desmoronamiento de los viejos límites entre las noticias veraces y la propaganda en favor de un cínico beneficio inmediato. Se basa en la incómoda realidad de que existen muchas más probabilidades de creer una mentira que nos satisfaga emocionalmente que una verdad que no lo consiga. Y, a medida que disminuye el costo de difundir mentiras, resulta más fácil abrumar al público con ingentes cantidades de mensajes fraudulentos. Así desaparece la verdad y su lugar en la vida pública lo ocupan certezas tribales incompatibles y contrapuestas.

La venganza de una idea peligrosa

La idea de que nada es del todo verdad viene de muy antiguo. En los años setenta y ochenta del siglo pasado, un pequeño grupo de intelectuales universitarios de extrema izquierda, encabezado por el sociólogo radical francés Michel Foucault, empezó a defender que el conocimiento era una construcción de las élites, una ficción, como cualquier otra, creada por los poderosos para ejercer su poder. [52] «El saber —reza la célebre ocurrencia de Foucault— no ha sido hecho para comprender, sino para hacer tajos». En esta concepción postestructuralista, la realidad es una elaborada ficción, una construcción arbitraria, ensamblada por los poderosos para justificar y perpetuar su dominio sobre todos los demás.

Envueltas en el ampuloso e impenetrable lenguaje del mundo académico posmoderno, las teorías de estos grupos de intelectuales selectos eran impensables como candidatas a convertirse en virales. Su intención era agitar el debate en las ciencias sociales y la investigación intelectual, y su motor era la abstracta esperanza de que, si era posible demoler la ideología de la verdad, el mortífero control de la élite depredadora sobre los trabajadores podría atenuarse. En manos de sociólogos como Bruno Latour, esas ideas se extendieron a la ciencia y a la afirmación radical de que los hechos científicos no existen «ahí fuera» en el mundo, sino que son unos artefactos construidos por el pensamiento humano. [53]

El siglo XXI está dando la razón a Foucault y a Latour, aunque no de la forma en que ellos podían prever o desear. En vez de ayudar a la drástica liberación de los oprimidos, el ascenso de la posverdad está permitiendo establecer sigilocracias por todo el mundo. En todas partes, desde las aldeas de Nigeria hasta el camino de entrada de la Casa

Blanca, se utilizan los «hechos alternativos» para consolidar el poder de unos gobernantes 3P interesados en ejercer el poder sin rendir cuentas a nadie y de forma permanente.

Como demuestra David Frum en su libro *Trumpocracy* , esta mentalidad postestructuralista que prescinde de la verdad, porque considera que no es más que una construcción social, fue uno de los principios fundamentales del Gobierno de Trump. La avalancha de medias verdades, engaños, exageraciones, falsos testimonios, falsedades y mentiras que salía de la Casa Blanca podía ser incómoda para los estadounidenses, pero les resultaba incómodamente familiar a muchas personas de todo el mundo, con una larga experiencia en vivir bajo autocracias creadas a partir del marco de las tres pes. Mientras la Casa Blanca intensificaba su campaña de mentiras, los disidentes rusos, venezolanos, turcos, húngaros, iraníes, argentinos, indios, filipinos, nigerianos, argelinos y nicaragüenses miraban con complicidad a sus hermanos estadounidenses, como si quisieran decir: «¿Veis con lo que hemos tenido que convivir todos estos años?». [54] En todos estos casos, el ascenso de un nuevo tipo de autócrata coincidió con el desplome de la esfera pública como lugar en el que mantener un debate racional sobre los asuntos públicos.

La peligrosa idea de Foucault iba a tener una segunda vida turbulenta. Una vez libre, iba a cambiar de bando y a convertirse en un arma de las fuerzas más retrógradas de la sociedad, decididas ahora a consolidar su control del poder. En manos de los autócratas 3P, la construcción social de la verdad se transformó en la era de los «hechos alternativos» y las «noticias falsas»: una época en la que los poderosos actuaban

sin reparar en barras a la hora de desplegar el FUD desde las alturas.

En 2017, la situación se había descontrolado tanto que varios de los primeros defensores de la corriente que consideraba que la ciencia era una construcción social empezaron a tener dudas. En una entrevista que causó conmoción en todo el mundo académico francés, Bruno Latour afirmó que los intelectuales debían ayudar a «devolver a la ciencia algo de su autoridad». Como Pandora cuando miraba con pesar el caos que había causado al abrir la caja, Latour pasó a hacer una defensa convencional de la ciencia contra las falsedades inventadas: «Claro que estamos en guerra. Una guerra que libran una mezcla de grandes empresas y algunos científicos que niegan el cambio climático. Tienen grandes intereses en ello y mucha capacidad para influir en la población». [55]

Demasiado poco y demasiado tarde.

Las ultrafalsificaciones y las mentiras frecuentes

Lo más aleccionador en este debate es que nos permite darnos cuenta de que no hemos hecho más que empezar a descubrir la capacidad de la posverdad para desestabilizar las esferas públicas democráticas. Las manipulaciones y las distorsiones que hemos vivido hasta ahora, que han sido profundas, pueden no ser nada al lado de un futuro en el que unas herramientas de desinformación cada vez más baratas, accesibles y poderosas campen por sus respetos en internet, con peligrosas consecuencias.

La máxima atención hasta el momento se la han llevado las «ultrafalsificaciones» [*deep-fakes*]. Con el uso de la

inteligencia artificial y de otras tecnologías actuales, es posible —y cada vez más fácil— crear vídeos totalmente realistas de hechos que nunca se produjeron. Al principio se trataba de vídeos pornográficos que supuestamente mostraban a famosos en actividades sexuales que nunca habían tenido lugar, pero después las ultrafalsificaciones empezaron a penetrar en la mente y la esfera públicas como una tecnología muy rompedora al servicio de la posverdad.

Las ultrafalsificaciones ya han dado la vuelta a la presunción de autenticidad asociada durante mucho tiempo a las pruebas en vídeo; ahora ya no es más que una pintoresca reliquia de tiempos pasados. Y no hemos visto más que el principio.

Las democracias desarrolladas en las que todavía funcionan las instituciones protectoras de su legado (periódicos, emisoras serias de noticias, etcétera) van a tener que poner a prueba su capacidad de resistencia. Sin embargo, todo no está perdido, porque tanto los gobiernos como los consumidores son cada vez más conscientes de los peligros que las ultrafalsificaciones presentan. La situación es más grave en las democracias en vías de desarrollo, que tienen guardianes más débiles (o inexistentes) y en general un menor grado de confianza pública. Resulta desolador darse cuenta de que los políticos víctimas de ultrafalsificaciones seguramente harían bien en pensar que más les valdría crear sus propias ultrafalsificaciones para vengarse de sus adversarios que emprender un vano intento de aclarar las cosas.

Cuando una tecnología se difunde, es difícil dominarla o contener su propagación. Aunque los políticos irresponsables y con exceso de ambición y sus asesores seguirán empleando

entre sus artimañas algunos tipos de ultrafalsificaciones, las nuevas tecnologías limitarán sus efectos. Por ejemplo, en 2020 Microsoft sacó al mercado su Video Authenticator, un programa que analiza los vídeos y las fotos, y otorga una puntuación que indica la probabilidad de que sean imágenes manipuladas mediante la inteligencia artificial. También lanzó una tecnología que permitirá que los creadores certifiquen a los usuarios que su contenido es auténtico y que no se ha utilizado ninguna tecnología de ultrafalsificación. [56] Debe suponerse que, a medida que se popularicen y que sean más peligrosas, también crecerá la demanda de tecnologías para neutralizarlas.

Y las ultrafalsificaciones no son el único problema. También lo es la normalización de la mentira. Con una alarmante regularidad, los aspirantes a autócratas de todo el mundo llegan a una solución parecida para el problema de devolver cierta eficacia a su poder. Destruir la verdad se ha vuelto demasiado habitual.

La revolución de la mendacidad es un elemento esencial del enfrentamiento de los autócratas 3P contra el *statu quo* . El hecho de que muchas de sus tácticas procedan de la propaganda soviética nos ofrece una preocupante pista sobre el tipo de enfrentamiento que es y el carácter autocrático de quienes lo emprenden. Sin embargo, es importante comprender, además de las semejanzas, lo que ha cambiado en el paso a un sistema de información que se apoya en internet. Cuando había pocos medios y estos estaban firmemente controlados por guardianes profesionales, los autócratas tenían miedo de los datos objetivos y se esforzaban de manera febril en ocultarlos. Hoy, como hemos visto, practican «la censura

mediante el ruido», una manguera de falsedades para ahogar la verdad en un miasma de incertidumbre. Donald Trump aprendió bien la lección y consiguió que su aluvión de tuits fuera un factor importante en la política estadounidense.

Como dijo el periodista y escritor británico de origen ucraniano Peter Pomerantsev en su libro *This Is Not Propaganda. Adventures in the War Against Reality* , el resultado es la aterradora sensación de que la verdad ha perdido el control de la realidad:

> Durante la *glasnost* , parecía que la verdad haría a todo el mundo libre. Parecía que los hechos eran los que tenían el poder; los dictadores parecían temerlos tanto que los ocultaban. Sin embargo, algo ha salido radicalmente mal; tenemos acceso a más información y a más pruebas que nunca, pero da la impresión de que los hechos han perdido el poder. [57]

Las técnicas de desinformación perfeccionadas durante la Guerra Fría resultan hoy tan burdas y primitivas como los efectos especiales de una película de ciencia ficción de los años setenta del siglo pasado. Desde entonces han avanzado increíblemente, y el ecosistema informativo también, lo que da a quienes las utilizan una alarmante ventaja sobre sus rivales. En una lucha cuerpo a cuerpo por conseguir espectadores, los bulos siempre ganan a las verdaderas noticias. Y desconocemos las tecnologías que, de aquí a un par de décadas, harán que las noticias falsas actuales parezcan tan burdas como nos parecen a nosotros las medidas activas soviéticas de la década de 1970.

8

Estados mafiosos y gobiernos criminales

La oscura historia del siglo XX dejó bien claro cuál era el objetivo natural de la vieja autocracia. Llevado al extremo, el autoritarismo del siglo XX desembocaba en el Estado totalitario: un gigante central que controlaba todos los aspectos de la vida pública y privada de la gente, con ejemplos como los erigidos por Adolf Hitler, Iósif Stalin, Mao Zedong y Fidel Castro.

Pero ¿cuál es el objetivo en un mundo de populismo, polarización y posverdad? Si se da rienda suelta al poder de las tres pes y se deja que se desarrolle hasta sus últimas consecuencias, ¿adónde conduce? En este capítulo vamos a analizar de qué forma el matonismo en el que se apoya el nuevo poder da pie a una toma del poder delictivo del Estado y transforma sutilmente el Gobierno en una inmensa trama delictiva depredadora que se dedica a extraer riquezas de la sociedad. Los beneficios de esta estrategia llenan los bolsillos de los gobernantes y sus amigos, y se utilizan para comprar los apoyos políticos necesarios dentro y fuera de sus fronteras.

Este proceso es gradual. Al principio, los líderes 3P se limitan a infringir algunas de las normas arraigadas de decoro público: cuando Donald Trump cobraba un precio desmesurado al servicio secreto por alojarse en sus hoteles, o cuando Viktor Orbán construyó un suntuoso estadio de fútbol

en su pueblo natal. Si estas primeras transgresiones tienen éxito, los autócratas apuntan con rapidez más alto y emprenden un denodado esfuerzo por neutralizar las leyes, las normas, las tradiciones y las instituciones creadas para contener las actividades ilícitas. Si los autócratas consiguen debilitar o eliminar los guardarraíles existentes contra el crimen, su poder se consolida y se confirma que el delito resulta rentable. En lugar de intentar crear unas dictaduras al viejo estilo, los autócratas vacían poco a poco al Estado de su función de árbitro legal imparcial para convertirlo en su aliado con el fin de despojar a la sociedad en su propio beneficio y en el de unos cuantos cómplices.

Muchos confunden los turbios negocios a los que recurren hoy los autócratas 3P con la corrupción. Sin embargo, la finalidad de la corrupción es aumentar la riqueza de una persona o de un grupo. Esto es diferente, porque las asociaciones delictivas se utilizan como apéndices del Estado.

En un artículo publicado en 2020 en *Foreign Affairs* , Philip Zelikow, Eric Edelman, Kristofer Harrison y Celeste Ward Gventer dejaban constancia de que, aunque los chanchullos siempre han existido, ahora tienen más fuerza que nunca. La novedad, escriben,

> es la transformación de la corrupción en un instrumento de la estrategia nacional. En los últimos años, varios países —en particular, China y Rusia— han descubierto formas de aprovechar la corrupción, que antes solo era un elemento más de sus sistemas políticos, para convertirla en un arma que pasean por el escenario mundial. Otros países lo han hecho antes, pero nunca a la escala actual. La consecuencia se traduce en un cambio sutil pero significativo en la política internacional. En general, las rivalidades entre los estados se debían a las ideologías, a las esferas de influencia y a los intereses nacionales; el cobro de comisiones de uno u otro tipo no era más que una táctica entre otras. Ahora, en cambio, esas comisiones son instrumentos

> esenciales de la estrategia nacional, que se pagan para obtener resultados políticos concretos y para condicionar el entorno político general en los países que interesan. Esta corrupción convertida en arma se basa en una forma concreta de desigualdad. Cualquier Gobierno puede contratar agentes secretos o sobornar a funcionarios de otro país, pero la relativa apertura y libertad de los países democráticos los vuelve particularmente vulnerables a esta clase de perniciosa influencia, y sus enemigos no democráticos han aprendido a explotar esa debilidad. [1]

La corrupción implica a un Estado normal que sufre aquí y allá violaciones del decoro y de la ética. La corrupción implica una desviación de la situación normal. En cambio, en los estados criminales construidos por los autócratas, apropiarse de fondos públicos en beneficio privado o promover negocios inconmensurablemente rentables que son ilegales y de los que se benefician los gobernantes y sus amigos es la situación normal. Pensemos en el conglomerado de «oligarcas privados» que controla las riquezas de Rusia y que existe por expreso deseo del Kremlin y de Vladímir Putin.

Algunos pensarán que se trata de una vuelta a los sistemas que dominaban el panorama mundial hace cuatro siglos, lo que los politólogos denominan «el Estado patrimonial». Históricamente, el control del Estado significaba poner sus recursos al servicio de los intereses personales del gobernante. La Gran Pirámide de Giza y el Taj Mahal no se construyeron con fines públicos, salvo si consideramos que los intereses del faraón y el rajá y los del Estado eran los mismos.

Las democracias modernas pensaban que habían dejado esa situación atrás. Se suponía que los estados modernos debían sustituir ese Gobierno personalista por unas burocracias racionales que administraran el patrimonio público en interés de todos. Eso no quiere decir que de vez en cuando no hubiera casos de corrupción, de políticos sin escrúpulos compinchados

con empresarios «privados», pero la dirección general en la que se avanzaba parecía clara. Y muchos creían que de forma irreversible.

El retroceso democrático, facilitado por el populismo, la polarización y la posverdad, suele incluir la vuelta a una especie de patrimonialismo del siglo XXI , lo que los estudiosos suelen etiquetar como «neopatrimonialismo». Como ha explicado Francis Fukuyama, el declive del Estado burocrático moderno se caracteriza en general por el retroceso a este tipo de estructura. [2] A partir de una versión de la burocracia racional, los líderes 3P intentan dar marcha atrás al reloj y recrear el Gobierno personalista de la Antigüedad en la era de Twitter y la inteligencia artificial. Si se les deja, dan la vuelta a décadas e incluso siglos de progreso para conseguir crear una sociedad abierta en la que el poder está limitado por un abanico de pesos y contrapesos y hacen todo lo posible para convertir el Estado en una inmensa trama delictiva. En lugar de levantar un Estado para proteger a los ciudadanos frente a las mafias, transforman este en una organización mafiosa concebida para apoderarse de los bienes más valiosos del país y para controlar sus mejores negocios con el fin de transferírselos a sus familiares y amigos.

Los regímenes políticos delictivos construidos sobre los cimientos de las tres pes son en esencia distintos de las viejas dictaduras del siglo XX . Los tristes y austeros Estados policiales de Francisco Franco o Augusto Pinochet no tienen demasiado interés para la mayoría de los autócratas de este siglo. Lo que buscan es el Estado mafioso: un sistema depredador, pensado para dar a sus líderes todo el margen necesario para enriquecerse con impunidad y emplear la

potencia de fuego del país contra cualquiera que suponga una amenaza militar, electoral o comercial.

Las raíces mafiosas del Estado

Charles Tilly, sociólogo de la Universidad de Columbia, presentó argumentos convincentes para decir que todos los estados tienen un origen mafioso. [3] Y no era el único que lo defendía. En el mundo académico, las teorías sobre la formación del Estado se esfuerzan en subrayar que el Estado no es una reacción contra la anarquía, sino una codificación de esta última: se forma porque a los mafiosos les interesa que su labor de extorsión sea más estable y sostenible.

En su importante artículo de 1982 «War Making and State Making as Organized Crime», Tilly sostenía que «los gobiernos, muchas veces, son las mayores amenazas contra el sustento de sus propios ciudadanos». Funcionan básicamente como las bandas organizadas. Con una cita del historiador Frederic Lane, Tilly explicaba que los gobiernos, al igual que las bandas criminales, se dedican a «vender protección […], tanto si la gente la quiere como si no». El cobro de impuestos a sus súbditos les permite financiar ejércitos capaces de repeler a sus rivales, extranjeros y nacionales. A la hora de la verdad, la única diferencia entre el trabajo del estadista y el de los mafiosos es de escala, no de principio. «En este modelo —escribió Tilly—, la depredación, la coacción, la piratería, el bandolerismo y la extorsión están metidos en el mismo saco que sus parientes honrados de los gobiernos responsables».

Esta visión poco alentadora del origen del Estado tiene una larga historia. Su origen se remonta al elogio de Maquiavelo, en el siglo XVI , a la brutalidad del Gobierno [4] y al *Leviatán* ,

de Thomas Hobbes, un tratado de 1651 sobre la necesidad racional de un poder capaz de sofocar cualquier oposición para sostener un orden social estable. [5] Desde un punto de vista más contemporáneo, la obra de Mancur Olson, que establece el contraste entre la lógica del «bandido errante» con la del «bandido establecido», ofrece un útil análisis. Según Olson, cuando falta la autoridad de un Gobierno, el vacío siempre lo llenan personas ambiciosas que aprovechan la oportunidad para convertirse en «bandidos errantes» y viajar de un lugar a otro robando y saqueando. [6] Mientras actúan así, los incentivos de los bandoleros son muy sencillos: hacerse con el mayor botín posible utilizando toda la violencia que sea necesaria. Pero imaginemos que existe un bandolero que prospera en gran medida, se cansa de vivir a caballo y decide radicarse en un determinado lugar. En cuanto cuelga las espuelas y se convierte en un «bandido establecido», sus alicientes cambian por completo. Pronto entiende que limitarse a robar todo lo posible a la gente a la que ahora gobierna resulta contraproducente, porque entonces esta se morirá de hambre y dejará de producir riquezas que ya no les podrá robar. Una vez que ha echado raíces en un sitio, el bandido tiene motivos para ofrecer una mezcla de protección y de expolio: protección frente a los demás bandidos que aún recorren la zona y ahora son una amenaza para él y expolio en forma de unos pagos periódicos que, en los círculos civilizados, pasan a denominarse «impuestos».

Olson afirma que el bandido establecido, interesado solo en explotar a sus gobernados por puro placer, empieza inevitablemente a proveer de algunos servicios propios de un Estado. No lo hace porque sea benévolo, sino porque es astuto.

Sus propios intereses lo empujan a monopolizar la violencia en el territorio que gobierna, a mantener fuera a los invasores y a recaudar unos impuestos que pueden ser abrumadores, pero nunca tanto como para poner en peligro el sustento de sus súbditos (que ahora son, además, sus contribuyentes).

A medida que su poder madura, necesita entablar relaciones con otros bandidos establecidos en territorios vecinos (y así nace la diplomacia) y desea transmitir el fruto de su esfuerzo a sus hijos (que es como se siembran las semillas de la monarquía hereditaria). Los estados, señala esta teoría, se forman de manera natural, no por ningún acuerdo considerado entre individuos libres, sino por las peores inclinaciones humanas, por la voluntad de saquear y de dominar.

Con el tiempo, los reinos prósperos crecen y se vuelven más complejos. Entonces descubren, muchas veces, que albergan a más de un bandido asentado: los duques y condes quieren manejar sus propias redes de protección, aunque a menor escala. Cuando lo hacen, surge el problema de cómo organizar las distintas redes para que los extorsionistas no invadan territorios que no son suyos y no estalle una guerra abierta entre ellos. El objetivo de los primeros estados era mantener la paz entre los señores y permitirles extraer rentas y privilegios de los campesinos sin caer en disputas y guerras aniquiladoras entre unos y otros. Al igual que la mafia necesita un «capo di tutti capi» (el jefe de todos los jefes) para impedir que los lugartenientes se maten entre sí, los primeros estados no se desarrollaron para servir al pueblo, sino para asegurarse de que se pudiera explotar a este con una con relativa estabilidad.

El milagro de la modernidad es que ese Estado depredador evolucionó durante un periodo de unos cuatrocientos años para

acabar siendo una democracia moderna y pacífica en la que la ley protege a todos por igual. Al menos en teoría.

CÓMO LOS VALORES DE LA MAFIA ESTÁN VOLVIENDO A ADUEÑARSE DE LOS ESTADOS

En todo el mundo, desde Rusia y Hungría hasta Venezuela, Nicaragua, Turquía y, sorprendentemente, Estados Unidos, unas nuevas élites han puesto freno al orden moderno del que la República Neerlandesa y la Revolución Gloriosa británica fueron pioneras. En su lugar están construyendo el Estado mafioso moderno: una red de vastas asociaciones delictivas que tiene su sede en el palacio presidencial.

Este es un importante aspecto de lo que Fukuyama denomina «la decadencia política», un peligro siempre presente en los sistemas políticos avanzados. Fukuyama cree que la transición de un Estado patrimonial (en el que los bienes del gobernante son indistinguibles de los del Estado) a un Estado moderno (en el que se trata a los ciudadanos de forma impersonal y equitativa) siempre es insegura y sujeta a retrocesos, a lo que denomina la «repatrimonialización» del Estado. Cuando un Estado se «repatrimonializa», retrocede varios siglos y vuelve a dedicarse a garantizar que los amigos de los gobernantes sean los únicos con acceso a una riqueza verdaderamente grande. [7]

Una manera útil de entenderlo es pensar en las «rentas» , en el sentido que los economistas le dan a esta palabra: unos beneficios que no proceden de la creación de valor para la sociedad, sino del poder político. El término, instaurado por Gordon Tullock en 1967, [8] se popularizó en 1974 gracias a la obra de la economista Anne O. Krueger, [9] que explicó por

qué las sociedades que se fijaban más en el reparto del botín que en la creación de valor acababan por estancarse y fracasar. Los estados mafiosos no piensan más que en la creación y en el reparto de rentas —en este caso, los beneficios vinculados con la proximidad al poder político—, así como en excluir a los desleales del acceso a dichas rentas.

Hoy está muy aceptado que el resurgimiento del interés por las rentas es una señal de que una democracia está descomponiéndose. En *Por qué fracasan los países. Los orígenes del poder, la prosperidad y la pobreza* , Daron Acemoğlu y James Robinson destacaron que las élites que ocupan el poder suelen sentirse amenazadas por los sistemas políticos que permiten la quiebra de las grandes empresas que no han obtenido los resultados deseados, un tipo de «destrucción creativa» que los estudiosos, desde Joseph Schumpeter en los años cincuenta del siglo pasado, consideran la razón de la extraordinaria habilidad del capitalismo para reformarse y regenerarse. [10] Con frecuencia, estos dirigentes preferirían sustituir ese sistema inestable por otro que utilice el poder del Estado para garantizarles la estabilidad en el Gobierno. Las naciones fracasan cuando los que pueden producir riqueza pierden la fe en la imparcialidad del Estado y empiezan a darse cuenta de que los frutos de su esfuerzo probablemente serán robados y acabarán trasferidos a personas con contactos políticos; y eso es, para el Estado mafioso, casi una declaración de principios.

Uno de los primeros ejemplos de esta tendencia, aunque incompleto, surgió en Italia, donde Silvio Berlusconi demostró que podía golpear incluso en lo más hondo de una potencia industrial del G7. Berlusconi apenas se molestó en disimular

que, para él, el cargo de primer ministro era, además del puesto ejecutivo más importante del país, un salvoconducto para enriquecerse más y una manera de evitar la prisión. Desde que tomó posesión de su cargo, en 1994, pareció que disfrutaba con los mareantes conflictos de intereses que provocaba su doble función de propietario de la mayoría de los medios de comunicación privados del país y de su puesto como jefe del Gobierno, como responsable máximo de las decisiones sobre todas las emisoras públicas. Promovió de forma decidida políticas con las que iba a enriquecerse, incluidas algunas medidas descaradamente ideadas para debilitar las normas antimonopolio que limitaban la rentabilidad de sus conglomerados en los sectores de las finanzas y de los seguros. Sin embargo, su poca disposición a afianzarse del todo como autócrata (o su incapacidad para lograrlo) redujo el impacto de esas medidas. Al final, acabó expulsado del poder y fue condenado por un gran número de cargos relacionados con el fraude fiscal y solo pudo evitar ir a la cárcel por una combinación de factores: su avanzada edad, una serie de estratagemas legales y las peculiares normas italianas sobre la prescripción de los delitos.

Las sórdidas maquinaciones de Berlusconi —entre las que se cree que hubo presuntos pagos a un alto jefe de la Mafia siciliana a cambio de protección—, desde luego, abochornaron a los italianos. Pero, aunque Berlusconi abusó de su poder en beneficio propio, sería una exageración decir que convirtió el Estado italiano en una auténtica organización criminal, pues tenía una visión más limitada y la repercusión de sus artimañas estaba más circunscrita. Además, el caos crónico del país hacía que fuera más difícil establecer y manejar un estilo de

gobernar tan centralizado como el que exige una organización mafiosa. Si bien Berlusconi mostró hasta qué punto un populista dotado para el espectáculo podía corromper el Estado, estuvo muy lejos de transformar este en una organización delictiva.

Los estados mafiosos construidos por los líderes 3P más autocráticos son mucho más ambiciosos. Esos nuevos autócratas suelen llegar al poder en países que han hecho al menos ciertos avances en la construcción de un sistema político con rasgos democráticos. Una vez en el poder, empiezan a revertir el proceso. Debilitan las instituciones que sostienen la democracia incipiente con las herramientas que hemos visto en capítulos anteriores. Con tiempo y margen de maniobra suficientes, transforman el Estado en una organización criminal.

El ejemplo paradigmático es Rusia. Al fin y al cabo, se trata del país para el que un diplomático estadounidense anónimo acuñó hace años el término «Estado mafioso», como salió a la luz en un informe de WikiLeaks. [11] Vladímir Putin ha recorrido más camino hacia la gansterización que ningún otro adepto a las tres pes, y el Estado mafioso que actúa desde el Kremlin se dedica hoy a desestabilizar países de todo el mundo, desde México hasta Polonia y desde Kosovo hasta España.

Sin embargo, Rusia no siempre fue un Estado mafioso. A pesar de sus inmensos defectos —de sus genocidios—, la Unión Soviética, por lo menos, había creado una apariencia de meritocracia socialista: cualquier ciudadano soviético que fuera ideológicamente dócil y tuviera habilidad para gestionar

los politiqueos del lugar de trabajo podía ascender mucho en las jerarquías del partido, el ejército y el Estado gracias a su talento. El caos postsoviético de la década de 1990 abrió la puerta al político 3P más triunfador del mundo. Durante los veinte años siguientes, Vladímir Putin iba a borrar sin piedad cualquier recuerdo del efímero intento ruso de apertura para construir el Estado mafioso más ambicioso, implacable y eficaz del planeta.

Los orígenes del Estado mafioso ruso son conocidos. Se remontan al nacimiento de Rusia de entre los escombros de la Unión Soviética: un desastre económico y una hecatombe social. En una atmósfera de anarquía general y de caos macroeconómico, y presionada por Estados Unidos y Europa para que se liberalizara y creara deprisa una economía de mercado, Rusia emprendió quizá la mayor transferencia de la historia de bienes que eran de propiedad pública a manos privadas. Pero, en vez de dar pie a un Shangri-La thatcheriano de ciudadanos propietarios y llenos de poder, el proceso se interrumpió enseguida, secuestrado por un pequeño grupo de personajes bien relacionados, muchos de ellos poco más que timadores callejeros, que habían aprendido muy bien a sacar provecho de los contactos personales. En varias oleadas sucesivas de privatizaciones ligeramente amañadas se adueñaron del legado industrial de la Unión Soviética y adquirieron el control de los bienes del Estado por una mínima parte de su valor. En poco más de diez años, el proceso convirtió a Rusia en uno de los países con mayor desigualdad del mundo.

Los bienes soviéticos sufrieron un saqueo tan desvergonzado y generalizado que resulta difícil de

comprender. Hay abundantes casos llamativos. Por ejemplo, el de Borís Berezovski, uno de esos personajes con vínculos políticos y de los más tristemente célebres. En pocos años pasó de ser un anodino ingeniero informático a convertirse en uno de los oligarcas más poderosos de Rusia. Gracias a su experiencia en la creación de programas para las fábricas soviéticas de automóviles, Berezovski se adueñó de una red de concesionarios de coches que, con el tiempo, se hizo con el control de la gigantesca empresa automovilística AvtoVAZ, con capacidad para fabricar setecientos cuarenta mil coches Lada al año. Berezovski se inventó un mecanismo para, en la práctica, apropiarse de los beneficios de AvtoVAZ sin ser en verdad el dueño de la empresa, de modo que dejó que el balance de la compañía se llenara de deudas que se convirtieron en un enorme pasivo para el Gobierno ruso. Mediante una compleja red de empresas en paraísos fiscales y aliados bien situados en la dirección de AvtoVAZ, Berezovski compraba coches Lada por debajo del costo de fabricación y los revendía con un gran margen: hasta el 50 por ciento, esto es, aproximadamente, diez veces lo habitual. Era una situación increíblemente beneficiosa para él, que solo fue posible gracias a la complicidad del Estado ruso y del sector automotriz. Y Berezovski empleó la misma estrategia en otros sectores de la economía rusa, como la aerolínea de bandera Aeroflot, la industria del petróleo, la televisión y el aluminio. A veces parecía más fácil enumerar los sectores en los que Berezovski no estaba implicado que aquellos en los que sí se había metido. Uno de sus biógrafos llegó a la conclusión de que «nadie se benefició tanto como él del descenso de Rusia hacia el abismo». [12]

En la atmósfera mafiosa del capitalismo ruso de la década de 1990, no faltaron rivales deseosos de introducirse en uno o más de los muy rentables territorios económicos que se había agenciado Berezovski, lo que culminó en varios intentos de asesinato contra el oligarca, uno de ellos con un coche bomba que mató al conductor de su Mercedes acorazado y que lo dejó a él gravemente herido.

Con los suculentos beneficios que se obtenían a cada paso, los miembros del pequeño círculo mágico de amigos del Kremlin se encontraron, en solo unos años, con fortunas de miles de millones de dólares. Sin embargo, dado que cada vez se resolvían más disputas de negocios mediante un arma (o un coche bomba), ninguno se sentía del todo seguro en su posición. Los oligarcas, sobre todo, deseaban tener protección: un árbitro indiscutible que resolviera las disputas entre ellos. En Sicilia, habrían dicho que necesitaban al «capo di tutti capi». En Rusia se llamó Vladímir Putin.

El ascenso de Putin a la cúspide del Estado ruso encaja con una enorme exactitud en la lógica expuesta por Tilly al hablar de la formación del Estado como algo semejante al crimen organizado. Ruth May, especialista en la Rusia contemporánea, ha escrito:

> Los veintitantos oligarcas de la Rusia de Putin no tienen acceso a los más poderosos del Gobierno por su riqueza, como ocurre, por ejemplo, con muchos de los donantes políticos multimillonarios en Estados Unidos, sino más bien ocurre todo lo contrario: los oligarcas rusos tienen acceso a unas riquezas escandalosas gracias a su afinidad con los más poderosos del Gobierno. En Rusia, los hombres se convierten en oligarcas (no hay ninguna mujer oligarca), porque son leales a la única persona del Gobierno que de verdad importa: Vladímir Putin. [13]

A través de ese puñado de oligarcas escogidos, Putin ha conseguido transformar el viejo sistema soviético —en el que cualquiera dispuesto a ser fiel al partido podía ascender en la jerarquía del poder— en un Estado mafioso. En el sistema construido por Putin, un puñado de gente cercana a él monopoliza el acceso a la riqueza y a los privilegios… de forma segura. El sistema soviético no era desde luego un paraíso liberal, pero, después de la muerte de Stalin, proporcionó formas de alcanzar cierto grado de bienestar material y seguridad para cualquiera que fuera un comunista bueno y leal. El Estado mafioso de Putin, en cambio, reserva la seguridad y una riqueza extraordinaria para una mínima élite que responde directa y exclusivamente ante él.

El resultado de la avalancha de privatizaciones en Rusia durante la década de 1990 es un extraño híbrido. Se trata de una economía que, en teoría, se encuentra en manos privadas, pero que, en realidad, es un apéndice delictivo del Estado. A todos los efectos, la economía rusa está sujeta a los caprichos del dictador. Putin puede favorecer o hundir a un oligarca con una sola llamada de teléfono y es aficionado a exhibir ese poder para enseñar a otros magnates lo que puede suceder a quienes pierden la confianza del jefe.

La historia de Borís Berezovski muestra cómo funciona el sistema y su brutal eficacia. Después de amasar miles de millones de dólares mediante negocios turbios, cometió el error fatal de criticar la propuesta de Putin de modificar la Constitución rusa para otorgar al presidente la potestad de poder destituir a gobernadores ya elegidos. Berezovski votó en contra de la reforma y dimitió de su escaño en la Duma, el Parlamento ruso. A finales del año 2000, sus medios de

comunicación empezaron a criticar a Putin en varios frentes. El líder no podía tolerarlo y no lo permitió. La disputa se agravó, pero estaba bastante claro quién vencería.

En 2006, Borís Berezovski ya se había visto obligado a vender todo su patrimonio en Rusia y a huir a un exilio dorado en Londres. Acabó en bancarrota, eludiendo múltiples intentos de asesinato y con una depresión clínica que lo llevó, según parece, a suicidarse en 2013. En una coda patética para una vida peripatética, uno de sus últimos actos fue enviar una carta a Vladímir Putin en la que le rogaba que le dejara volver a Rusia y le pedía perdón por los «errores» que hubiera podido cometer.

El orden que Putin había creado en Rusia dependía de que los oligarcas obedecieran sus dictados de forma incondicional. Para Putin, destruir a Borís Berezovski no fue un acto de venganza o, al menos, eso no era lo más importante. Que se supiera que había destruido a Berezovski fue una maniobra de estadista, un ejercicio de poder necesario para garantizar la estabilidad de la organización que había creado. Por eso no es exacto decir que el Estado y la economía que preside Putin son «corruptos». El crimen y la extorsión no son desviaciones de la norma, sino una característica esencial del propio sistema construido por Putin.

ESTADOS MAFIOSOS: MÁS ALLÁ DE LA «CORRUPCIÓN»

El caso de Rusia ilustra el problema de usar el lenguaje de la «corrupción» para describir los males de los estados mafiosos. La corrupción, incluso cuando está muy extendida, implica una desviación de la norma. Los estados mafiosos son otra cosa. No se limitan a tolerar las organizaciones criminales. Se

apoderan de ellas e incorporan la delincuencia a la estructura del Estado. Convierten el delito en una herramienta para gobernar y proyectan su poder por medios delictivos, en lo que Philip Zelikow y sus colegas denominaron «corrupción estratégica». [14]

El uso estratégico que se puede hacer de las redes criminales para obtener y ejercer el poder se ve con claridad en los narcoestados, los estados mafiosos especializados en el narcotráfico. En Venezuela, lo que comenzó con unos cuantos funcionarios corruptos que hacían la vista gorda ante el tráfico de drogas a cambio de sobornos acabó en un Estado que se adueñó de las rutas del narcotráfico a través del país. Por ejemplo, como ha escrito el premiado periodista brasileño Leonardo Coutinho, el servicio diplomático venezolano se convirtió en un canal de distribución internacional de drogas barato y seguro. Según el piloto boliviano que voló personalmente en docenas de misiones de ese tipo, era habitual que cientos de kilos de cocaína fueran a parar a la valija diplomática, a salvo de las inspecciones y de los controles de las autoridades por el derecho internacional. Los paquetes salían cada semana de Bolivia a Venezuela y, a veces, seguían hasta La Habana: una confederación mafiosa de tres países que conspiraron para poner los recursos del Estado al servicio del gran narcotráfico a cambio de pingües beneficios para los gobernantes. [15]

Sin embargo, la fusión del Estado venezolano y las organizaciones criminales no se ha producido solo en el tráfico de drogas. En Región Guayana, la zona minera en el sudeste de Venezuela, los mandos militares llevan mucho tiempo implicados en el violento, peligroso y explotador negocio de la

extracción ilegal de oro. «Mantener el orden» en las vastas y casi deshabitadas zonas de la selva, con su riqueza en oro, siempre ha sido una labor envuelta en sangre. En los últimos años, las autoridades militares locales han dejado esa sucia tarea, cada vez con más frecuencia, a los grupos criminales. Al principio solían ser bandas locales de presidiarios, a las que los militares, en la práctica, entregaban el control de las minas. Los jefes de las bandas pagaban al ejército una especie de tasa por el derecho de encargarse de mantener el orden en determinadas explotaciones. En las minas se empleaba una implacable violencia con el fin de cerciorarse de que los mineros explotados entregaban a las bandas todo el oro extraído. Eran habituales las matanzas de mineros sospechosos de haberse quedado con algo, y la zona es tan remota que los asesinatos, muchas veces, no se denunciaban. Mientras tanto, los oficiales del ejército que controlaban el sistema tenían chóferes que los llevaban de restaurante en restaurante, todos caros, en un SUV de lujo.

Posteriormente, cuando los conflictos entre los jefes de las bandas carcelarias rivales pusieron en peligro la estabilidad del sistema, el ejército empezó a recurrir al Ejército de Liberación Nacional (ELN), un grupo guerrillero colombiano, para controlar las minas; y así añadió un eslabón más de «gestión delictiva» a la cadena. En las zonas mineras vigiladas por el ELN, todos los aspectos de la vida diaria están enfocados para el propio beneficio de la guerrilla. Tiendas de comestibles, salas de billares, restaurantes, burdeles y clínicas, todos los negocios están directamente administrados por miembros del ELN o se les paga a cambio de protección (las denominadas

«vacunas»). No vacunarse, como todo el mundo sabe, es malo para la salud.

No existe ninguna posibilidad de que la policía judicial de Nicolás Maduro y los tribunales vayan a esforzarse mucho en terminar con esas situaciones. Una característica peculiar del Estado mafioso es que la labor de investigación del Estado la asumen delincuentes que, de esa forma, se convierten en elementos indispensables del sistema. Esa es una de las principales razones de que, paradójicamente, en los estados mafiosos se den muy pocos escándalos de corrupción. Suele hacer falta cierto grado de poder por parte de la fiscalía para que la noticia de un caso delictivo se convierta en un escándalo público prolongado. La evolución normal de los trámites penales, la investigación, la imputación y el juicio, crea una estructura en torno a la cual los periodistas pueden publicar varios reportajes que, reunidos, constituyen un escándalo. Cuando los investigadores se niegan de manera categórica a investigar, resulta difícil que las noticias sobre delitos alcancen el nivel de un escándalo.

Si los estados mafiosos incipientes se proponen crear una pequeña oligarquía de empresarios bien relacionados y de lealtad a prueba de fuego, el húngaro Viktor Orbán se distingue por la franqueza con la que persigue dicho objetivo. En Hungría, el hecho de que los empresarios preferidos de Orbán reciban los beneficios de las líneas de negocio más lucrativas constituye un objetivo estratégico explícito: potenciar el capital del país. Orbán habla de ello con una sorprendente sinceridad y cuenta sin tapujos que ha intentado crear una categoría de empresarios que le deban a él toda su considerable fortuna, y que es necesario escoger a

nacionalistas comprometidos para ocupar esta posición. Su propaganda no menciona que los mecanismos que esos «capitalistas nacionales húngaros» utilizan para enriquecerse se considerarían delictivos en cualquier otra parte, pero parece claro para quien se moleste en examinar su patrimonio y su origen.

Una investigación llevada a cabo en marzo de 2018 por Reuters pone de relieve el sorprendente descaro de su *modus operandi* . [16] De acuerdo con las normas de la Unión Europea, esta última —una organización que Orbán critica con saña casi a diario— se ha comprometido a entregar miles de millones de euros en concepto de ayuda al desarrollo de las regiones más atrasadas de la Unión Europea. En Hungría había cientos de millones de esa partida asignados al desarrollo de las infraestructuras turísticas en Keszthely, una ciudad balneario en estado semirruinoso situada en la punta sur del lago Balatón, la mayor masa de agua en Europa central. Sin embargo, en los meses anteriores a que se hiciera el anuncio, un montón de oligarcas próximos a Orbán empezaron a comprar hoteles abandonados a la orilla del lago a precios de saldo; las propiedades multiplicarían su valor cuando se invirtieran los fondos europeos en carreteras, electricidad, saneamientos, parques y otras mejoras. Como era de esperar, los contratos de todas esas obras públicas acabarían en el bolsillo de esos mismos empresarios. Viktor Orbán ha perfeccionado el arte de lanzar diatribas contra la Unión Europea durante toda una mañana y llenar por la tarde los bolsillos de sus amigos con el dinero de la Unión Europea. Y la corrupción de Keszthely no es ninguna excepción: según el Centro de Investigaciones sobre la Corrupción de Budapest,

una institución independiente, en Hungría, el 90 por ciento de los ingresos totales procedentes de contratos públicos financiados con dinero de la Unión Europea acaba en manos de los aliados de Orbán, con unos sobrecostos que pueden superar entre dos y doce veces el presupuesto original. [17]

Hasta aquí esto es lo de siempre, similar a cientos de casos de corrupción en todo el mundo. Recuerda a Dmytro Firtash y su apropiación de tres mil millones de dólares de activos de gas rusos bajo los auspicios del Kremlin, así como muchos otros acuerdos corruptos en todo el planeta. El elemento mafioso aparece cuando se ve que las personas que se han enriquecido con esas operaciones son fundamentales para la permanencia del Gobierno en el poder. Como cualquier buen jefe mafioso, Orbán cuenta con que sus capitanes pasen parte del botín hacia arriba, en forma de favores que afianzan su poder. A cambio, él les ofrece impunidad total ante cualquier acción judicial, un favor que puede garantizar porque controla con puño de hierro a los jueces y a los fiscales del país.

A partir de ese momento, al igual que sucede con el modelo ruso, los amigos de Orbán actúan como representantes suyos y ayudan a extender su poder: financian sus campañas y compran periódicos regionales para asegurarse de que nunca critiquen al primer ministro. En 2018, una docena de dueños de medios independientes entregaron el control de más de cuatrocientos sitios web, periódicos, canales de televisión y emisoras de radio a la Fundación Centroeuropea de Prensa y medios de comunicación, un grupo tapadera que dirigen aliados de Orbán. [18] No hace mucho, los amigos del primer ministro han ampliado su ámbito de actuación y están comprando medios de comunicación en el resto del este de

Europa para extender la proyección ideológica de Orbán al otro lado de las fronteras húngaras. El sistema funciona como una máquina muy bien engrasada para extraer de forma ilícita las rentas de los contribuyentes húngaros y europeos y garantizar tanto la impunidad de los que lo consiguen como la estabilidad del jefe supremo. En este aspecto, como en muchos otros, Viktor Orbán es el mejor alumno de Vladímir Putin.

ILÍCITO. ¿ES HOY EL MUNDO UN LUGAR MÁS SEGURO PARA LOS GRANDES CÁRTELES CRIMINALES TRANSNACIONALES?

Los estados mafiosos hechos y derechos que imitan el modelo de Venezuela son fenómenos extremos. Los países que desarrollan un Estado de derecho no suelen retroceder hasta volver a ser las empresas criminales que dieron origen al Estado. Sin embargo, el ascenso de los estados mafiosos ha facilitado enormemente la vida a los cárteles criminales transnacionales, que ahora encuentran un refugio permanente en los estados dirigidos por sus congéneres.

Esta es una de las razones de que estemos viviendo una especie de edad de oro de ese tipo de redes criminales. Los cárteles mexicanos de la droga son cada vez más poderosos y suministran más variedad de narcóticos a redes de tráfico y distribución cada vez más sofisticadas. En el norte de África y en los Balcanes, las bandas especializadas en el contrabando de todo tipo de productos, desde cigarrillos hasta personas, tienen cada vez más oportunidades de negocio en una frontera europea porosa y con una vigilancia desigual. Algunos territorios poco gobernados y semirreconocidos, desde Abjazia y Osetia del Sur (Georgia) hasta Transnistria (Moldavia) y Kosovo (Serbia), han descubierto que su situación ambigua

dentro y fuera del sistema internacional los convierte en valiosos nudos para el tráfico de armas. Y las dictaduras tradicionales como Myanmar (Birmania) y Corea del Norte ven que su condición de estados les permite dedicarse a múltiples actividades, desde la falsificación de moneda hasta la elaboración de metanfetaminas, con un grado de impunidad del que los actores no estatales carecen.

En los últimos años ha habido un marcado aumento de la preocupación por la posibilidad de que la globalización «dé marcha atrás» a consecuencia de las disputas comerciales entre Estados Unidos y China, la desunión europea y la sensación de que el consenso sobre el multilateralismo, sobre el libre comercio y sobre la integración global está deteriorado. Resulta indudable que la pandemia de coronavirus ha frenado la circulación internacional de personas y productos. Pero, en el hampa criminal, la globalización prosigue a toda mecha, con la ayuda de cambios estructurales de fondo que han acelerado la movilidad de personas, de datos, de ideas y de capital. Y, cuando empiezan a entretejerse varios hilos de la historia que estamos relatando, la situación se vuelve peligrosa.

Por ejemplo, la teocracia iraní mantiene vínculos activos con organizaciones criminales protegidas. Hezbolá, su representante en Líbano, es conocida por el tráfico de armas y drogas, la financiación de grupos terroristas, el blanqueo de dinero y muchas otras actividades ilegales. Hezbolá ha encontrado un refugio cómodo en Venezuela, donde la existencia desde hace mucho tiempo de una comunidad de árabes del Levante permite que los agentes se mezclen con los habitantes locales. Por supuesto, el narcoestado venezolano piensa que hay un gran margen para gobernar con Hezbolá.

Las redes criminales transnacionales son difíciles de detectar por su propia naturaleza. Permiten una colaboración entre lugares y grupos criminales distintos que puede ser difícil de descubrir y que tiene efectos colaterales complicados y hasta imposibles de predecir. La ruta por la que hoy se hace el contrabando de tabaco mañana puede usarse para trasladar a inmigrantes ilegales, la semana que viene a terroristas y el año próximo misiles de tierra-aire. Cuando ya se han instaurado los procedimientos, se ha sobornado a las personas apropiadas y se han cimentado las relaciones, se impone la tendencia natural a diversificarse, a pasar de una oportunidad de negocio a otra, y el futuro se vuelve imposible de prever.

En el otro extremo del populismo, la polarización y la posverdad se encuentra un sistema internacional lleno de personajes que creen que la anarquía es el estado natural de la humanidad, personas demasiado dispuestas a traficar con lo que sea y sacar provecho de ello. La idea de que las sociedades libres pueden aprender a coexistir con unos estados mafiosos, que no dejan de aumentar, tiene todas las probabilidades de acabar convirtiéndose en un espejismo. La anarquía en cualquier país constituye una amenaza contra la seguridad de todos los países.

BÁRBAROS DE PUERTAS ADENTRO: LA RUSIFICACIÓN DE LA INTERPOL

Las redes criminales transnacionales tienen una ventaja con respecto a sus adversarios de las fuerzas del orden tradicionales, que es justo esa: el hecho de serlo. En un mundo de jurisdicciones nacionales oficialmente separadas, su capacidad de transportar gente, contrabando y dinero con

facilidad a través de unas fronteras porosas hace que el mosaico de policías nacionales siempre esté tratando de no quedarse atrás. Los cuerpos de seguridad se topan con dificultades a la hora de coordinarse con los de otros países, y los sindicatos del crimen más prósperos incorporan esta disputa a sus modelos de negocio. La dimensión multinacional entraña sus propios peligros: como descubrió Odebrecht, cuantas más jurisdicciones corrompe una organización delictiva, más lugares hay en los que puede quedar al descubierto. Las mafias siempre están más a salvo cuando se quedan en países en los que han comprado y pagado a las autoridades. Sin embargo, la posibilidad de hacer una inmensa fortuna siempre atrae a aventureros dispuestos a asumir grandes riesgos.

El principal organismo internacional encargado de restablecer este equilibrio, la Interpol, tiene escasez de personal y de recursos casi desde su creación. Cuando funciona como debe —y pocas veces lo hace—, se supone que debe ser un lugar de intercambio de informaciones sensibles entre policías nacionales. Ahora bien, en los estados mafiosos, resulta frecuente que la propia policía nacional esté profundamente implicada en actividades delictivas, por lo que cualquier información que las autoridades transmiten a la Interpol tiene muchas posibilidades de acabar siendo filtrada y llegar a las personas contra las que, en teoría, va dirigida. No hay manera de evitar que, cuando se envía una información a la Interpol, se esté compartiendo con los delincuentes que gobiernan Rusia, Hungría, Bulgaria, Montenegro, Birmania, Guinea Ecuatorial, Venezuela y todos los demás estados mafiosos.

Como consecuencia, existe una gran falta de confianza en la Interpol y los principales investigadores se resisten a pasar sus informaciones a un organismo del que todos piensan que es un coladero. La presencia de representantes oficiales de naciones Estado dirigidos por gobiernos acusados de cometer delitos socava gravemente la eficacia del único órgano mundial concebido para luchar contra las redes criminales transnacionales.

Sin embargo, el problema no es solo que los estados mafiosos se beneficien del acceso a la información de la Interpol, sino que el principal Estado mafioso del mundo, Rusia, lleva a cabo desde hace años una campaña para volver del revés la Interpol y utilizarla como instrumento para extender el poder de Putin más allá de las fronteras rusas.

Hace años que el representante oficial de Rusia en la Interpol, Aleksandr V. Prokopchuk, utiliza su acceso a la organización para acosar a los detractores del Kremlin en todo el mundo. Con el sistema de «notificaciones rojas» de la Interpol —el equivalente a una orden internacional de arresto—, ha intentado sin descanso que se encarcelara a los disidentes rusos en cualquier parte del mundo en la que se encuentren. Para Bill Browder, un empresario estadounidense convertido en activista contra Putin, esquivar las notificaciones rojas de la Interpol se ha convertido casi en un modo de vida; dice que la organización ha tramitado notificaciones rojas contra él «docenas de veces», según sus cálculos. [19]

La mayoría de los países a los que viaja Browder conocen los antecedentes y desoyen las notificaciones rojas sobre él

porque se deben a motivos políticos. Pero no todos. En mayo de 2018, Browder tuiteó en directo su detención en España por parte de funcionarios que vieron que su identidad tenía una alerta en la base de datos de la Interpol. Aunque los españoles se dieron cuenta enseguida y lo pusieron en libertad, la campaña de Rusia contra él ha minado la credibilidad del sistema de notificaciones rojas y ha hecho que algo que podría haber sido uno de los mejores elementos disuasorios contra el crimen internacional y la propia Interpol se hayan convertido en una broma para muchos profesionales de las fuerzas policiales.

También en 2018, unos meses después, en una de las operaciones internacionales que ha llevado a cabo el Kremlin en años recientes, Rusia ejerció enormes presiones para que Prokopchuk fuera elegido presidente de la Interpol y estuvo a punto de reunir los apoyos suficientes para conseguirlo. Solo se evitó gracias a una campaña de Browder y un esfuerzo diplomático de los aliados occidentales en el último minuto. Aunque por los pelos: Prokopchuk logró que lo nombraran vicepresidente del organismo.

En la práctica, la presidencia de la Interpol es un cargo más bien ceremonial. Sin embargo, la propuesta de que Prokopchuk lo ocupara fue una valiosa señal. El circo que se organizó por su nominación erosionó todavía más la confianza de las fuerzas de seguridad de todo el mundo en la Interpol. Y el mal funcionamiento de la Interpol resulta muy conveniente para los estados mafiosos de todo el mundo.

9

Los autócratas 3P se globalizan

Los adeptos de las tres pes no se conforman con consolidar discretamente el poder sobre su propia sociedad. También son los pioneros de una nueva forma de colaboración internacional, que consiste en crear redes formales e informales con el fin de consagrar su legitimidad, obtener dinero, reforzar su seguridad nacional y personal, y sobre todo asegurar su control del poder. Muchas de sus operaciones conjuntas, alianzas y actividades en común con otros líderes que utilizan estrategias 3P se llevan a cabo con el máximo secreto. Y el propósito de esta nueva modalidad de diplomacia ultrasecreta es crear lazos de solidaridad entre unos gobernantes que, aunque tengan ideologías muy distintas, comparten una concepción particular del poder como algo permanente y consideran inaceptables y evitables los controles que tratan de limitarlo.

Las alianzas entre naciones son básicas en las relaciones internacionales. Así que no debería tener nada de especial que unos líderes que se apoyan en el populismo, la polarización y la posverdad para permanecer en el poder forjen alianzas con otros estados, al igual que hacen otros dirigentes. La diferencia es que las alianzas que buscan los líderes 3P no defienden los intereses nacionales, sino que pretenden impulsar y proteger sus propios intereses.

Los gobernantes 3P comprenden enseguida que no pueden sobrevivir aislados. En un mundo interconectado, el poder aislado siempre es precario. Para mantener un férreo control necesitan exhibir su poder fuera de sus fronteras y la solidaridad con líderes de mentalidad similar a la suya ayuda a conseguirlo. Esos aliados extranjeros les permiten crear coaliciones iliberales que los defienden contra los intentos de liberalización de partes importantes de la comunidad internacional.

Además, estos acuerdos transnacionales entre autócratas sirven de sistema de ayuda mutua. La colaboración con otros países autocráticos y sus líderes afines crea fuentes de apoyo en el extranjero y, algo importante, refuerza su legitimidad en su propio país.

Sin embargo, las alianzas autocráticas no son las únicas que se han globalizado; también lo ha hecho la represión. El gabinete de estudios Freedom House la llama «represión transnacional» y la define como aquello que ocurre cuando «los gobiernos traspasan sus fronteras para acallar las voces disidentes en la diáspora y el exilio, mediante asesinatos, deportaciones ilegales, secuestros, amenazas digitales, el uso malintencionado de la Interpol y la intimidación a las familias». [1] Freedom House ha registrado más de seiscientos casos así en los últimos años, contra disidentes de treinta y un países diferentes como Sudán, Rusia, Guinea Ecuatorial y Uzbekistán.

La globalización abre oportunidades nuevas y atractivas a los líderes 3P y sus amigos. Aquellos pueden asociarse con dictaduras de la vieja escuela, dirigentes elegidos

democráticamente, pero que tienen tendencias autocráticas, o ambas cosas, y cada uno de ellos contribuye de diferentes maneras a añadir una apariencia de legitimidad diplomática a modos de gobernar que se apartan de la norma liberal.

A pesar de sus bravatas contra el globalismo, los autócratas 3P han ido formando su propia red global paralela, una especie de versión al revés del orden internacional que podríamos denominar «seudointernacionalismo», la encarnación globalizada de la seudoley. Para estos líderes, el seudointernacionalismo significa apoyarse mutuamente en las circunstancias oficiales: respaldarse entre sí al fijar las prioridades, los nombramientos de equipo y los de representantes en las instituciones internacionales, desde la Interpol y la Corte Penal Internacional hasta la FIFA, la Federación Mundial de Ajedrez y diversos organismos de las Naciones Unidas. Significa promover los puntos de vista en los órganos de propaganda e impulsar los intereses mutuos mediante todo el abanico de instrumentos diplomáticos, desde los convencionales (discursos, informes de situación, conferencias, cumbres, posados fotográficos) hasta los decididamente sospechosos (ejércitos de *bots* en Twitter, medidas activas, formas de eludir los embargos, subterfugios financieros). Significa unirse para poner en marcha complejos sistemas audiovisuales que introduzcan la propaganda directamente en las casas de las sociedades abiertas. Significa otorgarse una legitimidad simbólica en público y poner en común los recursos para ostentar el poder en privado.

A los autócratas 3P parece resultarles fácil establecer vínculos personales con sus congéneres, construir fuertes lazos —aunque haya enormes diferencias ideológicas— con quienes

han adoptado las tres pes y debilitar y hasta suprimir los sistemas de pesos y contrapesos para acumular y ejercer el poder. Así se globaliza el poder 3P: creando una red tácita, descentralizada y con frecuencia disimulada de asociaciones entre países gobernados por líderes iliberales para ayudarse mutuamente a defender los intereses comunes. ¿Cómo actúa esta hermandad? ¿Quién la dirige? Y ¿en qué cambia las cosas?

«NADA DE FELICITACIONES»: LA POLÍTICA DE LA LLAMADA TELEFÓNICA EN LA NOCHE ELECTORAL

Fue un instante que sintetizó lo preocupantes que pueden llegar a ser las nuevas circunstancias normales en la rivalidad entre las grandes potencias. El 18 de marzo de 2018, Vladímir Putin obtuvo una arrolladora victoria en unas elecciones que casi nadie consideró dignas de tal nombre. A pesar de que había descalificado, encarcelado o mandado al exilio a todos los adversarios con más posibilidades y les había impedido todo acceso a los medios audiovisuales, Putin había considerado necesario apuntalar su victoria con millones de papeletas falsas que le otorgaron un indecoroso 76,7 por ciento de los votos en esa farsa democrática que Rusia celebra cada cinco años.

Las democracias serias comprendieron que no podían hacer gran cosa para remediarlo. Lo único que estaba en su mano era negar la legitimidad simbólica que concede el reconocimiento internacional. Era un asunto que preocupaba mucho en Washington, donde los funcionarios del Consejo de Seguridad Nacional compartían la opinión generalizada de que Rusia era una amenaza estratégica que había que contener, después de su

violenta anexión de Crimea en 2014 y de su injerencia en las elecciones presidenciales de Estados Unidos. Por desgracia, esos mismos funcionarios también eran conscientes de que el presidente Trump no solía leer los informes que le presentaban, elaborados con sumo cuidado.

Al final dieron con una solución sencilla: escribieron «¡Nada de felicitaciones!» en grandes letras sobre el informe para el presidente. No sirvió de nada. Es más, el tiro les salió por la culata. A los pocos días de recibir el informe, el presidente Trump llamó a Putin para felicitarle, justo lo que su equipo le había comunicado que ante todo no había que hacer. Fue una señal clave y deseada de aceptación por parte de Estados Unidos, que, junto con otros gestos similares, dio a Putin la confianza que necesitaba para reformar en 2020 la Constitución rusa y asegurarse la permanencia en el poder hasta 2036.

La filtración de la nota interna que indicaba «¡Nada de felicitaciones!» nos da una fascinante pista sobre la dinámica de la economía de las felicitaciones. En un mundo en el que los autócratas están cada vez más deseosos de hacerse pasar por lo que no son, la cuestión de la llamada de felicitación después de unas elecciones ha dejado de ser un gesto cortés y rutinario para convertirse en un campo de minas diplomático impensable hace tan solo unos años.

Las felicitaciones de la noche electoral suelen revelar más sobre los dirigentes que las hacen que sobre aquellos que las reciben. Como regla general, los autócratas 3P felicitan tanto a los elegidos de forma convencional como a otros autócratas, una sutil manera de borrar la diferencia entre los dos. Sin embargo, es un gesto desigual: los líderes de las democracias

serias se resisten a felicitar personalmente a quienes han sido elegidos en circunstancias dudosas. Cuando la necesidad diplomática obliga al reconocimiento, suelen delegarlo en el ministro de Asuntos Exteriores para conservar cierta distancia. Incluso para este último puede ser arriesgado: cuando era ministro de Asuntos Exteriores de Reino Unido, Boris Johnson fue blanco de duras críticas por felicitar a Viktor Orbán tras su victoria electoral de 2018. En algunos casos, como en el famoso mensaje de Angela Merkel a Donald Trump en la noche electoral de 2016, consiguen deslizar dentro del mensaje de felicitación una sutil advertencia:

> Alemania y Estados Unidos están unidos por unos valores comunes: democracia, libertad, así como el respeto al Estado de derecho y a la dignidad de todas y cada una de las personas, independientemente de su origen, color de piel, credo, género, orientación sexual o ideas políticas. Estos son los valores sobre los que deseo ofrecer una estrecha cooperación, conmigo personalmente y entre los gobiernos de nuestros países. [2]

No hace falta ser un experto diplomático para leer el mensaje que figura entre líneas.

Para los autócratas 3P, acumular llamadas de felicitación es una valiosa forma de dar una imagen de fuerza; cuanto más importante sea el que felicita, mejor. En 2017, cuando Recep Tayyip Erdoğan ganó en un referéndum para cambiar la Constitución turca con el fin de incrementar su poder, recibió felicitaciones del presidente azerí Ilham Aliyev, el emir de Qatar Sheikh Tamim bin Hamad Al Thani, el presidente palestino Mahmoud Abbas… y Donald Trump. Es fácil imaginar qué mensaje le reforzó más.

Es posible que este asunto de las felicitaciones parezca frívolo y extraño; sin embargo, no lo es. Los líderes 3P, casi por definición, se sienten inseguros sobre la legitimidad de su

puesto y muy preocupados por inflarla. En esas circunstancias, los protocolos y las ceremonias pueden convertirse en una obsesión.

El poder del que estos presidentes están revestidos necesita, por encima de todo, ocultar su base autocrática; por eso dedican una gran cantidad de recursos a apoyar un relato que les proporciona legitimidad, por mucho que los hechos la desmientan. Dar la mínima sensación de que no están en sintonía con la comunidad internacional constituye una de las amenazas más serias contra dicho relato. Necesitan convencer a su pueblo de que el resto del mundo los respeta, acepta su modo de gobernar y los trata como a iguales. Cuando mantener el engaño de un orden democrático normal es una prioridad, hay que tener muchísimo cuidado de que la reacción internacional no dé al traste con los difíciles logros de la propaganda nacional.

Los obstáculos son reales. En Venezuela, cuando Nicolás Maduro ganó en 2018 unas elecciones que muchos consideraron amañadas, saber quién le prestaría una pátina de legitimidad con su presencia personal cuando jurara el cargo pasó a ser casi una obsesión. Al final, solo fueron testigos de la farsa unas cuantas personalidades extranjeras, en su mayoría dirigentes latinoamericanos de extrema izquierda. Del resto del mundo solo acudieron dos líderes: Anatoli Bibílov, presidente de Osetia del Sur, y Raul Khajimba, presidente de Abjazia. Ambos son territorios escindidos de Georgia y, en la práctica, gobiernos títeres de Rusia. Su independencia no está reconocida por casi ningún otro país del mundo, salvo por Rusia y por varios países con los que mantiene una relación clientelar: Siria, Nicaragua, Venezuela y Nauru. En lugar de

apuntalar el prestigio de Maduro, su espectacular incapacidad de convocar a dirigentes de más categoría solo sirvió para subrayar que su elección fraudulenta no le había otorgado la legitimidad democrática que anhelaba.

La situación de Maduro no era exclusiva de él. En muchos casos, los líderes 3P no pueden presentar más que una endeble fachada de poder democrático. Es un artificio que no se sostiene ante un examen detallado, porque no está pensado para personas interesadas en un examen detallado. Lo que necesitan de la comunidad internacional no es nada profundo: solo la validación internacional suficiente para poder reforzar la farsa democrática interna.

Por eso Putin felicita a Duterte, que felicita a Orbán, que felicita a Daniel Ortega, que felicita a Nicolás Maduro, que felicita a Putin, en un círculo cerrado de solidaridad autocrática. Este círculo —podemos llamarlo Autócratas sin Fronteras— es un factor cada vez más importante en la política internacional.

Los lazos internacionales creados por medio de la diplomacia de las felicitaciones se vuelven tangibles gracias al contacto personal. Los autócratas 3P, expertos en escenografía y en la exhibición del poder, han aprendido a respetar el poder de la imagen. La cumbre manipulada, que los reúne o con otros autócratas 3P o con dictadores de la vieja escuela, constituye un elemento clave para disipar cualquier duda sobre la legitimidad de su poder.

A veces, estos intentos fallan de manera estrepitosa y se convierten en objeto de burlas despiadadas. En el primer viaje del presidente Trump al extranjero, en mayo de 2017, se

fotografió al lado del rey saudí, Salman bin Abdulaziz, y el presidente egipcio, Abdelfatah el Sisi, con un misterioso globo reluciente que parecía sacado de la guarida de un villano de cómic. La ocasión era la inauguración oficial del Centro Mundial para la Lucha contra las Ideologías Extremistas en Riad, pero eso era lo que menos importaba: la extravagante imagen fue lo que más destacó del encuentro y se hizo viral en las redes sociales, que se llenaron de comparaciones con *Star Trek* , Harry Potter y el aquelarre de las brujas de *Macbeth* .

Más tarde, durante la cumbre de 2019 del G7 en Biarritz, Francia, Donald Trump saludó a El Sisi con un efusivo: «¿Dónde está mi dictador favorito?» [3] (una de esas ocasiones por las que Trump empezaba a ser conocido, en las que «decía en voz alta cosas que tenía que callar»). En otras épocas, no habría pasado de ser una simple metedura de pata diplomática. En el mundo de los autócratas, es la forma que tienen los presidentes viriles y sinceros de «decir las verdades».

En el Moscú de Putin no se toleraría un espectáculo de tan mala calidad. Como en tantas otras cosas, el presidente ruso es el que mejor sabe exhibir su poder mediante la «pompa y circunstancia» de cumbres, encuentros bilaterales y «conferencias» internacionales minuciosamente organizadas. En una serie de reuniones tripartitas muy coreografiadas con los líderes de Irán y Turquía, el Kremlin demostró que controlar la imagen, además de reforzar la legitimidad, puede desembocar en verdaderos avances diplomáticos sobre el terreno.

Sin embargo, sería un error pensar que los autócratas 3P solo recurren al ámbito internacional por motivos estratégicos,

ya sean nacionales o internacionales. Para muchos, el ego es una poderosa razón. Todos los políticos de cualquier cepa comparten una tendencia notable al narcisismo. Sin embargo, en este aspecto, los autócratas suelen ser más explícitos a la hora de hacer saber al mundo que poseen un talento especial y extraordinario que los diferencia del resto de la humanidad. Uno de los gajes del oficio de autócrata 3P es creerse que uno está destinado a ser relevante en el escenario mundial, que su genio y su peso histórico son demasiado grandes para poder contenerlos en un solo país. En definitiva, el narcisismo también puede ser una herramienta del poder.

Veamos el ejemplo de ALBA, la aireada Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América de Hugo Chávez. [4] Propuesta como alternativa a la infortunada Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA), la alternativa bolivariana se presentó como una salida al neoliberalismo, una encarnación visible del viejo tema izquierdista de que «otro mundo es posible». Nunca reacio a proclamar sus ambiciones, Chávez promovió ALBA con grandiosas proclamaciones como primer peldaño hacia la materialización del sueño decimonónico de Simón Bolívar sobre una unión de naciones latinoamericanas con la fuerza suficiente para servir de contrapeso a Estados Unidos. Cuando la Ola Rosa de gobiernos de centroizquierda e izquierda llegó al poder en la primera década del siglo XXI , las reuniones de ALBA se convirtieron en los actos «de moda» en el calendario diplomático de la zona: el sitio en el que se iba a construir el sueño.

Llegaron las propuestas hipertróficas. Chávez anunció que iba a construir una línea ferroviaria entre Caracas y Buenos

Aires, un gigantesco proyecto cuya viabilidad económica, medioambiental, técnica y comercial nadie había intentado valorar seriamente, pero que provocó unos titulares a los que uno no se podía resistir. Después fue un gaseoducto de gas natural transandino para esquivar Brasil, que había manifestado su escepticismo ante el proyecto. No parecía que a nadie le preocupara mucho que todos estos planes no tuvieran otra razón que llamar la atención sobre las ambiciones de ALBA. Los anuncios servían más como mensajes, más como guías que indicaban la dirección estratégica y, en particular, más como declaraciones muy públicas de un poder sin restricciones que como proyectos reales.

Nunca se completó ninguno. Nunca se supo qué fue del dinero asignado para ellos, que se esfumó en la nube de corrupción que envolvía todas las grandes iniciativas de la época de Chávez. Las promesas servían para tapar un descomunal caso de robo por parte del Estado, desde luego, pero no solo. Proyectaban un relato grandioso hecho a la medida del ego del autócrata.

UNA INVASIÓN DE EJÉRCITOS DE *BOTS* : CATALUÑA Y OTROS LUGARES

Para ver los resultados prácticos de la ambición de Rusia, sigamos la estrategia de «poder afilado» que esta empleó para socavar el Estado español. La etiqueta, acuñada por Christopher Walker y Jessica Ludwig, se aplica a las campañas de medidas activas disruptivas que la Rusia de Putin ha convertido en marca de la casa. [5] Aunque se ha utilizado en todo el mundo, en pocas ocasiones ha tenido tanto éxito como en la guerra cibernética que Rusia coordinó alrededor del

fracasado intento de independencia de España de los separatistas catalanes a finales de 2017.

El nacionalismo catalán era el tipo de falla social que al Kremlin le encanta sacar a la luz y explotar: una fisura histórica lista para que la utilizasen con fines geopolíticos. Por supuesto, los rusos no la crearon, pero su *modus operandi* siempre ha sido oportunista y ha consistido en buscar las fallas sociales que surgen de manera espontánea y abalanzarse sobre ellas con entusiasmo.

El Kremlin se había dado cuenta de que España se encaminaba hacia una gran crisis, dado que los nacionalistas y los populistas catalanes estaban adquiriendo fuerza en su intento de secesión y eso podía desestabilizar una de las grandes economías de Europa occidental. Moscú había acumulado una vasta experiencia sobre este tipo de operaciones cibernéticas para influir en un proceso y sabía escoger las grandes fallas internas de los países y explotar toda su capacidad de desestabilización. Se le daba bien.

Sin embargo, en Cataluña los rusos se encontraron con un problema peliagudo. Sus *bots* manejaban un idioma que no servía. El Kremlin llevaba años organizando su ejército de *bots* digitales y preparándolos para provocar estragos en la opinión pública de habla inglesa. Los *bots* estaban programados para seguirse unos a otros en sus cuentas de las redes sociales y así simular que tenían muchos seguidores, lo que ayudaba a reunir un número importante de seguidores humanos. Pero los *bots* en inglés no servían de nada en el debate sobre Cataluña que estaba empezando a ser la falla crucial en España. Es evidente que no se puede desestabilizar la esfera pública española con miles de *bots* que tuitean y

cuelgan entradas en ruso o en inglés. Lo que necesitaban era otro ejército de *bots* en español.

Crearon una parte de los *bots* a toda prisa, pero, para los demás, el Kremlin recurrió a un aliado. El Ministerio de Comunicaciones de Venezuela llevaba casi diez años reuniendo su propio ejército de *bots* . Lo había diseñado para manipular la opinión pública venezolana, no la española, pero estaba conectado con muchos humanos, unos humanos que hablaban en español.

Pronto comenzó la campaña. Reforzado por los *bots* venezolanos, el ejército cibernético ruso envió una tormenta de tuits, mensajes y enlaces a noticias falsas minuciosamente calculados para ahondar en la crisis separatista catalana. Las herramientas de la manipulación secreta habían desbordado las fronteras nacionales y se habían unido para impulsar su interés común a base de sembrar el caos y socavar las instituciones democráticas en todas partes.

Los *bots* rusos y venezolanos colaboraron para sembrar FUD: miedo, incertidumbre y dudas. Se publicaron informaciones sobre policías que golpeaban a ancianas que hacían cola en los colegios electorales, exageradas, explotadas con fines sensacionalistas y repetidas hasta la saciedad. Los órganos de propaganda rusa agitaron noticias sin ningún fundamento de que Madrid planeaba proclamar la ley marcial en Barcelona y las repitieron hasta que la gente acabó por creérselas. Aprovechando las brechas reales en la sociedad española, unas cuantas docenas de personas en Moscú y Caracas, al frente de un enorme ejército cibernético, consiguió desestabilizar gravemente una democracia occidental consolidada.

La pinza ruso-venezolana de 2017 sobre la esfera pública catalana no es más que una de las formas que los líderes 3P tienen de reafirmarse para hacer que las virtudes fundamentales de la democracia se vuelvan contra ella. Twitter se creó como una plataforma abierta de debate, un lugar sin barreras en el que cualquiera podía dialogar con cualquiera sobre el tema que fuera. Y esa cualidad podía ser su perdición.

Los ejércitos cibernéticos desarrollados para Venezuela extendieron el uso de estas herramientas mucho más allá de Cataluña. Primero causaron sensación en México, donde la campaña de las elecciones presidenciales de 2018 estuvo llena de acusaciones y contraacusaciones sobre la injerencia digital de otros países. Con un presidente saliente, Enrique Peña Nieto, que ya era famoso por utilizar ejércitos de troles y *bots* (apodados «Peñabots») para difamar a sus adversarios, la campaña se llenó enseguida de afirmaciones imposibles de comprobar de que estaban intentando influir desde fuera en los 71,3 millones de usuarios de internet en el país. Los partidarios de Peña dijeron que hasta el 83 por ciento del contenido electoral de las redes sociales que era favorable al que acabó siendo el vencedor, Andrés Manuel López Obrador (AMLO), procedía de Rusia y Ucrania. [6] La campaña de AMLO respondió que los *bots* del partido gobernante estaban actuando todavía en favor de su candidato, José Antonio Meade. La niebla de acusaciones y contraacusaciones generó la sensación de incertidumbre con la que prosperan los vendedores de desinformación.

Sin embargo, tal vez el uso más desestabilizador de los ejércitos de *bots* ruso-venezolanos se produjo a finales de 2019, cuando una ola de agitación social se apoderó de

amplias zonas de Latinoamérica. Como sucede con frecuencia, los *bots* no fueron los que crearon los problemas, sino que de inmediato vieron que estaba aumentando el malestar y se subieron encantados al carro. Según las investigaciones de Constella Intelligence, una empresa española de análisis de datos:

> Durante las semanas posteriores al estallido de las crisis sociopolíticas, los analistas de Constella identificaron un pequeño número de cuentas que generaban un gran número de publicaciones relacionadas con las protestas callejeras. En Colombia, el 1 por ciento de los usuarios analizados generaba el 33 por ciento de los resultados analizados y, en Chile, el 0,5 por ciento de los usuarios generaba el 28 por ciento de los resultados. Esos perfiles tan activos inundan el debate público virtual de comentarios y contenidos, y se consideran una anomalía estadística por la gran frecuencia de su actividad durante el periodo analizado. Este es un indicador clave de que existe una irregularidad en la información […]. El análisis de Constella ha identificado en total ciento setenta y cinco identidades anómalas que participaron activamente en ambas crisis. Al estudiar la geolocalización pública indicada por estos usuarios o perfiles, el 58 por ciento de los que notificaron su geolocalización se encontraban en Venezuela. [7]

Muchas cuentas sospechosas se especializaban en dar publicidad a contenidos de los órganos de propaganda estatal de Rusia y de Venezuela: RT, Sputnik, Telesur y otros medios similares.

Aparte de los ejércitos de *bots* rusos y venezolanos, la injerencia digital está en plena expansión. Israel, cada vez más polarizado y populista con Bibi Netanyahu al frente, utilizó a sus veteranos del ejército como espina dorsal de una industria de ciberinteligencia que ha creado programas muy complejos (programas que con frecuencia vende a autócratas para que estos a su vez espíen a sus propios disidentes). Una amplia investigación llevada a cabo por *Ha'aretz* , el principal periódico israelí de centroizquierda, encontró pruebas de que

varias empresas israelíes estaban vendiendo programas de origen militar para usos represivos a numerosos países, entre ellos México, Angola, Azerbaiyán, Etiopía, Indonesia, Uganda, Uzbekistán y muchos otros. Los programas se utilizaron muchas veces para espiar a los opositores de los respectivos regímenes. Aunque las transacciones comerciales eran legales y las empresas israelíes implicadas eran privadas, la tecnología es de origen militar e impulsar las exportaciones es algo prioritario para el Gobierno.

Cuba y su experiencia en contrainteligencia, China y el material antidisturbios, Israel y la ciberinteligencia, Rusia y las interceptaciones de comunicaciones electrónicas, Irán y la violación de sanciones, además de la experiencia en banca en la sombra: cada autocracia de viejo cuño se ha especializado en la provisión de los bienes y servicios que los autócratas necesitan para afianzar su poder. Y todas están encantadas de compartirlos. El comercio mundial de métodos de represión está envuelto en el secreto y resulta difícil imaginar su dimensión. Lo que no resulta difícil imaginar es que los autócratas actuales pueden obtener todas las herramientas que necesitan para aferrarse al poder de forma indefinida con solo unas llamadas de teléfono a las capitales amigas de todo el mundo. A los nuevos autócratas les gusta su globalización.

A medida que las tres pes se globalizan, se ha redescubierto el silencio como principio rector del orden internacional. Basándose en una concepción de ese orden anterior a la Segunda Guerra Mundial, consideran sagrado el principio de autodeterminación nacional. O, mejor dicho, utilizan toda la palabrería de la no injerencia de manera indiscriminada, como

una coartada multiusos para debilitar cualquier intento de poner en duda la legitimidad de un Gobierno autocrático.

Este amor declarado a la no injerencia necesita una lectura lateral. Casi no hace falta decir que es superficial y desde luego no lo que asegura ser. Los autócratas 3P están encantados de entrometerse en los asuntos de sus vecinos cuando esto conviene a sus propios intereses. Recep Tayyip Erdoğan se apresura a culpar de cualquier tropiezo que sufre su Gobierno a la intromisión occidental en los asuntos turcos, pero las tropas turcas ocupan 3.460 kilómetros cuadrados de la provincia de Alepo, en el norte de Siria, desde 2016. En Venezuela, Hugo Chávez hizo de la consabida denuncia de la injerencia estadounidense en los asuntos de su país parte fundamental de su retórica, pero no dejan de aparecer pruebas de que su Gobierno financiaba movimientos de extrema izquierda en todas partes, desde Argentina y Ecuador hasta España y Líbano, incluido el detalle cómico de las ocasionales maletas llenas de dinero que se intentaban pasar de contrabando por aduanas extranjeras. Ya se ha escrito bastante sobre la intromisión de Rusia en las elecciones de otros países, pero no tanto sobre los esfuerzos sistemáticos de China para reforzar a los autócratas mediante lucrativos préstamos y proyectos de desarrollo. Y la red mundial de influencia de Irán, en gran parte en manos de su representante libanés, Hezbolá, ha servido para llevar a cabo acciones como la voladura de la embajada de Israel en Buenos Aires y un centro de la comunidad judía en la misma ciudad, el tráfico de armas en Paraguay, el blanqueo de dinero en Vancouver y la venta masiva de cocaína en Colombia para distribuirla en Europa.

La posición moral de los autócratas 3P contra «las injerencias extranjeras» es una trampa, un juego de manos para ocultar unos planes demasiado sórdidos para ser mencionados en voz alta. Los autócratas 3P no se oponen a la injerencia en abstracto, sino a una forma muy concreta: el uso de las normas internacionales para impedir que un gobernante tenga la capacidad de ejercer su poder de forma arbitraria. Los autócratas desean, por encima de todo, ejercer el poder sin ningún tipo de impedimento. Cuando las normas internacionales se convierten en un impedimento, se unen para repudiarlas.

Esta hostilidad hacia las normas que los restringen es la base en la que se sustenta la confederación informal de autócratas 3P, lo que denomino Autócratas sin Fronteras. Con la excusa de la no intromisión, estos autócratas predican una forma hueca de internacionalismo, la solidaridad sin límites.

El orden liberal internacional, como dice el lema repetido millones de veces, «se basa en las normas». Y no hay nada a lo que los miembros de las autocracias 3P se opongan más fehacientemente que a las normas concebidas para coartarlos. Desde el inmenso desdén de los partidarios del Brexit por las normas europeas sobre el banano hasta el desprecio de Rodrigo Duterte por los tratados internacionales de derechos humanos que prohíben a los policías matar a alguien por cualquier motivo o sin él, el repudio de los límites internacionales al poder soberano es una obsesión para los autócratas.

EJÉRCITOS INVISIBLES, ISLAS ARTIFICIALES Y HOMBRECILLOS VERDES

Una forma de evitar que constriñan a alguien es evitar que lo vean o, si lo ven, que lo identifiquen; y, en este aspecto, la capacidad de sigilo que los autócratas actuales han desarrollado brilla por su ambición. Durante gran parte de la historia de la humanidad se ha dado por sentado que las operaciones militares a gran escala no podían dejar de pasar inadvertidas. Los ejércitos son grandes y ruidosos y, cuando se mueven, la gente lo detecta. Actualmente, sin embargo, el sigilo ha llegado a cubrir también hasta este ámbito tan imposible de ocultar.

Pensemos en el caso de China y en su agresiva decisión de construir bases militares en partes de su mar meridional que reivindica como propias, pese a que la comunidad internacional no lo reconoce así. Es una clásica lección de cómo resulta posible que el poder se manifieste a las claras y, al mismo tiempo, esté envuelto en misterio.

Por las vías marítimas del mar del Sur de China pasan billones de dólares de cargamentos comerciales cada año. La zona es un corredor ineludible para los barcos que van y vienen con mercancías entre varias de las economías más prósperas del mundo: China, Singapur, Malasia, Indonesia, Vietnam, Taiwán, Filipinas y el diminuto sultanato petrolero de Brunéi. Algunos de los canales de esas rutas tan concurridas tienen que dragarse para que se pueda seguir navegando por ellos. China comprendió hace mucho tiempo que, si depositaba en el fondo del mar el limo que sale al dragar a lo largo de unos cuantos lugares estratégicos en aguas poco profundas, podía levantar unas islas artificiales que le servirían para mostrar todavía más su poder y para reforzar sus reivindicaciones territoriales en la zona.

La estrategia desató una gran polémica: se estaban construyendo islas en zonas del mar del Sur de China que son objeto de una asombrosa multiplicidad de reivindicaciones. China, Brunéi, Vietnam, Filipinas y Taiwán aseguran tener la soberanía de los lugares en los que China ha «creado» esas nuevas islas de limo. Estados Unidos, cuya hegemonía naval en el Pacífico ha sido desde hace mucho el eje sobre el que se apoyan los acuerdos de seguridad en la zona, recibió la construcción de las islas de China con alarma y advirtió de que podía empujar a toda la zona rumbo a una guerra.

La reacción de China fue muy propia del siglo XXI . No podía negar que estaba erigiendo las islas; el gigantesco proyecto de ingeniería era muy visible para los barcos, los aviones y los satélites que pasaran por la zona. De modo que escogió una política basada en la ofuscación: negó, sin que nadie pudiera creerlo, que el proyecto tuviera un fin militar. Dijo que la primera isla artificial iba a ser un refugio para los botes de pesca locales. [8] A medida que la tapadera se agrandaba, fue cambiando. En 2018, un portavoz de la Academia China de Ingeniería aseguró que lo que ya era una cadena de catorce islas artificiales, seis de ellas de tamaño suficiente para alojar instalaciones militares, tenía como fin «la observación meteorológica, las alertas, las previsiones, las predicciones y la investigación científica marina». [9]

El hecho de que la afirmación fuera absurda era, en cierto sentido, la principal razón de su atractivo. Mucho después de que China construyera tres grandes y complejas bases navales y aéreas en los atolones artificiales, con su puerto, con sus instalaciones de aviación y vigilancia, con sus turbinas eólicas, con sus cuarteles y edificios de oficinas, los funcionarios

seguían sosteniendo que no eran más que estaciones meteorológicas y refugios para botes de pesca.

A principios de 2019, cuando Pekín empezó a trasladar a las bases sofisticadas instalaciones de misiles de tierra-aire y de tierra-mar —completamente visibles en las fotos por satélite de las islas—, la apropiación subrepticia de la zona casi se había consumado ya: hoy, China controla de hecho, aunque no de derecho, el mar del Sur de China. Sin embargo, el régimen continuó reafirmando su firme compromiso con la investigación meteorológica.

Hay que destacar otra vez la yuxtaposición de espectáculo y sigilo. Por supuesto, China no esperaba que se creyeran sus negativas. Las fotos aéreas y por satélite de las instalaciones no dejaban ningún margen de duda sobre sus intenciones. Pero la estrategia de proferir negativas claramente absurdas en tono serio muestra la sinergia entre sigilo y posverdad. Es lo mismo que las declaraciones repetidas de Facebook de que la privacidad del usuario es lo más importante, las pías declaraciones de Sepp Blatter sobre la necesidad de limpieza en la dirección del fútbol mundial [10] y las categóricas declaraciones de Kris Kobach sobre su profunda preocupación por el fraude electoral. [11] El objetivo de ese tipo de afirmaciones no es propiamente que nos las creamos, si excluimos a una pequeña parte de defensores comprometidos que tienen intereses materiales ligados a la mentira. Lo que dicen son ejemplos de posverdad que pretenden provocar la confusión y las dudas necesarias para tener margen de maniobra en su intento de alcanzar o conservar el poder.

Tampoco es la apropiación del mar del Sur de China por parte de la potencia asiática el caso más indignante de sigilo militar. El premio se lo lleva Rusia con su invasión disimulada y sorprendentemente eficaz del territorio de su vecino meridional: Ucrania.

En marzo de 2014, después de que cayera el Gobierno de Ucrania, que era un títere de los rusos, estos contraatacaron con una ofensiva para anexionarse la península de Crimea, en territorio ucraniano. Los comandos que pronto se desplegaron alrededor de Simferópol, la capital, y otras partes de la península no ondearon ninguna bandera rusa. Su uniforme de combate no llevaba ninguna insignia identificativa. De hecho, aunque el uniforme era exactamente igual al que suele llevar el ejército ruso, habían quitado todo lo que pudiera identificarlo con él, hasta el punto de que la población local empezó a apodar a los comandos como «los hombrecillos verdes».

Mientras tanto, en Moscú, estaba ya en marcha una agresiva campaña de confusión. El 3 de marzo de 2014 el ministro ruso de Asuntos Exteriores, Serguéi Lavrov, dijo que las unidades eran «fuerzas de autodefensa» crimeas, creadas por habitantes locales de etnia rusa para protegerse contra las amenazas que supuestamente los ucranianos dirigían contra ellos. [12] La explicación no tenía el menor viso de verosimilitud: ningún habitante local sabía nada de aquella gente. Era evidente que su avance se había coordinado y ejecutado con una eficacia profesional. No cabía ninguna duda de que el ejército ruso estaba invadiendo Crimea…, pero tampoco podía reconocerse en público, al menos no aún.

Mientras las tropas rusas tomaban el pequeño aeropuerto de Simferópol, el embajador ruso ante la Unión Europea no paraba de emborronar la historia. «No hay ningún soldado ruso en Crimea», dijo. [13] Una vez más, el propósito no era que se lo creyeran, sino enturbiar las aguas y ganar tiempo para que la operación militar tuviera éxito.

Las fuerzas de «autodefensa» actuaron a una velocidad inusitada para garantizar, el 16 de marzo, la seguridad de un «referéndum» sobre si los habitantes de Crimea querían seguir formando parte de Ucrania o si preferían incorporarse a Rusia. El objetivo del referéndum era proporcionar una finísima pátina de legitimidad seudolegal a lo que parecía claro que era una usurpación de tierras por parte del ejército ruso. Nadie de la comunidad internacional lo reconoció como legítimo. ¿Cómo iban a hacerlo, si se pretendía que los habitantes votaran sobre su futuro en medio de una invasión, sin una campaña propiamente dicha y bajo la atenta mirada de unos soldados fuertemente armados que todo el mundo sabía que pertenecían al ejército ruso?

No hubo nada que hacer. Casi el 97 por ciento de los votantes, nos dijeron, había elegido formar parte de Rusia. Al día siguiente, Vladímir Putin «aceptó» la solicitud de Crimea de entrar en la Federación Rusa. En menos de tres semanas, Rusia se había convertido en el primer país que se anexionaba por las armas el territorio de un país vecino desde la invasión de Kuwait llevada a cabo por Sadam Huseín en 1991.

Con Crimea como «prueba de concepto», Putin iba a intensificar una agresiva campaña de conquistas territoriales en Ucrania, al tiempo que seguía negando con rotundidad que

estuviera haciéndolo. En 2015 emprendió una guerra secreta para controlar las zonas más orientales del país vecino: la región de la cuenca del Donets, conocida como el Donbass. A diferencia de Crimea, que históricamente había formado parte de Rusia y donde los habitantes de etnia rusa eran una mayoría abrumadora, el Donbass tenía una población mixta. Los habitantes de etnia rusa componían una gran minoría, alrededor del 38 por ciento, pero eran la mayoría en las áreas urbanas, incluidas las principales ciudades, Donetsk y Lugansk, que habían acogido a un gran número de trabajadores rusos durante el periodo soviético. Esas fueron las zonas principales que Moscú atacó en una guerra que, en público, seguía negando.

Parece que la idea inicial era volver a seguir el modelo de Crimea, fingir que eran los habitantes locales de etnia rusa quienes encabezaban una lucha por su propia supervivencia. Como es natural, en la parte continental de Ucrania, al intentar apoderarse de su segunda ciudad más grande, se encontraron con una resistencia mucho más decidida. El resultado fueron dos años de guerra que dejaron más de diez mil muertos y, aproximadamente, un millón cuatrocientos mil ucranianos obligados a huir de su hogar. Al final, aunque Rusia no llegó a la anexión, Ucrania había perdido el control de sus dos principales ciudades en el este.

Todavía hoy el Kremlin sigue manteniendo el engaño de que sus tropas no intervinieron en los combates. Lo afirman, pese a la arrolladora cantidad de pruebas que existen, incluidas algunas incontestables, como los datos que demuestran que las unidades militares rusas eran las únicas que podrían haber estado en posición de disparar el sofisticado misil Buk de

tierra-aire que derribó un avión de pasajeros malasio el 17 de julio de 2014. [14] Oficialmente, Rusia continúa negando haber desplegado baterías antimisiles en Ucrania y haber participado en la guerra del Dombass. En esta guerra queda especialmente de manifiesto la alucinante estrategia de la posverdad, consistente en saber y no saber al mismo tiempo: un decreto presidencial firmado por Vladímir Putin en mayo de 2015 clasifica «las muertes en tiempo de paz» sufridas por el ejército ruso como secreto de Estado, por lo que es delito mencionar (o incluso reconocer) las bajas de una guerra con la que, oficialmente, Rusia no tuvo nada que ver. [15]

Pero ¿qué iba a hacer Putin? Adentrados ya en el siglo XXI , es diplomáticamente insostenible que un país utilice su poder militar para invadir de forma abierta el territorio de un país vecino. Para hacer algo así hoy es necesario ocultarlo tras una nube de secretismo que no necesita ni ser mínimamente verosímil para lograr sus objetivos.

Veamos, si no, el caso de Irán. Aunque está envuelto en un enfrentamiento diplomático lleno de enormes tensiones con Estados Unidos, Irán no es una potencia militar importante desde el punto de vista tradicional. Es cierto que la República Islámica de Irán lleva mucho tiempo trabajando para obtener un arma nuclear, pero existe una gran distancia, un «escalón intermedio», entre su ambición nuclear y su posición militar convencional. Desde la desastrosa locura de la guerra Irán-Irak en los años ochenta del siglo pasado, los mulás comprendieron que sus posibles ventajas no podían depender de unas fuerzas militares convencionales. En lugar de estas crearon la Fuerza Quds, una unidad de la selecta Guardia Revolucionaria Islámica que algunos han descrito como las fuerzas asociadas

más sofisticadas del mundo: un ejército invisible que se extiende por la mayor parte del mundo islámico y fuera de él, con un total estimado de doscientos cincuenta mil soldados.

Al comenzar la década de 2020, los socios de los iraníes controlaban gran parte de Líbano y Yemen, así como grandes áreas de Siria, los territorios palestinos e Irak. Su filial más ambiciosa y moderna, Hezbolá, posee células en Latinoamérica. Otras actúan con libertad en zonas débilmente gobernadas del Sudeste Asiático, por ejemplo, en áreas remotas de Indonesia y en Filipinas. Por medio de sus organizaciones patrocinadas, Irán ha atacado objetivos en Buenos Aires y planeó un atentado contra el embajador saudí en Washington en el café Milano, un popular restaurante entre la clase dirigente de la ciudad. Irán posee un ejército convencional mediocre, pero una inmejorable capacidad para utilizar su poder militar en todo el mundo de forma invisible.

Sin embargo, la demostración del poder del Estado no tiene por qué ser de carácter militar. Cuba fue el primer país en utilizar a médicos, a enfermeros y a entrenadores como puntas de lanza de complejas operaciones de influencia en el extranjero. Bajo la enseña de un programa denominado Internacionalismo Médico Cubano, la isla envía a decenas de miles de trabajadores cualificados —aproximadamente, la mitad son médicos— a trabajar en comunidades de todo el mundo.

Muchos de ellos, en realidad, son seudomédicos, formados a toda prisa y de manera chapucera, a los que les dan el título para que se conviertan en peones de la diplomacia cubana. Con este programa —en parte una estrategia para ganar dinero (el régimen comunista se queda con casi todo el dinero que los

distintos países pagan por esta ayuda) y en parte una operación de influencia—, los médicos cubanos se concentran en zonas de interés estratégico para el régimen de La Habana. Hubo un momento en el que trabajaban más de cuarenta mil solo en Venezuela, un aliado cuyos envíos de petróleo cubrían casi todas las necesidades energéticas de Cuba, y apoyaban también al Gobierno. Los servicios de inteligencia suponen que algunos de estos profesionales de la medicina son espías que envían informaciones valiosas a La Habana, pero resulta imposible conocer el porcentaje exacto. Lo que sí se sabe es que el Internacionalismo Médico Cubano ha permitido a las autoridades cubanas alegar desconocimiento hasta un nivel sin precedentes, mientras despliegan la gran competencia de sus servicios secretos por todo el mundo. Al fin y al cabo, ¿quién va a ser tan cínico como para sospechar de un médico?

EL NACIMIENTO DE LAS ONGOG: LA PLAGA DE LAS FALSAS ONG

Un observador ocasional que no conozca los antecedentes tendría dificultades para pensar que World Without Nazism (WWN) es otra cosa que lo que dice ser: una organización de la sociedad civil dedicada a combatir el resurgimiento de la ideología nazi en Europa. ¿Quién va a oponerse a eso?

Se ha hecho un gran esfuerzo para alimentar esta idea. Como dijo James Kirchick en un trascendental trabajo de investigación sobre el grupo, «a primera vista, World Without Nazism tiene todas las características externas de una organización no gubernamental (ONG) internacional dedicada a combatir las plagas de la intolerancia y el antisemitismo: deslumbrantes conferencias en las capitales europeas; áridos informes de mil páginas atiborradas de datos; afectados

discursos de sus dirigentes en los que piden no bajar la guardia». [16] Sin embargo, WWN no es una organización de la sociedad civil. Es una ONGOG, una organización no gubernamental organizada por un Gobierno. Una falsa ONG.

En el caso de WWN, sus objetivos son los que cabría esperar dado su pedigrí en cuanto a medidas activas propias de la era del KGB. La forma de actuar de WWN parece consistir en emular las acciones de los gobiernos que se oponen a Moscú y después criticarlos mediante la alegación de que responden a un plan secreto neonazi. El razonamiento encaja como anillo al dedo con la propaganda del Kremlin sobre los conflictos en sus fronteras, que asegura que cualquier medida de Ucrania o de alguno de los estados bálticos para crear cierta distancia diplomática de Moscú es, en realidad, prueba de unas siniestras intenciones ocultas. Quizá consciente de que esta línea argumental sería difícil de vender en Occidente si solo la presentaran los órganos oficiales rusos, el Kremlin se tomó la molestia de crear una falsa ONG de derechos humanos para tratar de ser más convincente fuera de sus fronteras.

Como toda buena campaña de medidas activas, WWN triunfó porque sus acusaciones tenían una base real. Ucrania tiene un movimiento neonazi que se activó durante la guerra contra las fuerzas apoyadas por Rusia a partir de 2014. Grupos como Sector Derecho y el Batallón Azov (una milicia ucraniana) defendían una ideología fanática que muy bien podría calificarse de «neonazi». La propaganda rusa y WWN exprimieron al máximo la existencia de esos grupos, exageraron en gran medida su tamaño y su influencia, y los presentaron como la mano oculta que encabezaba todo el movimiento reformista de Ucrania. Para respaldarlo urdieron

historias completamente falsas: por ejemplo, en octubre de 2014, se inventaron la noticia de que Sector Derecho había cometido agresiones antisemitas contra ancianos judíos residentes en Odesa, y WWN hizo notar de inmediato su indignación. La noticia, como subrayó el gran rabino de Ucrania, era una gran mentira. [17] [18]

Otro caso es el de Chongryon, la Asociación General de Residentes Coreanos en Japón. En teoría es una ONG que dirige docenas de escuelas coreanas y hasta una universidad coreana en Japón. Posee sus propios bancos y, según algunos cálculos, alrededor de la tercera parte de los salones de juegos *pachinko* que están por todas partes en Japón. Chongryon publica revistas y un periódico diario, además de patrocinar actividades culturales y equipos deportivos de los coreanos residentes en el país y una asociación de ciencia y tecnología, y cuenta con una agencia de viajes propia e incluso con tres restaurantes coreanos. En conjunto, los negocios de Chongryon aportan cientos de millones de dólares al año.

¿Adónde va todo ese dinero? Se envía a la verdadera propietaria de Chongryon: la República Democrática Popular de Corea (Corea del Norte). Chongryon es una ONGOG mal disimulada, un brazo casi oficial del Gobierno norcoreano en Japón. Cinco altos directivos de la organización ocupan escaños en la Asamblea Suprema del Pueblo. La sede de Chongryon en Tokio es una especie de embajada extraoficial, que suministra servicios consulares como la emisión de pasaportes y visados norcoreanos. El debate sobre la legitimidad de la organización figura siempre en las discusiones políticas japonesas, sobre todo en la derecha.

Otro ejemplo más tiene un título pomposo: la Organización Internacional de Socorro, Bienestar y Desarrollo. La OISBD, una organización benéfica islámica, lleva a cabo programas para las personas desfavorecidas en todo el mundo musulmán: ha financiado hospitales para las víctimas de la guerra civil siria, escuelas para los pobres en Sudán y mezquitas en diferentes países. Por medio de sus sucursales en Indonesia y Filipinas, también hizo algo ligeramente menos loable: ayudó a financiar los atentados del 11S.

La OISBD es una ONGOG saudí de segundo grado, que vive casi exclusivamente de las donaciones de otra ONGOG también saudí, la Liga Mundial Musulmana, que, a su vez, recibe casi todo su dinero del Estado y la familia real. La organización, que hasta hace poco se llamaba Organización Internacional de Socorro Islámico (OISI), es el brazo humanitario y de desarrollo de la Liga Mundial Musulmana, que ha estado muy involucrada en la difusión en todo el mundo de la corriente wahabí del islam, originaria de Arabia Saudí, desde que se fundó en 1962. No tiene nada de extraño que Osama bin Laden, retoño de la clase dirigente saudí, concibiera una forma de utilizar partes de esta organización para financiar sus planes terroristas. De hecho, en 2006, el departamento del Tesoro estadounidense incluyó las filiales de OISI en Indonesia y Filipinas en su lista de organizaciones terroristas.

Las ONGOG se movilizan a veces al servicio de un tipo concreto de estrategia de la mentira, consistente en ahogar las voces de las ONG legítimas cuando hablan sobre un determinado tema. Durante el Examen Periódico Universal de los derechos humanos en Venezuela llevado a cabo por las

Naciones Unidas en 2016, la ONU invitó a las organizaciones de la sociedad civil a que presentaran sus informes sobre la situación del país. Se registraron nada menos que 519 informes, la inmensa mayoría presentados por ONG de las que nadie había oído hablar y que, casualmente, no tuvieron más que palabras elogiosas sobre el historial de derechos humanos del régimen venezolano. El secretario general de la ONU, Ban Ki-moon, y el Alto Comisionado de la ONU para los Derechos Humanos denunciaron la maniobra como «un fraude de dimensiones colosales», pero, a la hora de la verdad, la tarea de distinguir entre las ONG genuinas y las falsas derrotó a los burócratas de la ONU, que acabaron presentando un informe que no se comprometía a nada y no presionaba para que Venezuela mejorara realmente sus prácticas en materia de derechos humanos. [19]

Las ONGOG pueden tener muchos usos. Daniel Baer, embajador de Estados Unidos ante la Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa (OSCE) en tiempos de Obama, explica cómo los gobiernos las utilizan para sabotear la labor de la OSCE. En reuniones en las que se permite que activistas de la sociedad civil dialoguen con los diplomáticos de la OSCE, grandes grupos de ONGOG actúan como la personificación de los troles de internet y se dedican a desbaratar las conversaciones con broncas que tienen poco que ver con el asunto del que se está hablando. Baer cuenta que los delegados de las ONGOG reservan salas de reuniones sin la menor intención de usarlas, solo para quitar ese espacio a las ONG legales. Incluso describe cómo merodean alrededor de las mesas con tentempiés en cada descanso y se lo comen todo. Es molesto, desde luego, pero no es solo eso. «En las

reuniones paralelas que organizan las auténticas organizaciones de la sociedad civil —explica Baer—, los estados envían a veces a representantes de sus ONGOG para intimidar a los defensores de los derechos humanos con un mensaje tipo "Gran Hermano" de que están vigilando las palabras y los hechos de los valientes defensores e informando a sus respectivas capitales». [20]

Hay ONGOG de todo tipo, desde las pequeñas y desconocidas enviadas a desbaratar las reuniones de la OSCE hasta nombres conocidos en todo el mundo como Hezbolá, que, en cierto modo, no es mucho más que una ONGOG iraní.

Por supuesto, las autocracias no son las únicas que utilizan ONGOG. La estadounidense Fundación Nacional para la Democracia (NED por sus siglas en inglés), a cuya Junta de Gobierno pertenecí, es quizá el prototipo de ONGOG. NED dice ser «una fundación privada, sin ánimo de lucro, dedicada el desarrollo y afianzamiento de las instituciones democráticas en todo el mundo», y puedo dar fe de que protege celosamente su independencia política. Sin embargo, aunque no esté controlada por el Gobierno, resulta indudable que está financiada por un Gobierno, puesto que recibe casi todo su dinero del Gobierno de Estados Unidos. El éxito de organizaciones como NED en su misión es lo que hizo que a los autócratas opuestos al orden liberal les atrajese la idea de imitar el modelo y camuflar sus prioridades de las tres pes bajo su parecido superficial a organizaciones de ese tipo. [21]

Las ONGOG son útiles para los autócratas 3P porque, en el actual mundo mediático, la distinción entre diferentes tipos de medios y diferentes tipos de fuentes se ha difuminado. Apelar

a la autoridad moral de una ONG es un poderoso mecanismo para manipular la opinión. En los capítulos anteriores hemos visto que los autócratas 3P compran medios de comunicación para colocarlos fuera del alcance de sus detractores. Esta es una fórmula que triunfa a escala nacional, pero, cuando el objetivo de un autócrata es exhibir el poder más allá de sus fronteras, las ONGOG pueden desempeñar una función similar.

Las ONGOG triunfan mediante la misma clase de imitación isomórfica que hace tan difícil descubrir la seudoley. Estas falsas ONG aprovechan la legitimidad de las organizaciones de la sociedad civil para impulsar los valores contrarios.

El panorama se emborrona sobre todo cuando las ONGOG se revisten de una pátina de periodismo. En este caso, enunciar las diferencias entre una emisora legítima subvencionada por el Estado y un instrumento de propaganda que la imita resulta un ejercicio muy complicado. Al fin y al cabo, si Reino Unido tiene la BBC, Alemania tiene Deutsche Welle y Japón tiene NHK, ¿por qué Rusia no va a tener Rusia Today, Venezuela y sus aliados latinoamericanos Telesur, e Irán Press TV? La respuesta sincera («porque aquellas son verdaderos órganos dedicados a buscar información y estas no son más que medios de propaganda») es cierta y, al mismo tiempo, increíblemente fácil de desmontar con la acusación de que «yo no difundo bulos, el que difunde bulos eres tú».

Las autocracias 3P con ambiciones internacionales han aprendido que merece la pena emular el aspecto y el aire de los informativos internacionales. Es la forma de transmitir la propaganda como si fueran noticias de verdad a los consumidores bien dispuestos en los cuartos de estar de todo el

mundo. Un agente del KGB de la época de las medidas activas, durante la Guerra Fría, jamás hubiera pensado que era posible.

CUIDADO CON EL PUNTO DE INFLEXIÓN: DE LA AUTOCRACIA 3P A LA NUEVA NORMALIDAD

Llama mucho la atención a qué velocidad han avanzado los retrocesos autocráticos en este siglo. El utopismo tecnológico de principios de la década de 2000, cuando la expansión de internet y la aparición de las redes sociales parecían un obstáculo insalvable para las autocracias de todo el mundo, parece hoy la prehistoria. Las principales autocracias (por ejemplo, Rusia y China) dominan internet como herramienta de control, un objetivo para el que han resultado estar mucho mejor dotadas que para la liberación.

En los primeros años del siglo XXI , las pocas democracias que parecían estar retrocediendo hacia algún tipo de «neopatrimonialismo» parecían extravagancias. La Italia de Berlusconi y la Tailandia de Thaksin se consideraban rarezas, no amenazas contra el orden mundial. Sus líderes parecían aislados, no peligrosos.

Qué tiempos aquellos.

Desde entonces, los autócratas han avanzado hasta casi alcanzar la masa crítica: un punto de inflexión en el que hay tantas voces en tantos lugares que consideran normal el autoritarismo que los que empiezan a sentirse aislados son los que lo rechazan.

Pensémoslo: de los veinticinco países más poblados de la Tierra, cuatro son autocracias que no llegaron al poder con

estrategias de las tres pes (China, Egipto, Vietnam y Tailandia) y otros diez han vivido el ascenso al poder de líderes que utilizaban el populismo, la polarización y la posverdad: India, Estados Unidos, Brasil, Rusia, México, Filipinas, Turquía, Irán, Reino Unido e Italia. Son países grandes y poderosos. También han utilizado el marco de las tres pes, con distintos grados de eficacia, tres miembros del G7, las principales naciones industrializadas. En 2019 y 2020 hubo un periodo en el que cuatro de los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad de la ONU tenían al frente a autócratas o populistas. Hasta ahora solo ha resistido Francia, y su porvenir no está asegurado. Por decirlo de otra manera: de los cinco mil setecientos millones de personas que viven en los veinticinco países más poblados del mundo, cuatro mil trescientos millones lo hacen en países que estaban sufriendo una autocracia o un giro autocrático.

Ese giro ha dejado de ser el fenómeno marginal que parecía hace solo un decenio. Y, aunque en muchos de estos países ha provocado la movilización en la sociedad de fuerzas contrapuestas tremendamente apasionadas, hoy no está nada claro que los demócratas de esos países dispongan de los medios necesarios para restablecer la normalidad democrática. La experiencia de Italia desde 1994, como hemos visto, ofrece muchos motivos para ser pesimistas. Parece muy posible que unos cuantos países más caigan en las garras de alguna variante de los males que hemos visto: una espiral de antipolítica, una autocracia 3P o un Estado mafioso en toda regla.

No estoy invitando al fatalismo. Ni mucho menos. Las fuerzas centrífugas que pueden contrarrestar esta tendencia

autocrática siguen existiendo. Las fuerzas que hacen que el poder sea más difícil de obtener, más fácil de perder y más difícil de ejercer en circunstancias normales no han desaparecido.

10

El poder y la pandemia

El trabajo de investigación para lo que ha acabado siendo este libro comenzó años antes de que se informara del primer caso de una forma nueva y extraña de neumonía en Wuhan, China, a finales de 2019. Durante 2020 y 2021, mientras la pandemia de la COVID-19 se convertía en el centro de atención en todo el mundo, fue fascinante observar cómo cada uno de los asuntos desarrollados en los capítulos anteriores tomaba cuerpo en un mundo asediado. Con independencia de que se trate de discernir los efectos de la polarización o de la posverdad, de la seudoley o del aventurerismo militar en otros países, de la desigualdad económica o del populismo sanitario, la pandemia de coronavirus ilustra a la perfección cómo actúa el marco de las tres pes en unas circunstancias extremas y sin precedentes.

Como ya habían demostrado otras crisis anteriores, las repercusiones a largo plazo de las grandes alteraciones suelen depender más de la reacción (y la sobrerreacción) de los gobiernos a un acontecimiento desestabilizador que del propio acontecimiento. La inmensa reacción global tras los atentados terroristas que sufrió Estados Unidos el 11 de septiembre de 2001 transformó el mundo mucho más que los propios atentados. Los cambios que se produjeron en la economía y en la sociedad de numerosos países como respuesta a la crisis

financiera de 2008 fueron más profundos y persistentes que los del suceso eventual económico que la originó.

El coronavirus se recordará de igual forma. La pandemia, por supuesto, ha sido un gran acontecimiento mundial de consecuencias duraderas. Sin embargo, las reacciones políticas, económicas, militares, empresariales, sociales e internacionales al virus han generado más transformaciones que sus efectos inmediatos.

En una primera aproximación, resulta fácil interpretar la pandemia como una fuerza centrípeta nueva y brutal que concentra el poder en manos de quienes ya lo tienen. La inquietante realidad de un virus desconocido y mortal que se descontroló en los cinco continentes situó a los gobiernos en primera línea de la respuesta y dejó al descubierto lo que los gobernantes podían y no podían hacer. En la mayoría de los países, la emergencia sanitaria del coronavirus amplió enormemente el abanico de medidas estatales que la gente estaba dispuesta a tolerar e incluso a exigir. Desde la obligación de llevar mascarilla y los confinamientos generalizados hasta unas intervenciones económicas tremendamente expansivas o unas medidas de vigilancia hasta entonces inaceptables, los ciudadanos mostraron en todas partes una extraordinaria tolerancia a la intromisión del poder del Estado: música celestial para los dictadores y los autócratas 3P.

En todo el mundo, los autócratas aprovecharon la oportunidad que la epidemia de coronavirus les ofreció para afianzar aún más su control sobre el poder. Ya en abril de 2020, como explicaron Frances Z. Brown, Saskia Brechenmacher y Thomas Carothers en un informe para la

Fundación Carnegie para la Paz Internacional (CEIP por sus siglas en inglés), de la que también formo parte, parecía claro que la pandemia iba a trastocar la democracia y la gobernanza en todo el mundo de múltiples y sorprendentes maneras. [1] Aquella primera lista era larga y, en general, negativa. Solo en la primera mitad de 2020, la pandemia centralizó el poder, cerró espacios democráticos, facilitó la posibilidad de recortar derechos fundamentales y de reforzar la vigilancia del Estado, dio a los gobiernos poderes para prohibir las protestas, desbarató elecciones, debilitó el control civil de los ejércitos y dificultó las movilizaciones sociales. En conjunto, alegaron, el nuevo coronavirus tenía el potencial de «reajustar los términos del debate mundial sobre los méritos del autoritarismo frente a la democracia».

Algunos países, como China, una dictadura de la vieja escuela con un Estado policial avanzado e inmenso, aprovecharon para sofocar los focos de descontento más enconados y tomaron medidas provocadoras y agresivas para resolver las disputas fronterizas. Otros, como Hungría y Rusia, vieron que la crisis era la ocasión ideal para afianzar definitivamente su poder y para desestabilizar a sus adversarios democráticos. Los líderes de Brasil, México, Estados Unidos y Reino Unido recibieron la pandemia como una buena oportunidad para pulir sus credenciales populistas con sus teatrales exhibiciones de desprecio hacia los consejos de los expertos. Muchos otros, como Tailandia, Turquía, Camboya y China, se relamieron con esta nueva excusa para reprimir el discurso de los disidentes. En todos los casos, el populismo, la polarización y la posverdad influyeron en las

reacciones de los poderosos y en su intento de aprovechar el virus para obtener más poder (y más estable y duradero).

Sin embargo, también se vio de inmediato que no era tan sencillo, que la pandemia no iba a facilitar sin más la vida a los autócratas 3P. Según un análisis *a posteriori* de la campaña presidencial estadounidense de 2020 que realizó, al terminar el año, Tony Fabrizio, responsable de encuestas de la campaña de Trump, los errores cometidos por el presidente en la respuesta a la pandemia fueron los que probablemente le impidieron ser reelegido. [2] En las sociedades en las que el autoritarismo todavía tiene que hacer frente a una verdadera competencia, reaccionar mal ante una grave crisis es algo que pasa factura al gobernante.

De modo que el virus sí se cobró por lo menos una cabeza política, y muy importante. Cada país experimentó la pandemia con arreglo a su realidad. Las generalizaciones son complicadas, pero desde el principio quedaron claros ciertos patrones de comportamiento.

APROVECHAR LA OLA DEL CORONAVIRUS

Ningún régimen autocrático tuvo grandes dificultades para comprender que la pandemia de coronavirus era una oportunidad para reforzar su control de la sociedad. Cuando los gobiernos empezaron a imponer restricciones sin precedentes a los movimientos de sus ciudadanos por motivos de salud, unas medidas que, en cualquier otra circunstancia, habrían parecido excesivas se convirtieron en normales y hasta en banales.

El autócrata que con más audacia aprovechó las posibilidades centrípetas del virus fue quizá Xi Jinping. El

dictador chino emprendió una serie de acciones agresivas contra sus adversarios en varios frentes que estaban molestando muchísimo a Pekín. La más visible fue el decisivo golpe que asestó en 2020 al movimiento democrático de Hong Kong con la aprobación de una ley de seguridad que, en la práctica, acabó con el estatus casi autónomo del que gozaba la ciudad en virtud de los principios de «una nación, dos sistemas» acordado con Reino Unido cuando este devolvió la antigua colonia a la soberanía china, en 1997. La medida cortó de cuajo el ruidoso movimiento callejero que había sacudido Hong Kong en 2019 y, de paso, toda la tradición de activismo cívico de la antigua colonia británica.

Hong Kong no fue el único problema que venía de atrás y que Xi decidió resolver de una vez por todas con la excusa del coronavirus. También estaba la situación de la frontera con India en el Himalaya, una zona remota, compleja y con una ambigua demarcación. A principios de 2020, Xi decidió atacar y envió a soldados chinos a ocupar unos territorios que tradicionalmente habían sido administrados por India. De esa manera, quería transmitir el mensaje de que China iba a ejercer su poder para defender sus fronteras.

La pandemia facilitó este plan de manera insospechada. Al parecer, los servicios chinos de inteligencia se enteraron de que el ejército indio no estaba bien preparado a consecuencia de una serie de brotes de la COVID-19 en los cuarteles. La verdad es que a los chinos no debió de costarles mucho descifrar las transmisiones militares indias: para sus comunicaciones internas, el ejército indio utilizaba un sistema de telecomunicaciones chino.

La beligerancia china después del virus ha puesto nerviosos a todos sus rivales y vecinos. En Vietnam y Filipinas, con los que China mantiene complicadas disputas territoriales en el mar del Sur de China, en Japón y en Corea del Sur, la agresividad de Xi amenaza con convertirse en el aspecto de la pandemia con consecuencias más graves a largo plazo.

Sin embargo, ningún vecino de China recibió el coronavirus con más preocupación que Taiwán, un territorio que la República Popular China considera suyo, a pesar de que han pasado ya ochenta años de independencia *de facto* . Comprobar cómo Pekín había renegado de su histórico compromiso de mantener el estatus de «un país, dos sistemas» en Hong Kong enterró las esperanzas de algunos taiwaneses de que era factible la reunificación con la parte continental mediante un acuerdo que protegiera la apertura, la prosperidad económica y las dinámicas tradiciones democráticas de la isla.

Asimismo, el virus permitió que China intensificara y ampliara su campaña de represión contra los uigures de la provincia de Xinjiang, en el extremo occidental del país. El Gobierno de Pekín extendió en gran medida su lejano e invisible archipiélago gulag de siniestros «campos de reeducación» sin casi ningún escrutinio internacional.

En todos estos casos, la pandemia ha sido la cortina de humo ideal para China: le ha permitido desplegar medidas más agresivas en diversos frentes y sufrir una reacción mucho menor de la que en circunstancias normales se habría esperado. El Gobierno chino quizá habría tomado esas mismas medidas incluso sin la excusa de la pandemia; pero resulta indudable que la emergencia sanitaria sirvió de catalizador.

Desde luego, esta no es la única forma de sacar provecho del virus. A la hora de hacer un uso creativo de la pandemia para reprimir la disidencia, el único límite ha sido la imaginación. Un ejemplo es el dictador de Azerbaiyán: Ilham Aliyev. Su interpretación de las normas de confinamiento incluyó la prohibición de organizaciones disidentes por infringir las normas de distancia interpersonal cuando se descubrió que habían reunido a cuatro personas en una oficina del centro de la capital.

El primer ministro húngaro, Viktor Orbán, fue otro de los dirigentes mundiales que se apresuró a aprovechar eficazmente la pandemia para acumular más poder. Utilizó las medidas de salud pública, que incluían la advertencia sobre el alto riesgo de contagio en las reuniones numerosas, como justificación para cerrar el Parlamento y aplazar de forma indefinida las elecciones. De esa manera, Orbán obtuvo el control total del aparato del Estado y pudo gobernar por decreto.

En Bolivia, la presidenta en funciones, Jeanine Áñez, también aprovechó la oportunidad en 2020 para aplazar las elecciones presidenciales (no una, sino dos veces), con la excusa del virus. Su baja posición en las encuestas, explicó al país, no era más que una coincidencia. (Áñez perdió su cargo frente al candidato de la izquierda ese mismo año, después de retirarse de unas elecciones en las que las encuestas le daban el cuarto puesto, más por su lamentable mandato que por la propia pandemia).

En 2020, la Fundación Internacional de Sistemas Electorales (IFES por sus siglas en inglés) registró el aplazamiento de elecciones en sesenta y cuatro países y ocho territorios y un total de ciento nueve convocatorias electorales.

[3] Entre los países que no celebraron elecciones a la presidencia, al Parlamento, a gobiernos estatales y locales o referéndums se encuentran Chile, Etiopía, Irán, Kenia, Macedonia del Norte, Serbia y Sri Lanka. No todos los aplazamientos significan una acumulación de poder, desde luego, pues algunos se debieron a verdaderas preocupaciones sanitarias. Precisamente por eso el pretexto es lo bastante creíble para que lo puedan usar aquellos que aprovechan la pandemia para obtener rédito político.

Parece claro que aplazar unas elecciones fingiendo una preocupación por la salud no es más que una de las muchas formas de manipulación; existe otra que es negarse a aplazarlas, a pesar de que hubiera motivos reales para estar preocupados. Polonia se negó a posponer unas elecciones en las que Andrzej Duda, el presidente populista, era el candidato con más posibilidades. Y ganó, en efecto, con el 51 por ciento de los votos en la segunda vuelta.

De hecho, los populistas polacos no tuvieron ningún reparo en explotar la pandemia para sus propios fines. Como señaló Joanna Fomina, de la Academia de Ciencias de Polonia, el Gobierno aprovechó la oportunidad para aprobar leyes sobre temas sociales candentes que se habían encontrado con una amplia oposición popular antes de la pandemia. Unos proyectos de ley para convertir en delito la educación sexual y restringir todavía más el acceso al aborto habían provocado ruidosas manifestaciones antes de que el virus golpeara. Cuando estalló la pandemia, el Gobierno prohibió las protestas callejeras (con la excusa de la necesidad de mantener la distancia social) y aprobó las leyes en plena noche.

En casi todos los países, la pandemia ha reforzado al Gobierno frente a los otros poderes del Estado y ha ampliado el abanico de medidas que se considera oportuno que tome. A los australianos se les prohibió durante un tiempo que salieran del país; algo que antes era inimaginable se convirtió en una decisión inofensiva. Este cambio de percepción tiene consecuencias de gran calado en muchas dimensiones: entre otras, ha creado nuevas oportunidades muy atractivas para la corrupción. Con los responsables políticos sometidos a enormes presiones para que aprobaran cuanto antes contratos de compra de suministros contra la pandemia, proliferaron las oportunidades de corrupción y los chanchullos y, en estados que ya funcionaban en la práctica como empresas criminales, no cabe duda de que las autoridades aprovecharon para enriquecerse de forma ilícita.

En cuanto a las reacciones al virus que socavaron las libertades civiles, las medidas para coartar la libertad de expresión fueron, en todo el mundo, tremendamente dañinas. Se podría decir incluso que el coronavirus se convirtió en una crisis mundial a consecuencia de la censura: la decisión del Gobierno chino de silenciar al doctor Li Wenliang y a sus colegas de Wuhan, cuando intentaron dar la señal de alarma sobre la extraña enfermedad que estaban viendo en diciembre de 2019, hizo perder un valioso tiempo durante las primeras semanas, en las que quizá se habría podido contener el primer brote en la zona. La muerte del doctor Li por la COVID-19 en febrero de 2020 no solo lo convirtió en el primer mártir de la pandemia, sino también en el mártir más reciente de la libertad de expresión.

El modelo de un Gobierno que utiliza su poder para borrar las informaciones inconvenientes sobre el virus no se limitó a China. Como escribieron Jacob Mchangama y Sara McLaughlin para *Foreign Policy* , durante los primeros meses del coronavirus vivimos una epidemia mundial de censura y vimos a gobiernos autocráticos de todo el planeta que reprimieron a los disidentes con la excusa de prohibir las desinformaciones sobre el virus. [4] En Camboya, se detuvo a docenas de personas acusadas de difundir bulos por los comentarios que habían hecho sobre la pandemia; entre ellos había miembros de grupos opositores ilegalizados a los que retuvieron mucho tiempo en prisión provisional antes del juicio. En Tailandia, una definición amplia de «desinformación» sobre el virus permitió encarcelar a muchas personas solo por criticar la reacción del Gobierno y decir que la consideraban insuficiente. En Turquía, se detuvo a docenas de personas por sus publicaciones «infundadas y provocadoras» sobre la COVID-19 en redes sociales, y se arrestó al menos a diecinueve ciudadanos por «atacar a funcionarios y propagar el pánico» con sus críticas a la reacción del Gobierno.

En 2020, los casos de acoso a periodistas que informaban sobre la crisis sanitaria, sus consecuencias económicas y las respuestas de los gobiernos fueron muchos. Azerbaiyán, Egipto, Honduras, India, Irán, Filipinas, Rusia y Singapur son ejemplos de los numerosos gobiernos que intentaron silenciar los medios. En todos los casos, los gobiernos aseguraron que actuaban por razones de salud pública y que por eso querían eliminar noticias falsas sobre el virus. En una proporción sospechosamente alta de casos dio la casualidad de que esas

«noticias falsas» habían revelado la ineptitud con la que el Gobierno había gestionado la crisis.

En algunos casos, la pandemia ha llevado a los gobiernos represivos a nuevas esferas de control de la información. Por ejemplo, en Turquía, los medios convencionales ya estaban férreamente controlados por el régimen de Erdoğan mucho antes de que el virus llegara. Sin embargo, la pandemia ofreció al Gobierno la oportunidad de implantar unas normas estrictas para «limitar la desinformación», que, en la práctica, prohibían una tipología completa de discurso. El régimen se justificó en la pandemia para aprobar, a mediados de 2020, una nueva ley que prohibió el acceso de Facebook, Twitter y YouTube salvo que los responsables de estas plataformas se avinieran a obedecer las normas censoras de Ankara. [5] El incumplimiento de las órdenes judiciales de retirar los contenidos que los censores del Gobierno considerasen ofensivos se traduciría en fuertes multas y en un menor ancho de banda.

Brown, Brechenmacher y Carothers también descubrieron que los estados habían utilizado más los métodos de vigilancia de alta tecnología (en teoría para luchar contra el virus). [6] Corea del Sur, Singapur e Israel, por ejemplo, fueron los primeros en utilizar los teléfonos móviles para rastrear los contactos. Casi nadie habló de que, si un Gobierno está autorizado a usar esa tecnología para saber si hemos estado en contacto con un portador del virus, también puede utilizarla para saber con quién hemos estado por cualquier otro motivo.

«Si bien la vigilancia reforzada no es propiamente antidemocrática —escriben—, el peligro de que se haga un

mal uso de estas medidas nuevas por motivos políticos resulta significativo, en particular si se autorizan y se imponen sin transparencia ni supervisión».

En India, las autoridades sanitarias exigen a las personas en cuarentena que suban periódicamente a las redes selfis con la geolocalización activada para asegurarse de que la foto se ha hecho en casa. En Hong Kong se obligó a los viajeros que llegaban a llevar un dispositivo electrónico de geolocalización similar al que se utiliza con las personas en arresto domiciliario. Las posibilidades de que se abuse de estas medidas son abrumadoras.

Además, la pandemia reforzó en todo el mundo el poder de las fuerzas armadas. Los militares tuvieron más participación a la hora de decretar y hacer respetar las medidas de salud pública en Irán, Israel, Pakistán, Perú y Sudáfrica, en algunos casos con acusaciones de abuso de poder por parte de unos soldados que mostraron un exceso de celo en el desempeño de sus obligaciones. Por otra parte, para demostrar que todas las tendencias tienen al menos una excepción, Amr Hamzawy y Nathan J. Brown, investigadores de la Fundación Carnegie, descubrieron que, en Egipto, la reacción a la pandemia reforzó el poder de la facción civil y tecnocrática dentro del Gobierno autoritario de El Sisi, en detrimento de la influencia del aparato de seguridad nacional controlado por el ejército. [7] Desde los años treinta del siglo pasado se ha comprobado que la utilización de los poderes extraordinarios constituyen el factor clave para afianzar el poder autocrático. Cuando una emergencia real coincide con las aspiraciones autocráticas surgen oportunidades especiales. La pandemia fue un claro ejemplo de ello. Más de cincuenta países declararon estados de

emergencia por la crisis, muchos por motivos de salud pública totalmente legítimos. Sin embargo, en otros países, las declaraciones de emergencia pregonaron con bastante claridad sus intenciones autoritarias.

Al valorar las posibilidades de que un estado de emergencia se utilice con fines autoritarios, los estudiosos examinan con muchísimo cuidado dos aspectos concretos: ¿la declaración de emergencia tiene limitada su duración, tiene limitado su alcance? Una declaración de emergencia sin un ámbito de actuación y un plazo cuidadosamente circunscritos invita a hacer un mal uso de ella. Y en la pandemia ha habido un número preocupante de declaraciones realizadas así.

En Filipinas, el Parlamento otorgó al presidente Rodrigo Duterte poderes excepcionales sin ningún límite. En Camboya, el primer ministro Hun Sen también consiguió que se ampliara hasta el infinito su potestad de aplicar la ley marcial. [8] Y, como descubrió un equipo de investigadores de la Universidad de Gotemburgo dirigido por Anna Luehrmann, Europa no fue la excepción. [9] Por ejemplo, los poderes extraordinarios que el Parlamento húngaro concedió a Viktor Orbán no especificaban ningún plazo e incluían condenas de prisión por distribuir bulos sobre la pandemia. La declaración de emergencia de Polonia, aunque no abarcaba tanto, tampoco tenía un plazo fijado y restringía ciertas libertades de los medios de comunicación. En Bulgaria se han utilizado los poderes extraordinarios para acosar a la minoría romaní; y en Rumanía han servido para restringir la libertad de expresión y han hecho posibles casos de abusos policiales durante la aplicación del toque de queda.

El Kremlin lleva mucho tiempo buscando en sus adversarios fracturas sociales para explotarlas y la pandemia le ofreció muchas oportunidades para difundir desinformaciones entre unas poblaciones preocupadas y confusas. Un informe de la Unión Europea publicado en marzo de 2020 descubrió que los servicios de inteligencia rusos habían orquestado «una importante campaña de desinformación» para tratar de agravar la crisis que la pandemia iba a causar en sus adversarios europeos. [10] ¿Cuál era el objetivo? Destruir la confianza en la reacción de las democracias a la emergencia sanitaria.

Ateniéndose estrictamente a los principios tradicionales del FUD —miedo, incertidumbre y duda—, los activistas al servicio de Rusia difundieron noticias concebidas para minar la fe de la gente en sus propios gobiernos. La Unión Europea identificó ochenta ejemplos de desinformación relacionada con la COVID-19 ya desde el 22 de enero de 2020, más de seis semanas antes de que la pandemia provocara la primera ola de confinamientos generalizados y sus consiguientes perjuicios económicos. Muchos *bots* utilizados en esta operación en las redes sociales tenían un largo historial de participación en las iniciativas del Kremlin para propagar desinformación sobre asuntos como la guerra civil de Siria, las protestas de los chalecos amarillos en Francia y la independencia de Cataluña, entre otros. La campaña fue muy amplia, con contenidos no solo en inglés, sino también en español, en italiano, en alemán y en francés.

Como suele ser habitual, la campaña envió distintos mensajes a la vez. En algunos casos, los *bots* rusos difundieron

la idea de que el coronavirus era «una creación humana que Occidente ha convertido en arma». Sin embargo, en países donde la gente desconfía siempre del Gobierno, como en Italia, destacaron las noticias que mostraban a unas autoridades incompetentes e incapaces de estar a la altura de las circunstancias. En cambio, los mensajes en español proponían historias apocalípticas o culpaban a los capitalistas de intentar beneficiarse del virus, además de «subrayar lo bien que Rusia y Putin estaban lidiando con la epidemia», según el informe. [11]

Las cuentas que participaban en la campaña no fueron nada marginales en sus respectivos espacios públicos. La cadena RT en español, perteneciente a la cadena pública rusa de difusión internacional Russia Today, sumó alrededor de seis millones ochocientos mil «Compartir» en sus noticias durante las primeras semanas de la pandemia. Quizá los expertos pensaran que la propaganda rusa era burda, pero resultó ser de una tremenda eficacia a la hora de influir en las opiniones de amplios segmentos de población de las sociedades a las que iba dirigida.

Estados Unidos no fue inmune a la ofensiva, desde luego, y pronto se detectaron pruebas de una campaña similar. Tuvo un considerable éxito ante una opinión pública ávida y muy inflamable. En febrero de 2020, el departamento de Estado estadounidense acusó a Rusia de organizar una campaña de desinformación sobre la pandemia que aprovechaba cientos de cuentas de Facebook, Twitter e Instagram para impulsar teorías como la de que la CIA había creado el coronavirus con el fin de usarlo como arma biológica. [12] Los gigantes tecnológicos se vieron obligados, una vez más, a cerrar

cuentas sospechosas de difundir desinformaciones. Sin embargo, parecía que estaban siempre quedándose rezagados y teniendo que correr para recuperar terreno.

China, impresionada al parecer por el éxito ruso en la desinformación sobre la pandemia, decidió entrar en la refriega y puso en marcha sus propias operaciones de posverdad sobre el coronavirus dirigidas a Occidente. Todo indica que para los chinos era prioritario romper la imagen que relacionaba a su país —donde surgió el primer brote— con el costo humano y económico de la pandemia, puesto que se centraron en difundir la idea de que les habían «tendido una trampa» y les habían echado la culpa de un virus que, en realidad, se había originado en otro sitio.

China consiguió exhibir así su poder gracias a su avanzadísima infraestructura de influencia en el extranjero, con una televisión estatal que llega a hogares de todo el mundo, desde Kenia hasta Portugal. Pero su poder no se extiende solo a través de los medios audiovisuales; también utiliza campañas de desinformación en internet como las que suele emprender Rusia y que los chinos se han apresurado a imitar. [13] En junio de 2020, la Unión Europea responsabilizó a Pekín de una «ola gigantesca» de desinformación sobre el virus con el fin de criticar injustamente la reacción de los gobiernos europeos ante la crisis. [14]

Con frecuencia China coordina este tipo de campañas con las de otras autocracias. La ONG independiente Alliance for Securing Democracy descubrió mediante una detallada investigación en redes que existen pruebas irrefutables de que los mensajeros chinos oficiales aprovechan los aparatos de

propaganda de Irán y Rusia. [15] Desde noviembre de 2019, tres de los cinco medios informativos más retuiteados —excluidos los medios estatales chinos— estaban financiados por el Gobierno iraní o el ruso (Press TV, RT y Sputnik News eran el tercero, el cuarto y el quinto más retuiteados, respectivamente). Además, varias personas relacionadas con medios financiados por el Gobierno ruso o con páginas web favorables al Kremlin estaban entre las cien cuentas más retuiteadas por cuentas chinas. [16]

Estos resultados se conocen cada vez más gracias a las organizaciones de vigilancia de internet. Philip Howard, director del Instituto de Internet de Oxford, habló en una entrevista de un aumento muy marcado de las desinformaciones tras el estallido de la pandemia. «Hemos visto un incremento significativo de las desinformaciones generadas por algunos estados, en especial Rusia y China —explicó Howard a CBC News—. De hecho, el 92 por ciento de la desinformación procedente de agencias estatales proviene de Rusia y China». [17]

Estas búsquedas han descubierto muchas veces que en la era de la pandemia, además de extenderse, la posverdad patrocinada por los estados está volviéndose más sofisticada. Organizaciones como la Agencia de Investigación de Internet rusa han aprendido a ocultar mucho mejor sus huellas y a evitar los errores de principiantes que facilitaron la comprobación de su influencia, por ejemplo, en la campaña del Brexit y en la de las elecciones presidenciales estadounidenses en 2016. A veces es cuestión de algo tan sencillo como mejorar la edición de textos de los tuits publicados por *bots* para evitar errores gramaticales y de

sintaxis que indican que no han sido realizados por anglohablantes. Sin embargo, otros aspectos van mucho más allá. Como ha señalado una investigación de CNN, Rusia ha empezado a encargar parte de su labor de desinformación a ONG y contratistas en Nigeria y Ghana, y pagó a informáticos africanos para que agitaran las tensiones raciales en las redes sociales de Estados Unidos cuando las protestas contra el racismo se apoderaron de las calles del país en el verano de 2020. Algunos de esos troles africanos, según CNN, no sabían que quienes pagaban su trabajo estaban en Moscú. [18]

¿HAY UNA REACCIÓN MUY GRANDE ?

Así pues, la pandemia ha sido la gran fuerza centrípeta y concentradora del poder de nuestros días, ¿no?

La verdad es que no. Ante una crisis tan inédita como esta se corre un gran peligro de simplificar las cosas en exceso. Las primeras hipótesis pueden quedar refutadas enseguida, y la intuición no sirve de mucho en territorios aún por explorar.

Por dar solo un ejemplo, una de las primeras conclusiones a las que llegaron los analistas sobre el coronavirus en los primeros meses de 2020 fue que iba a acabar con el periodo de agitación social y de protestas callejeras que se había extendido por todo el mundo en los años anteriores (en Cataluña, en Hong Kong, en Chile y en muchos otros países). Muy pronto esta predicción quedó obsoleta: en junio de 2020, el país más golpeado del mundo por la pandemia, Estados Unidos, ardía en manifestaciones contra el racismo de la policía, y ya se habían reanudado las protestas callejeras en otros países como Argelia y Zimbabue. Ninguna nación quedó a salvo: en agosto, unas manifestaciones masivas sacudieron

Bielorrusia y desestabilizaron al más feroz de los dictadores de la vieja escuela, Alexandr Lukashenko. Solo seis meses después, estallaron enormes protestas como pocas veces se habían visto en toda Rusia, no solo en las grandes ciudades, después de que el régimen de Putin intentara envenenar, y después encarcelara, a su crítico más acérrimo: Alekséi Navalni. La explosiva publicación que hizo este último de informaciones sobre un palacio enorme en el mar Negro, que definió como el mayor soborno de la historia de Rusia, sacudió el Kremlin. En el momento de escribir este libro no se sabe aún cómo terminará el movimiento de protesta, pero la imagen de los rusos manifestándose en las calles en pleno invierno ha refutado cualquier idea de que el virus ha debilitado el deseo de protestar de la gente y ha reforzado a los autócratas.

¿Es posible que, a medio plazo, se rechacen también algunas de las primeras hipótesis de que el virus es una fuerza de concentración de poder? Existen razones para pensarlo. Varios estudios sobre la repercusión del virus indican que sus consecuencias políticas varían mucho entre unos países y otros, no solo en función de las fisuras sociales ya existentes y de las características de cada Gobierno, sino también en función de cómo reaccionan los poderosos.

Esta es una opinión que ha defendido enérgicamente mi colega Thomas Carothers, el director del ambicioso proyecto de investigación sobre este tema de la Fundación Carnegie para la Paz Internacional. En una serie de estudios sobre los primeros efectos de la crisis, Carothers descubrió que, aunque el virus sí había agravado la polarización política en Brasil, Indonesia, Polonia, Sri Lanka, Turquía y Estados Unidos, no

había sucedido lo mismo en países como Chile, India, Kenia y Tailandia. [19]

No obstante, para entender la posibilidad de que la pandemia pueda ser una fuerza centrífuga que quita poder a los autócratas, conviene analizar antes a los tres países más grandes de América, en los que tres de los autócratas 3P más poderosos del mundo —Jair Bolsonaro, Andrés Manuel López Obrador y Donald Trump— vieron cómo se disparaban las cifras de fallecidos con unas reacciones llenas de rechazo a la ciencia, con invitaciones al pensamiento mágico y con mentiras descaradas. A corto plazo, la polarización hizo que, a pesar del desastre, los tres líderes conservaran el apoyo de una parte importante de los ciudadanos, una gran mayoría en el caso de López Obrador, a pesar de que miles de personas habían contraído el virus y habían fallecido, y millones habían perdido su sustento. Pero ¿se mantendrá este modelo a la hora de la verdad?

La desastrosa respuesta de estos populistas del hemisferio occidental, llena de desprecio por las recomendaciones de los científicos, muestra la otra cara de la moneda de la compleja relación entre la pandemia y la posverdad. Mientras que los líderes de Rusia y China utilizaban con todo cinismo la desinformación como un arma contra sus adversarios, Jair Bolsonaro en Brasil y Donald Trump en Estados Unidos parecían estar personalmente convencidos de algunas de las teorías de la conspiración más extravagantes que defendían. La posverdad puede ser una poderosa herramienta estratégica para los autócratas más cínicos, pero también cegar de forma desastrosa a los crédulos.

La frustración por la situación del virus movilizó a los rusos indignados con Putin y se tradujo en masivas manifestaciones callejeras en Moscú y en San Petersburgo durante el verano de 2020. Con una gravísima situación sanitaria en el país, la credibilidad del Gobierno sufrió un serio desgaste. Aun así, durante los inicios de la crisis, antes de que se hubieran desbordado los ánimos, Vladímir Putin comenzó una audaz campaña para prolongar su mandato hasta 2036.

Sin embargo, aunque la torpeza de muchos dirigentes 3P ha arrojado dudas sobre su futuro, la reacción inicial —eficaz en comparación— de varias de las democracias más competentes del mundo permitió tener esperanzas de que no todo está perdido para los liberales. Dinamarca, Islandia, Alemania, Nueva Zelanda, Corea del Sur y Taiwán destacaron por la eficacia de la respuesta pública a la crisis; pudieron contener los primeros brotes gracias al criterio decidido y basado en la ciencia de sus líderes, demócratas y, en todos los casos menos uno, mujeres.

LAS VACUNAS SON PODER

Sin embargo, la pandemia de la COVID-19 también sirvió para que volviéramos a fijarnos en la capacidad tecnológica de varios países a la hora de producir y distribuir una vacuna. Hábitos mentales largamente olvidados de proteccionismo rancio y chovinismo científico volvieron a saltar a primera fila cuando Estados Unidos, la Unión Europea, Reino Unido, Rusia y China emprendieron una carrera para responder con más rapidez y fiabilidad que los demás. En los primeros meses de 2021, las prioridades de las vacunas se convirtieron en una especie de obsesión mundial. China y Rusia, aprovechando al

máximo la carta blanca de sus autoridades, dieron preferencia a la exportación de vacunas a los países satélites, a veces incluso por delante de sus propias poblaciones vulnerables. Los aliados occidentales, sometidos a furiosas exigencias para que se acelerase la vacunación, no iban a desviar sus propios y limitados suministros en un momento así.

Unas veces la realidad encajaba con los estereotipos y otras, no. Nadie se sorprendió de que Israel, con una población pequeña, unas instalaciones de investigación en ciencias de la vida avanzadísimas y una militarización permanente, fuera el primer país en alcanzar la inmunidad de grupo. Sin embargo, la Unión Europea, a pesar de sus enormes recursos científicos y de sus investigadores, así como de su fama de eficacia tecnocrática, partió con mal pie, sin haber asegurado suficientes dosis para su vasta población y muy por detrás de los primeros países en materia de vacunación.

Con el tiempo, es probable que la carrera de las vacunas de 2020 se recuerde sobre todo por proveer de la «prueba de concepto» sobre la viabilidad de las terapias de ARNm. Los novedosos procedimientos utilizados para fabricar las vacunas de Moderna y Pfizer-BioNTech, sorprendentemente sofisticados, señalan el camino para una generación totalmente nueva de fármacos que nos permiten tener la esperanza de obtener tratamientos sin precedentes para un gran abanico de enfermedades. Si la pandemia se recuerda por haber acelerado el desarrollo de esos tratamientos, seguramente se olvidarán las escaramuzas de primera hora sobre la distribución y el prestigio otorgado a los países que desarrollaron la técnica —sobre todo Estados Unidos y Alemania, junto con sus más estrechos aliados— hará que se olvide el caos administrativo.

En 2100 es posible que la pandemia no se recuerde casi por nada más que por haber impulsado el desarrollo de la medicina de precisión y haber restaurado el prestigio de las democracias cuyos científicos llevaron a cabo esa revolución.

Este último aspecto sirve para ilustrar la premisa central del presente capítulo: como todas las grandes crisis de los tiempos recientes, la repercusión de la pandemia se recordará mucho más por los efectos secundarios y terciarios que por la propia crisis. No cabe duda de que el coronavirus ha transformado el mundo. Pero vuelvo a repetir que la respuesta de los gobiernos y la reacción de las sociedades a dicha respuesta serán quizá tan influyentes como el propio virus o incluso más.

Tenemos, pues, un futuro posible —uno entre varios— en el que se recordará el coronavirus por ser el momento en el que el mundo superó a los nuevos autócratas 3P. Si, dentro de unos años, se confirma que a los países que respetaron los conocimientos científicos y la libre circulación de información les fue sistemáticamente mejor que a los que permanecieron aferrados a la posverdad, la legitimidad de los ignorantes autócratas habrá sufrido un serio golpe.

11

Cinco batallas que debemos ganar

Según «Freedom in the World», un informe anual publicado por el prestigioso laboratorio de ideas estadounidense Freedom House, en 2020 setenta y tres países tuvieron una puntuación más baja en el «índice de libertad» que el año anterior. [1] Solo veintiocho mejoraron la puntuación. El informe señala, por desgracia, que el 75 por ciento de la población mundial vive en países en los que los derechos de los votantes han empeorado. «Por primera vez en este siglo —ha observado el historiador británico Timothy Garton Ash—, entre los países con más de un millón de habitantes, hay en la actualidad menos democracias que regímenes no democráticos». [2]

La amenaza que se cierne sobre la democracia mundial es muy real. Los ataques a la libertad son globales, sostenidos y temibles.

Numerosos gobiernos de todas las tendencias, incluidos muchos que se consideran modelos de democracia, han aprovechado todas las oportunidades para debilitar los sistemas de pesos y contrapesos que limitan su poder. Como hemos visto a lo largo de estas páginas, en algunos países esos ataques son directos y visibles; en otros son sutiles y encubiertos.

Los demócratas deben imponerse en este combate existencial contra unos enemigos que prefieren un mundo en el

que el poder esté concentrado y no tenga que someterse a control. Pero ¿cuál es la mejor manera de afrontar una guerra que se libra en múltiples frentes, contra unos adversarios 3P que saben explotar las debilidades de la democracia y las frustraciones e insatisfacciones populares que las democracias no han sabido nunca resolver? En esta nueva encarnación de la «larga lucha crepuscular» del presidente John F. Kennedy, los defensores de la democracia deben escoger sus batallas con cuidado para poder ganarlas. [3]

Entre las muchas que nos aguardan, creo que estas cinco son las más importantes:

1. La batalla contra la Gran Mentira.

2. La batalla contra los gobiernos convertidos en criminales.

3. La batalla contra las autocracias que tratan de debilitar a las democracias.

4. La batalla contra los cárteles políticos que ahogan a la competencia.

5. La batalla contra los relatos iliberales.

En las páginas que siguen voy a delinear lo que debemos hacer para vencer en cada uno de estos cinco campos de batalla. No tengo ninguna panacea, sino que me centro en identificar los objetivos fundamentales que hemos de conseguir y las formas más prometedoras de lograrlo.

LA BATALLA CONTRA LA GRAN MENTIRA

Cualquier estrategia que trate de defender las democracias y de garantizar que el sistema político trabaje en beneficio de la sociedad depende de que se restablezca la capacidad de los

ciudadanos a la hora de distinguir entre la verdad y la mentira. Como ha advertido Timothy Snyder, uno de los cronistas más sagaces de las tiranías contemporáneas, «la posverdad es el prefascismo […]. Abandonar la realidad es abandonar la libertad». [4]

Sin embargo, líderes políticos de todo el mundo encuentran cada vez más atractivo mentir para obtener el poder. Y, cuando digo mentir, no me refiero a decir mentirijillas o a manipular los hechos, como siempre han hecho los políticos, sino a decir esas mentiras que envenenan la coexistencia democrática y minan la simple posibilidad de que exista una democracia. Donald Trump, cómo no, fue pionero en esto: en mayo de 2021, más de cinco meses después de que achacara su derrota a unas fantasiosas acusaciones de fraude electoral, declaró con toda desvergüenza que «las fraudulentas elecciones presidenciales de 2020… ¡se conocerán a partir de este momento como LA GRAN MENTIRA!». [5]

Las Grandes Mentiras políticas pertenecen a una categoría diferente de la manipulación política. La estratagema del Kremlin cuando acusó a los separatistas chechenos de los espantosos atentados de 1999 contra cuatro edificios de apartamentos en Moscú y otras ciudades rusas constituye un ejemplo aterrador de utilización de la Gran Mentira para afianzar el poder, en este caso por parte de Vladímir Putin después de que Borís Yeltsin, enfermo, lo nombrara primer ministro. Cuando Putin culpa a los chechenos, Erdoğan denuncia en Turquía una siniestra conspiración de vándalos gulenistas o Donald Trump asegura que un oscuro «Estado profundo» ha actuado contra su Gobierno, la Gran Mentira permite a los políticos 3P justificar sus tomas de poder. Todos

los argumentos de los populistas se basan en una Gran Mentira, que presenta al aspirante a autócrata como la única esperanza del pueblo noble, pisoteado y traicionado frente a una sospechosa clase dirigente que lo odia.

Hasta hace poco, el daño que sufría la reputación de alguien a quien descubrían contando una Gran Mentira servía para que los aspirantes a altos cargos en las democracias consolidadas reprimieran las conductas más escandalosas. Sin embargo, el ascenso al poder de Trump, de Erdoğan, de Modi, de Duterte, de Orbán y de Bolsonaro, entre otros, da a entender que se ha producido un cambio brusco en el equilibrio entre los costos y los beneficios de decir una Gran Mentira. Ninguna democracia puede sobrevivir si la propagación de Grandes Mentiras se recompensa una y otra vez con el poder. Para evitarlo hará falta una gran cantidad de voluntad política, de creatividad jurídica y de innovación tecnológica y periodística. Si perdemos esta batalla, no valdrá de nada que ganemos las otras.

Se ha hablado mucho del papel de internet como fuerza multiplicadora de las Grandes Mentiras. Hay algo de exageración en esto. Al fin y al cabo, tres siglos antes de que se inventara internet, Jonathan Swift ya decía en tono irónico que «la mentira vuela y la verdad llega cojeando detrás». [6] Sin embargo, internet ha inclinado tanto la balanza en favor de los mentirosos que la gente ha dejado de confiar en las instituciones encargadas de diferenciar entre la verdad y la mentira. La fuerte propensión de los algoritmos digitales hacia las cosas llamativas, pero falsas, por encima de las monótonas, pero ciertas, ha creado una especie de crisis en la veracidad, un

embrollo epistemológico que hace que peligre todo el proyecto democrático.

Como afirman Anne Applebaum y Peter Pomerantsev, esta tendencia se puede invertir. «Internet —dicen— no tiene por qué ser horrible». [7] Se han probado con cierto éxito estrategias creativas para mejorar la calidad del compromiso cívico a través de internet en Taiwán y en Brasil, en Seattle y en Vermont. Algunas innovaciones intentan eliminar el anonimato que alimenta el discurso envenenado en la red; otras tratan de crear plataformas que alienten y recompensen la creación de consensos y que rebajen la polarización de la plaza pública virtual.

Los gigantes digitales que forman oligopolios de búsquedas y publicidad en internet deben asumir las lecciones de estas iniciativas, por propia voluntad, si es posible, y mediante regulaciones, si resulta necesario. Los incentivos económicos, legales y de reputación de los gigantes tecnológicos han de estar en sintonía con los intereses generales de la sociedad.

La decisión de Twitter de vetar a Donald Trump tras sus cuatro años de tsunami diario de mentiras desde el despacho oval se recordará como el primer paso en esta lucha, aunque fuera una medida parcial y problemática. Sin embargo, el debate posterior sobre la eficacia y la justicia de expulsar a Trump de Twitter y de Facebook (que recurrió a un consejo independiente para revisar la decisión, por lo que se granjeó tanto críticas como elogios) nos recuerda que todavía queda mucho por hacer. Las cláusulas que permiten que las grandes empresas tecnológicas en Estados Unidos queden exentas de responsabilidades seguirán siendo, con razón, objeto de

atención legislativa. No se puede confiar en que empresas con ánimo de lucro y con modelos de negocio consistentes en exprimir al máximo la participación de los usuarios —algo que es mucho más fácil de conseguir con las mentiras que con la verdad— vayan a desintoxicar sus plataformas por voluntad propia.

Para los medios tradicionales también se acerca la hora de la verdad. En 2020, según los datos del barómetro anual de Edelman sobre la confianza, por primera vez menos de la mitad de los estadounidenses dijeron que confiaban en los medios tradicionales. El 56 por ciento estaba de acuerdo en que «los periodistas y reporteros están tratando de forma deliberada de engañar a la gente diciendo cosas que saben que son falsas o muy exageradas». El 58 por ciento pensaba que «a la mayoría de las empresas de medios le interesa más apoyar una ideología o una posición política que informar a la gente». Cuando Edelman hizo una encuesta después de las elecciones presidenciales de 2020, esa cifra había empeorado todavía más: el 57 por ciento de los demócratas confiaba en los medios, frente a solo el 18 por ciento de los republicanos. [8] Antes, el periodismo servía de baluarte contra la Gran Mentira, pero no puede desempeñar su labor si nadie se cree las informaciones que publica.

Para superar esta crisis va a haber que revisar, y a veces renunciar, a la antigua vena periodística. Hay que rechazar la arraigada costumbre del *bothsidesism* , el falso equilibrio —la tendencia a ver una equivalencia moral donde no la hay— cuando una de las dos partes está atacando el sistema democrático. 9

Como ha dicho Lionel Barber, director del *Financial Times* en su día, eso no significa que el periodismo deba ser sectario. Mientras los argumentos se presenten de buena fe y con pruebas que los apoyen, hay que oír a las dos partes. Sin embargo, cuando no hay buena fe o cuando ambas se manipulan o se ignoran de forma deliberada, escuchar con respeto a esa parte no solo es imprudente, sino que puede resultar destructivo. [10] Los periodistas y los comentaristas no pueden parecer creíbles como observadores imparciales si se muestran equidistantes entre los que nos venden Grandes Mentiras y los que las rechazan. Los aspirantes a autócratas llevan mucho tiempo utilizando ese corrosivo relativismo moral como parte de su estrategia de las tres pes.

Es necesario insistir en el principio de que una Gran Mentira descalifica a los que la dicen. Los dirigentes que se proponen anular decisiones democráticas —por ejemplo, los congresistas republicanos que respaldaron a Donald Trump en su intento de revocar los resultados de las elecciones de 2020 — deben despedirse de cualquier futuro en política, si queremos que la democracia sobreviva. Como escribió Alexander Hamilton en 1787: «La esperanza de impunidad es un fuerte estímulo para la sedición; el miedo al castigo, un motivo proporcionalmente equiparable para no cometerla». [11] Sin embargo, después de las elecciones, los republicanos rehenes de Trump no solo no respaldaron este principio, sino que castigaron a quienes dentro de su partido lo defendían.

El endurecimiento de las sanciones contra las mentiras malintencionadas no sería tan nuevo ni tan insólito como a veces se nos quiere hacer creer. Todos los países occidentales tienen salvaguardias (por ejemplo, para impedir que los

anunciantes hagan afirmaciones infundadas sobre cuestiones médicas). La constatación de que las afirmaciones falsas o exageradas sobre lo que hacen unos medicamentos que se comercializan para personas enfermas pueden ser perjudiciales para ellas no es una idea controvertida ni debe serlo. Los reguladores examinan esos mensajes para decidir qué no se puede atribuir a un fármaco y qué advertencias y cláusulas de protección han incluirse, como se ve en cualquier anuncio de televisión. Considerarlo una violación de la libertad de expresión sería absurdo. Las mentiras que han contado muchos políticos estadounidenses a sus votantes sobre las elecciones de 2020 y la pandemia (para no hablar del cambio climático) son un terrible recordatorio de que las mentiras políticas pueden ser tan mortíferas como las médicas.

El instinto que nos hace rechazar la regulación del discurso político está muy arraigado y tiene un origen honorable. Ordenar legalmente que ese discurso sea veraz sería entrar en terreno resbaladizo. Al fin y al cabo, si aceptamos que haya que permitir unas expresiones políticas y otras no, ¿qué sucederá cuando los que deban hacer esa distinción sean nuestros adversarios? Estos argumentos serán, con razón, objeto de escrutinio por parte de los jueces que deban resolver las impugnaciones de cualquier nuevo marco jurídico de protección contra las Grandes Mentiras. Sin embargo, en un mundo en el que la propia viabilidad de la democracia como sistema está envuelta en dudas, no podemos seguir aceptando que esos argumentos sean la última palabra sobre la cuestión. La prudencia nos exige esmerarnos mucho más.

Los ciudadanos también deben estar más preparados, tener un sólido conocimiento de la propia mecánica de un Gobierno

democrático. En otros tiempos, la educación cívica era una parte fundamental de la enseñanza secundaria en todo el mundo. Ahora hay demasiados sitios en los que la asignatura ha desaparecido y su lugar lo ocupa la última tendencia, que no ofrece a los alumnos el contexto histórico ni los conocimientos necesarios para valorar los debates inherentes a la democracia. Una encuesta hecha en 2018 descubrió que solo uno de cada tres estadounidenses podría aprobar una prueba tipo test sobre temas sacados del examen para obtener la nacionalidad. [12] Las consecuencias de esa ignorancia están a la vista de todos.

«Volver a lo básico» y enseñar a los adolescentes cómo un proyecto de ley acaba convirtiéndose en ley no es suficiente. El entorno tecnológico actual plantea unas exigencias sin precedentes a los consumidores de información, que deben escoger en qué confiar. Hace una generación, las decisiones sobre qué ideas iban a conseguir más aceptación estaban circunscritas a un pequeño grupo de directores de medios importantes en un puñado de capitales culturales. Esto ha dejado se ser así. Hoy, cualquier consumidor de noticias es su propio director. Y eso, en manos de simples ignorantes, constituye una invitación a la desinformación descontrolada.

Para evitar que los charlatanes tengan un público receptivo habrá que dedicar una atención renovada a la higiene digital. Las democracias han de desarrollar y mantener un plan de estudios que proporcione a sus alumnos las aptitudes mentales necesarias para filtrar los torrentes de desinformación que la vida digital ofrece a los usuarios de internet. Es necesario que la tecnología sea una aliada en ese esfuerzo. Las herramientas basadas en la inteligencia artificial pueden medir la

credibilidad de los participantes en los debates virtuales y si se atienen a los criterios habituales de verificación y veracidad. Los gigantes digitales ya disponen de la tecnología necesaria para clasificar a los usuarios con arreglo a su vulnerabilidad a la desinformación y podrían establecer mecanismos que protejan a los más indefensos de los materiales más engañosos y corrosivos.

La primera línea de defensa contra la Gran Mentira la forman unos ciudadanos informados y sensibles. Cuando los ciudadanos no poseen las herramientas para ejercer sus obligaciones, existen más posibilidades de que los autócratas 3P se afiancen. El precio de no hacer nada al respecto es demasiado alto para poder consentirlo.

Es imprescindible que aceleremos el desarrollo y la adopción de nuevas leyes, instituciones y tecnologías, así como nuevos estímulos, que den a los ciudadanos la oportunidad de rechazar el aluvión de mentiras que los autócratas o los que aspiran a serlo despliegan contra ellos. Es muy posible lograrlo.

La batalla contra los gobiernos convertidos en criminales

La segunda batalla que debemos ganar es contra los gobiernos convertidos en criminales. No hay que confundirla con otro llamamiento a combatir la corrupción. Un Gobierno que se ha vuelto criminal es a la corrupción lo que la Gran Mentira política a las mentirijillas tradicionales. Las democracias pueden coexistir con cierto grado de corrupción; siempre lo han hecho. Sin embargo, no pueden sobrevivir si los responsables de las máximas instancias de la administración

son, además, los jefes de unas inmensas organizaciones criminales que controlan instituciones públicas cruciales (policía, ejército, servicios de inteligencia, servicio diplomático, agencia tributaria, aduanas, organismos reguladores, etcétera) y lucrativas entidades privadas (empresas estatales protegidas, industrias que explotan los recursos naturales, monopolios privados, etcétera). Estas organizaciones criminales enriquecen a los líderes y a sus amigos y les permiten atacar y reprimir a los adversarios dentro y fuera de sus fronteras. La democracia no puede desarrollarse en estados mafiosos que utilizan las estrategias, las tácticas y los métodos del crimen organizado y cuentan con el respaldo de un Estado soberano.

Desde Rusia, Siria y Kosovo hasta Venezuela, Corea del Norte y Honduras, los estados mafiosos irradian anarquía y exportan tácticas propias del hampa, al tiempo que ofrecen asilo a delincuentes de todo el mundo. Sus instituciones financieras resguardan un dinero ganado de forma ilícita en todos los rincones del mundo, su diplomacia socava las aspiraciones democráticas de habitantes de muchos países y sus servicios de seguridad aterrorizan a los disidentes. Un Estado mafioso, en cualquier sitio, constituye una amenaza para la democracia en todas partes.

En el sistema internacional actual, la Rusia de Putin contribuye en gran medida a sostener esa confederación mundial informal de estados mafiosos. Los diplomáticos, espías, piratas informáticos y troles rusos emponzoñan las aguas para los demócratas de todo el mundo. La dimensión y el peso geoestratégico de Rusia crean un margen para que otros estados a su vez se vuelvan criminales. Por eso, a corto

plazo, la batalla contra la política criminal ha de consistir en ejercer una postura dura contra la proyección del poder ruso e insistir en impedir que la élite criminal de ese país disfrute de lo ganado. Además de Rusia, hay que oponer una enérgica resistencia a todos los países que basan su política de Estado en técnicas mafiosas. En la era de la autocracia 3P, el peligro para la democracia no es el cuestionamiento de la ideología liberal, sino el poner en tela de juicio el principio de una gobernanza basada en la legalidad y la verdad. El recurso rutinario al asesinato, la intimidación, la extorsión y la desinformación por parte de un Estado nunca ha de quedar sin respuesta.

La campaña para controlar a los estados mafiosos será una guerra de desgaste. Quizá no haya victorias espectaculares, pero poco a poco se reducirá la amenaza que estos representan.

El primer paso es sencillo: seguir la pista del dinero. Si se intensifican el hallazgo y el castigo de los sitios en los que los líderes de los estados mafiosos almacenan su fortuna, se reducirá de manera considerable el atractivo del modelo. Sin embargo, a pesar del fuerte aumento en las últimas décadas de la actividad policial contra las transacciones financieras ilícitas, contra las filtraciones y contra la piratería, el rastreo continúa. [13] No es ningún secreto que los líderes de los estados mafiosos y sus amigos siguen utilizando algunos de los principales bancos del mundo para mover y ocultar vastas sumas de dinero en paraísos fiscales.

El Estado mafioso cuenta para ello con la ayuda de una red invisible de profesionales muy bien remunerados que trabajan para que el delito resulte rentable. Los abogados, contables,

gestores de patrimonio, banqueros privados, expertos en relaciones públicas y comunicación, las fuerzas del orden corruptas y aquellos que hacen de tapadera deben coordinarse con mucho cuidado para disimular y proteger los mecanismos de blanqueo de dinero ilícito. Sin ellos, el líder de un Estado mafioso no tiene más remedio que limitar sus actividades a su propio país, un destino que pocos de ellos están dispuestos a aceptar. Las democracias han de reforzar los recursos destinados a luchar contra este ecosistema; por ejemplo, el presupuesto para 2020 de la red de persecución de delitos financieros dentro del departamento del Tesoro estadounidense fue de solo ciento veinte millones de dólares, una suma ridícula en comparación con los billones de dólares que circulan de forma ilegal. [14] Además, las democracias deben hacer que sea más difícil crear sociedades instrumentales anónimas, mediante la implantación de más registros de propiedad beneficiaria y haciendo públicos los datos. Y tienen que acabar con la dudosa práctica de vender la nacionalidad, que ha permitido a los delincuentes de los estados mafiosos no solo tener escondites y refugios en los paraísos fiscales del Caribe, sino, a través de Malta y Chipre, en la Unión Europea.

Los líderes de los estados criminales están obsesionados con limpiar su reputación y por eso hacen «generosas» donaciones a organizaciones benéficas y sin ánimo de lucro que existen sobre todo con ese propósito. Hay que localizar esas organizaciones, señalar cuáles son y avergonzarlas públicamente. Los jerarcas de un Estado criminal tienen la ventaja de poder viajar al extranjero y mantener propiedades en otros países; hay que negársela. Hay que asegurarse de que cada vez sean mayores los costos y los riesgos asociados a su

línea de negocio. Cuando surja la oportunidad, no se debe dudar en encarcelarlos. A la actividad delictiva hay que responder con las fuerzas del orden, tanto si el delincuente es un jefe mafioso como si se trata de un ministro de un determinado Gobierno.

LA BATALLA CONTRA LAS AUTOCRACIAS QUE TRATAN DE DEBILITAR A LAS DEMOCRACIAS

Como sabe cualquier estudiante de historia, todos los estados se inmiscuyen en los asuntos de otros estados desde que existen. En el siglo V a. C., Tucídides, que fue general y uno de los primeros historiadores, ya documentó que las ciudades Estado griegas utilizaban la propaganda, los rumores y la desinformación para minar la moral de sus rivales, alimentar las divisiones entre las clases dirigentes y colocar a aliados al frente de las tropas —y a veces incluso del Gobierno— del enemigo. [15]

Eso no cambió en la era moderna, con independencia de que lo que estuviera en juego fueran las maquinaciones detonantes de las revoluciones y las guerras en el continente europeo o las bravuconadas, los subterfugios y las manipulaciones de la Guerra Fría en todo el mundo. Por ejemplo, el politólogo Dov H. Levin ha desvelado que, a escala mundial, Estados Unidos y la URSS (y luego Rusia) «intervinieron en una de cada nueve elecciones nacionales celebradas entre 1946 y 2000». [16] En la rivalidad entre autocracias y democracias a lo largo del siglo XX , estas últimas ganaron terreno tras la caída de la Unión Soviética. En 2007, la mayoría de los setenta y cinco países calificados en 1987 como autocráticos en la base de

datos Polity IV del Center for Systemic Peace se habían convertido en democracias o al menos en sistemas mixtos. [17]

Como hemos visto, el equilibrio está cambiando. El aumento del poder y de la influencia de la autoritaria China han desbaratado las expectativas del inexorable triunfo de la democracia. También ha intervenido el deseo de revancha de Rusia. Ambos países han ampliado su interés común en trastocar el orden internacional mediante nuevos grupos, iniciativas e instituciones: los BRICS (Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica), la Nueva Ruta de la Seda china o la Organización de Cooperación de Shanghái. La globalización y la interdependencia han sobrecalentado la rivalidad entre las democracias y las autocracias en organismos multilaterales antes poco conocidos como la Organización Mundial de la Salud (OMS), la Unión Postal Universal, la Corporación de Internet para la Asignación de Nombres y Números y la Organización Internacional de la Aviación Civil.

Sin embargo, a pesar de estos cambios, el trastorno más inaudito y dañino que hemos experimentado en tiempos recientes es quizá el uso malintencionado del poder para socavar la legitimidad política de países democráticos rivales gracias a las nuevas tecnologías de comunicación por internet. La injerencia en la política de otros países se ha vuelto mucho más fácil y barata en el siglo XXI , hasta el punto de que es una herramienta que ya no está solo al alcance de las superpotencias. Corea del Norte, Turquía, Brasil e Irán, por ejemplo, son países pobres y de tamaño medio desde los que se han lanzado ciberataques contra políticos, gobiernos y empresas privadas en países más grandes y ricos como Estados Unidos, Francia o España.

Hemos ido comprendiendo la magnitud de este problema de forma muy gradual. Los británicos se dieron cuenta a medida que se descubrían pruebas de que Rusia se había inmiscuido en el referéndum de 2016 sobre el Brexit. En Estados Unidos se vio cuando empezaron a acumularse los datos que indicaban la injerencia de Moscú en las elecciones presidenciales de 2016 y de 2020. Los españoles aprendieron la lección en vísperas del referéndum ilegal sobre la independencia de Cataluña en octubre de 2017. Y muchos chilenos empezaron a sospechar lo mismo cuando la subida de las tarifas del metro desencadenó unas protestas generalizadas en octubre de 2019. En todos los casos, unas campañas de desinformación originadas en autocracias desestabilizaron democracias que parecían ya consolidadas. Las operaciones de este tipo para ejercer influencia son muy desiguales, puesto que todo favorece a quien las instiga. Con unos costos tan bajos y unas probables recompensas tan altas, no cabe duda de que este tipo de ataques van a seguir proliferando.

Un ejemplo es el caso de las campañas extranjeras de desinformación en las dos últimas elecciones presidenciales de Estados Unidos. Como he escrito antes, este enfrentamiento informático no fue desigual porque el país estuviera en situación de desventaja tecnológica (es el líder mundial en las tecnologías necesarias para las guerras informáticas), sino porque Rusia, China y otras autocracias pudieron aprovechar los puntos débiles de una democracia. Lo que llevó a que Estados Unidos fuera tan vulnerable al ataque de una Rusia autoritaria resume las debilidades que hacen que todas las democracias sean susceptibles de sufrir ataques informáticos con fines políticos por parte de otros países. Para empezar,

Rusia apuntó al proceso democrático. En palabras del informe de los servicios de inteligencia en enero de 2017, los piratas y las filtraciones intentaron «socavar la fe de la población en el proceso democrático estadounidense». [18]

Su intención era aprovechar la libre difusión de informaciones en una sociedad democrática, los efectos de esas informaciones en la opinión pública y los mecanismos electorales mediante los que la opinión pública decide quién va a gobernar un país. Además, no solo los políticos democráticos son más vulnerables a las filtraciones, sino que las propias democracias tienen más probabilidades de que en ellas haya personas dispuestas a filtrar cosas. La protección legal de la que gozan las personas en los estados democráticos hace que resulte difícil descubrir esos casos.

¿Por qué las democracias occidentales no han llevado a cabo las reformas necesarias para hacer frente a la amenaza? ¿Por qué han dejado que países como Rusia tomen la delantera, no en capacidad, pero sí en la práctica? Entre los factores están quizá los sistemas de pesos y contrapesos que limitan la concentración de poder y frenan la toma de decisiones de los gobiernos. Todas las burocracias, incluidas las de los regímenes autoritarios, trabajan con lentitud, pero Putin y Xi están mucho menos limitados por leyes y restricciones institucionales que sus homólogos democráticos. [19]

Las debilidades genéticas de las democracias también pueden estorbar su capacidad de construir un frente multilateral unido contra los autócratas 3P. Por ejemplo, hemos visto que las estructuras de voto en la Unión Europea

han impedido exigir responsabilidades a Viktor Orbán y obligar a Hungría a que dejara de bloquear las críticas a China y a Rusia. La frustración del Gobierno de Trump ante los obstáculos y las sutilezas democráticas de la diplomacia multilateral empujaron a aquel a retirarse de organismos como el Consejo de Derechos Humanos de la ONU, alegando la presencia de malhechores como China, Venezuela y la República Democrática del Congo. Sin embargo, como señaló el excongresista Eliot Engel, esa retirada solo sirvió para que «los malos del consejo pudieran seguir sus peores impulsos sin el control de nadie». [20] La manera de afianzar la democracia no es retirarse de los órganos internacionales, que son el campo de batalla en el que se juega la influencia, sino construir alianzas y grupos complementarios, y hacer un uso más eficaz de ellos. Por ejemplo, las democracias suman el 80 por ciento de la financiación de la Organización Mundial de la Salud: ese poder, debidamente concentrado, habría podido cortar de raíz la campaña de China, que no aporta más que el 2 por ciento, para desviar las investigaciones iniciales de la organización sobre el origen de la pandemia de coronavirus. [21] Pero el intento de construir mejores coaliciones no puede hacerse a costa de los principios: las democracias tienen más posibilidades de perder que de ganar cuando acogen entre sus filas de forma poco exigente, por motivos estratégicos, a líderes 3P como Modi, Erdoğan, Orbán y Duterte.

Thomas Carothers ha pedido a las democracias «que asuman compromisos colectivos de apoyo mutuo para mejorar sus propias democracias y defender la democracia cuando esté amenazada en otros países ». [22] Ese compromiso debe servir de base a un plan de renovación democrática centrado

firmemente «en tres prioridades: la lucha contra la corrupción, la defensa contra el autoritarismo y la promoción de los derechos humanos». [23] Si se logra consolidar el compromiso de un pequeño grupo de democracias establecidas a respaldarse mutuamente en estos tres aspectos, se habrá dado un gran paso en la lucha para protegerse de la subversión impulsada por otros países.

Ese compromiso ha de ser público, solemne y refrendado por acciones específicas, porque la autocracia, como el cáncer, se metastatiza. Si no se contiene, busca órganos nuevos para infectarlos, a escala nacional e internacional. Por eso la protección de la democracia no es una mera cuestión de buenismo liberal: es una prioridad fundamental para la seguridad nacional.

LA BATALLA CONTRA LOS CÁRTELES POLÍTICOS QUE AHOGAN LA COMPETENCIA

La democracia es una forma de organización de la rivalidad política. En una democracia, quienes están insatisfechos con la situación actual pueden cambiarla, pero solo si convencen a un número suficiente de ciudadanos para que voten por ellos. El propósito esencial de los pesos y contrapesos democráticos es garantizar que la rivalidad política se desenvuelva de forma limpia y legal. Los tribunales imparciales, la limitación de mandatos y los mecanismos de control del poder ejecutivo en general existen para impedir que quienes ocupan el poder subviertan el sistema con el fin de permanecer en su cargo de manera indefinida.

Casi todas las tendencias negativas que existen en las democracias actuales nacen de la aparición de «presiones

anticompetitivas» en el sistema político. En este libro hemos analizado los diferentes métodos que los autócratas 3P utilizan para poner el poder del Estado —jueces, policías, soldados, medios de comunicación, funcionarios y reguladores— no ya al servicio de la nación, sino de sí mismos. Su objetivo no es otro que amañar la partida y consolidar su poder.

En el mundo económico, las prácticas anticompetitivas están sujetas a regulación desde hace más de un siglo. Las leyes protegen a los consumidores de prácticas que asfixian la competencia, como la fijación de precios, los cárteles y los precios abusivos. Ahora debemos extender esa misma lógica al ámbito político. Los autócratas 3P están entregados a la política anticompetitiva. Acaparan el mercado de las donaciones políticas y levantan enormes barreras económicas para impedir la entrada de sus rivales. Manipulan los distritos electorales que tienen asegurados de la forma más favorable para ellos. Expulsan a sus rivales de los medios de comunicación, llenan los tribunales de jueces dispuestos a fallar en contra de los que amenazan su poder y crean trabas artificiales al voto para poner a sus adversarios en desventaja. En resumen, los autócratas 3P actúan como auténticos monopolios políticos.

Para derrotarlos, necesitamos una especie de doctrina antimonopolio para la política, pensada para proteger la dinámica competitiva que es la base de la democracia. Tanto si se trata de la financiación de las campañas como de la reorganización de los distritos, la inscripción de votantes o la regulación de los medios de comunicación, los legisladores deben responder claramente a una pregunta: ¿las reglas actuales estimulan la competencia limpia y constructiva? Si la

respuesta es no, existen muchos argumentos para la intervención y la reforma.

En este contexto, Estados Unidos merece una consideración más detenida. Para recuperar su papel como fuerza estabilizadora del sistema internacional, tiene que reinventar sus instituciones políticas fundamentales, empezando por la presidencia, para eliminar el peligro de retroceso hacia una autocracia. Tiene que reformar el modo de elección del Congreso y su funcionamiento, para que pueda tomar decisiones oportunas y difíciles. Tiene que revolucionar un sistema electoral que genera desde el primer momento un bloqueo y un encono partidista de muy difícil solución. Y, lo más urgente, tiene que reflexionar sobre el papel del dinero en la política para acabar con la toma de las instituciones más importantes por parte de los plutócratas.

Muchos otros países, desde Bolivia hasta India y desde Italia hasta Filipinas, van a necesitar reformas de una ambición y una dimensión similares para hacer frente a las amenazas que se ciernen sobre la democracia. Los obstáculos con los que se va a encontrar ese plan son conocidos. Los intereses atrincherados hacen que, con demasiada frecuencia, las reformas profundas sean políticamente inviables y las que lo son resulten demasiado superficiales.

Sin embargo, esta realidad no debe llevarnos a la desesperación. Los límites de lo que es viable pueden cambiar rápidamente en una crisis, y los autócratas 3P son fábricas de crisis. No hay nada que avive tanto la imaginación política como la repentina conciencia del peligro; y, en pleno asalto de la autocracia 3P, los que aún creen en la importancia de la democracia están más motivados que nunca.

La batalla contra los relatos iliberales

Donald Trump denunciaba «la ciénaga» y prometía drenarla. Hugo Chávez llamaba a sus adversarios «los escuálidos» y los amenazaba con la cárcel o con algo peor. Pablo Iglesias en España y Beppe Grillo en Italia critican ferozmente a «la casta»: las clases políticas y económicas con dinero de sus respectivos países. En Reino Unido, Boris Johnson se burlaba de «Bruselas» por ser el hogar de unos burócratas a los que nadie había elegido y que usaban la Unión Europea para imponer unas estúpidas normas y unos reglamentos abusivos. En Hungría, Viktor Orbán atacaba a «los globalistas» que querían llenar el país —y Europa— de inmigrantes ilegales, mientras que, en Turquía, Recep Tayyip Erdoğan está obsesionado con los «gulenistas», a los que considera miembros de una secta terrorista dirigida por el clérigo disidente Fetullah Gulen. En boca de todos los autócratas 3P está siempre la palabra «conspiración», que utilizan como un garrote para atacar a sus rivales. Los enemigos pueden ser tan diferentes como sus respectivas sociedades, sus antecedentes políticos y su ideología. Sin embargo, las historias que cuentan los autócratas 3P a sus seguidores siguen un modelo conocido. *Mutatis mutandis* , son el mismo relato. Todos los líderes 3P se definen en oposición a un enemigo en deuda con oscuros intereses en su país y en el extranjero. En dicho relato, quien traiciona a la nación, en particular a la clase trabajadora y a los pobres, es un cáncer que es necesario extirpar. A veces el enemigo es un dirigente político rival, en otros casos una institución y, en numerosas ocasiones, otro país y otro grupo social, racial o étnico.

Como en todos los buenos relatos, en este hay héroes y villanos inconfundibles, además de hábiles combinaciones de hechos reales e imaginados. Como ha demostrado Cas Mudde, un politólogo neerlandés que estudia el extremismo y el populismo en Europa y Estados Unidos, la doncella en apuros de este cuento de hadas es siempre la misma, «el noble pueblo» del que abusan las élites depredadoras. El héroe salvador también es siempre el mismo: el imprescindible autócrata llamado por el destino para proteger a los pobres y derrotar a la élite. [24]

En el relato que los populistas utilizan para radicalizar a sus seguidores abundan las teorías de la conspiración. Y el comienzo del siglo XXI ha proporcionado mucha materia prima con la que trabajar. La pobreza, las crisis económicas que la agravan, las desigualdades, una pandemia, los conflictos armados, el desastre del cambio climático, las tecnologías que destruyen empleo y una larga lista de injusticias y esperanzas frustradas son realidades que los líderes autocráticos no han creado. Lo que sí han elaborado es un relato que suscita miedo e ira y que propone soluciones fantasiosas para dar fuerzas a los partidarios. Ofrecen una tierra prometida en la que las clases depredadoras están domesticadas y los problemas desaparecen; siempre, claro está, que al líder 3P se le conceda un poder ilimitado.

A los demócratas les es difícil competir con este relato propio de las tres pes. El politólogo David Runciman se lamentó, a propósito de Donald Trump, de que «sus tuits, su esto, su aquello, son como un cuchillo que corta la mantequilla del espacio informativo. Creía que la gente habría ideado el

modo de impedírselo, y no era así. La forma de hacer política de Trump siempre corta». [25]

Los populistas de la posverdad no necesitan atenerse a los hechos objetivos. Son libres de prometer soluciones indoloras e instantáneas que resucitan la esperanza, refuerzan las expectativas y prometen venganza. De momento, los seguidores encuentran consuelo en ese relato envenenado. Y ese es su poder.

¿Qué ofrecen los demócratas a cambio? Ideas y procesos abstractos. El Estado de derecho. Pesos y contrapesos. Libertad. El poder del mercado y las posibilidades que ofrecen las oportunidades económicas. Todas son ideas atractivas para los que no han de preocuparse por satisfacer sus necesidades básicas. Al padre parado de larga duración que tiene que dar de comer a sus hijos hambrientos, estas ideas le suenan remotas, irrelevantes y, desde luego, no le parecen la solución a los problemas de su familia. Los liberales ofrecen una complicada explicación de por qué hacer política de determinada manera es lo que acaba proporcionando los mejores resultados para todos. Es un contrarrelato que no solo está lleno de ideas abstractas, sino que, muchas veces, no incluye ni un héroe ni un villano identificables. Nuestros «buenos» no son más que los que están dispuestos a comprometerse con una serie de normas e ideales abstractos y nuestros «malos» son los que se niegan a hacerlo. Todo ello puede parecer anodino, sin alma, fabricado en un laboratorio. Yo creo fervientemente que es el buen camino…, pero también tengo que reconocer que no aumenta la adrenalina de la gente como un relato 3P.

Este desequilibrio está integrado en el propio debate. Es una ventaja injusta con la que siempre tendremos que lidiar quienes defendemos la democracia, a pesar de las excepcionales dotes de oratoria de líderes democráticos tan inspiradores como Martin Luther King Jr., Robert F. Kennedy, Nelson Mandela, B. R. Ambedkar y Václav Havel. Sin embargo, aunque nunca podamos anular del todo la ventaja de los autócratas 3P, sí podemos amortiguar sus efectos si hacemos hincapié en que la libertad y la democracia facilitan la prosperidad humana como jamás podrá la autocracia. Podemos dar a la gente algo sustancial que defender, no solo algo a lo que oponerse. Podemos argumentar en favor de una buena vida con profundas raíces en las tradiciones de Occidente que quizá no sea excitante, pero sí sincera.

La estructura populista tiene demasiada fuerza para poder ser derrotada de forma permanente. Es como un virus, reaparece con nuevos bríos a lo largo de la historia. Pero la retórica es hueca. Y señalar ese vacío nos presenta una oportunidad que debemos aprovechar para ofrecer a la gente, una vez más, la promesa de la vida democrática.

Tenemos que ponernos serios. El hecho de que la democracia haya sobrevivido desde hace tres siglos no garantiza en absoluto que vaya a volver a vencer a sus enemigos. Ahora bien, si conseguimos derribar las Grandes Mentiras, marginar a los gobiernos criminales, eludir los intentos de subversión extranjera contra elementos democráticos, enfrentarnos a los cárteles políticos que impiden la competencia y hacer retroceder los relatos iliberales en los que se sostienen los ataques autocráticos, habremos ganado la guerra para preservar la democracia.

Epílogo

Dar un hogar político a quien lo ha perdido

En todo el mundo, en particular en las democracias que hacen frente a las amenazas autocráticas, existen amplios sectores del electorado que, debido a la polarización, se han quedado sin un hogar político. A medida que los más sectarios se apoderan de las instituciones políticas y de las redes sociales, las personas comunes y corrientes se encuentran con que han de elegir entre unos partidos que apenas pueden ya reconocer y que no representan ni sus valores ni sus intereses. Parece, pues, normal que den totalmente la espalda a la política o que se apunten a lo que les aconsejen sus familiares, sus amigos o sus vecinos, para conservar un sentimiento de identidad, de pertenencia a un grupo. Su alejamiento prepara el terreno para una de las peores enfermedades de nuestro tiempo: la antipolítica.

Las innovaciones institucionales pueden servir para devolver al redil a todos esos ciudadanos que se han quedado sin un hogar político. Unos cuantos ejemplos nos podrán ayudar a entender las posibilidades de reformar el *statu quo* .

Empecemos por la votación por orden de preferencia, la reforma propuesta que quizá más acortaría la trayectoria de quienes aspiran a convertirse en autócratas 3P. Con ese sistema cada elector no emite un solo voto, sino que enumera los candidatos de la papeleta por orden de preferencia. Si el

candidato preferido de un votante recibe el menor número de votos, queda eliminado y pasa a ocupar su lugar el candidato que había elegido en segundo lugar. El sistema está pensado para apartar a los candidatos que captan unos cuantos votos, pero que la mayoría rechaza. A veces, en un terreno muy dividido, esos candidatos extremistas pueden salir elegidos, aunque la mayoría de los votantes muestre su oposición hacia ellos. La nominación de Donald J. Trump como candidato republicano en 2016 es un ejemplo típico.

Si se hubiera votado por orden de preferencia, Trump habría recibido más votos como primera opción que cualquiera de sus rivales; pero al realizar el cómputo de los votos de estos como segunda opción, se habría visto con claridad que la inclinación hacia él era muy reducida.

En general, un sistema político que emplea el voto por orden de preferencia para elegir a sus representantes escoge a políticos que tratan de encarnar el amplio centro del espectro político. Con ese sistema de voto, los políticos siguen disputándose —¡encarnizadamente!— el poder; pero lo hacen de acuerdo con unas reglas que encauzan esa disputa hacia el bien común. Cuando se ofrece a los candidatos un aliciente para intentar conseguir todos los votos posibles como segunda opción, la estrategia de hacer una campaña a la contra solo puede acabar en derrota. El voto por orden de preferencia recompensa a los políticos que tratan a los demás como adversarios con los que hay que contar, no como enemigos a los que hay que derrocar, y los que salen elegidos tras ese proceso están más en sintonía con las preferencias del votante medio. Y no hablamos de ninguna quimera: el sistema se utiliza ya en las elecciones generales de Australia, Nueva

Zelanda e Irlanda y, en las elecciones municipales, también en Reino Unido. En Estados Unidos se emplea en comicios locales de veintiuna jurisdicciones desde California hasta Maryland, la ciudad de Nueva York y los estados de Maine y Alaska. No obstante, sigue siendo un método desconocido para mucha gente. Eso tiene que cambiar. [1]

Imaginemos qué sucedería en el sistema político estadounidense si el voto por orden de preferencia se extendiera. Rebajaría el temor a las primarias que mantiene a los políticos vinculados con el ala más extrema de los partidos, lo que permitiría que los políticos representaran al amplio centro de su electorado de forma más franca. Con menos que ganar y más que perder en el caso de lanzar duros ataques contra los adversarios, el tono de la campaña cambiaría. Toda la esfera pública se enfriaría. Y entonces, quizá, la voz de la razón podría empezar a hacerse oír por encima del ruido.

Otro ejemplo ilustrativo de reformas trascendentales es la implantación muy extendida de jurados y asambleas ciudadanas: grupos de representación de ciudadanos escogidos al azar que se reúnen para discutir un determinado problema y para elaborar recomendaciones que traten de solucionarlo. En sus variantes con mayor ambición, las asambleas ciudadanas se reúnen durante un periodo prolongado en el que los participantes permanecen en un lugar secreto para escuchar a expertos y tener la oportunidad de plantearles preguntas antes de proponer su recomendación. Quizá el país que mejor ha llevado a cabo esto es Irlanda, donde estos grupos presentan recomendaciones oficiales que el Parlamento debe someter a votación. Y las asambleas no se limitan a discutir rebuscadas cuestiones de segunda categoría o meramente técnicas. Al

contrario: en Irlanda, la legalización del aborto se puso en manos de noventa y nueve ciudadanos que no se conocían de nada. A finales de 2016, amas de casa, estudiantes, antiguos profesores, camioneros y profesionales deliberaron durante cinco fines de semana en un hotel del norte de Dublín y presentaron unas recomendaciones que, al final, se aceptaron mediante un referéndum nacional como trigésimo sexta enmienda a la Constitución irlandesa.

Resulta fácil desechar reformas como el voto por orden de preferencia o las asambleas ciudadanas con la excusa de que son poco realistas. Estos experimentos pueden parecernos utópicos, y no cabe duda de que cualquier intento de desviar el poder (de los políticos afianzados en el aparato a los ciudadanos en el papel de reyes filósofos) topará con un fuerte rechazo. Los experimentos radicales de este tipo no deben tomarse a la ligera; no haría falta acudir a ellos si el sistema actual no estuviera sometido a una continua amenaza de muerte. Sin embargo, lo está.

Reformas como el voto por orden de preferencia y las asambleas ciudadanas, con el tiempo, podrían ayudar a revisar las normas del propio discurso político, a debilitar a los extremistas y a estimular una competencia que desemboque en el consenso y no en el caos. Es posible que el extremismo que ha caracterizado al Partido Republicano estadounidense acabe sosegándose y que deje paso a un partido de centroderecha, moderno, comprometido con las preocupaciones económicas y sociales de sus miembros y con el objetivo de tener un Gobierno eficaz, pero limitado, en la línea, por ejemplo, de la Unión Demócrata Cristiana de Alemania (CDU, por sus siglas en alemán).

Las reformas como el voto por orden de preferencia y los jurados ciudadanos no son ninguna panacea. Son solo dos ejemplos de las muchas innovaciones institucionales que merecen ser tenidas en cuenta. Y las innovaciones son únicamente tácticas que sirven en la búsqueda de un objetivo mayor. Pueden ayudar a devolver al redil a quienes se han quedado sin un hogar político y promover un sistema político en el que la disputa del poder sea viva e intensa, pero también limpia, legal y constructiva.

En gran parte del mundo democrático existe una mentalidad rompedora y de experimentación que el sector privado asume, pero que está muy ausente del terreno político. Mientras las nuevas tecnologías del futuro, como la medicina de precisión y la informática cuántica, reciben una generosa financiación de los inversores de capital de riesgo, la toma de decisiones políticas parece encerrada en un bucle temporal. Muchas prácticas políticas tienen su origen, directo o indirecto, en la revolución de las colonias estadounidenses, hace 245 años. Y aquella revolución, a su vez, la llevaron a cabo unas personas obsesionadas por salvar Estados Unidos de la suerte de la república de Roma. ¿Acaso tenemos que seguir aceptando como un artículo de fe que los problemas del siglo XXI pueden resolverse siempre con unos mecanismos de hace dos siglos, inspirados en preocupaciones de hace dos milenios?

En todo el mundo desarrollado, unos científicos audaces, innovadores, que están cambiando el paradigma, y unas empresas rompedoras y centradas en el conocimiento ofrecen un estimulante contraste con el mediocre, tradicional y severo sector público y los políticos que lo controlan. Si no se hace algo para remediar este desequilibrio de creatividad y energía,

los demócratas se encontrarán con infinitas trabas a la hora de poder sobrevivir a los retos que se van a encontrar provocados por las tres pes.

Ha llegado el momento de la experimentación y de la audacia en la administración; no solo se necesitan políticas innovadoras, sino también nuevas formas de ejercer la política. Las tecnologías digitales y los cincuenta años de investigaciones en ciencia cognitiva y psicología social han vuelto del revés nuestra concepción sobre la mejor forma de tomar decisiones colectivas. Si queremos devolver al redil a aquellos que se han quedado sin hogar político, tenemos que estar dispuestos a arriesgarnos y a adoptar métodos nuevos de toma colectiva de decisiones. Como destaca Runciman, al subrayar la complejidad tecnológica de los problemas en la elaboración de políticas:

> Resolver los problemas es mejor que no hacerlo. Sin embargo, las soluciones, muchas veces, están fuera del alcance del control democrático y las aportaciones de los votantes tienen cada vez menos peso. Esperamos a que otros nos ofrezcan las respuestas. Esto es poco digno. Provoca resentimiento y el inevitable rechazo a los expertos. [2]

Por consiguiente, nuestro deber es probar muchas maneras de tomar decisiones públicas, en diferentes zonas geográficas y niveles gubernamentales, para empezar a tener una idea de qué funciona y qué no y para que las mejores ideas puedan difundirse por todo el mundo democrático. Quién sabe, es posible que aquellas ideas capaces de ejercer una auténtica transformación ni siquiera se hayan pensado todavía. Para ganar la guerra a los autócratas 3P vamos a necesitar el valor revolucionario y la creatividad que engendraron la democracia representativa moderna. Si fracasamos, dejaremos a nuestros hijos y nietos un mundo que poco a poco se irá alejando de los

principios de libertad y autogobierno que deberían ser su legado. Por eso no nos queda otra opción que ganar esta guerra.

Agradecimientos

«No sabemos lo que nos pasa, y eso es precisamente lo que nos pasa, el hecho de no saber lo que nos pasa… Esa es siempre la sensación vital que asedia al hombre en periodos de crisis históricas». Esta frase la escribió el famoso filósofo español José Ortega y Gasset al principio de los años treinta del siglo pasado, una época de agitación social y política en Europa.

La observación de Ortega y Gasset es válida para el mundo actual. Nuestros días también están llenos de confusión e incertidumbre. Es fácil intuir que se avecinan cambios profundos que nos afectarán a nosotros, a nuestros familiares y amigos, a empresarios y empleados, a las ciudades, los países y, en definitiva, al mundo en su conjunto. El reto que se plantea este libro es descubrir cómo nos van a afectar en la práctica; es mi intento de desentrañar «lo que nos pasa». Durante los años que he tardado en prepararlo y escribirlo, he tenido la suerte de contar con colegas y amigos cuyos conocimientos y rigor intelectual solo son superados por su generosidad.

En primer lugar está Francisco «Quico» Toro, mi talentoso colega y querido amigo. Fue el primer lector a quien le enviaba mis borradores y con quien le daba vueltas a una idea, un dilema o una duda. Sus atinadas preguntas e inteligentes sugerencias me ayudaron a pulir mis reflexiones y precisar la forma de transmitir mis ideas. James Gibney, mi buen amigo y uno de los mejores editores con quienes he trabajado, también

me ayudó a mejorar este texto. Mike Abramowitz, Bill Bradley, Jessica Matthews, Jonathan Tepperman y Bob Zoellick leyeron y comentaron minuciosamente varios de los primeros borradores. Este libro es mucho mejor gracias a ellos. También me siento en deuda con Madeleine Albright, Anne Applebaum, Frank Fukuyama, Adam Grant, Alan Murray y David Rubinstein por sus útiles observaciones y generosos comentarios.

Roger Abravanel, Cayetana Álvarez de Toledo, Ricardo Ávila, Sebastian Buckup, Gustavo Coronel, Javier Corrales, Liza Darnton, Luca d'Agnese, Uri Friedman, Enrique Goñi, Francisco González, Gianni di Giovanni, Brian Joseph, David Kamenetzky, Julie Katzman, Ricardo Lagos, Ed Luce, Thierry Malleret, Maurizio Molinari, Luis Alberto Moreno, Yascha Mounk, Anne Neuberger, Ben Press, José Rimsky, Gianni Riotta, Gustavo Tarre, Gerver Torres, Christopher Walker, Andrew Weiss y Brian Winter leyeron varios capítulos o el manuscrito en su totalidad y me ofrecieron tanto comentarios útiles como gran aliento.

Hace mucho tiempo que estoy vinculado al Carnegie Endowment for International Peace, el laboratorio de ideas con sede en Washington en el que trabajo. Es mi hogar intelectual desde hace decenios; mi manera de pensar sobre el mundo, sobre los difíciles problemas a los que nos enfrentamos y las asombrosas posibilidades que se nos presentan se ha visto influida en gran medida por los años que llevo en el Carnegie. Bill Burns fue su presidente entre 2014 y 2021, cuando dejó el cargo para ser el director de la CIA. Sus años en el Carnegie coincidieron con el periodo durante el cual investigué y escribí gran parte de este libro, de modo que pude beneficiarme de su

apoyo. Tom Carothers, el vicepresidente, es uno de los especialistas más respetados del mundo en el estudio de la democracia y los peligros que la acechan. Estos son los temas centrales de este libro, y tuve la suerte de contar con sus comentarios y sugerencias. Mis gracias a Bill, Tom y los numerosos colegas del Carnegie que durante años han compartido conmigo sus conocimientos y sus ideas. Martha Higgins, directora de la biblioteca, me ayudó, junto con su equipo, a buscar textos que necesitaba y a indicarme otros que yo no conocía pero que siempre resultaron relevantes.

Tim Bartlett, director ejecutivo en St. Martin's Press, fue el editor de mi anterior libro, *El fin del poder* , y lo ha sido también de este. Su profundo conocimiento del tema y su larga experiencia guiando a autores para conseguir que reluzcan sus ideas hacen de él el editor ideal. Me siento afortunado de haber contado con su ayuda todos estos años. También le debo mucho a Miguel Aguilar, el director literario de Debate, quien ha sido el editor de todos mis libros en castellano. Agradezco los esfuerzos del equipo de esta casa editora, en particular a Carmen Carrión y Nacho Ruiz. Gracias también a Gianluca Foglia en Feltrinelli, en Italia.

Tuve el privilegio de contar con la experiencia de Gail Ross, mi agente literaria, quien puso a mi disposición su inmensa experiencia y me dio valiosos consejos y una útil orientación. Mi asistente, Angelica «Angie» Estévez, llevó a cabo incontables tareas con precisión, eficacia y elegancia. Asimismo, me ayudó a investigar y a producir el índice analítico. Lara Ballou, Christina Lara y Valentina Cano, mis asistentes en distintos periodos de este proyecto, aportaron

largas horas de trabajo y enorme apoyo. Estoy agradecido a todas ellas.

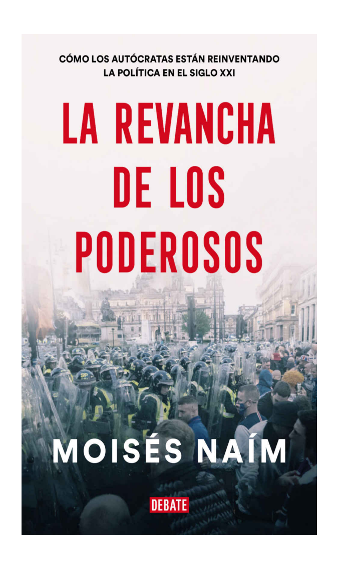
Tengo la inmensa fortuna de contar con una familia cuyos miembros no solo han estado dispuestos a leer los múltiples borradores de este libro, sino que además han sabido detectar con acierto sus fallos y me han ayudado a corregirlos. Estoy infinitamente agradecido a mi esposa, Susana, y a nuestros hijos y sus cónyuges.

Este libro está dedicado a Nusia Feldman, quien, a pesar de haber sido testigo de la peor forma de poder maligno, logró conservar su cálida sonrisa, afectuoso espíritu y una fe inamovible en la bondad innata de los seres humanos.

MOISÉS NAÍM

Washington D. C., enero de 2022

La muerte de su padre y los fantasmas de su herencia marcan el retorno de Wiener con esta exploración memorable sobre el amor, el deseo, los celos y el racismo.



Un huaco retrato es una pieza de cerámica prehispánica que buscaba representar los rostros indígenas con la mayor precisión posible. Se dice que capturaba el alma de las personas, un registro que ha sobrevivido oculto en el espejo roto de los siglos.

Estamos en 1878, y el explorador judío-austriaco Charles Wiener se prepara para ser reconocido por la comunidad académica en la Exposición Universal de París, una gran feria de «progresos tecnológicos» que cuenta entre sus atracciones con un zoo humano, culmen del racismo científico y del proyecto imperialista europeo. Wiener ha estado cerca de descubrir Machu Picchu, ha escrito un libro sobre el Perú, se ha llevado cerca de cuatro mil huacos y también un niño.

Ciento cincuenta años después, la protagonista de esta historia recorre el museo que acoge la colección Wiener para

reconocerse en los rostros de los huacos que su tatarabuelo expolió. Sin más equipaje que la pérdida ni otro mapa que sus heridas abiertas, las íntimas y las históricas, persigue las huellas del patriarca familiar y las de la bastardía de su propia estirpe —que es la de muchos—, la búsqueda identitaria de nuestro tiempo: un archipiélago de abandonos, celos, culpas, racismo, vestigios fantasmales ocultos en las familias y la deconstrucción de un deseo tercamente anclado en un pensamiento colonial. Hay temblor y resistencia en estas páginas escritas con el aliento de quien recoge los pedazos de algo que se rompió hace tiempo, esperando que todo vuelva a encajar.

La crítica ha dicho:

«Con esa inteligencia tremenda y ese humor irreverente que la caracteriza, Wiener rescata del archivo familiar una historia íntima, que es también la historia infame de todo nuestro continente. La prosa a la vez sobria y desparpajada de Wiener es puro aire fresco, y bajo la claridad penetrante de su mirada podemos ser testigos de los ciclos de depredación y saqueo de América Latina.»

VALERIA LUISELLI

«¿Se imaginan un libro donde cabe la búsqueda de un ancestro europeo ladrón de cerámica peruana, un bisabuelo bastardo y blanqueado, el poliamor y sus desengaños, el duelo por la pérdida de un padre, la familia heterosexual y sus secretos inconfesables, los talleres de sexo anticolonial…? Poco a poco, lo que parece el encuentro fortuito de una máquina de coser y un paraguas sobre una mesa de disección se acaba convirtiendo en el mejor libro que he leído sobre la filiación y

el amor en la condición poscolonial contemporánea. ¡Gabriela Wiener inventa la psicogenealogía queer y descolonial!»

PAUL B. PRECIADO

«Wiener utiliza como materia prima la prepotencia de la violencia eurocéntrica para crear narrativas radicalmente hermosas e imprescindibles para las luchas antirracistas.»

DANIELA ORTIZ

«Seguirle la pista a Gabriela Wiener, caminar detrás de ella, soñando con alcanzarla, es uno de los pocos lujos que nos quedan.»

ALEJANDRO ZAMBRA

«Wiener destruye a martillazos de poesía los lugares comunes del Stand Up.»

FABIÁN CASAS

«Gabriela Wiener es pura rebeldía, humor y ternura a un mismo tiempo».

SARA MESA

Gabriela Wiener (Lima, 1975) es autora de los libros *Sexografías* , *Mozart con priapismo y otras historias* , *Llamada perdida* , *Dicen de mí* y del libro de poemas *Ejercicios para el endurecimiento del espíritu* . Sus textos han aparecido en diversas antologías y han sido traducidos al inglés, portugués, polaco, alemán, francés e italiano. Fue redactora jefe de la revista *Marie Claire* en España y hoy publica regularmente columnas de opinión para *elDiario.es* , *Vice* y para el contenido en español del *New York Times* , así como una videocolumna en *lamula.pe* . Ganó el Premio Nacional de Periodismo de su país por un reportaje de investigación sobre un caso de violencia de género. Es creadora de varias performances literarias que ha puesto en escena junto a su familia y de la obra de teatro *Qué locura enamorarme yo de ti* . En la actualidad reside en Madrid.

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



Penguinlibros.club





Edición en formato digital: febrero de 2022

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial

Ilustración de portada: © Raúl Lázaro

ISBN: 978-84-397-3848-0

Composición digital: La Nueva Edimac, S. L.

Facebook: penguinebooks

Facebook: LitRandomHouse

Twitter: @LitRandomHouse

Instagram: @litrandomhouse

Youtube: PenguinLibros

Spotify: PenguinLibros

Notas

[1] George Orwell, *1984* , Londres, Secker & Warburg, 1949, p. 173. [Hay trad. cast.: *1984* , Barcelona, Debolsillo, 2021].

[2] José Ortega y Gasset, *Obras completas* , t. V (1933-1941), *En torno a Galileo* (1933), lección VIII, «En el tránsito del cristianismo al racionalismo», 6.ª ed., Madrid, Revista de Occidente, 1964, p. 93.

INTRODUCCIÓN . EL PELIGRO

[1] Cas Mudde y Cristóbal Rovira Kaltwasser, *Populism. A Very Short Introduction* , Nueva York, Oxford University Press, 2017. [Hay trad. cast.: *Populismo. Una breve introducción* , Madrid, Alianza, 2017].

[2] Timothy Snyder, *On Tyranny. Twenty Lessons from the Twentieth Century* , Nueva York, Penguin Random House, 2017. [Hay trad. cast.: *Sobre la tiranía. Veinte lecciones que aprender del siglo XX* , Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2017].

[3] Yascha Mounk, *The People vs. Democracy. Why Our Freedom Is in Danger and How to Save It* , Cambridge, Harvard University Press, 2018. [Hay trad. cast.: *El pueblo contra la democracia. Por qué nuestra libertad está en peligro y cómo salvarla* , Barcelona, Paidós, 2018].

[4] Daron Acemoğlu y James Robinson, *Why Nations Fail. The Origins of Power, Prosperity and Poverty* , Nueva York,

Penguin Random House, 2013. [Hay trad. cast.: *Por qué fracasan los países* , Barcelona, Deusto, 2012].

[5] Anne Applebaum, *Twilight of Democracy. The Seductive Lure of Authoritarianism* , Nueva York, Doubleday, 2020. [Hay trad. cast.: *El ocaso de la democracia. La seducción del autoritarismo* , Barcelona, Debate, 2021].

[6] Enrique Krauze, *El pueblo soy yo* , Barcelona, Debate, 2018.

[7] Larry Diamond, *Ill Winds. Saving Democracy from Russian Rage, Chinese Ambition, and American Complacency* , Nueva York, Penguin Books, 2019.

[8] Francis Fukuyama, «Against Identity Politics», University of Pennsylvania, consultada el 18 de marzo de 2021, https://amc.sas.upenn.edu/francis-fukuyama-against-identity-politics.

[9] Steve Tesich, «A Government of Lies», *The Nation* , 20 de enero de 1992.

[10] «Word of the Year 2016», *The Oxford Dictionaries* , consultada el 18 de marzo de 2021, https://languages.oup.com/word-of-the-year/201.

[11] Sean Illing, «A philosopher explains America's "post-truth" problem», *Vox* , 14 de agosto de 2018, https://www.vox.com/2018/8/14/17661430/trump-post-truth-politics-philosophy-simon-blackburn>.

[12] Barbara A. Biesecker, «Guest Editor's Introduction. Toward an Archaeogenealogy of Post-truth», *Philosophy & Rhetoric* , 51, 4 (2018): pp. 329-341, consultada el 18 de

marzo de 2021, < https://www.jstor.org/stable/10.5325/philrhet.51.4.0329>.

[13] David Stasavage, *The Decline and Rise of Democracy. A Global History from Antiquity to Today,* Princeton, Princeton University Press, 2020.

[14] Francis Fukuyama, «The End of History?», *The National Interes* t, 16 (1989), pp. 3-18, consultada el 18 de marzo de 2021, http://www.jstor.org/stable/24027184.

[15] François de La Rochefoucauld, *Reflections or Sentences and Moral Maxims* , trad. de J. W. Willis Bund, y J. Hain Friswell, Londres, Simpson Low, Son, and Marston, 1871, p. 218. [Hay trad. cast.: *Máximas* , Barcelona, Planeta, 1984].

[16] Erica Frantz, *Authoritarianism. What Everyone Needs to Know,* Oxford, Oxford University Press, 2018.

[17] Jackson Diehl, «Putin and Sissi are Putting on Elections. Why bother?», *The Washington Post* , 4 de marzo de 2018, https://www.washingtonpost.com/opinions/global-opinions/putin-and-sissi-are-putting-on-elections-why-bother/2018/03/04/044889f0-1d6e-11e8-9de1-147dd2df3829_story.html>.

Primera parte

La era del populismo, la polarización y la posverdad

Capítulo 1 . El ataque mundial contra los pesos y contrapesos que definen la democracia

[1] Joanna Berendt, «Polish Government Pushes Legislation to Tighten Control Over Judges», *The New York Times* , 21 de diciembre de 2019,

<https://www.nytimes.com/2019/12/21/world/europe/poland-judges-independent.html>.

[2] «CBI Raids at Prannoy Roy's Residence – Read What NDTV and Roys Are Accused Of», *OpIndia* , 5 de junio de 2017,<https://www.opindia.com/2017/06/cbi-raids-prannoy-roy-ndtv-396-crore-icici-bank-fraud>.

[3] «Bolivian Court Clears Way for Morales to Run for Fourth Term», Reuters, 28 de noviembre de 2017, <https://www.reuters.com/article/us-bolivia-politics-idUSKBN1DS2ZX>.

[4] Charlie Savage, «Trump Vows Stonewall of "All" House Subpoenas, Setting Up Fight Over Powers», *The New York Times* , 24 de abril de 2019, <https://www.nytimes.com/2019/04/24/us/politics/donald-trump-subpoenas.html>.

[5] Steve Coll, *Private Empire. Exxonmobil and American Power* , Nueva York, Penguin Books, 2013.

[6] David Michaels, *The Triumph of Doubt. Dark Money and the Science of Deception,* Oxford, Oxford University Press, 2020.

[7] Javier Corrales, «Trump Is Using the Legal System Like an Autocrat», *The New York Times* , 5 de marzo de 2020, <https://www.ny times.com/2020/03/05/opinion/autocratic-legalism-trump.html>.

[8] Ronald L. Numbers, *The Creationists. From Scientific Creationism to Intelligent Design,* Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 2006.

[9] Paul Volcker, «Paul Volcker's final warning for America», *Financial Times* , 11 de diciembre de 2019, <https://www.ft.com/content/2389d7ec-1b3c-11ea-97df-cc63de1d73f4>.

[10] «Putin For Life. State Duma Resets Presidential Term-Limit Clock to Zero», Warsaw Institute, 25 de marzo de 2021, <https://warsawinstitute.org/putin-life-state-duma-resets-presidential-term-limit-clock-zero>.

[11] Mila Versteeg, Timothy Horley, Anne Meng, Mauricio Guim y Marilyn Guirguis, «The Law and Politics of Presidential Term Limit Evasion», *Columbia Law Review* , 120, 1 (enero de 2020), pp. 173-248. Consultada el 18 de marzo de 2021, doi:10.2307/26868346.

[12] James Worsham, «The "Gerry" in Gerrymandering», National Archives, 21 de junio de 2018, <https://prologue.blogs.archives.gov/2018/06/21/the-gerry-in-gerrymandering>.

[13] Paul Krugman, «American Democracy May Be Dying», *The New York Times* , 9 de abril de 2020, <https://www.nytimes.com/2020/04/09/opinion/wisconsin-primary-democracy.html>.

[14] Sean Illing, «David Frum on Why Republicans Chose Trumpocracy over Democracy», *Vox* , 26 de octubre de 2018, <https://www.vox.com/2018/1/18/16880524/donald-trump-democracy-republicans-trumpocracy>.

[15] David Frum, *Trumpocracy. The Corruption of the American Republic,* Nueva York, Harper Collins, 2018.

[16] Robert Siegel, «Cleric Accused Of Plotting Turkish Coup Attempt: “I Have Stood Against All Coups”», NPR, 11 de julio de 2017, <https://www.npr.org/sections/parallels/2017/07/11/536011222/cleric-accused-of-plotting-turkish-coup-attempt-i-have-stood-against-all-coups>.

[17] Girish Gupta, «Special Report. How a Defrocked Judge Became the Chief Legal Enforcer for Maduro’s Venezuela», Reuters, 15 de noviembre de 2017, <https://www.reuters.com/article/us-venezuela-politics-court-specialrepor/special-report-how-a-defrocked-judge-became-the-chief-legal-enforcer-for-maduros-venezuela-idUSKBN1DF1P0>.

[18] Will Doran, «Roy Cooper Loses a Lawsuit in His Power Struggle Against the NC Legislature», *The News & Observer* , 21 de diciembre de 2018, <https://www.newsobserver.com/news/politics-government/article223424305.html>.

[19] Patrick Kingsley, «As West Fears the Rise of Autocrats, Hungary Shows What’s Possible», *The New York Times* , 10 de febrero de 2018, <https://www.nytimes.com/2018/02/10/world/europe/hungary-orban-democracy-far-right.html>.

[20] «Would-Be Autocrats Are Using Covid-19 as an Excuse to Grab More Power», *The Economist* , 25 de abril de 2020, <https://www-economist-com.ezproxy01.rhul.ac.uk/international/2020/04/23/would-be-

autocrats-are-using-covid-19-as-an-excuse-to-grab-more-power>.

[21] Discurso de Viktor Orbán en el 25.º Campamento de Verano para Jóvenes y Universitarios en Bálványos, 26 de julio de 2014, Băile Tuşnad (Tusnádfürdő), trad. inglesa de Csaba Tóth, *The Budapest Beacon* , 29 de julio de 2014, <https://budapestbeacon.com/full-text-of-viktor-orbans-speech-at-baile-tusnad-tusnadfurdo-of-26-july-2014>.

Capítulo 2 . La política de los fans

[1] Gabriel García Márquez, *El otoño del patriarca* , Barcelona, Debolsillo, 2021.

[2] Ryszard Kapuściński, *The Emperor. Downfall of an Autocrat* , Nueva York, Penguin Random House, 1989. [Hay trad. cast.: *El Emperador* , Barcelona, Anagrama, 11. ª ed. 2006].

[3] Donald H. Reiman y Neil Fraistat, *Shelley's Poetry and Prose* , Nueva York, W. W. Norton & Company, Inc., 2002.

[4] Aaron Couch y Emmet McDermott, «Donald Trump Campaign Offered Actors $50 to Cheer for Him at Presidential Announcement», *The Hollywood Reporter* , 17 de junio de 2015, <https://www.hollywoodreporter.com/news/donald-trump-campaign-offered-actors-803161>.

[5] «Full text. Donald Trump Announces a Presidential Bid», *The Washington Post* , 16 de junio de 2015, <https://www.washingtonpost.com/news/post-politics/wp/2015/06/16/full-text-donald-trump-announces-a-presidential-bid>.

[6] Alex Altman y Charlotte Alter, «Trump Launches Presidential Campaign With Empty Flair», *Time* , 16 de junio de 2015, <https://time.com/3922770/donald-trump-campaign-launch>.

[7] Roderick P. Hart, *Trump and Us. What He Says and Why People Listen,* Londres, Cambridge University Press, 2020.

[8] Silvio Berlusconi, «1994 – Discesa in campo di Berlusconi», discurso de inicio de campaña en 1994, liberalenergia, YouTube, 11 de agosto de 2009, vídeo, 00:05 <https://www.youtube.com/watch?v=B8-uIYqnk5A>.

[9] Silvio Berlusconi, «1994 – Discesa in campo di Berlusconi», discurso de inicio de campaña en 1994, liberalenergia, YouTube, 11 de agosto de 2009, vídeo, 00:23 <https://www.youtube.com/watch? v=B8-uIYqnk5A>.

[10] Ruben Durante, Paolo Pinotti y Andrea Tesei, «The Political Legacy of Entertainment TV», *American Economic Review* , 109, 7 (julio de 2019), pp. 2497-2530. <https://www.aeaweb.org/articles?id =10.1257/aer.20150958>.

[11] «Survey of Adult Skills (PIAAC)», Programa para la Evaluación Internacional de las Competencias de los Adultos, OCDE, última modificación: 15 de noviembre de 2019, <https://www.oecd.org/skills/piaac>.

[12] Ruben Durante, Paolo Pinotti y Andrea Tesei, «Voting Alone? The Political and Cultural Consequences of Commercial TV», Paolo Baffi Centre Research Paper n.º 2013-139 (6 de junio de 2013); disponible en SSRN: < https://ssrn.com/abstract=2290 523> o <http://dx.doi.org/10.2139/ssrn.2290523>.

[13] Alexander Stille, *The Sack of Rome. Media + Money + Celebrity = Power = Silvio Berlusconi,* Nueva York, Penguin Random House, 2007. [Hay trad. cast.: *El saqueo de Roma. De cómo un bonito país con un pasado glorioso y una cultura deslumbrante se sometió a un individuo llamado Silvio Berlusconi* , Barcelona, Papel de Liar, 2010].

[14] John Lloyd, «The new "Italian Miracle", 1993», *Financial Times* , 9 de mayo de 2008, <https://www.ft.com/content/65622a6e-1b14-11dd-aa67-0000779fd2ac>.

[15] Max Weber, *The theory of social and economic organization* , Nueva York, Oxford University Press, 1947. [Hay trad. cast.: *Economía y sociedad* , México, Fondo de Cultura Económica, 2009].

[16] Max Weber, *Economy and Society* , Berkeley, University of California Press, 1978. [Hay trad. cast.: *Economía y sociedad* , Madrid, Verbum, 2020].

[17] David A. Fahrenthold, «Trump Recorded Having Extremely Lewd Conversation About Women in 2005», *The Washington Post* , 8 de octubre de 2016, <https://www.washingtonpost.com/politics/trump-recorded-having-extremely-lewd-conversation-about-women-in-2005/2016/10/07/3b9ce776-8cb4-11e6-bf8a-3d26847eeed4_story.html>.

[18] Simon Kuper, «Trumpsters, Corbynistas and the Rise of the Political Fan», *Financial Times* , 20 de julio de 2017, <https://www.ft.com/content/a46fa5b6-6c17-11e7-bfeb-33fe0c5b7eaa>.

[19] Maggie Haberman, Glenn Thrush y Peter Baker, «Trump’s Way. Inside Trump’s Hour-by-Hour Battle for Self-Preservation», *The New York Times* , 9 de diciembre de 2017, <https://www.nytimes.com/2017/12/09/us/politics/donald-trump-president.html>.

[20] Patrick R. Miller y Pamela Johnston Conover, «Red and Blue States of Mind. Partisan Hostility and Voting in the United States», *Political Research Quarterly* (30 de marzo de 2015), <https://doi.org/10.1177%2F1065912915577208>.

[21] Shanto Iyengar y Sean J. Westwood, «Fear and Loathing across Party Lines. New Evidence on Group Polarization», *American Journal of Political Science* , 59, 3 (julio de 2015), pp. 690-707, <https://pcl.stanford.edu/research/2015/iyengar-ajps-group-polarization.pdf>.

[22] Francis Fukuyama, «Against Identity Politics», University of Pennsylvania, consultada el 18 de marzo de 2021, <https://amc.sas.upenn.edu/francis-fukuyama-against-identity-politics>.

[23] Thomas E. Mann y Norman J. Ornstein, *It’s Even Worse Than It Looks. How the American Constitutional System Collided with the New Politics of Extremism* , Nueva York, Basic Books, 2016.

[24] Francis Fukuyama, «Against Identity Politics», University of Pennsylvania, consultada el 18 de marzo de 2021,<https://amc.sas.upenn.edu/francis-fukuyama-against-identity-politics>.

[25] Andrew Sullivan, «America Wasn’t Built for Humans», *The New York Magazine* , 18 de septiembre de 2017,

<https://nymag.com/intelligencer/2017/09/can-democracy-survive-tribalism.html>.

[26] Beppe Grillo, espectáculo «Reset!», en Roma, el 30 de marzo de 2007, Grilli quotidiani, YouTube, 2 de agosto de 2017, vídeo, <https://www.youtube.com/watch?v=8sR6pSLDFdU>.

[27] Alberto Nardelli y Craig Silverman, «Italy's Most Popular Political Party Is Leading Europe In Fake News And Kremlin Propaganda», BuzzFeed News, 29 de noviembre de 2016, <https://www.buzzfeed.com/albertonardelli/italys-most-popular-political-party-is-leading-europe-in-fak>.

[28] Nick Gass, «Trump on small hands: "I guarantee you there's no problem"», *Politico* , 3 de marzo de 2016, <https://www.politico.com/blogs/2016-gop-primary-live-updates-and-results/2016/03/donald-trump-small-hands-220223>.

[29] Hugo Chávez, «*Aló, Presidente* N.º 30», discurso, programa televisivo *Aló, Presidente* , Caracas, 13 de febrero de 2000. Consultada el 22 de mayo de 2021, <http://todochavez.gob.ve/todo chavez/3822-alo-presidente-n-30>.

[30] «Lula, Kirchner y Chávez acuerdan construir "el gran gasoducto del sur", que atravesará Suramérica», *El Mundo* , 20 de enero de 2006, <https://www.elmundo.es/elmundo/2006/01/20/internacio nal/1137745877.html>.

[31] Naomi Klein, «The media against democracy», *The Guardian* , 18 de febrero de 2003,

<https://www.theguardian.com/world/2003/feb/18/venezuela.pressandpublishing>.

[32] Michael Wolff, *Fire and Fury. Inside the Trump White House* , Nueva York, Henry Holt and Co., 2018. [Hay trad. cast.: *Fuego y furia. En las entrañas de la Casa Blanca de Trump* , Barcelona, Península, 2018].

[33] Juan Forero, «Venezuela's Chavez Marks 10 Years With Talkathon», NPR, 29 de mayo de 2009, <https://www.npr.org/templates/story/story.php?storyId=104696254>.

[34] Toby Meyjes, «Leaders of These Countries Say the Press Is the "Enemy of the People"», *Metro* , 20 de febrero de 2017, < https://metro.co.uk/2017/02/20/leaders-of-these-countries-say-the-press-is-the-enemy-of-the-people-6461441>.

[35] Max Weber, «The Nature of Charismatic Authority and its Routinization», en *The Theory of Social and Economic Organization* , trad. inglesa de A. M. Henderson y Talcott Parsons, Nueva York, Oxford University Press, 1947.

[36] Marshall McLuhan, *Understanding Media. The Extensions of Man* , Boston, Massachusetts Institute of Technology Press, 1964. [Hay trad. cast.: *Comprender los medios de comunicación. Las extensiones del ser humano* , Barcelona, Paidós, 2009].

Capítulo 3. Las herramientas del poder

[1] Anders Aslund, *Russia's Crony Capitalism. The Path from Market Economy to Kleptocracy* , Hartford, Yale University Press, 2019.

[2] Sydney P. Freedberg, Scilla Alecci, Will Fitzgibbon, Douglas Dalby y Delphine Reuter, «How Africa's Richest Woman Exploited Family Ties, Shell Companies, and Inside Deals to Build an Empire», International Consortium of Investigative Journalists, 19 de enero de 2020, <https://www.icij.org/investigations/luanda-leaks/how-africas-richest-woman-exploited-family-ties-shell-companies-and-inside-deals-to-build-an-empire/>.

[3] E. J. Dionne Jr., Norm Ornstein y Thomas E. Mann, «How the GOP Prompted the Decay of Political Norms», *The Atlantic* , 19 de septiembre de 2017.

[4] Steven Levitsky y Daniel Ziblatt, «The Crisis of American Democracy», *American Educator* , 44, 3 (otoño de 2020), p. 6.

[5] George Packer, «The President Is Winning His War on American Institutions», *The Atlantic* , abril de 2020.

[6] Timothy Snyder, *On Tyranny. Twenty Lessons from the Twentieth Century,* Nueva York, Penguin Random House, 2017. [Hay trad. cast.: *Sobre la tiranía. Veinte lecciones que aprender del siglo xx* , Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2017].

[7] Timothy Snyder, «House Committees accelerate impeachment inquiry», entrevista con Rachel Maddow, *The Rachel Maddow Show* , MSNBC, 27 de septiembre de 2019, transcripción, <https://www.msnbc.com/transcripts/rachel-maddow-show/2019-09-27-msna1285286>.

[8] Anne Applebaum, «History Will Judge the Complicit», *The Atlantic* , julio-agosto de 2020.

[9] Francesca Gina y Max Bazerman, «When Misconduct Goes Unnoticed. The Acceptability of Gradual Erosion in Others' Unethical Behavior», *Journal of Experimental Social Psychology* , 45, 4 (julio de 2009), pp. 708-719.

[10] Clare Baldwin y Andrew C. Marshall, «How a Secretive Police Squad Racked Up Kills in Duterte's Drug War», Reuters, 19 de diciembre de 2017.

[11] Chieu Luu, Tiffany Ap, y Kathy Quiano, «Philippines President "Ordered Death Squad Hits While Mayor", Alleged Hitman Claims», CNN, 16 de septiembre de 2016.

[12] Eduardo Galeano, *Las venas abiertas de América Latina* , Madrid, Siglo XXI, 2003.

[13] Pablo Neruda, *Un canto para Bolívar* , Madrid, Visor, 2014.

[14] Silvio Berlusconi, «1994 – Discesa in campo di Berlusconi», discurso de inicio de campaña en 1994, liberalenergia, YouTube, 11 de agosto de 2009, vídeo, 00:18 <https://www.youtube.com/watch?v=B8-uIYqnk5A>.

[15] David A. Graham, «Really, Would You Let Your Daughter Marry a Democrat?», *The Atlantic* , 27 de septiembre de 2012.

[16] Belinda Luscombe, «Would You Date Someone With Different Political Beliefs? Here's What a Survey of 5,000 Single People Revealed», *Time* , 7 de octubre de 2020.

[17] Lisa Bonos, «Strong Views on Trump Can Be a Big Dating Dealbreaker, and Other Takeaways from a Survey on

Love and Politics», *The Washington Post* , 7 de febrero de 2020.

[18] Frank Newport, «In U.S., 87 % Approve of Black-White Marriage, vs. 4 % in 1958», Gallup, 25 de julio de 2013, <https://news.gallup.com/poll/163697/approve-marriage-blacks-whites.aspx>.

[19] Francis Fukuyama, *Identity. The Demand for Dignity and the Politics of Resentment* , Nueva York, Farrar, Straus and Giroux, 2018. [Hay trad. cast.: Identidad. *La demanda de dignidad y las políticas de resentimiento* , Barcelona, Deusto, 2019].

[20] Michael Gove, «Gove. Britons "Have Had Enough of Experts"», entrevista con Faisal Islam de Sky News, 3 de junio de 2016, rpmackey, YouTube, 21 de junio de 2016, vídeo, 01:02 <https://www.youtube.com/watch?v=GGgiGtJk7MA&t=61s>.

[21] BBC News, «EU Referendum», BBC, junio de 2016, <https://www.bbc.co.uk/news/politics/eu_referendum/results>.

[22] Joe Twyman (@JoeTwyman), «Over two thirds of Leave supporters (+ quarter of Remainers) say it is wrong to rely too much on "experts". #EURef», Twitter, 15 de junio de 2016, <https://twitter.com/JoeTwyman/status/743079695986622464?s=20>.

[23] Daniel W. Drezner, *The Ideas Industry. How Pessimists, Partisans, and Plutocrats are Transforming the Marketplace of Ideas,* Nueva York, Oxford University Press, 2017.

[24] Representantes: Fred Upton [R-MI-6], Spencer Bachus [R-AL-6], Ed Whitfield [R-KY-1], Sue Wilkins Myrick [R-NC-9], Tim Murphy [R-PA-18], Lee Terry [R-NE-2], Judy Biggert [R-IL-13] y Robert E. Latta [R-OH-5], H.R.5979 – United States Nuclear Fuel Management Corporation Establishment Act of 2010, 29 de julio de 2010, <https://www.congress.gov/bill/111th-congress/house-bill/5979/cosponsors?s=3&r=1&overview=closed&searchResultViewType=expanded>.

[25] Brad Johnson, «Rep. Fred Upton On Global Warming: “I Do Not Say That It Is Man-Made”», ThinkProgress, 8 de febero de 2011.

[26] Zachary Coile, «Pelosi, Gingrich Team Up for Global Warming TV Ad», *SFGate* , 18 de abril de 2008.

[27] Michael O’Brien, «Gingrich Regrets 2008 Climate Ad with Pelosi», *The Hill* , 26 de julio de 2011.

[28] Michael Young, *The Rise of the Meritocracy* , Oxfordshire, Routledge, 1994.

[29] Hugo Chávez, *Aló, Presidente* , 131, discurso, programa televisivo *Aló, Presidente* , Caracas, 15 de diciembre de 2002. Consultada el 22 de mayo de 2021, <http://todochavez.gob.ve/todochavez/ 4138-alo-presidente-n-131>.

[30] Hannah Arendt, *The Origins of Totalitarianism* , Nueva York, Harcourt Brace Jovanovich, 1973. [Hay trad. cast.: *Los orígenes del totalitarismo* , Madrid, Alianza, 2006].

[31] A. G. Sulzberger, «The Growing Threat to Journalism Around the World», *The New York Times* , 23 de septiembre de 2019.

[32] Philip Bennett y Moisés Naím, «21st-century censorship», *Columbia Journalism Review* , 5 de enero de 2015.

[33] «Poland's Campaign Against the Press Could Devastate What's Left of Its Democracy», editorial, *The Washington Post* , 23 de octubre de 2020.

[34] Thomas R. Lansner (ed.), «Capturing Them Softly. Soft Censorship and State Capture in Hungarian Media», WAN-IFRA, 2013, <https://m.wan-ifra.org/sites/default/files/fieldarticlefile/WAN-FRA%20Soft%20Censorship%20Hungary%20Report 0.pdf>.

[35] Krisztián Simon y Tibor Rácz, «Hostile Takeover. How Orban Is Subjugating the Media in Hungary», *Focus on Hungary* , Heinrich Boll Stiftung, 22 de agosto de 2017, <https://www.boell.de/en/2017/08/22/hostile-takeover-how-orban-subjugating-media-hungary>.

[36] Carl Schmitt, *Political Theology. Four Chapters on the Concept of Sovereignty* , Chicago, The University of Chicago Press, 2006. [Hay trad. cast.: *Teología política* , Madrid, Trotta, 2009].

[37] *Ermächtigungsgesetz* , 24 de marzo de 1933.

Capítulo 4. La búsqueda de culpables

[1] Roberto Stefan Foa y Yascha Mounk, «The Danger of Deconsolidation. The Democratic Disconnect», *Journal of*

Democracy , 27, 3 (julio de 2016), pp. 5-17.

[2] Alexis de Tocqueville, *Democracy in America. And Two Essays On America* , trad. de Gerald E. Bevan, Londres, Penguin, 2003. [Hay trad. cast.: *La democracia en América* , Madrid, Trotta, 2010].

[3] Samuel P. Huntington, *Political Order in Changing Societies* , New Haven y Londres, Yale University Press, 1968. [Hay trad. cast.: *El orden político en las sociedades en cambio* , Barcelona, Paidós, 2014].

[4] Stanley Feldman, «Authoritarianism, Threat, and Intolerance», en Eugene Borgida, Christopher Federico y Joanne Miller, *At the Forefront of Political Psychology. Essays in Honor of John L. Sullivan* , Oxfordshire, Routledge, 2020, cap. 3.

[5] Christopher Johnston, B. J. Newman y Y. Velez, «Ethnic Change, Personality, and Polarization Over Immigration in the American Public», *Public Opinion Quarterly* , 79, 3 (1 de enero de 2015), pp. 662-686.

[6] Michele Gelfand, Joshua Conrad Jackson y Jesse R. Harrington, «Trump Culture. Threat, Fear and the Tightening of the American Mind», *Scientific American* , 27 de abril de 2016.

[7] Diana Rieger, Lena Frischlich y Gary Bente, *Propaganda 2.0. Psychological Effects of Right-Wing and Islamic Extremist Internet Videos,* Colonia, Wolters Kluwer Deutschland, 2013, p. 37.

[8] Marc J. Hetherington y Jonathan D. Weiler, *Authoritarianism and Polarization in American Politics* ,

Cambridge, Cambridge University Press, 2012.

[9] Philip E. Converse, «The Nature of Belief Systems in Mass Publics (1964)», *Critical Review* , 18, 1-3 (2006), pp. 1-74.

[10] Yascha Mounk, *The People vs. Democracy. Why Our Freedom Is in Danger and How to Save It* , Cambridge, Harvard University Press, 2018. [Hay trad. cast.: *El pueblo contra la democracia. Por qué nuestra libertad está en peligro y cómo salvarla* , Barcelona, Paidós, 2018].

[11] «Meet ALICE», United for ALICE, consultada el 19 de marzo de 2021, <https://www.unitedforalice.org.>

[12] Stephanie Hoopes *et al* ., *United Way* ALICE *Report – The Consequences of Insufficient Household Income* , Nueva Jersey, United Way, 2017, consultada el 19 de marzo de 2021, <
https://www.unitedforalice.org/Attachments/AllReports/17UWALICE%20Report_NCR_12.19.17_Lowres.pdf>.

[13] Junta de Gobernadores de la Reserva Federal, *Report on the Economic Well-Being of U. S. Households in 2017* , Washington, D. C., The Federal Reserve, 2018, consultada el 19 de marzo de 2021.

[14] Anne Case y Angus Deaton, *Deaths of Despair and the Future of Capitalism* , Princeton, Princeton University Press, 2020. [Hay trad. cast.: *Muertes por desesperación y el futuro del capitalismo* , Barcelona, Deusto, 2020].

Segunda parte

Un mundo seguro para la autocracia

Capítulo 5. El poder empresarial: ¿permanente o efímero?

[1] Thomas Philippon, *The Great Reversal. How America Gave Up on Free Markets* , Cambridge, Harvard University Press, 2019.

[2] Tom Orlik, Justin Jimenez y Cedric Sam, «World-Dominating Superstar Firms Get Bigger, Techier, and More Chinese», Bloomberg Economics, 21 de mayo de 2021, <https://www.bloomberg.com/graphics/2021-biggest-global-companies-growth-trends/?srnd=politics-vp&sref=nXmOg68r>.

[3] John Maynard Keynes, *The General Theory of Employment, Interest, and Money* , Camden, Palgrave Macmillan, 2021. [Hay trad. cast.: *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero* , Madrid, Fondo de Cultura Económica, 4.ª ed., 2018].

[4] Alberto Cavallo, «More Amazon Effects. Online Competition and Pricing Behaviors». Jackson Hole Economic Symposium Conference Proceedings, Federal Reserve Bank of Kansas City, 2019.

[5] Alan B. Krueger, «Luncheon Address. Reflections on Dwindling Worker Bargaining Power and Monetary Policy», discurso, Federal Reserve Bank of Kansas City, Misuri, 24 de agosto de 2018.

[6] Whole Foods Market, «Amazon and Whole Foods Market Announce Acquisition to Close This Monday, Will Work Together to Make High-Quality, Natural and Organic Food Affordable for Everyone», comunicado de prensa, 24 de agosto de 2017.

[7] Robert H. Bork, *The Antitrust Paradox. A Policy at War with Itself* , Nueva York, Free Press, 1993.

[8] Lina M. Khan, «Amazon’s Antitrust Paradox», *The Yale Law Journal* , 126, 3 (enero de 2017), pp. 564-907.

[9] Charlie Warzel, «Mark Zuckerberg Is the Most Powerful Unelected Man in America», *The New York Times* , 3 de septiembre de 2020.

[10] Javier Espinoza y Sam Fleming, «EU Seeks New Powers to Penalise Tech Giants», *Financial Times* , 20 de septiembre de 2020.

[11] Jerrold Nadler y David N. Cicilline, «Investigation of Competition in Digital Markets», Cámara de Representantes de Estados Unidos, 6 de octubre de 2020, <https://fm.cnbc.com/applications/cnbc.com/resources/editorialfiles/2020/10/06/investigation_of_competition_in_digital_markets_majority_staff_report_and_recommendations.pdf>.

[12] L. M. Khan, «Amazon’s Antitrust Paradox»…

[13] J. Nadler y D. N. Cicilline, «Investigation of Competition in Digital Markets»…

[14] Thomas Philippon, «Commentary. Understanding Weak Capital Investment. The Role of Market Concentration and Intangibles», artículo presentado en el Jackson Hole Economic Policy Symposium 2018, Federal Reserve Bank, Kansas City, Misuri, consultado el 24 de mayo de 2021, < https://www.kansascityfed.org/documents/6978/philippon_JH2018.pdf>.

[15] Ufuk Akcigit y Sina T. Ates, «Slowing Business Dynamism and Productivity Growth in the United States», artículo presentado en el Jackson Hole [Economic Policy Symposium] 2020, 8 de octubre de 2020, <https://www.kansascityfed.org/documents/4952/aa_jh_201008.pdf>.

[16] «America's Concentration Crisis», Open Markets Institute Report, consultado el 19 de marzo de 2021, < https://concentrationcrisis.openmarketsinstitute.org>.

[17] «Fortune's List of America's Largest Corporations in 1990», Fortune 500, consultada el 19 de marzo de 2021, < https://archive.fortune.com/magazines/fortune/fortune500_archive/full/1990>.

[18] Andrea Murphy, Hank Tucker, Marley Coyne y Halah Touryalai, «Global 2000. The World's Largest Public Companies», *Forbes* , 13 de mayo de 2020.

[19] Dino Grandoni, «Big Oil Just Isn't as Big as It Once Was», *The Washington Post* , 4 de septiembre de 2020.

[20] Per-Ola Karlsson, Deanne Aguirre y Kristin Rivera, «Are CEOs Less Ethical Than in the Past?», PWC 87 (verano de 2017), p. 5.

[21] Dan Marcec, «CEO Tenure Drops to Just Five Years», Equilar Inc., 9 de enero de 2018, <https://www.equilar.com/blogs/351-ceo-tenure-drops-to-five-years.html>.

[22] Director de Inteligencia Nacional, «Background to "Assessing Russian Activities and Intentions in Recent US Elections". The Analytic Process and Cyber Incident

Attribution», Office of the Director of National Intelligence, 6 de enero de 2017, < https://www.dni.gov/files/documents/ICA_2017_01.pdf>.

Capítulo 6. Antipolítica, la autopista al populismo

[1] Javier Corrales, «Beware the Outsider», *Foreign Policy* , 16 de marzo de 2016.

[2] Roberto Stefan Foa, A. Klassen, M. Slade, A. Rand y R. Collins, «The Global Satisfaction with Democracy Report 2020», Cambridge, Reino Unido, Centre for the Future of Democracy, 2020, consultada el 19 de marzo de 2021, https://www.cam.ac.uk/system/files/report2020_003.pdf.

[3] Mancur Olson, «The Rise and Decline of Nations. Economic Growth, Stagflation, and Social Rigidities», New Haven, Connecticut, Yale University Press, 1982.

[4] «Lobbyists», ProPublica, consultada el 19 de 2021, https://projects.propublica.org/trump-town/staffers/category/lobbyists.

[5] David Mora, «Update. We Found a “Staggering” 281 Lobbyists Who’ve Worked in the Trump Administration», ProPublica, 15 de octubre de 2019, <https://www.propublica.org/article/we-found-a-staggering-281-lobbyists-whove-worked-in-the-trump-administration.

[6] «GDP growth (annual %) – Italy», Banco Mundial, consultada el 19 de marzo de 2021, <https://data.worldbank.org/indicator/NY.GDP.MKTP.KD.ZG?locations=IT.

[7] «Tax dodgers cost Italy €122 billion in 2015», The Local Italy, 16 de diciembre de 2015, https://www.thelocal.it/20151216/bosses-put-italys-tax-dodging-bill-at-122bn-euros.

[8] Rakesh Kochhar, «Middle Class Fortunes in Western Europe», Pew Research Center, 24 de abril de 2017, <https://www.pewresearch.org/global/2017/04/24/middle-class-fortunes-in-west
ern-europe.

[*] «A plague on both your houses», o «A pox on both your houses», frase que dice Mercucio, moribundo, para maldecir la pelea entre Capuletos y Montescos en Romeo y Julieta, de William Shakespeare. *(N. de la T.)* .

[9] «Italian elections 2018 – full results», *The Guardian* , 5 de marzo de 2018.

[10] José Meléndez, «Ellos son los expresidentes centroamericanos en prisión», *El Universal* , 14 de febrero de 2018.

[11] Moisés Naím, «Las fieras come-políticos», *El País* , 1 de mayo de 2019.

Capítulo 7. El poder después de la verdad

[*] Washington, de niño, hizo una hendidura en un cerezo de su padre con un hacha que le habían regalado. Cuando el padre le preguntó, confesó la verdad. Y el padre lo elogió por no haber mentido. *(N. de la T.)* .

[1] National Mall and Memorial Parks, «George Washington and the Cherry Tree», National Park Service, <

https://www.nps.gov/articles/george-washington-and-the-cherry-tree.htm>.

[2] Jay Rosen (@jayrosen_nyu), «Phrases like “rewriting history” and “muddying the waters” do not convey what is underway. It’s an attempt to prevent Americans from understanding what happened to them through the strategic use of confusion», Twitter, 13 de abril de 2020, <https://twitter.com/jayrosen_nyu/status/1249885575655632896>.

[3] Alan Rusbridger, «Breaking News – A Summary of the Book’s Arguments for Medium», Arusbridger.com, 9 de diciembre de 2018, <https://www.arusbridger.com/blog/2018/12/9/breaking-news-a-summary-of-the-books-arguments-for-medium>.

[4] «Definition of “post-truth”», *Collins Dictionary* , consultado el 19 de marzo de 2021, <https://www.collinsdictionary.com/us/dictionary/english/post-truth>.

[5] Hannah Arendt, *The Origins of Totalitarianism* , Nueva York, Harcourt Brace Jovanovich, 1973, p. 474. [Hay trad. cast.: *Los orígenes del totalitarismo* , Madrid, Alianza, 2006].

[6] Michael Isikoff y David Corn, *Russian Roulette. The Inside Story of Putin’s War on America and the Election of Donald Trump* , Nueva York, Twelve Books, 2018.

[*] En inglés, «drink the Kool-Aid» significa obedecer ciegamente una orden, que es lo que hicieron los miembros de la secta creada por Jim Jones al beber el refresco envenenado y suicidarse. *(N. de la T.)*

[7] Andrew S. Weiss, «Vladimir Putin’s Political Meddling Revives Old KGB Tactics», *Wall Street Journal* , 17 de febrero de 2017.

[8] John B. Dunlop, *The Moscow Bombings of September 1999. Examinations of Russian Terrorist Attacks at the Onset of Vladimir Putin’s Rule* , 2.ª ed., Stuttgart y Hannover, ibidem Press, 2014.

[9] Michael McFaul, «The Smear That Killed the “Reset”», *The Washington Post* , 11 de mayo de 2018.

[10] Comité de Inteligencia del 116.º Congreso, primera sesión, «Report on Russian Active Measures Campaigns and Interference in the 2016 U.S. Election; volume 2: Russia’s Use of Social Media with Additional Views», Senado de Estados Unidos, consultado el 19 de marzo de 2021, <https://www.intelligence.senate.gov/sites/default/files/documents/Report_Volume2.pdf>.

[11] Melissa M. Lee, «Subversive Statecraft. The Changing Face of Great-Power Conflict», *Foreign Affairs* , 4 de diciembre de 2019.

[12] Christopher Paul y Miriam Matthews, «The Russian “Firehose of Falsehood” Propaganda Model. Why It Might Work and Options to Counter It», Santa Mónica, California, RAND Corporation, 2016.

[13] «Definition of “bot army”», *Collins Dictionary* , consultado el 19 de marzo de 2021, <https://www.collinsdictionary.com/us/dictionary/english/bot-army>.

[14] Sinan Aral, *The Hype Machine. How Social Media Disrupts Our Elections, Our Economy, and Our Health – and How We Must Adapt* , Nueva York, Penguin Random House, 2020.

[15] Soroush Vosoughi, Deb Roy y Sinan Aral, «The Spread of True and False News Online», *Science* , 359, 6380 (2018), pp. 1146-1151.

[16] AFP, «Facebook Closes Fake News Pages in Poland: Rights Group», Yahoo! News, 17 de mayo de 2019.

[17] Roberto Saviano, «Facebook Closes Italy Pro-Government Fake News Pages: Rights Group», Yahoo! News, 13 de mayo de 2019.

[18] Natasha Lomas, «Facebook Has Quietly Removed Three Bogus Far-Right Networks in Spain Ahead of Sunday's Elections», TechCrunch, 23 de abril de 2019.

[19] Oxford Internet Institute, «State-Backed Media from China and Russia Targets European and Latin American Audiences with Coronavirus News», comunicado de prensa, Oxford Internet Institute, 29 de junio de 2020.

[20] Katarina Rebello, Christian Schwieter, Marcel Schliebs, Kate Joynes-Burgess, Mona Elswah, Jonathan Bright y Philip N. Howard, «Covid-19 News and Information from State-Backed Outlets Targeting French, German and Spanish-Speaking Social Media Users. Understanding Chinese, Iranian, Russian and Turkish Outlets», Oxford Internet Institute, junio de 2020.

[21] Elyse Samuels, «How Misinformation on WhatsApp Led to a Mob Killing in India», *The Washington Post* , 21 de

febrero de 2020.

[22] Trisha Jalan, «Updated. Tripura Govt Extends 2-Day Internet Ban By 48 Hours», Medianama, 11 de enero de 2019, <https://www.medianama.com./2019/01/223-tripura-internet-shutdown-2019>.

[23] Bharti Jain, «Lok Sabha elections. At 67.1 %, 2019 Turnout's a Record, Election Commission Says», *Times of India* , 21 de mayo de 2019.

[24] Snigdha Poonam y Samarth Bansal, «Misinformation Is Endangering India's Election», *The Atlantic* , 1 de abril de 2019.

[25] Nikhil Dawar, «Fact Check. Viral Post Claiming Sonia Gandhi Richer than Britain's Queen Elizabeth II is False», *India Today* , 9 de enero de 2019.

[26] Supriya Nair, «The Meaning of India's "Beef Lynchings"», *The Atlantic* , 24 de julio de 2017.

[27] Dexter Filkins, «Blood and Soil in Narendra Modi's India», *The New Yorker* , 9 de diciembre de 2019.

[28] «How WhatsApp is used and misused in Africa», *The Economist* , 20 de julio de 2019.

[29] Protección de datos en México, ONG Artículo 12.

[30] Redacción Desinformémonos, «Con el hashtag #SaqueaUnWalmart bots y mensajes anónimos generan caos y pánico», *Desinformémonos* , 5 de enero de 2017, <https://desinformemonos.org/hashtag-saqueaunwalmart-bots-mensajes-anonimos-generan-caos-panico>.

[31] John McBeth, «Is Indonesia’s Widodo in China’s Pocket?», *Asia Times* , 11 de diciembre de 2017.

[32] Andreas Harsono y Tempe McMinn, «“I Wanted to Run Away”. Abusive Dress Codes for Women and Girls in Indonesia», Human Rights Watch, 18 de marzo de 2021, <https://www.hrw.org/report/2021/03/18/i-wanted-run-away/abusive-dress-codes-women-and-girls-indonesia>.

[33] «Police Question Prabowo Campaigners for Saying Jokowi Would Ban Call to Prayer, Legalize Gay Marriage», Coconuts Jakarta, 25 de febrero de 2019, <https://coconuts.co/jakarta/news/po lice-question-prabowo-campaigners-saying-jokowi-ban-call-prayer-legalize-gay-marriage>.

[34] Mali Walker, «Indonesia’s Democracy at Risk from Disinformation», *The Strategist* , Australian Strategic Policy Institute, 15 de mayo de 2019.

[*] *Fear* , *Uncertainty* , *Doubt* , FUD. *(N. de la T.)*

[35] Marshall McLuhan, *The Medium is the Massage. An Inventory of Effects,* Reino Unido, Penguin Books, 1967. [Hay trad. cast.: *El medio es el masaje. Un inventario de efectos* , Buenos Aires, La Marca, 2018].

[36] Unión Europea, Reglamento (CE) N.º 2257/94 de la Comisión de 16 de septiembre de 1994 por el que se fijan las normas de calidad para los bananos (texto pertinente a los fines del EEE), Diario Oficial L245, 20 de septiembre de 1994, pp. 6-10.

[37] . 37. Dominic Wring, «Going Bananas over Brussels. Fleet Street’s European Journey», The Conversation, 21 de

junio de 2016, <https://theconversation.com/going-bananas-over-brussels-fleet-streets-european-journey-61327>.

[38] Sarah Lambert, «Putting the Banana Story Straight», *The Independent* , 21 de septiembre de 1994.

[39] «Guide to the Best Euromyths», BBC News, 23 de marzo de 2007.

[40] «New Rules Forbid Dog Bones», BBC News, 25 de mayo de 2004.

[41] Sara Malm, «Vets Condemn EU Rules Which Demand Organic Fish Farms Must Treat Any Signs of Illness Using Homeopathy», *The Daily Mail* , 23 de abril de 2015.

[42] Levi Winchester, «After Meddling with Our Vacuums and TVs… Now EU Officials Want Control of Your Candles», *The Daily Express* , 29 de noviembre de 2015.

[43] James O’Brien, «Why Do People Hate The EU So Much? James O’Brien Has The Unbelievable Reason», LBC, 14 de noviembre de 2018, <https://www.lbc.co.uk/radio/presenters/james-obrien/why-do-people-hate-the-eu-so-much-james-obrien/>.

[*] El «sándwich del labrador», con queso, cebolla, pepinillos, mostaza y algún otro ingrediente que puede ser zanahoria o manzana, por ejemplo. *(N. de la T.)* .

[44] Jack Peat, «The British Press Lied So Much About the EU They Decided to Archive Them All», *The London Economic* , 27 de agosto de 2020.

[45] Richard Savill, «Church Bells Silenced in Fear of EU Law», *The Daily Telegraph* , 17 de octubre de 2002.

[46] J. Peat, «The British Press Lied So Much…».

[47] Damian C. Adams, Michael T. Olexa, Tracey L. Owens y Joshua A. Cassey, «Déjà Moo. Is the Return to Public Sale of Raw Milk Udder Nonsense?», *Drake Journal of Agriculture Law* , 13, 305 (2008).

[48] Jon Henley, «Is the EU Really Dictating the Shape of Your Bananas?», *The Guardian* , 11 de mayo de 2016.

[49] Anne Applebaum, «Boris Johnson's Victory Proves it's Fiction, Not Fact, that Tories Want to Hear», *The Washington Post* , 23 de julio de 2019.

[50] Glenn Kessler, Salvador Rizzo y Meg Kelly, «Trump's False or Misleading Claims Total 30,573 over 4 Years», *The Washington Post* , 24 de enero de 2021, < https://www.washingtonpost.com/politics/2021/01/24/trumps-false-or-misleading-claims-total-30573-over-four-years>.

[51] Chris Cillizza, «Donald Trump Lies More Often than You Wash Your Hands Every Day», CNN, 10 de junio de 2019.

[52] Michael Foucault, *The Foucault Reader* , Nueva York, Penguin Random House, 1984. [Hay trad. cast.: *Microfísica del poder* , «Nietzsche, la Genealogía, la Historia», Madrid, La Piqueta, 1979, p. 20, trad. de Julia Varela y Fernando Álvarez-Uría].

[53] Bruno Latour, *Science in Action. How to Follow Scientists and Engineers through Society,* Cambridge, Harvard University Press, 1988. [Hay trad. cast.: *Ciencia en acción* , Barcelona, Labor, 1992].

[54] David Frum, *Trumpocracy. The Corruption of the American Republic* , Nueva York, Harper Collins, 2018.

[55] Jop de Vrieze, «Bruno Latour, a Veteran of the "Science Wars", Has a New Mission», *Science Magazine* , 10 de octubre de 2017.

[56] Alyza Sebenius, «Microsoft Releases Deepfake Detection Tool Ahead of Election», Bloomberg, 2 de septiembre de 2020.

[57] Peter Pomerantsev, *This Is Not Propaganda. Adventures in the War Against Reality* , Nueva York, Public Affairs, 2019.

Capítulo 8. Estados mafiosos y gobiernos criminales

[1] Philip Zelikow, Eric Edelman, Kristofer Harrison y Celeste Ward Gventer, «The Rise of Strategic Corruption. How States Weaponize Graft», *Foreign Affairs* , julio-agosto 2020.

[2] Francis Fukuyama, <http://www.ridge.uy/wp-content/uploads/2016/05/Fukuyama_Francis.pdf>.

[3] Charles Tilly, «War Making and State Making as Organized Crime», CRSO Working Paper N.º 256, Universidad de Míchigan, febrero de 1982, p8. <https://deepblue.lib.umich.edu/bitstream/handle/2027.42/51028/256.pdf>.

[4] Niccolò Machiavelli, *The Prince* , Nueva York, Bantam Books, 1984. [Hay trad. cast.: Nicolás Maquiavelo, *El príncipe* , Madrid, Alianza, 2010].

[5] Thomas Hobbes, *Leviathan* , Baltimore, Penguin Books, 1968. [Hay trad. cast.: *Leviatán* , Madrid, Alianza, 2018].

[6] Mancur Olson, «Dictatorship, Democracy, and Development», *The American Political Science Review* , 87, 3 (1993), pp. 567-576.

[7] Francis Fukuyama, «Political Order and Political Decay», conferencia, Chatham House, 22 de septiembre de 2014, <https://www.chathamhouse.org/sites/default/files/field/field_document/20140922PoliticalOrderDecay.pdf>.

[8] Gordon Tullock, «Rent Seeking», en J. Eatwell, M. Milgate y P. Newman (eds.), *The World of Economics* , Londres, Palgrave Macmillan, 1991, pp. 604-609.

[9] Anne O. Krueger, «The Political Economy of the Rent-Seeking Society», *The American Economic Review* , 64, 3 (1974), pp. 291-303.

[10] Daron Acemoğlu y James Robinson, *Why Nations Fail. The Origins of Power, Prosperity and Poverty* , Nueva York, Penguin Random House, 2013. [Hay trad. cast.: *Por qué fracasan los países. Los orígenes del poder, la prosperidad y la pobreza* , Barcelona, Booket, 2014].

[11] Luke Harding, «WikiLeaks Cables Condemn Russia as "Mafia State"», *The Guardian* , 1 de diciembre de 2010.

[12] Paul Klebnikov, «Godfather of the Kremlin. Boris Berezovsky and the Looting of Russia», *Kirkus Reviews* , 1 de septiembre de 2000.

[13] Ruth May, «Putin. From Oligarch to Kleptocrat», *The New York Review* , 1 de febrero de 2018.

[14] P. Zelikow *et al* ., «The Rise of Strategic Corruption…».

[15] Leonardo Coutinho, «Hugo ChBBCávez, The SpectreBBC», Center for a Secure Free Society, ٢٠ de septiembre de 2018, <https://www.securefreesociety.org/research/hugo-chavez-the-spectre>.

[16] Marton Dunai, «How Viktor Orban Will Tap Europe's Taxpayers and Bankroll His Friends and Family», Reuters, 15 de marzo de 2018.

[17] Balint Magyar y Balint Madlovics, «Hungary's Mafia State Fights For Impunity», Balkan Insight, 21 de junio de 2019, <https://balkaninsight.com/2019/06/21/hungarys-mafia-state-fights-for-impunity>.

[18] Patrick Kingsley, «Orban and His Allies Cement Control of Hungary's News Media», *The New York Times* , 29 de noviembre de 2018.

[19] BBC Europe, «Putin Critic Bill Browder Freed After Brief Arrest in Spain», BBC, 30 de mayo de 2018.

Capítulo 9. Los autócratas 3P se globalizan

[1] Nate Schenkkan e Isabel Linzer, «Out of Sight, Not Out of Reach. Understanding The Global Scale and Scope of Transnational Repression», Freedom House, febrero de 2021, <https://freedomhouse.org/sites/default/files/2021-02/Complete_FH_TransnationalRepressionReport2021_rev020221.pdf>.

[2] Angela Merkel, «Bundeskanzlerin Merkel gratuliert dem designierten Präsidenten der Vereinigten Staaten von Amerika, Donald Trump», Presse-und Informationsamt der Bundesregierung, 9 de noviembre de 2016, <

https://www.bundesregierung.de/breg-de/aktuelles/bundeskanzlerin-merkel-gratuliert-dem-designierten-praesidenten-der-vereinigten-staaten-von-amerika-donald-trump-479452>.

[3] Nancy A. Youssef, Vivian Salama y Michael C. Bender, «Trump, Awaiting Egyptian Counterpart at Summit, Called Out for “My Favorite Dictator”», *Wall Street Journal* , 13 de septiembre de 2019.

[4] «ALBA», Portal ALBA, consultado el 19 de marzo de 2021, <http://www.portalalba.org/index.php>.

[5] Christopher Walker y Jessica Ludwig, «The Long Arm of the Strongman. How China and Russia Use Sharp Power to Threaten Democracies», *Foreign Affairs* , 12 de mayo de 2021.

[6] Kirk Semple y Marina Franco, «Bots and Trolls Elbow Into Mexico’s Crowded Electoral Field», *The New York Times* , 1 de mayo de 2018.

[7] Constella Intelligence, «Protests in South America. An Analysis of New Trends in Digital Disinformation and Influence Campaigns», Constella Intelligence, 13 de febrero de 2020, <https://con stellaintelligence.com/social-unrest-colombia-chile>.

[8] Katy Lee, «China Is on a Crazy Mission to Build Artificial Islands. What the Hell Is It Up To?», *Vox* , 13 de marzo de 2015.

[9] Lily Kuo, «China Says It’s Building Islands and Airstrips in the South China Sea for Better Weather Forecasts», *Quartz* , 22 de junio de 2015.

[10] Associated Press, «Sepp Blatter. Fixing FIFA takes time», ESPN, 27 de julio de 2011.

[11] Chris Mills Rodrigo, «Kobach "Very Concerned" Voter Fraud May Have Happened in North Carolina», *The Hill* , 6 de diciembre de 2018.

[12] Carl Schreck, «From "Not Us" To "Why Hide It?". How Russia Denied Its Crimea Invasion, Then Admitted It», Radio Free Europe Radio Liberty, 26 de febrero de 2019.

[13] Bill Chappell y Mark Memmott, «Putin Says Those Aren't Russian Forces In Crimea», NPR, 4 de marzo de 2014.

[14] BBC News, «MH17 Ukraine Plane Crash. What We Know», BBC, 26 de febrero de 2020.

[15] Gabriela Baczynska, «Putin Classifies Information on Deaths of Russian Troops in Peacetime», Reuters, 28 de mayo de 2015.

[16] James Kirchick, «Anti-Nazi Group Secretly Helping Kremlin Rebuild Russian Empire», *The Daily Beast* , 14 de abril de 2017.

[17] Halya Coynash, «Russian "Right Sector War against Odessa Jews" Debunked», Grupo de Protección de los Derechos Humanos de Jarkov, 10 de septiembre de 2014, <http://khpg.org/en/1412804893>.

[18] Halya Coynash, «Chief Rabbi and Others Dismiss Putin's "Anti-Semitic Extremist" Claims», Grupo de Protección de los Derechos Humanos de Jarkov, 3 de mayo de 2014, <http://khpg.org/en/1393978300>.

[19] UN Watch, «Report. Venezuela Used 500 Front Groups to Subvert Today's UN Review of Its Rights Record», Human Rights Council, 1 de noviembre de 2016, <https://unwatch.org/report-venezuela-used-500-front-groups-subvert-todays-un-review-rights-record>.

[20] Daniel Baer, «Mind the GONGOs. How Government Organized NGOs Troll Europe's Largest Human Rights Conference», 29 de septiembre de 2016.

[21] «National Endowment for Democracy. Homepage», National Endowment for Democracy, consultada el 19 de marzo de 2021, <https://www.ned.org>.

Capítulo 10. El poder y la pandemia

[1] Frances Z. Brown, Saskia Brechenmacher y Thomas Carothers, «How Will the Coronavirus Reshape Democracy and Governance Globally?», Fundación Carnegie para la Paz Internacional, 6 de abril de 2020, <https://carnegieendowment.org/2020/04/06/how-will-coronavirus-reshape-democracy-and-governance-globally-pub-81470>.

[2] Fabrizio, Lee & Associates, «Post Election Exit Poll Analysis. 10 Key Target States», Powerpoint, diciembre de 2020, <https://www.politico.com/f/?id=00000177-6046-de2d-a57f-7a6e8c950000>.

[3] «Global Impact of COVID-19 on Elections», Election Guide. Democracy Assistance & Elections News, consultada el 19 de marzo de 2021, <https://www.electionguide.org/digest/post/17591>.

[4] Jacob Mchangama y Sarah McLaughlin, «Coronavirus Has Started a Censorship Pandemic», *Foreign Policy* , 1 de abril de 2020.

[5] Zeynep Bilginsoy y Mehmet Guzel, «Turkey. Social media law’s passage raises censorship worries», *The Washington Post* , 29 de julio de 2020.

[6] F. Z. Brown, S. Brechenmacher, T. Carothers, «How Will the Coronavirus Reshape Democracy and Governance Globally?»…

[7] Amr Hamzawy y Nathan J. Brown, «How Much Will the Pandemic Change Egyptian Governance and for How Long?», Fundación Carnegie para la Paz Internacional, 23 de julio de 2020, <https://carnegieendowment.org/2020/07/23/how-much-will-pandemic-change-egyptian-governance-and-for-how-long-pub-82353>.

[8] Sun Narin, «Gov’t Defends Draft “State of Emergency” Law; Rights Groups Remain Concerned», VOA Khmer, 2 de abril de 2020, <https://www.voacambodia.com/a/govt-defends-draft-state-of-emergency-law-rights-groups-remain-concerned/5356841.html>.

[9] Anna Luehrmann, Amanda B. Edgell, Sandra Grahn, Jean Lachapelle y Seraphine F. Maerz, «Does the Coronavirus Endanger Democracy in Europe?», Fundación Carnegie para la Paz Internacional, 23 de junio de 2020, <https://carnegieeurope.eu/2020/06/23/does-coronavirus-endanger-democracy-in-europe-pub-82110>.

[10] Robin Emmott, «Russia Deploying Coronavirus Disinformation to Sow Panic in West, EU Document Says»,

Reuters, 18 de marzo de 2020.

[11] Andrea Dudik, «Russia Aims to Stir Distrust in Europe on Virus Disinformation», Bloomberg Businessweek, 10 de marzo de 2020.

[12] Amanda Seitz, «State Dept. Russia Pushes Disinformation in Online Network», AP News, 5 de agosto de 2020.

[13] Sarah Cook, «Beijing's Global Megaphone. The Expansion of Chinese Communist Part Media Influence since 2017», Freedom House, Special Report 2020, <https://freedomhouse.org/report/special-report/2020/beijings-global-megaphone>.

[14] Jennifer Rankin, «EU Says China Behind "Huge Wave" of Covid-19 Disinformation», *The Guardian* , 10 de junio de 2020.

[15] Jessica Brandt y Fred Schafer, «Five Things to Know About Beijing's Disinformation Approach», Alliance for Securing Democracy, 30 de marzo de 2020, <https://securingdemocracy.gmfus.org/five-things-to-know-about-beijings-disinformation-approach>.

[16] Jessica Brandt y Torrey Taussig, «The Kremlin's Disinformation Playbook Goes to Beijing», Brookings Institution, 19 de mayo de 2020, <https://www.brookings.edu/blog/order-from-chaos/2020/05/19/the-kremlins-disinformation-playbook-goes-to-beijing>.

[17] Elizabeth Thompson, Katie Nicholson y Jason Ho, «COVID-19 Disinformation Being Spread by Russia, China,

Say Experts», CBC News, 26 de mayo de 2020, <https://www.cbc.ca/news/politics/covid-coronavirus-russia-china-1.5583961>.

[18] Clarissa Ward, «Inside a Russian Troll Factory in Ghana», CNN, 12 de marzo de 2020.

[19] Thomas Carothers y Andrew O'Donohue, «Polarization and the Pandemic», Fundación Carnegie para la Paz Internacional, 28 de abril de 2020.

CAPÍTULO 11. CINCO BATALLAS QUE DEBEMOS GANAR

[1] Sarah Repucci y Amy Slipowitz, «Freedom in the World 2021. Democracy under Siege», Freedom House, 2021, <https://freedomhouse.org/report/freedom-world/2021/democracy-under-siege>.

[2] Timothy Garton Ash, «The Future of Liberalism», *Prospect* , 9 de diciembre de 2020.

[3] Presidente John Fitzgerald Kennedy, «Inaugural Address», transcripción del discurso de toma de posesión pronunciado en Washington, D. C., el 20 de enero de 1961, <https://www.ourdocuments.gov/doc.php?flash=false&doc=91&page=transcript>.

[4] Timothy Snyder, *On Tyranny. Twenty Lessons from the Twentieth Century* , Nueva York, Penguin Random House, 2017. [Hay trad. cast.: *Sobre la tiranía.Veinte lecciones que aprender del siglo xx* , Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2017].

[5] Allan Smith y Leigh Ann Caldwell, «Cheney Hits Back at Trump Over Election "Big Lie"», NBC News, 3 de mayo de 2021, <https://www.nbcnews.com/politics/donald-

trump/cheney-hits-back-trump-over-election-big-lie-n1266143>.

[6] Jonathan Swift, *The Examiner* , XIV, 1710.

[7] Anne Applebaum y Peter Pomerantsev, «The Internet Doesn’t Have to Be Awful», *The Atlantic* , 8 de marzo de 2021.

[8] Felix Salmon, «Media trust hits new low», Axios, 21 de enero de 2021.

[9] «Bothsidesing. Not All Sides Are Equal», *Merriam-Webster Dictionary* , consultado el 19 de mayo de 2021, <https://www.merriam- webster.com/words-at-play/bothsidesing-bothsidesism- new-words-were-watching>.

[10] Lionel Barber, «Lionel Barber. Trump & Truth», Persuasion, 18 de enero de 2021, <https://www.persuasion.community/p/lionel- barber-trump-and-truth>.

[11] Alexander Hamilton, James Madison, John Jay, John Dunn, Donald L. Horowitz y Eileen Hunt Botting, *The Federalist Papers* , Ian Shapiro (ed.), New Haven, Yale University Press, 2009. [Hay trad. cast.: *El federalista* , Madrid, Akal, 2015].

[12] Patrick Riccards, «National Survey Finds Just 1 in 3 Americans Would Pass Citizenship Test», Woodrow Wilson National Fellowship Foundation, 3 de octubre de 2018, <https://woodrow.org/news/national-survey-finds-just-1-in-3-americans-would-pass-citizenship-test>.

[13] Alicia Tatone, «Global Banks Defy U. S. Crackdowns by Serving Oligarchs, Criminals and Terrorists», International Consortium of Investigative Journalists, September 20, 2020, <https://www.icij.org/investigations/fincen-files/global-banks-defy-u-s-crackdowns-by-serving-oligarchs-criminals-and-terrorists>.

[14] Matthew Collin, «What the FinCEN Leaks Reveal About the Ongoing War on Dirty Money», Brookings Institution, 25 de septiembre de 2020, <https://www.brookings.edu/blog/up-front/2020/09/25/what-the-fincen-leaks-reveal-about-the-ongoing-war-on-dirty-money>.

[15] Thucydides, *History of the Peloponnesian War* , trad. al inglés de Rex Warner, Baltimore, Penguin Books, 1968. [Hay trad. cast.: Tucídides, *Historia de la guerra del Peloponeso* , Barcelona, Crítica, 2013. trad. de Francisco Rodríguez Adrados].

[16] Dov H. Levin, «When the Great Power Gets a Vote. The Effects of Great Power Electoral Interventions on Election Results», *International Studies Quarterly* , 60, 2 (junio de 2016), pp. 189-202.

[17] Drew Desilver, «Despite Global Concerns About Democracy, More Than Half of Countries Are Democratic», Pew Research Center, 14 de mayo de 2019, <https://www.pewresearch.org/fact-tank/2019/05/14/more-than-half-of-countries-are-democratic>.

[18] Director of National Intelligence, «Background to “Assessing Russian Activities and Intentions in Recent US

Elections”. The Analytic Process and Cyber Incident Attribution», Oficina del Director de Inteligencia Nacional, 6 de enero de 2017, <https://www.dni.gov/files/documents/ICA_2017_01.pdf>.

[19] Moisés Naím, «How Democracies Lose in Cyberwar», *The Atlantic* , 13 de febrero de 2017.

[20] Colin Dwyer, «U. S. Announces Its Withdrawal From U.N. Human Rights Council», NPR, 19 de junio de 2018.

[21] Bruce Jones y Adam Twardowski, «Bolstering Democracies in a Changing International Order. The Case for Democratic Multilateralism», Brookings Institution, 25 de enero de 2021, <https://www.brookings.edu/research/bolstering-democracies-in-a-changing-international-order-the-case-for-democratic-multilateralism>.

[22] Frances Z. Brown, Thomas Carothers y Alex Pascal, «America Needs a Democracy Summit More Than Ever. How to Bring the Free World Together Again», *Foreign Affairs* , 15 de enero de 2021.

[23] Ejeviome Eloho Otobo y Oseloka H. Obaze, «Biden’s Likely Policy Orientation Toward Africa», *The Guardian* , 1 de febrero de 2021.

[24] Cas Mudde y Cristóbal Rovira Kaltwasser, *Populism. A Very Short Introduction* , Nueva York, Oxford University Press, 2017. [Hay trad. cast.: *Populismo. Una breve introducción* , Madrid, Alianza, 2019].

[25] Angus Colwell, «“I Genuinely Think 2020 Is Scary”: David Runciman on Trump, Young People, and the Future of

Democracy», PI Online, 2 de marzo de 2020.

Epílogo

[1] «Where Ranked Choice Voting is Used», Fairvote, mayo de 2021, <https://www.fairvote.org/where_is_ranked_choice_voting_used?gclid=CjwKCAjw-e٢EBhAhEiwAJI٥jg٥iKpN٧hEJaQvR_M٧M_P٠CksPS١uwMI٨LPViJd٣٧yWiIL٧٤evP-RQBoChzgQAvD_BwE>.

[2] Frank Wilkinson, «Democracy Will Die, Maybe in Its Sleep», BNN Bloomberg, 22 de mayo de 2018.

Índice